

w w w . m a c r o h i s t o r i a . c o m

macrohistoria

• Número 4 • 2023

ISSN 2735-749X



macrohistoria

• Número 4 • julio 2023

ISSN 2735-749X

Sumario

Dossier Enfoques interdisciplinarios sobre el mar. Una perspectiva Global

Las bebidas piratas: vinos, ron, pisco y chocolate (Caribe y Pacífico Sur, 1680-1712)

Pablo Lacoste 1-18

En los comienzos de la globalización. La exploración del Ultramar africano

Eduardo Aznar Vallejo 19-43

Las fortalezas coloniales hispanas y los arrecifes de coral
en el Caribe (siglos XVI al XVIII)

Elizeth Payne Iglesias 44-64

Estudios fuera de dossier

La historiografía del antifascismo en América Latina: una revisión de su
abordaje como fenómeno internacional.....

Joel Guzmán 65-85

Guerra Fría y ajedrez: El match Fischer-Spassky

Jorge Fernández 86-97

La Secuencia Perversa: del Absolutismo al Populismo y sus Giros Teóricos

Eduardo R. Saguier 98-140

Créditos y agradecimientos

Agradecemos enormemente la donación de la fotografía que sirve para la portada a María Angélica Quiñones. También nuestro más sincero agradecimiento a la Asociación Historia y Cultura del Mar por apoyarnos en la creación del *Dossier*.

Equipo Editorial Macrohistoria

Presentación número 4

Este nuevo número de la revista Macrohistoria incluye trabajos presentados para el dossier “Enfoques interdisciplinarios sobre el mar. Una perspectiva Global”, que convocamos junto con la Asociación Historia y Cultura del Mar durante 2022. En esta línea, contamos con los trabajos de la Dra. Elizeth Payne Iglesias, y los doctores Pablo Lacoste y Eduardo Aznar Vallejo. Explorando temporalidades que van del siglo XV al XIX, y espacios tan amplios como la costa Atlántica africana, los mares del Caribe y las rutas piratas en el Océano Pacífico, los tres artículos nos invitan a reflexionar sobre la cultura material, y especialmente sobre el impacto que las navegaciones oceánicas, y las fortalezas para impedir las o controlarlas, tuvieron en las sociedades y culturas se fueron generando en torno a ellas.

Pero esta edición de la revista Macrohistoria nos invita a reflexionar también sobre el mundo de las ideas políticas y sociales, y sus impactos en la sociedad. Desde el desarrollo del antifascismo de entreguerras, estudiado por Joel Guzmán, al impacto político e ideológico del match de Ajedrez Fisher-Spassky, en plena Guerra Fría, analizado por Jorge Luis Fernández. Finalmente, cerramos con la reflexión teórica de largo plazo sobre la “Secuencia Perversa”, de ideologías que llegaron a justificar el terrorismo y los genocidios, llevada a cabo por el Dr. Eduardo Saguier.

Cada uno de los trabajos que componen este número se basa en una reflexión situada, ya sea desde Costa Rica, Chile, Argentina, México o España; pero a la vez, aporta a la reflexión de la Macrohistoria desde la pluralidad de enfoques que nos caracteriza. Contamos con textos que abordan temporalidades que abarcan varios siglos y otras de algunas decenas de años; con enfoques sobre cultura material –ya sea del consumo y circulación de productos agroalimentarios, como de métodos de construcción– y otros sobre la importancia de las ideas en el mundo, y su utilización para justificar atrocidades, guerras y genocidios.

Celebramos la publicación de un nuevo número que continúa fortaleciendo la comunidad de Macrohistoria en América Latina, ampliando los espacios de reflexión histórica y creando un lugar de excelencia para la discusión de nuevas investigaciones que utilizan el enfoque macro para comprender la realidad.

Desde Argentina, Chile, Colombia y México, en 30 de julio de 2023,

Equipo Editorial Macrohistoria

Las bebidas piratas: vinos, ron, pisco y chocolate (Caribe y Pacífico Sur, 1680-1712)*

The pirate beverages: wines, rum, pisco, and chocolate (Caribbean and South Pacific, 1680-1712)

Pablo Lacoste**

Resumen

Se examina el vínculo de los piratas con cuatro bebidas: ron, vino, pisco y chocolate a partir de las crónicas y memorias de los mismos piratas elaboradas a partir de sus correrías por el Caribe y las costas del Pacífico americano. Se detecta una interacción bidireccional: estos productos influyeron en los piratas y a la vez, los piratas en ellos, aportando a su visibilidad, promoción, difusión y patrimonialización. Entre otros efectos, los piratas contribuyeron a la mundialización del ron, al incorporarse parcialmente a la marina británica y exigir raciones diarias de este destilado. También llevaron los primeros piscos peruanos al Atlántico y el Caribe, a la vez que promovieron el origen del pisco chileno. Además, establecieron una jerarquía de vinos en Chile y Perú según calidad y prestigio. Finalmente, entablaron un vínculo fuerte con el cacao del Reino de Quito, al cual reconocieron como el mejor del mundo.

Palabras clave: historia de la piratería, patrimonio agroalimentario, historia de la vitivinicultura, destilados latinoamericanos, pisco.

Abstract

The link between pirates and four beverages: rum, wine, pisco, and chocolate is examined based on the chronicles and memoirs of the pirates themselves and on their voyages through the Caribbean and the Pacific coasts of the Americas. A bidirectional interaction is detected: these products influenced the pirates and, at the same time, the pirates influenced them contributing to their visibility, promotion, diffusion, and patrimonialization. Among other effects, the pirates contributed to the globalization of rum by joining the British navy and demanding daily rations of this spirit. They also took the first Peruvian piscos to the Atlantic and the Caribbean while promoting the creation of Chilean pisco. They also established a hierarchy of wines in Chile and Peru according to quality and prestige. Finally, the pirates established a strong affinity for the cocoa of the Kingdom of Quito, which they recognized as the best in the world.

Key words: history of piracy, agri-food heritage, history of viticulture, Latin American distillates, pisco.

* Proyecto Fondecyt Regular 1210034.

** Pablo Lacoste es académico de la Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile; contacto: pablo.lacoste@usach.cl; <http://orcid.org/0000-0003-1876-8141>

1. Introducción

El estudio de las bebidas en América colonial representa un tema de creciente interés, tanto el chocolate (Soler, 2014; Loveman, 2013; Miño, 2009; Norton, 2006) como los vinos y destilados (Cofré y Stewart, 2020; Dargent, 2013; Foss, 2012; Rice, 2011; Buller, 2011; Lacoste, 2016 y 2004; Castro et al 2016; Smith, 2005). Estos productos se han estudiado desde la perspectiva de la producción, transporte y consumo, juntamente con los circuitos comerciales y políticas públicas orientadas a regular los mercados. En cambio, hasta ahora, no se han examinado desde la perspectiva de los piratas, actor de creciente relevancia debido a la riqueza de las memorias y crónicas que ellos mismos registraron.

El particular interés del estudio de las bebidas de los piratas radica en la capacidad que ellos tenían para visibilizar, difundir, promover y poner en valor determinados productos. Se trata de un proceso indirecto de patrimonialización, equivalente al papel que en Europa desempeñaban las figuras notables, quienes, al consumir determinados productos, los colocaban en un lugar privilegiado de visibilización y valoración. La historia de las Denominaciones de Origen europeas están constantemente condimentadas por el papel que cupo a los reyes y personalidades destacadas en los procesos de patrimonialización de vinos y otros productos agroalimentarios (García Álvarez, 2021; Negrín, 2021; Jiménez, 2021; Borges, 2020; Ramos Santana, 2018). Un caso emblemático es la Denominación de Origen del vino de Cahors, que construye su relato identitario para distinguirse del malbec argentino con el lema “el malbec de reyes, papas y emperadores” (Lacoste, 2015). La situación es diferente en América porque en el nuevo mundo no había monarcas ni figuras semejantes; por lo tanto, los procesos de patrimonialización carecen de estos recursos; sin embargo, los actores plebeyos también pudieron cumplir un papel en estos procesos, entre ellos los piratas.

De allí se desprenden varias preguntas. ¿En qué medida contribuyeron los piratas a la mundialización del ron? ¿Cuál fue su aporte en el proceso de desarrollo de los vinos y piscos del Sur de América? ¿Cuál fue su actitud frente al cacao y el chocolate? Se trata, por lo tanto, de indagar el vínculo de los piratas con estas bebidas como medio para conocer una etapa clave en el proceso de su patrimonialización.

Para conocer las bebidas de los piratas, el presente artículo examina los textos escritos por ellos mismos en sus crónicas, memorias y relatos de viaje. El objetivo de esas crónicas y memorias no era dar cuenta del patrimonio agroalimentario ni de la cultura material de sus protagonistas. Pero, indirectamente, los autores incluyeron datos relevantes sobre las bebidas y, al sistematizar y organizar los registros particulares, se pueden reconstruir patrones de comportamientos que revelen los usos y costumbres de la época. El estudio de

la citada fuente, nunca realizado hasta ahora, representa una contribución al estudio de la evolución del patrimonio agroalimentario regional.

El escenario de las correrías piratas se expandió sensiblemente a partir de 1670, cuando España aceptó la soberanía británica en Jamaica a cambio de medidas de restricción del Reino Unido a la actividad pirata. En este nuevo contexto, los piratas ampliaron su escenario y del Caribe, se extendieron al Mar del Sur. El pionero fue Henri Morgan, que lideró la expedición terrestre por el istmo que culminó con la toma de Panamá (1670). Posteriormente, otros piratas siguieron este camino y se dedicaron durante décadas a asolar las costas del Pacífico Sur de América.

Las dos últimas décadas del siglo XVII se caracterizaron por la ampliación del escenario de los piratas. Los tratados inter-imperiales entre España e Inglaterra significaron, entre otros efectos, cambiar la soberanía de la isla de Jamaica por severas restricciones a las correrías piratas. Como resultado, muchos filibusteros y bucaneros buscaron nuevos escenarios para desplegar sus tradicionales actividades. Cientos de ellos cruzaron el istmo de Panamá y extendieron sus correrías al Pacífico Sur. Cientos de piratas tomaron parte de estas aventuras, liderados por Bartholomé Sharp, su piloto Basil Ringrose, Edward Cook, William Ambrose Cowley, William Dick y Reveneau de Lusann entre otros. En este contexto, los piratas recorrieron las costas e islas del litoral Pacífico, tomaron decenas de barcos y atacaron Granada, Guayaquil, Hilo, Arica y La Serena entre otras ciudades y puertos, donde tuvieron la experiencia de conocer y apreciar sus bebidas.

Las expediciones piratas generaron un rico corpus documental, generado por las crónicas y memorias de los piratas. Muchos aventureros realizaron el esfuerzo de registrar sus aventuras, sistematizar la información, y elaborar sus versiones de aquellos polémicos viajes. Entre ellos se destacan los relatos de Exquemelin (1678), Dick (1684), el pirata anónimo (1684), Ringrose (1685), Dampiere (1697), Cowley (1699), Sharp (1699), Lusann (1699), Funnell (1707), Rogers (1712), Cook (1712). Estos textos despertaron gran interés por diversos motivos. Desde el punto de vista militar y geográfico, estos textos fueron apreciados por sus aportes para la navegación, incluyendo descripciones geográficas de los puertos, radas y caletas, juntamente con datos de vientos y corrientes marinas, además de planos y referencias de valor científico. Sobre la base de estos antecedentes, se generó una amplia bibliografía (Burney, 1816; Morales, 1942; Bernal Ruiz, 1979; Serrano, 1984; Piatt, 1999; Stewart, 1999). Sin embargo, los alimentos y bebidas de los piratas, registrados en esos textos, no han sido examinados con suficiente profundidad, tarea que se ha propuesto la investigación realizada para el presente artículo.

2. Estado del arte y debate teórico: vinos, destilados y chocolate en tiempos de piratas

Las bebidas del siglo XVII permitieron formar redes de producción, transporte y comercio en las colonias americanas. En el caso del cacao, los cultivos principales habían estado tradicionalmente en Mesoamérica; pero la colonización del imperio español impulsó un traslado de la mano de obra de la agricultura a la minería, lo cual causó la declinación de la producción de cacao en el Virreinato de Nueva España (Hernández, 2009), aunque esta tradición ha logrado mantenerse viva hasta hoy (Martínez, 2021). Este cultivo se extendió hacia dos nuevos polos: Venezuela en el Caribe y el Reino de Quito en América del Sur. Venezuela se consolidó como productor a gran escala de cacao, con vistas a abastecer el mercado europeo; se generó así una tradición productiva que se ha mantenido vigente hasta la actualidad (Pérez et al, 2021). El otro centro de producción se estableció en el Reino de Quito, donde las condiciones de climas y suelos resultaron particularmente propicias; a comienzos del siglo XVII, la producción de cacao de Quito logró grandes volúmenes y a menores precios, con lo cual se puso en marcha un intenso flujo de exportación de cacao hacia el mercado novohispano (Soler, 2014). La prohibición del intercambio comercial entre el Virreinato de Nueva España y el del Perú, impuesta por la Corona española en 1630, interrumpió estos flujos formales, pero con relativamente poco tiempo, estas corrientes se orientaron hacia el contrabando que ingresaba fluidamente por el puerto de Acapulco (Hernández, 2009; Miño, 2009). Desde la perspectiva de los piratas, el cacao era un producto accesible tanto en el Caribe (abastecido desde Venezuela) como en el Pacífico Sur (provisto por el reino de Quito).

El acceso a las bebidas alcohólicas, en cambio, variaba radicalmente entre ambos escenarios. En el Caribe, el trago más popular era el aguardiente de caña de azúcar, debido a la abundancia de plantaciones de cañaverales. La enorme producción de los ingenios de Cuba, Haití, Jamaica y Venezuela, aseguraba la disponibilidad de grandes volúmenes de azúcar a bajo costo, lo cual facilitaba la elaboración del destilado. Esta bebida se popularizó entre la población subalterna formada por esclavos, fugitivos, mestizos, bucaneros, filibusteros y piratas.

En la tradición coctelera latinoamericana, la definición es la siguiente: “rhum, rum o ron: aguardiente obtenido por la destilación de la melaza, a la cual se la hace fermentar previamente. Es originario de las Antillas. Hay de color blanco y de color negro” (Kardahi y Echenique, 1969: 273). El concepto “ron” se originó a mediados del siglo XVII en el Caribe, dentro del espacio geoeconómico británico. Desde el punto de vista etimológico, ron proviene de la abreviación de la palabra de origen británico *rubillion*, ‘tumulto’, por las refriegas que ocasionaba el consumo de este licor” (Corominas, 2000: 512).

Así como en el Caribe reinaba el ron, en el sur de América surgieron otras bebidas alcohólicas, sobre todo el vino y el aguardiente de uva, que dio lugar a dos bebidas típicas: el pisco de Perú (Dargent, 2013) y el pisco de Chile (Cofré y Stewart, 2020; Lacoste, 2016). En el siglo XVII el principal polo vitivinícola de América del Sur se encontraba en Perú (Lacoste, 2004). En este territorio se hicieron famosos los vinos del valle de Ica, 200km al sur de Lima, y exportados rumbo al norte a través del puerto de Pisco; y los vinos del sur corregimiento de Arequipa, principalmente el valle de Moquegua, destinados al mercado de Potosí (Buller, 2011). La revisión de las crónicas piratas representa una nueva fuente, hasta ahora inexplorada, para comprender mejor la evolución de este patrimonio agroalimentario y cultural de América Latina.

3. Los piratas y el ron

Los piratas y corsarios tuvieron un papel relevante en la difusión del ron, primero a escala regional y luego, a nivel global. La abundancia de plantaciones de caña de azúcar en el Caribe, generó las condiciones para facilitar la elaboración de aguardiente en grandes volúmenes y a bajo costo. En el siglo XVII este destilado alcanzó altos niveles de difusión en los sectores populares: esclavos, fugitivos, campesinos, piratas y filibusteros.

En los ciclos de acción y festividad de los piratas, el ron ocupaba en papel central en la etapa de disfrute del botín. Después de cada expedición exitosa, signada por la captura de ricas presas, los piratas distribuían el botín rigurosamente entre los participantes, incluyendo indemnizaciones consensuadas para los heridos en combate. Después de distribuir el botín, los piratas realizaban dos o tres semanas de fiestas en las cuales despilfarraban el dinero con prostitutas y alcohol. En una noche podían gastar entre dos y tres mil pesos de ocho reales (Exequemelin, 1678: 111-112). Una vez gastados los recursos, volvían a embarcarse en una nueva aventura, para recomenzar el ciclo. Durante la nueva campaña, no se realizaban nuevas fiestas, pero se mantenía un consumo moderado en forma cotidiana en el barco, como parte de la cultura de los piratas.

El ron era regularmente utilizado también para enfrentar los días fríos. Cuando los piratas viajaban del Atlántico al Pacífico por mar, solían desviarse enormemente de la ruta trazada originalmente, y podían acercarse peligrosamente al extremo sur. Esto ocurrió en 1684 y la solución fue incrementar el consumo del destilado: “en la latitud de 60° hace tan extremadamente frío que podíamos soportar beber 3/4 de brandy en 24 horas cada hombre, y no estar mal porque rápidamente que quemaba” (Cowley, 1699: 27).

Las negociaciones internacionales entre Grandes Potencias en torno a la cuestión pirata, se vieron fuertemente influidas por este sustrato cultural. Sobre todo cuando Gran Bretaña asumió ante España, a cambio de la soberanía sobre la isla de Jamaica, la responsabilidad de terminar con la impunidad de los piratas y reducir sensiblemente sus actividades. Para avanzar en esta dirección, la armada real convocó a los piratas a integrarse a sus filas, lo cual fue aceptado por muchos de ellos. Una vez incorporados a la Royal Navy, los piratas comenzaron a exigir sus raciones cotidianas de ron, lo cual fue aceptado –no sin escándalo de algunos oficiales– por parte del almirantazgo. En 1687 el almirantazgo británico estableció que la ración de los buques de guerra británicos incluyera 568 ml de ron, mitad al medio día y mitad a las 6 de la tarde. Esta norma estuvo vigente durante casi dos siglos (Parramón, 1993, 4: 1101-1106; 6: 1621-1626).

La literatura de piratas, escrita en el siglo XIX para dar cuenta de aventuras de los siglos XVII y XVIII, se apoyó en estas costumbres para detallar los escenarios en los cuales se desenvolvían las acciones. La literatura puso al ron en el centro de la cultura material de sus personajes piratas, tal como se reflejó en la novela de Stevenson, *La isla del Tesoro*, en la cual, las referencias al consumo de ron por parte de los piratas son permanentes. El texto incluye 49 menciones explícitas al ron, bebida que se encuentra presente a lo largo de toda la novela como parte importante de la vida cotidiana de los piratas.

4. Los piratas, el vino y el pisco

Los tratados anti-piratas anglo-hispanos, motivaron el desplazamiento parcial de los piratas de escenario: cientos de filibusteros, bucaneros y piratas atravesaron América Central y extendieron sus correrías hacia Panamá primero, y las costas del Pacífico después. En este contexto, su demanda de bebidas alcohólicas pasó del ron al vino y a el aguardiente de uva, base del pisco. Al sur de Panamá no regían las leyes españolas que prohibían el cultivo de la viña y la elaboración del vino, como sucedía en el virreinato de Nueva España. Los piratas notaron rápidamente el cambio poco después de llegar al nuevo teatro de operaciones. En efecto, en abril de 1680, cuando apenas llevaba un mes en aguas del Mar del Sur, la expedición de Sharp capturó un barco mercante, procedente de El Callao con destino a Panamá, cargado con 1400 botijas de vino y brandy. Los piratas se apoderaron de esta carga y la vendieron luego a muy buen precio: 3.000 pesos a más de 2 pesos por botija (Sharp, 1699: 45-48). Este acontecimiento serviría de presentación para el nuevo ambiente en el cual se iban a desenvolver las correrías de los piratas por las costas del Pacífico sudamericano.

En efecto, los climas y suelos del Cono Sur ofrecían nichos ecológicos particularmente favorables para la vitivinicultura. En este contexto, en el Virreinato del Perú y, sobre todo, en

la Capitanía General de Chile, incluyendo la provincia de Cuyo (Mendoza y San Juan, actual Argentina) floreció una promisorio cultura de la vid y el vino. Las crónicas de los piratas mencionan los vinos de estos territorios. La toma del puerto de Hilo les permitió detectar allí la abundancia de vino, proveniente de Moquegua (Sharp, 1699: 81; Cook, 1712: 232). En Chile, los piratas coincidieron en destacar la presencia de vino en Huasco y Coquimbo (Sharp, 1699: 106). Con relación a Mendoza, se afirmó que “elabora grandes cantidades de vino, brandy y aceite” (Rogers, 1712: 78). Para destacar el valor que tenía el vino, una de las crónicas sostiene que a mediados del siglo XVI, cuando esta bebida era todavía escasa, se vendía al fabuloso precio de 500 por arroba (Cook, 1712: 172).

Los piratas detectaron el fuerte estímulo que representaba la demanda de vino de la populosa ciudad de Potosí, con su enorme producción minera. Las crónicas mencionan también el aceitado sistema de transporte terrestre que facilitaba la distribución del vino en aquel dinámico mercado, a través de caravanas de llamas u “ovejas de la tierra”: “ellos tienen ovejas de extraordinario tamaño, con largos cuellos, en las cuales ellas transportan botijas con vino y aceite” (Rogers, 1712: 79).

Los piratas detectaron también la presencia de viñedos en zonas periféricas, con climas menos adecuados para su desarrollo, lo cual fue notado por los piratas. Los casos de Cabo Verde y Paraguay son buenos ejemplos. Los piratas prestaron atención a los vinos de las islas de Cabo Verde, descubiertas por los portugueses en el siglo XVI y colonizadas por ellos en los cinco siglos posteriores (Dampier, 1697: 79). En el caso paraguayo, conocido es su protagonismo en la vitivinicultura americana en el siglo XVII, cuando esta provincia tenía más viñedos que la región de Cuyo. Las crónicas piratas de los británicos incluyeron algunas referencias sobre la escasamente conocida viticultura paraguaya de aquellos tiempos. La mención corresponde a una hacienda de las misiones jesuitas, donde se cultivaban frutales, huertas, raíces, hierbas, flores y viñedos que “producen 500 grandes cascos de vino por año (...) el cual muchas veces es tan apreciado que cada casco se tasa en \$20 o 30” (Rogers, 1712: 73). Estos precios eran sumamente elevados, pues representaban diez veces el valor de mercado en las zonas productoras de Chile y Perú; pero la escasa producción local y la alta demanda de vino presionaban los precios al alza. Por aquel entonces los vinos del Paraguay competían en el mercado de Buenos Aires con los de Cuyo pero con el correr del tiempo, los vinos de Mendoza y San Juan terminaron por desplazar definitivamente a los vinos paraguayos (Lacoste, 2004).

A poco tiempo de establecerse en el nuevo escenario del Pacífico Sur americano, los piratas advirtieron el cambio de cultura alcohólica con relación al Caribe. Pronto se puso en evidencia que no había allí abundancia de ron, pero que podían proveerse de vinos y aguardientes de

uva. Estas bebidas fueron objetivo primordial en sus correrías. Cada vez que tomaban por asalto un barco mercante o una ciudad, los vinos y destilados figuraban entre los bienes más buscados junto a las joyas y metales preciosos (Dick, 1684: 91; Ringrose, 1685: 59 y 127; Cowley, 1699: 32). Particular valoración tuvieron por las 18 botijas de vino que lograron extraer de Arica, después de ser derrotados en cruenta batalla (Ringrose, 1685: 189).

Las referencias a vinos y aguardientes sudamericanos fueron constantes en las crónicas y diarios piratas de fines del siglo XVII. Los cargamentos de los barcos que servían la ruta de Perú a Panamá solían estar bien provistos de vino y aguardiente, lo cual era celebrado por los piratas. Davis y Swan se dividieron las cuatro botijas de aguardiente que apresaron cerca de la isla de la Gorgona en 1685 (Damier, 1697: 167). Estos productos también eran requeridos en las negociaciones para rescatar ciudades y evitar su destrucción. En algunos casos, los piratas expresaron su sorpresa al encontrar vinos en pequeñas aldeas, en el Huasco, en Chile (Sharp, 1699: 106). Además, cuando se enviaba una partida exploradora de piratas, a bordo de una canoa, se les entregaban botijas de vino como parte de las provisiones (Ringrose, 1685: 170).

El valor del vino se puso en evidencia con motivo de las correrías de los piratas. La comunidad española comprendió que este producto era el más buscado por los piratas cuando tomaban como presa un barco o una ciudad, junto con las joyas y la plata labrada. Se formó así una tríada de productos de alto valor que se procuraba poner a salvo y ocultar en caso de invasión pirata; en compensación, las poblaciones locales optaban por facilitar a los piratas productos considerados de menor valor y mayor facilidad de reposición, como frutas, maíz, aves de corral, ovejas, cabras. Este fue el proceder de los vecinos de Huasco en el otoño de 1681: “al estar sobre aviso de nuestra llegada, antes de nuestro desembarco, los habitantes ocultaron sus vinos y otros productos, como plata y joyas; por lo tanto, nuestro botín en ese lugar fue poco considerable, a pesar de algunas provisiones” (Ringrose, 1685: 185).

Para los piratas de la expedición de Sharp, el vino llegó a considerarse como alimento esencial, capaz de contribuir eficazmente a su existencia. Al debatir sobre la posibilidad de regresar al caribe por mar, a través del Estrecho de Magallanes, se produjo una fuerte discusión entre los que estaban a favor y los que estaban en contra de este peligroso viaje por tierras extranjeras, sin puertos amigos donde abastecerse. El punto crítico fue la disponibilidad de alimentos para realizar una travesía tan larga; el tema fue resuelto a partir de la partida capturada al barco español Santo Rosario, cargado con frutas, aceite y fundamentalmente, 550 botijas de vino y aguardiente (Sharp, 1699: 124). Este aporte fue el argumento decisivo que inclinó a los piratas para apoyar la propuesta de regresar al Caribe por mar: “Y ahora habíamos capturado en el Rosario una buena reserva de provisiones, especialmente de vino

y brandy, suficiente para durar, como esperábamos, para un viaje así; si disminuyéramos al aventurarnos más, no sabíamos cuándo volveríamos a estar tan bien provistos” (Dick, 1684: 100). Con estas provisiones, los piratas realizaron su viaje de seis meses, para trasladarse desde el Pacífico Sur hasta el Caribe por el Atlántico.

En el caso peruano, los piratas se refirieron al “famoso vino” del puerto de Pisco, el cual se elaboraba en el valle de Ica, exportado a través del puerto de Pisco (Damier, 1697: 188). La crónica pirata mencionaba el puerto y no el lugar de elaboración, el valle de Ica; lo mismo ocurrió con el vino de Moquegua: los piratas lo descubrieron en el puerto de Hilo, y lo calificaron de “buen vino” (Sharp, 1699: 84).

Los vinos chilenos fueron apreciados durante el asalto de Sharp a La Serena en diciembre de 1680. Sobre la base de esta experiencia, uno de los testigos tuvo oportunidad de pronunciarse al respecto, y señaló que allí tenían “muy buen vino” (Pirata anónimo, 1684: 55). En otro momento, las crónicas piratas expresaron su reconocimiento a los vinos de Chile en su conjunto: “ellos tienen nobles y generosos vinos, ambos, tintos y blancos; sus viñas son grandes y sus racimos de uva son mayores que todos las de Europa” (Rogers, 1712: 301). En las áridas tierras del norte de Chile se desarrollaba entonces la vitivinicultura del desierto, en poca cantidad, pero de singular calidad. Uno de sus vinos típicos era elaborado con la técnica del asoleado de las bayas, lo cual permitía concentrar los azúcares de la uva en menor volumen; este vino se hizo famoso y a partir del siglo XVIII comenzó a llamarse “pajarete”, siendo el vino escogido más antiguo de América (Castro et al, 2016).

5. Contenedores, botijas y piscos

Particular interés despertó en los piratas los envases, tanto para bebidas alcohólicas capturadas en sus correrías, como para las reservas de agua dulce que necesitaban asegurarse en sus barcos. En sus crónicas, los escritos piratas dedicaron un espacio significativo a los envases, lo cual refleja la importancia práctica que tenían en aquellas agitadas correrías. Dentro de los envases más mencionados en las crónicas figuran las botijas, entre ellas la que evolucionaron hacia los famosos piscos.

En este contexto, el recipiente que con mayor fuerza capturó la atención de los piratas en el Pacífico sudamericano fue la botija (“jar”). Era un contenedor de cerámica de una arroba de capacidad (36 litros), que a partir del siglo XVIII fue llamada “pisco”. Este recipiente devenía de la antigua tradición inca, destacada en el manejo de la alfarería; tenía la particularidad de su forma cónica, con base en punta, para facilitar su apoyo en la arena. Los piratas se asombraron al ver la constante presencia de estas botijas de cerámica en barcos mercantes,

puertos y caletas a lo largo de toda la costa del Pacífico suramericano (Rogers, 1712: 129; Ringrose, 1685: 170). Asimismo, los ingleses detectaron que la principal fuente de estas botijas se encontraba en el puerto de Pisco, 50 leguas al sur de El Callao:

Los españoles en estos mares llevan todo su vino, aguardiente y aceite, en tinajas de 7 u 8 galones. Cuando atracan en Pisco (40 leguas al sur de Lima, y famoso por el vino), no traen otra cosa que botijas de vino, y estiban un nivel encima de otro de manera tan artificial que apenas podríamos hacer lo mismo sin romperlas: sin embargo, a menudo llevan de esta manera 1500 o 2000 o más botijas en un barco, y rara vez rompen una (Dampier, 1697: 188).

Llama la atención el avanzado nivel de estandarización de recipientes que el comercio hispanocriollo había establecido en el Pacífico sudamericano. El empleo de contenedores de similar forma y tamaño, representaba un notable adelanto para optimizar los procesos, al disminuir el tiempo de trabajo de carga y descarga, y facilitando el intercambio comercial.

Los piratas advirtieron rápidamente las facilidades que representaba contar con este equipamiento y para solucionar problemas prácticos a bordo, como la falta de agua. Esta era un bien escaso en aquellas expediciones piratas, y con frecuencia, se generaban problemas. En una de las travesías, la flota de los filibusteros debió soportar un largo periodo sin recalar en puertos para recargar agua dulce. Uno de los registros mencionaba que por falta de reservas, se estableció una ración de “tres pintas de agua por hombre al día” (Rogers, 1712: 125). Pero hubo situaciones todavía peores, y fue necesarios reducir la ración diaria a “cinco onzas de carne y una pinta de agua” (Dick, 1684: 59). La extrema escasez generó un mercado negro que, en algunas oportunidades, llegó a pagarse la suma de 30 pesos de ocho reales por una pinta de agua (Dick, 1684: 58 y 60; Pirata anónimo, 1684: 46). En este contexto, el descubrimiento de las botijas de cerámica ofreció una solución para ampliar la capacidad de bodegaje para agua dulce. En Perú los piratas adoptaron estas botijas para almacenar sus reservas de agua fresca a bordo de la escuadra. Los diarios incluyen relatos sobre escenas en las cuales los piratas estaban cargando masivamente botijas de agua en sus barcos, 150 una vez (Pirata anónimo, 1684: 84) y 500 en otra oportunidad (Ringrose, 1685:184). Naturalmente, para vaciar los recipientes de vino, se organizaban fiestas y celebraciones en las cuales todos quedaban borrachos (Dampier, 1697: 188). En algunos casos, el traslado de las botijas cargadas con agua desde tierra firme hasta los barcos representaba un problema logístico considerable por la falta de embarcaciones de carga intermedias (Pirata anónimo, 1684:184). Pero preferían pagar este costo antes de quedarse sin reservas de agua.

La atracción que les causaron las botijas de cerámica terminaría por costar caro a Sharp y sus amigos. En el juicio realizado en las cortes inglesas después del viaje, este fue uno de los elementos que destacaron sus adversarios para representar la ilegalidad de sus acciones.

Finalmente, la sentencia de la corte declaró culpable a Sharp y sus compañeros por el robo de “500 great bottles of Nasta wine worth 200 pounds (sic)” (Dick, 1684: 122). Al parecer, los escribanos ingleses cometieron una errata involuntaria por desconocimiento de los paisajes vitivinícolas del Cono Sur, motivo por el cual escribieron “Nasta” en vez de “Pisco”, tal como acertadamente recogieron los cronistas. La condena fue, por lo tanto, por el robo de 500 botijas grandes de vino de Pisco, valuadas en 200 libras esterlinas.

La aguda capacidad de observación del pirata, le permitió detectar el proceso de evolución en el cual se encontraba la denominación de este contenedor. De acuerdo al estado actual de los conocimientos sobre el tema, este contenedor se comenzó a llamar “pisco” a mediados del siglo XVIII (Lacoste, 2016). El cronista detectó indicios de la evolución de su nombre, debido al puerto de embarque y la función: en otro pasaje lo denomina “Jar of Pisco wine” (botija de vino de Pisco) (Dampier, 1697: 157). Este documento representa, probablemente, el eslabón perdido en la metamorfosis nominal de este contenedor que pasó de “botija” en el siglo XVII a “pisco” en el XVIII. El aporte de los diarios y crónicas piratas contribuye a adelantar el uso y estandarización de estos envases para fines del siglo XVII.

En el caso del pisco se produjo una situación especial. De acuerdo a la documentación disponible sobre el tema, en el siglo XVII no se usaba todavía el nombre “pisco” para denominar al aguardiente de uva, ni en Chile ni en Perú. En Perú, en el siglo XVII se comenzó a utilizar la expresión “aguardiente de Pisco” y “aguardiente de Moquegua” mencionando los lugares de procedencia; pero para la denominación “pisco”, a secas, el antecedente más antiguo documentado hasta ahora corresponde a 1825 mientras que, en Chile, data de 1717 (Cofré y Stewart, 2020). Para el caso de Chile, el principal polo de producción de pisco surgió en el Corregimiento de Coquimbo, en el norte de Chile, y los piratas tuvieron un papel decisivo, al desencadenar los acontecimientos que culminaron con el nacimiento de este producto típico patrimonial. El punto crítico fue el ataque del pirata Bartolomé Sharp a la ciudad de La Serena en diciembre de 1680.

6. Los piratas y el chocolate

Los piratas se interesaron vivamente por el cacao, con el cual aprendieron a elaborar el chocolate como bebida líquida, al estilo de los pueblos indígenas americanos. Las crónicas y diarios del siglo XVII muestran el interés que estos productos despertaban en las tripulaciones de bucaneros y filibusteros. Los piratas se acostumbraron a apreciar y consumir cacao y chocolate en el Caribe, donde era abundante; y posteriormente, al recorrer el Pacífico, descubrieron que allí también podían encontrar este alimento, lo cual ponderaron muy positivamente.

En el teatro de operaciones del Caribe, los piratas detectaron la relevancia que tenía el comercio de cacao en la región. Para abastecer sus asientos en Jamaica y la isla de la Tortuga, el proveedor más cercano se encontraba en la isla La Española, (Haití / Dominicana), donde había “abundancia de cacao, dando ocasión a los moradores de fabricar rico chocolate” (Exequemelin, 1678: 29). De todos modos, el principal polo productivo caribeño estaba en Venezuela. Los barcos mercantes recalaban regularmente en Maracaibo y Gibraltar para abastecerse de Cacao. A ello se sumaba la producción de Nueva España, que también se consideraba importante. En 1660 los piratas capturaron un mercante español en viaje de Veracruz a La Habana con 120.000 libras de cacao (Exequemelin, 1678). Más adelante, al pasar a aguas del Pacífico, los piratas se encontraron un nuevo polo productivo de chocolate: el Reino de Quito. A pesar de la fama que este territorio había alcanzado con la producción textil de sus obrajes, para los piratas, el rubro más importante era el dulce alimento. En efecto, en las crónicas elaboradas con motivo de la toma de Guayaquil en 1687, los piratas afirmaron: “el solo negocio es el cacao con el cual hacen el chocolate” (Lussan, 1699: 302).

La predilección de los piratas por el cacao era permanente. Cuando capturaban barcos mercantes o ciudades, la presencia de cargamentos de cacao era considerado de gran interés (Exequemelin, 1678; Dick, 1684: 59 y 89; Pirata anónimo, 1684: 37; Sharp, 1699: 122; Lussan, 1699; Rogers, 1712: 166, 172-173). Para los piratas, el cacao y el chocolate se convirtieron en una compensación relevante por las penurias que sufrían en aquellos viajes. Cuando tenían oportunidad de descender a tierra donde hubiera plantas de cacao, procuraban llevar algunos frutos a bordo, tal como se refleja en el siguiente pasaje. “Talamos algunos árboles de cacao y trajimos cien o doscientos frutos a bordo para refrescar a nuestros hombres, que estaban muy débiles” (Cowley, 1699: 49). El placer que causaba el cacao en los piratas hizo que, cuando los barcos capturados llevaban cargas de este alimento, las mismas se distribuyeran entre la tripulación, tal como ocurrió en la captura del Santa Josepha, mercante de 50 toneladas que viajaba de Guayaquil a Trujillo (Rogers, 1712: 127).

Los piratas establecieron un lazo especial con el cacao durante sus viajes por el Pacífico, y llegaron a reconocer a la planta productora como “el mejor árbol del mundo” (Cowley, 1699: 52), o bien, como “el mejor en todo el universo” (Ringrose, 1685: 99). Además aprendieron a apreciar la bebida cremosa que se elaboraba a partir de ella, no solo como alimento placentero, sino también como aporte a la salud y prevención de graves enfermedades: “el grano que está dentro de la cáscara, raspado y molido, hará una buena leche. No sabrás si fue tomada de la vaca. Esa leche, siendo hervida, hará un buen aceite para comer con arroz. Muy agradable para beber y muy buena contra el escorbuto” (Cowley, 1699: 52-53).

El interés de los piratas por el cacao los llevó a aprender las técnicas de preparación. En uno de los diarios se relata el encuentro con autoridades españolas sorprendidas por los inesperados viajeros, y la creación de un ambiente de confianza, que llevó al gobernador a transmitir los conocimientos para el manejo del cacao y la obtención del delicioso chocolate (Cowley, 1699: 55). El consumo del chocolate como bebida se incorporó a la cultura pirata, con raciones diarias de una pinta: “nosotros teníamos cada mañana un vaso de una pinta de este placentero licor” (Ringrose, 1685: 135).

Los piratas reconocieron al reino de Quito como la gran capital productora de cacao en la región (Lussan, 1699; Ringrose, 1685: 99). De acuerdo a sus estimaciones, el Reino de Quito exportaba anualmente 30.000 cargas de 81 libras de cacao y a veces, el doble (Rogers, 1712: 172). También advirtieron el alcance de las redes comerciales que, a partir del puerto de Guayaquil, se proyectaban hacia América y Asia: “Ellos producen aquí tanto cacao que alcanza para todo el Reino del Perú; y mucho de él se envía a Acapulco, y de allí a las Islas Filipinas” (Dampier, 1697: 148).

El cacao se transportaba como un verdadero tesoro. Iba cuidadosamente empacado, envuelto en paños de seda. Así lo encontraban los piratas cuando capturaban barcos mercantes que salían del puerto de Guayaquil hacia Panamá. La captura de estas cargas era positivamente destacaba en los relatos piratas: “En la vasija se encontraron cincuenta paquetes de cacao-nuez, como el chocolate, envuelto en paquetes de seda cruda” (Ringrose, 1685: 110). Igual que ocurrió con otros productos, como la harina, el ron y el vino, los piratas expresaron su predilección por el cacao y el chocolate. Mencionaron estos productos recurrentemente en sus crónicas, y contribuyeron a la difusión de estos productos americanos.

7. Conclusión

El contacto de los piratas con las bebidas alcohólicas (vinos y destilados) y no alcohólicas (chocolate) fue un viaje de ida y vuelta. Estos productos influyeron en los piratas y a la vez, fueron influidos por ellos. Se produjo un vínculo entre ambos, lo cual contribuyó al proceso de patrimonialización, que culminó con la mundialización del ron y la difusión de otros productos como el cacao de Guayaquil y en parte también, los vinos y piscos de Chile y Perú.

Tal como se ha visibilizado a través del cine y la literatura, comenzando con *La Isla del Tesoro* (1883), los piratas tuvieron una relación particularmente intensa con el ron durante sus correrías en el Caribe. Ellos contribuyeron a popularizar y mundializar este destilado, particularmente después del tratado anglo-español por el cual España reconoció la soberanía

británica sobre Jamaica a cambio de neutralizar a los piratas. La adopción de la ración diaria de ron en los reglamentos de la Royal Navy, fue un hito dentro de este proceso. La abundancia de ron a bordo, contribuía a generar un ambiente de tensión y conflicto en los barcos. Con frecuencia se producían peleas entre los marineros. Para mantener la disciplina, los oficiales usaban castigos corporales incluyendo azotes. El problema se agravaba cuando los propios jefes estaban ebrios y se excedían en los castigos, abusando de su poder. En el siglo XIX los almirantes realizaron un proceso gradual de reducción del ron en los buques. En 1824 se canceló la ración vespertina y solo se mantuvo la del mediodía. En 1850 esta se redujo de 568 a 142 ml. La reducción de la ración de ron fue resultado de nuevas negociaciones, en las cuales, finalmente, los damnificados cedieron a cambio de su sustitución por otras: té y cacao. En todo caso, a pesar de las alarmas de los higienistas, el ron estaba tan profundamente arraigado en la tradición de la marina británica, y recién a fines del siglo XX se pudo suprimir.¹ Para entonces, el ron ya se había instalado como un destilado de gran popularidad (Gjeltén, 2015).

Los vinos y destilados de Perú y Chile también fueron apreciados por los piratas. Ellos dejaron registros de la enorme valoración que hicieron de estas bebidas durante sus correrías en el Pacífico sudamericano, tanto cuando capturaban botijas en barcos mercantes como en las ciudades y puertos. Los piratas reconocieron la abundancia de los vinos del valle de Ica y de Moquegua, aunque sólo mencionaron a los puertos de embarque: Pisco a Hilo respectivamente. También supieron valorar los vinos del norte de Chile, sobre todo de Huasco y Coquimbo.

A través de sus crónicas y memorias, los piratas construyeron un sistema de valoración general de los vinos de Perú y Chile. De acuerdo a sus registros, los vinos más famosos eran los del valle de Ica, que salían al mercado por el puerto de Pisco. Menos fama pero mayor calidad tenían los vinos de Moquegua, que se distribuían por el puerto de Hilo: estos tenían la jerarquía de “buen vino”. Los piratas atribuyeron mayor calidad a los vinos de Chile, que calificaron de “nobles y generosos”. En el tope de gama situaron al vino del Corregimiento de Coquimbo, calificados de “muy buen vino”. Probablemente se referían a los vinos escogidos de las zonas más áridas de la región, en los bordes del desierto de Atacama, luego conocidos como “pajarete”.

En el mundo del aguardiente, los piratas descubrieron en el Pacífico sudamericano, el destilado de uva, conocido después como pisco de Chile y Perú. En sus crónicas no incluyeron

¹ En 1881, se prohibió el ron para los oficiales. Las normas se extendieron más tarde a suboficiales (1919) y finalmente a los marineros (1970). (Parramón, 1993 4:1106; 6: 1623-24).

valoraciones de estos aguardientes; pero en general, exhibieron una manifiesta valoración de estos destilados y los atesoraban con máximo cuidado cada vez que obtenían algunas botijas. Inclusive el cargamento capturado al buque mercante Santo Rosario, con 550 botijas de vinos y aguardientes de Pisco, fue la clave de su regreso a casa, para sostener un viaje de siete meses sin escalas. Con este cargamento, los piratas tomaron contacto con el pisco peruano antes que éste tuviera su nombre definitivo, y lo llevaron hacia el Atlántico Sur y al Caribe, a la vez que reconocieron su existencia en las cortes de justicia británicas. A la vez, los piratas contribuyeron al desarrollo del pisco chileno, al impulsar la colonización del valle de Elqui, lugar desde donde se instalaron las haciendas con viñedos, bodegas y alambiques, que pusieron en marcha el desarrollo del destilado emblemático de Chile.

La interacción de los piratas con el cacao de Guayaquil, y su patrimonialización fue también registrada por las crónicas. Los piratas establecieron un estrecho vínculo con el cacao; aprendieron a cosecharlo, tratarlo y elaborarlo para obtener el chocolate; aprovecharon este alimento para alimentarse y prevenir el escorbuto por sus aportes vitamínicos. Y llegaron también a valorar el cacao del Reino de Quito como “el mejor del mundo”. Esta tradición se extendió también a la cultura marinera, y cuando los almirantes ingleses se vieron en la necesidad de disminuir el ron, su objetivo se vio facilitado gracias a la sustitución del chocolate. De este modo se cerraría a fines del siglo XX, el ciclo de las bebidas piratas iniciado en el XVII.

Bibliografía

Anonymous Pirate. 1684. *The Voyage and Adventures of Bartholomew Sharp and Others in the South Sea*. The Dampier Collection vol. 15. Orlando: The Tames Maritime Press, 2022.

Borges, I. 2020. “[A rainha Isabel de Aragão nas imagens do vinho do Porto: cartazes e rótulos](#)”. *RIVAR*, Vol. 7, No, 21, pp. 158-189.

Buller, C. 2011. *Vinos, Aguardiente y mercado. Auge y declive de la economía del vino en los valles de Arequipa (1770-1853)*. Lima: Centro de Estudios Andinos.

Burney, J. 1816. *Historia de los bucaneros de América*. Prólogo de Juan Marchena. España: Editorial Renacimiento, 2007.

Castro, A. ; P. Pszczółkowski; F. Mujica; P. Lacoste; E. Núñez; C. Cofré; M. L. Adunka; N. Soto. 2016. “El pajarete de Huasco y Elqui (Chile). Historia de un vino escogido”. *Idesia*, Vol. 34, No. 4, pp. 85-99.

Cofré, C. y Stewart, D. 2020. “[Viña, alambiques y “veinticinco botijas de pisco”](#)”. *Alhué, 1717*”. *RIVAR*, Vol.7, No. 20, pp. 88-107.

- Corominas, J. 2000. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 3 edición, 10 reimpresión, 627 p.
- Cook, E. 1712. *A voyage to the South Seas and Round the Word (1708-1711)*. Orlando: Tomes Maritime Press, 2022, 608 p. The Dampier Collection vol. 19.
- Cowley, W. 1699. *Cowley's Voyage Round the Globe*. Columbia: Tomes Maritime Press, 2022, 160 p. The Dampier Collection vol. 11.
- Dampiere, W. 1697. *A New Voyage Round the World*. Orlando: Tomes Maritime Press, 2022, 137 p. The Dampier Collection vol. 1.
- Dargent Chamot, E. 2013. *Vino y pisco en la historia del Perú*. Lima: Fondo Editorial Universidad San Martín de Porres.
- Dick, W. 1684. *William Dick's South Sea Voyage*. Orlando: Tomes Maritime Press, 2022, 137 p. The Dampier Collection vol. 13.
- Exquemeling, A. O. 1678. [*Los piratas de América*](#). Traducción de Miguel Barrios y Valle. Fundación El Libro.
- Foss, R. 2012. *Rum: A Global History*. Londres: Reaktion Books.
- Funnell W. 1707. *Funnell's Voyage Round the World*. Orlando: Tomes Maritime Press, 2022, 237 p. The Dampier Collection vol. 16.
- García Álvarez, L. B. 2021. "[Los grandes festivales sidreros durante el franquismo y la institucionalización de la cultura sidrera](#)". *RIVAR*, Vol. 8, No. 23, pp. 90-106.
- Gjelten, T. 2015. *Bacardí y la larga lucha por Cuba*. España: Principal de los Libros-Futurbox Project, 475 p.
- Hernández Jaimes, J. 2009. "[El fruto prohibido. El cacao de Guayaquil y el mercado novohispano, siglos XVI-XVIII](#)". *Estudios De Historia Novohispana*, No. 39, pp. 43-79.
- Jiménez García, J. L. 2021. "[La Fiesta de la Vendimia de Jerez a través de los carteles y sus autores \(1948-2019\)](#)", *RIVAR*, Vol. 8, No. 22, pp. 68-97.
- Kardahi, M.; R. Echenique. 1969. *El arte de la exquisitez y del buen beber*. Buenos Aires: Sopena.
- Lacoste, P. 2004. "La circulación de los polos vitivinícolas en América del Sur (siglos XVI-XX)". *Universum*, Vol. 19, No. 2.

- Lacoste, P. 2015. "[El Malbec de Francia: la Denominación de Origen Controlada "Cahors". Historia y perspectivas](#)". *Idesia*, Vol. 33, No. 1, pp. 113-124.
- Loveman, K. 2013. "The Introduction of Chocolate into England: Retailers, Researchers, and Consumers, 1640-1730". *Journal of Social History*, Vol. 47, No. 1, pp. 27-46.
- Lussan, R. de. 1699. [Journal du voyage a la mer du Sud avec les filibustiers de l'Amérique en 1684 et années suivantes](#). Paris: chez Jacques le Febvre.
- Martínez Salvador, L. E. 2021. "[Gobernanza territorial y protección institucional para el desarrollo de Sistemas Agroalimentarios Localizados \(SIAL\). Análisis de dos cultivos ancestrales en América Latina: quínoa de Bolivia y cacao de México](#)". *RIVAR*, Vol. 8, No. 23, pp. 33-50.
- Miño Grijalva, M. 2009. "[El cacao de Guayquil en Nueva España. Siglo XVIII](#)". *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 25, No. 1, pp. 1-18.
- Morales, E. 1942. *Exploradores y piratas en América del Sur: Historia de la Aventura*. Buenos Aires: Editorial Americana.
- Negrín de la Peña, J. A. 2021. "[Las fiestas del vino en La Mancha: folclore e identidad](#)". *RIVAR*, Vol. 8 No. 23, pp. 71-89.
- Norton, M. 2006. "Tasting Empire: Chocolate and the European Internalization of Mesoamerican Aesthetics", *The American Historical Review*, Vol. 111, No. 3, pp. 660-691.
- Pérez, E.; R. Guzmán; C. Álvarez; M. Lares; K. Martínez; G. Suniaga, & A. Pavani. 2021. "[Cacao, Culture and Heritage: A Habitat of Fine Aroma in Venezuela](#)". *RIVAR*, Vol. 8, No. 22, pp. 146-162.
- Parramón, J. M. (director). 1993. "Vida en las unidades de la Royal Navy en el siglo XVIII". *Navíos y Veleros*. Barcelona: Planeta, Vol. 4, pp. 1101-1106.
- Parramón, J. M. (director). 1993. "Vida en la Marina del siglo XIX". *Navíos y Veleros*. Barcelona: Planeta, Vol. 6, pp. 1621-1626.
- Piatt, W. 1999. *The attack of Panama City by Henry Morgan*. Pensilvania: Master Thesis- Faculty of the U.S. Army Command.
- Serrano Mangas, F. 1984. "El proceso al pirate Bartholomew Sharp". *Temas Americanistas*, No. 4, pp. 38-49.
- Ramos Santana, A. 2018. "Iconografía de etiquetas antiguas del vino del Marco del Jerez, Xérès, Sherry". *RIVAR*, Vol. 5 No. 14, pp. 201-222.

- Rice, P. 2011. *Vintage Moquegua. History, Wine and Archaeology on a Colonial Peruvian Periphery*. Texas: University of Texas Press.
- Ringrose, B. 1685. *Baz Ringrose's Journal Into the South Seas*. Columbia: Tomes Maritime Press, 2022, 293 p. The Dampier Collection vol. 12.
- Rogers, W. 1712. *Cruising Voyage Round the World*. Orlando: The Tomes Maritime Press, 2022, 395 p. The Dampier Collection vol. 17.
- Sharp, B. 1699. *Captain Sharp's Journey Over the Isthmus of Darien and Expedition into the South Seas*. Columbia: Tomes Maritime Press, 2022, 152 p. The Dampier Collection vol. 14.
- Smith, F. 2005. *Caribbean rum. A social and economic history*. Florida: University Press of Florida.
- Soler, C. 2014. "[Cosecheros-huerteros: bajo la sombra de los monopolios cacaoteros del Guayaquil colonial](#)". *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. 71, No. 2, pp. 603-629.
- Stevenson, R. L. 1883. *La isla del Tesoro*. Buenos Aires: ACME, 1947.
- Stewart Stokes, H. 1998-1999. "Bartholomew Sharp y Basil Ringrose. Bucaneros y geógrafos". *Notas históricas y geográficas*, No. 9-10, pp 55-63.

En los comienzos de la globalización. La exploración del Ultramar africano

At the beginning of globalization. The exploration of the African Overseas

Eduardo Aznar Vallejo**

Resumen

Es necesario incluir en el análisis de los inicios de la *Civilización Atlántica* la vertiente africana, por sus repercusiones técnicas, económicas, políticas y culturales. El presente trabajo se ocupa de la expansión ultramarina europea, a través de navegación y exploración, entre las costas saharianas y el golfo de Guinea, debido a su homogeneidad, ligada a factores de índole política, técnica y de fuentes de información. El estudio se enfoca en las empresas de Enrique el Navegante y Alfonso V y se refiere a las navegaciones anteriores a la circunnavegación africana y a los cambios técnicos que esta supuso. Las fuentes utilizadas son principalmente relatos de viaje, en especial la *Crónica de Guinea* y *Esmeraldo de Situ Orbis*.

Palabras clave: globalización, navegación, exploración, costa africana.

Abstract

An analysis of the beginnings of the *Atlantic Civilization* must include consideration of the role of Africa, due to its technological, economic, political, and cultural influence. This work deals with the European overseas expansion, through navigation and exploration, between the Saharan coasts and the Gulf of Guinea, due to its political and technological homogeneity and the availability of relevant sources. The study focuses on the companies of Enrique el Navegante and Alfonso V and refers to their voyages prior to the African circumnavigation and the technical changes that these entailed. The sources used are mainly travel accounts, especially the *Crónica de Guinea* and *Esmeraldo de Situ Orbis*.

Key words: globalization, navigation, exploration, African coast.

** Eduardo Aznar Vallejo es profesor emérito de la Universidad de la Laguna, Santa Cruz de Tenerife, España; contacto: eaznar@ull.es; <https://orcid.org/0000-0001-6639-3853>

1. La vía marítima como alternativa

El comienzo de las navegaciones en el África Occidental obedeció a dos objetivos fundamentales. El primero, la obtención de las riquezas del interior, sin depender de los intermediarios de las rutas caravaneras. El segundo, la circunnavegación del Continente para llegar a las maravillas y tesoros de Asia.

En el primer caso, los europeos tenían noticia de tales las riquezas a través de las comunidades instaladas en los principales puntos de dichas rutas. El protagonismo correspondía a mallorquines y genoveses. Ya a fines del siglo XIII, Ramón Llull menciona en *Blanquerna* el reino de Ghana y el oasis de Tabelbalat¹. A comienzos de la siguiente centuria, la cartografía refleja la misma realidad. A modo de ejemplo, el portulano de Giovanni de Carignano recoge el comercio con Oualata, el país de Guinea, el “Nilo de los Negros” y la isla de Palola². Y el de Dulcert menciona el rey de Mali, Touat, Tokoror, además de repetir algunos de los datos antes mencionados³.

Al mismo tiempo, los portulanos comienzan a mostrar los límites de la navegación costera y el descubrimiento de Canarias. Ambos procesos se irán consolidando a lo largo del siglo XIV hasta alcanzar su máxima expresión en el *Atlas Catalán* de Abraham Cresques. La escuela mallorquina unía a su calidad técnica la presencia de correligionarios judíos en el norte de África, de ahí su excelente información. A partir del siglo XV, aumentan los conocimientos costeros y disminuyen los del interior, que serán desplazados por la toponimia de la geografía clásica, especialmente tras la traducción de Tolomeo.

Los datos cartográficos fueron recogidos en supuestos relatos de viajes, como el denominado *Libro del Conoscimiento de todos los reinos y señoríos*, que en su periplo por el mundo pasó por el oeste africano⁴. En él se encuentran referencias tanto al interior del Continente como a los accidentes de la costa. En el primer caso alude a Bouda y el Monte Tamar, en el Adrar mauritano, al oro en polvo o *tibar* y a otras informaciones verídicas. En el segundo menciona diversos topónimos y supuestos viajes hacia Guinea. Los primeros muestran que el conocimiento de la costa terminaba en las regiones del Sus y Guzula, en la que se encontraban, como principales referencias, los cabos de Nun y Bojador. Las expediciones

¹ Ramón Llull, *Obras Literarias* (Ed. M. Batllori y M. Caldentey), Madrid, BAC, 1948, p. 446.

² Archivio di Stato di Firenze, Portolani, CN2 (destruido).

³ Bibliothèque Nationale de France, Ms. Espagnol 30. Publicado: [Mapamundi del año 1375 de Cresques Abraham y Iafuda Cresques](#). Barcelona (Ebrisa S.A.), 1983 y Bibliothèque Nationale de France, MS Res. Ge. B. 696. Publicado: Dulcert, [Carte marine de la mer Baltique, de la mer du Nord, de l'océan Atlantique Est, de la mer Méditerranée, de la mer Noire et de la mer Rouge](#).

⁴ *Libro del Conoscimiento de todos los reynos et tierras et señoríos que son por el mundo, et de las señales et armas que han*, (Ed. M. J. Lacarra), Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1999.

hacia Guineas se ejemplifican en tres momentos: el primero hasta Yfurent (Ifren, Ifran)⁵, el segundo hasta Tocoron⁶, y el tercero hasta el Río de Oro, caracterizado como Nilo de los Negros o Senegal. Los dos primeros se realizaron por tierra y el tercero por mar, supuestamente en una galera. *Le Canarien* recoge este último, de acuerdo con las expectativas del momento⁷. Su tenor es el siguiente: “pasó por Gazula, donde encontró a unos moros que armaban una galera para ir al Río de Oro; se ajustó con ellos, se hicieron a la mar y pusieron rumbo al Cabo Nun, al Cabo de Sanbrun y después al Cabo Bojador y a toda la costa en dirección al sur hasta el Río de Oro”.

En el siglo XV, los datos obtenidos a través del comercio caravanero constituyeron un complemento y apoyo a la exploración marítima. Por esta razón, el Infante don Enrique envió espías a Túnez antes de comenzar los viajes por mar, sabiendo que su rey enviaba mercancías a Etiopía del Sur a través de los Montes Atlánticos y buscando “hacer por mar lo que el rey llevaba haciendo por tierra muchos años”⁸. Esta realidad está refrendada por Diogo Gomes quien, al relatar al Navegante una batalla en el país songhai, descubrió que éste ya estaba informado por carta de un mercader de Orán⁹. Joao de Barros incide en este hecho, al señalar que el Infante “antes de que armase los primeros navíos, estaba bien informado de las cosas de la costa de los moros, por medio de ellos”¹⁰.

El objetivo de alcanzar Asia por vía marítima se dibuja a fines del siglo XIII, conforme se endurecen las condiciones para hacerlo por vía terrestre y, en su defecto, para acudir a las terminales del Mar Negro. La inicial alternativa del Mar Rojo no supondrá una solución satisfactoria, dada la existencia de poderes interpuestos.

Tradicionalmente, se considera el viaje de los Hermanos Vivaldi el primero con este propósito¹¹. Los citados, en unión de Teodosio Doria y otros ciudadanos genoveses, armaron en 1291 dos galeras para “navegar por el mar océano a la India, en una expedición que hasta entonces nadie había intentado”. El cronista recoge el final de la expedición con estas

⁵ Lugar del Alto Num, citado por Juan León el Africano, *Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay*, (Ed. S. Fanjul y N. Consolani), Granada, El legado andalusí, 2004, p. 432.

⁶ Turucuco o Tarkoukou en la región de cabo de Aguer, citado por Valentim Fernandes. Vid. Eduardo AZNAR y Dolores CORBELLÁ, *África y sus islas en el Manuscrito de Valentim Fernandes*, Madrid, Dykinson, Madrid, 2021, p. 84.

⁷ *Le Canarien. Retrato de dos mundos I. Textos*, (Ed. E. Aznar, D. Corbella, B. Pico y A. Tejera), San Cristóbal de La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2006, pp. 117-118 y 214.

⁸ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea y de las islas occidentales [1484-1502]*, (Ed. D. de López-Cañete Quilis), Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992, p. 9; Hieronymus Münzer, *Do descobrimento da Guiné pelo infante D. Henrique*, En A. Brasio, *Monumenta Missionaria Africana. África Occidental (1342-1499)*, Lisboa, 1958, Agencia Geral do Ultramar, p. 215.

⁹ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 43.

¹⁰ João de Barros, *Ásia. Primeira Década [1552]*, Lisboa, Imprensa nacional-Casa da moeda., (Facsímil de la 4ª ed. revisada de António BAIÃO, de 1932), Coimbra, Imprensa da Universidade, 1988, p. 13.

¹¹ Jacopo Doria *Annales*, en *Annali genovesi di Caffaro e dei suoi continuatori Jacopo D'Orio*, ed. G. Monleone, Génova, 1930. Existe traducción española en A. Quartapelle, *Cuatrocientos años de Crónicas de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 2015.

palabras: “después de que los viajeros pasaron por un lugar llamado Gozora /Gazula/ no hubo más noticias de ellos”. La falta de noticias ha alentado diversas interpretaciones sobre su destino final en Canarias o en África, pero sin fundamentos sólidos.

El mismo objetivo parece haber tenido otra expedición genovesa de 1339, recogida por al-Maqrízi, citando a Ibn Jaldún¹². Su pretensión era surcar el mar para “abarcar el conocimiento de lo que en él había y circunvalar lo que rodea la tierra habitada”. Tras pasar por Canarias emprendió la navegación hacia el sur, que hubo de abortar por falta de aguada, regresando a Ceuta.

Los siguientes viajes se alejan de la costa para centrarse en el Archipiélago Canario¹³. Inicialmente sus autores fueron marinos mediterráneos. Genoveses, como Lanzarote Malocello, o mallorquines, como los integrantes de las expediciones evangelizadoras o comerciales a Gran Canaria. A final de la centuria el peso va pasando a gentes ibéricas, caso de Martín Ruiz de Avendaño o los vascos y andaluces de la expedición de 1393, recogida por la Crónica de Enrique III. El cambio no fue automático ni lineal, pues sabemos que la flota de 1341 estaba integrada por dos embarcaciones, provistas por el monarca portugués, y otra más pequeña, fletada por florentinos, genoveses, castellanos y otros “españoles”. Sus datos acerca de la navegación son muy parcos, pues se limitan a lo recogido en el relato de la expedición de 1341: cinco días de navegación con buen viento y estimación de las distancias. Estas, según Niccoloso da Recco, eran de novecientas millas desde Sevilla y menores desde el Cabo de San Vicente. Tales diferencias tendrán repercusión en las disputas por la soberanía y en el establecimiento de rutas de navegación.

Las navegaciones al archipiélago canario establecieron un uso náutico que sería de gran utilidad en el futuro, el de la “Volta”. Consistía en regresar al litoral europeo adentrándose en el océano para evitar los alisios. Esta práctica tendría un resultado añadido: el descubrimiento de Madeira. Aunque Zurara y Barros afirman que su descubrimiento se produjo en el siglo XV¹⁴, varios indicios lo retrotraen a la centuria precedente. *El Libro del Conoscimiento* recoge los topónimos Puerto Sancto, Lecname, Salvaje y Desierta, que serán heredados por la colonización cuatrocentista. Y lo mismo hace la cartografía a partir de los atlas Medici y Catalán¹⁵. A mayor abundamiento, Valentim Fernandes, señala que João Gonçalves Zarco, futuro colonizador de Madeira, conoció Porto Santo, gracias a un castellano que le recomendó

¹² María J. Viguera Molins, “Eco árabe de un viaje genovés a las Islas Canarias antes del 1340”, *Medievalismo* 2 (1992), pp. 257–258.

¹³ Panorama actualizado de los viajes a Canarias en E. Aznar Vallejo, “Expansión atlántica y construcción del Estado Moderno”, en *XXIII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria, Casa de Colón, 2020, XXIII-090, pp. 3 y ss.

¹⁴ Gomes Eannes de ZURARA, *La Crónica de Guinea. Un modelo de etnografía comparada*, (Ed. E. AZNAR, D. CORBELLA y A. TEJERA, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2012, p. 268; João de BARROS, *Ásia...*, p.17.

¹⁵ Florencia, Biblioteca Medicea Laurenciana, Gaddi. Rel. 9; y París, Bibliothèque Nationale de France, Ms. Espagnol 30.

hacer presas en la isla, “en la que los conquistadores de las Canarias van a proveerse de carne y hacer aguada”¹⁶. Tras lo cual, “el capitán tomó la determinación de venir a poblar dicha tierra si lo autorizaba el infante don Enrique”.

2. La exploración

Las anteriores razones explican el deseo de superar la barrera física y mental que impedía la marcha hacia el sur. El promotor de la empresa fue el Infante don Enrique, que puso en ello sus bienes y los de la Orden de Cristo, de la que era maestre. La *Crónica de Guinea*, redactada por Gomes Eannes de Zurara, recoge sus objetivos e hitos. La principal meta del empeño era “saber qué tierra había más allá de las islas de Canaria y de un cabo llamado Bojador, pues hasta entonces nunca se había tenido conocimiento cierto de la calidad de la tierra situada más allá de ese cabo, ni por escritos ni por tradiciones orales”¹⁷. Tales referencias subrayan los límites de las navegaciones del siglo XIV. Otro pasaje de la Crónica señala las dificultades para superar estas barreras. En palabras de los marinos del Infante “más allá de ese cabo no hay ni gente ni poblado alguno: la tierra es tan arenosa como los desiertos de Libia, en donde no hay agua, ni árboles ni hierba verde; el mar está tan bajo que a una legua de la costa no hay más que una braza de profundidad, y las corrientes son tan fuertes que el barco que vaya más allá no podrá regresar jamás”¹⁸. Las mismas explican que se tardase trece años en superar el Bojador.

Antes hubo que superar el Cabo Nun. Diogo Gomes establece este hecho en 1416, como resultado del viaje de Gonçalo Velho “más allá de las Islas Canarias” hasta el lugar de Tierra Alta¹⁹. Esta afirmación se enfrenta a dos objeciones importantes. La primera, el comienzo de las expediciones hacia el sur en torno a 1422, de acuerdo con la cita de Zurara²⁰. La segunda la referencia a la Tierra Alta, región situada al sur del Bojador, entre el Agra de los Rubios y Río de Oro²¹. Por ello parece más prudente retrasar este logro hasta la década de los años veinte²².

¹⁶ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, ... *Manuscrito de Valentim Fernandes*, p.178.

¹⁷ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea ...*, p. 130.

¹⁸ Gomes Eannes de Zurara *La Crónica de Guinea ...*, p. 133.

¹⁹ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 53.

²⁰ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea ...*, p. 134.

²¹ Duarte Pacheco PEREIRA, *Esmeraldo de Situ Orbis [1505-1508]*, (Ed. J. Barradas de Carvalho), Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, Serviço de educação, 1991, p. 252. Lo mismo se puede observar en la cartografía.

²² Como ejemplo, Damiao Peres propone 1426. Vid. *Historia dos Descobrimentos portugueses*, Oporto, 1953, p.

Las fuentes portuguesas describen el lugar y sus dificultades. Diogo Gomes lo caracteriza por las recias corrientes que existían entre dos islas al sur del cabo²³. Este hecho explica que Hércules colocase allí sus columnas, como advertencia del final de la navegación en la zona. El temor a no poder regresar, explica la transformación del topónimo en Cabo de No, pues “quien navegue más allá del Cabo de Nun, volverá o no”. Pacheco Pereira precisa su ubicación al señalar que se encuentra a doce leguas del cabo de Aglú, que en gran medida se encuentra cubierto de arena y que no es muy alto. Añade que dos leguas al interior, en la región de Bu-Tata, se encuentra una gran cerca de tapia que engloba Tagaos y otras tres poblaciones²⁴.

El siguiente y más difícil reto fue superar el Cabo Bojador. Se trataba de un topónimo antiguo, recogido en el último cuarto del siglo XIV en el Atlas de Cresques y en el Anónimo de Nápoles²⁵, aunque ignoramos si su ubicación coincidía exactamente con la descrita por los exploradores del siglo XV. La primera referencia documental a su localización es de *Le Canarien*, que lo presenta como “un saliente de la tierra que está frente a nosotros” y afirma “que, inmediatamente antes de la llegada de los franceses, los castellanos realizaron una incursión al Cabo Bojador desde Fuerteventura, con regreso a Gran Canaria”. Es muy posible que tales informaciones provengan de la contemplación del portulano que servía de base a la redacción del *Libro del Conscimiento*. Valentim Fernádes resume diciendo “es un cabo que se adentra en el mar. También se llama cabo de la Arena”²⁶. Luego describe sus dificultades, copiando lo dicho en *la Crónica de Guinea*. Pacheco Pereira es más preciso, pues indica que se encuentra a 60 leguas del Nun y lo describe²⁷. Sus palabras son: de él sale una restinga de piedra; que se extiende cuatro o cinco leguas; y es muy bajo y cubierto de arena, lo que dificulta su avistamiento. Barros añade que sus aguas hierven, el fondo está lleno de escollos y que allí se entra en la zona tórrida²⁸.

La superación del Bojador aceleró la marcha hacia el sur. Hito relevante en este proceso fue la llegada al Río de Oro, que Pacheco Pereira sitúa a unas cien leguas del Cabo. Este autor identifica el lugar señalando que se encuentra al final de la Tierra Alta y que se distingue por tres montañas de arena²⁹. El topónimo dejó de designar en ese momento el Senegal o Nilo de los Negros para pasar a denominar el primer lugar donde los portugueses obtuvieron el oro directamente. Así lo indica Valentim Fernandes, que presenta el lugar como un curso remontable por las carabelas, abundante en pesca y con un islote fortificado que constituye

²³ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 51.

²⁴ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo ...* p. 242.

²⁵ BNF, Mss. Espagnol 30; Nápoles, Biblioteca Nazionale, mss. XII, D102.

²⁶ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, ... *Manuscrito de Valentim Fernandes*, p. 85.

²⁷ Duarte Pacheco PEREIRA, *Esmeraldo...*, p. 247.

²⁸ João de BARROS, *Ásia. Primeira Década [1552]*, Lisboa, Imprensa nacional-Casa da moeda. [Facsímil de la 4ª ed. revisada de António BAIÃO, de 1932], Coimbra, Imprensa da Universidade, 1988, pp. 20-21.

²⁹ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo ...* pp. 252-253.

el Puerto del Caballero³⁰. Barros es más realista y lo reduce “a un estero de agua salada que entra unas seis leguas en tierra”³¹. Con anterioridad, Diogo Gomes había señalado la presencia de lobos marinos en su interior³². La primera referencia documental es la de La Crónica de Guinea, que relata su descubrimiento en 1436 y la primera de carácter cartográfico es la carta de Andrea Bianco³³.

La siguiente escala digna de mención es Cabo Blanco, tanto por constituir un punto de referencia en la navegación como por ser entrada a las Bajas de Arguim. Descubierto en 1441, figura en la carta de Andrea Bianco de siete años después³⁴. Los cronistas destacan su papel portuario y de aguada. Valentim Fernandes menciona a este respecto su ensenada de trece leguas y Pacheco Pereira añade el Angra de Santa María, situada dos leguas al norte, en la que caben diez o doce navíos pequeños con ocho/diez brazas de profundidad³⁵. Seguían treinta leguas de bajíos de arena y piedra. La agreste condición de estos, escondían una gran riqueza avar, pesquera y comercial, al punto de que una de sus islas, la denominada Arguim, constituyó la primera gran factoría en África.

Los descubrimientos posteriores marcan etapas hacia un objetivo primordial: alcanzar el río Senegal. Este era el verdadero Río de Oro de los antiguos, que daba paso a las riquezas auríferas de Mali. Además, marcaba la transición del desierto habitado por azanegas y alárabes a la verde Tierra de los Negros, habitada por jalofes y mandingas. Por si ello fuera poco, se consideraba al Niger o Nilo de los Negros afluente del Gión, uno de los ríos del Paraíso. Cadamosto estima que le separan 380 millas de costa baja y arenosa del Cabo Blanco y pondera su navegabilidad³⁶. Los restantes testimonios inciden en la transformación del paisaje y la potencialidad del curso de agua, que según Pacheco Pereira penetra más de quinientas leguas en el Continente³⁷.

El Cabo Verde representó un nuevo hito en la exploración de la costa, por su avanzada posición frente al océano y por su clara identificación, que servía de referencia. Esta caracterización le venía dada por elevarse en medio de zonas llanas, por estar formado por dos colinas y por el verde permanente de sus grandes árboles. Se encontraba rodeado de tres islas (Gorée y las Magdalenas) y servía de entrada a los grandes ríos que constituían la

³⁰ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, ... *Manuscrito de Valentim Fernandes*, p. 88.

³¹ João de BARROS, *Ásia...*, p. 31.

³² Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 55.

³³ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea ...*, pp. 135-137; Milán, Biblioteca Ambrosiana, F. 260. Inf. (1) de 1448.

³⁴ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea ...*, p. 179; Milán, Biblioteca Ambrosiana, F. 260. Inf. (1) de 1448.

³⁵ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, ... *Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 88; y Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo ...* p. 254.

³⁶ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes africanos de Alvise Cadamosto (1455-56)*, San Cristóbal de La laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2017, pp. 104-105.

³⁷ Duarte Pacheco PEREIRA, *Esmeraldo ...* p. 264.

cuenca del Gambia³⁸. Pacheco Pereira añade que el cabo se adentraba en el mar mediante una restinga de piedra de media legua y que las islas servían para proteger zonas de anclaje³⁹. Una de ellas guardaba el Angra de Bezeguiche, que era capaz de albergar cuarenta o cincuenta navíos pequeños entre cinco y siete brazas de profundidad. Y por fuera de la isla de Palma, con quince o dieciséis brazas, podían fondear cuantas grandes naos quisieren. Zurara fija en 1444 su descubrimiento, recogido por la carta de Bianco en 1448⁴⁰.

La década siguiente sirvió para completar la exploración de la región de Senegambia y comenzar la de las Islas de Cabo Verde. Su culminación se debe a los viajes de Diogo Gomes y Cadamosto. Ambos exploradores se disputaron el descubrimiento del Archipiélago, aunque la colonización se encomendó a un compañero de Gomes: el genovés Antonio Noli, quien obtuvo la capitania de Santiago por ser el primero en llegar a la corte de Alfonso V⁴¹. Las islas reconocidas a en este momento correspondieron a las de Sotavento, en las que Maio, Santiago y San Felipe (futura Fogo), formaban un conjunto relacionado con las festividades del mes de mayo. La primera isla lo hacía de manera general y las otras por vincularse a san Felipe y Santiago el Menor, festejados el primero de mayo. En el mismo grupo se encontraban Boa Vista, Brava y Sal. Las denominadas de Barlovento fueron exploradas tras la muerte del Navegante. También constituían un conjunto, en este caso vinculado a las fiestas de invierno. Comenzaban por San Nicolás (6 de diciembre) y seguían por Santa Lucía (13 de diciembre), San Antón (17 de enero) y San Vicente (22 de enero). Aparte de las referencias de Diogo Gomes y Cadamosto, el primer relato del archipiélago, digno de tal nombre, es el de Valentim Fernandes⁴². En cuanto a su representación cartográfica, la primera de la que se tiene noticia es de Grazioso Benincasa, en 1468⁴³.

El avance siguió luego hacia el sur. La zona reconocida coincidía a grandes rasgos con Sierra Leona, que en la época abarcaba hasta el cabo Monte⁴⁴. Sus puntos más característicos eran el Cabo Ledo o Cabo de Sierra Leona, cuya península constituía un lugar portuario y de aguada; y la Montaña de Sierra Leona, una sierra de diez leguas de contorno, muy abrupta y junto al mar⁴⁵. Descubierta hacia 1460, quedó reflejada en los atlas de Benincasa antes de

³⁸ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes ...de...Cadamosto....* pp. 105 y 134.

³⁹ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo ...*, p. 267.

⁴⁰ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea ...*, p. 177; Milán, Biblioteca Ambrosiana, F. 260. Inf. (1) de 1448.

⁴¹ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 64.

⁴² Eduardo Aznar y Dolores Corbella *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, pp. 192-197.

⁴³ Londres, British Library, Add. MS. 6390.

⁴⁴ Eduardo Aznar y Dolores Corbella *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 150.

⁴⁵ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 151; y E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes ...de ...Cadamosto....* p. 167.

finalizar la década⁴⁶. Luego seguía una costa baja, caracterizada por manglares, que terminaba en la Arboleda de Santa María. Este fue el final de los descubrimientos de la época enriquecida.

La desaparición del Infante impuso una década de pausa y un nuevo proyecto de exploración. Para este, en 1469 se firmó el arrendamiento de los rescates de Guinea entre Alfonso V y el mercader lisboeta Fernao Gomes⁴⁷. El acuerdo obligaba al reconocimiento anual de cien leguas de costa, a partir de Sierra Leona, y al pago de doscientos mil reales. Además, imponía la venta de todo el marfil a la Corona, a mil quinientos reales el quintal, y establecía una serie de restricciones. Las principales eran abstenerse de comerciar en Arguim y frente a las islas de Cabo Verde.

El primer resultado de este plan fue el establecimiento del comercio de oro en La Mina, primero en Chama y posteriormente en la Aldea de las Dos Partes, la futura San Jorge da Mina. La primera constancia documental la encontramos en el viaje de Eustache de la Fosse, quien al partir de Brujas en 1479 indica que su destino era la Mina de Oro y establece la distancia entre ambos núcleos comerciales en 6 leguas⁴⁸. La primera representación cartográfica corresponde a la carta náutica portuguesa de Biblioteca Estense de Módena, aunque su actual datación en 1472 plantea muy serias dudas⁴⁹. Su importancia comercial y la pericia obtenida en la navegación explican la rápida construcción del castillo de San Jorge. En diciembre de 1481 se organizó una flota, comandada por Diogo de Azambuja, que debía elegir el emplazamiento entre los Cabos de Tres Puntas y de Redes, espacio que abarcaba unas cuarenta leguas. El lugar elegido fue la Aldea de las Dos Partes, tras analizar las condiciones del mar y la costa. La expedición estaba formada por dos urcas, que cargaban la madera y piedra labrada, junto a la cal, teja, ladrillo, plegadoras y herramientas; y por diez navíos y carabelas, que transportaban provisiones, medicinas y mercancías. El contingente humano estaba compuesto de seiscientas personas: cien maestros de albañilería y carpintería; y quinientos hombres de servicio y defensa⁵⁰. La construcción se hizo con acuerdo del señor de Casamansa, aunque su desarrollo tropezó con el malestar popular cuando la realización de los cimientos supuso la destrucción de unas rocas consideradas sagradas. La oposición fue vencida con presión militar y promesa de compensaciones, lo que permitió en veinte días levantar la cerca del castillo a buena altura y la torre del homenaje en el primer soberado.

Los avances en las costas del Golfo de Guinea permitieron reconocer entre 1471 y 1475 el espacio comprendido entre la Costa de Oro y el cabo de Santa Catalina, límite de los

⁴⁶ en primer lugar, Londres, British Library, Add. MS. 6390, 1468.

⁴⁷ João de Barros, *Ásia...*, pp. 65 y ss.

⁴⁸ Eduardo Aznar y Berta Pico, *El viaje de Eustache de la Fosse (1479-1481)*, Santa Cruz de Tenerife, Cabildo de Tenerife, 2000, p. 27.

⁴⁹ Módena, Biblioteca Estense, C.G.A. 5b.

⁵⁰ Los detalles de la construcción en R. de Pina, *Crónicas*, (ed. M. Lopes de Almeida), Oporto, Lello & Irmao, 1977, Crónica del rey d. Joao II, pp. 894-899; y en João de BARROS, *Ásia ...*, pp. 71-79.

descubrimientos del reinado de Alfonso V. La primera referencia cartográfica a este punto se encuentra en el Atlas de Soligo⁵¹, en torno al año 1486; y la primera descripción corresponde a Pacheco Pereira, quien lo presenta como un promontorio bajo y pequeño, enclavado en una tierra también baja y de mucha arboleda, que da paso a una ensenada de cinco leguas⁵².

Como prolongación de este ámbito se descubrió la isla de Fernando Po, que figura también en el Atlas de Soligo, aunque con la primitiva denominación de Formosa. Su primera descripción corresponde a Pacheco Pereira, que la presenta como muy alta, por lo que puede ser avistada con tiempo claro a 25 o 30 leguas; y la distingue por su producción de azúcar⁵³. La exploración siguió luego, aunque sin precisión cronológica, hacia las otras islas del Golfo de Biafra. Annobon, Santo Tomé y Príncipe comienzan a contar en la cartografía a partir del globo de Martín Behaim de 1492 y el Planisferio de Cantino de 1502⁵⁴. Su reconocimiento, aunque no su colonización, debió de ser coetáneo. Así lo apuntan las advocaciones de sus nombres, en un proceso similar al del archipiélago de Cabo Verde. En el calendario festivo Santo Tomé se celebra el 21 de diciembre; Annobon o año Nuevo el uno de enero; y San Antón, primera denominación de Príncipe, el 17 de este último mes. De las tres islas hay mapas en Valentim Fernandes y de las dos primeras abundante y rica información en Valentim Fernandes⁵⁵.

3. Los peligros del mar

Aunque nunca faltaron dificultades en el reconocimiento de la costa, su naturaleza permite establecer dos ámbitos distintos. El primero englobaba el espacio comprendido hasta el río Senegal. En él regía el temor a adentrarse en la región *perusta* o *calcinada*, donde la vida humana se creía inviable; y donde las condiciones de navegación eran muy adversas⁵⁶. La representación de esta suma de dificultades eran las llamadas Columnas de Hércules. Inicialmente vinculadas al Cabo de Nun y trasladadas luego hacia el sur y oeste, dejando de señalar un punto concreto para indicar de forma general los peligros de este mar. Este cambio es observable en la cartografía de la época. La carta náutica de los Pizzigani (1367) las sitúa en el extremo occidental, a la altura de Madeira⁵⁷; mientras que el mapamundi de Fra Mauro (1459) las traslada hasta el golfo Etiópico frente al Cabo Verde⁵⁸. Su imagen adapta diversas

⁵¹ Londres, British Library, Egerton MS 73.

⁵² Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo ...*, pp. 339 y 340.

⁵³ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo ...*, pp. 332-333.

⁵⁴ Museo Nacional Germano, Nuremberg; Biblioteca Estense de Módena.

⁵⁵ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *Manuscrito de Valentim Fernandes...*, pp. 197-208.

⁵⁶ Sobre estas cuestiones véase E. Aznar Vallejo, "Del mar soñado al mar hollado. El redescubrimiento del Océano", *Cuadernos del Cerny*, 15 (2007), San Cristóbal de La Laguna, Servicio de Publicaciones Universidad de La Laguna, pp. 175 – 195.

⁵⁷ Parma, Biblioteca Palatina, ms. parm. 1612.

⁵⁸ Edición digital del Mapamundi de Fra Mauro en el sitio web del Museo Galileo en colaboración con la Biblioteca Nacional Marciana de Venecia.

formas, que van desde la figura de héroe, como aparece en Pizzigani; hasta las auténticas columnas, tal como figuran en la Carta Anónima Veneciana de 1430⁵⁹; y las dos islas gemelas representadas en diversos mapamundi, trasunto de las descritas en el Cabo de Nun⁶⁰.

La segunda adversidad en este ámbito estaba ligada a su naturaleza. En él era imposible encontrar puntos de apoyo, que asegurasen el agua y las provisiones; y la escasa profundidad de sus fondos hacía muy difícil la navegación costera. A ello se añadía el carácter novedoso, propio de la exploración y el descubrimiento, pues “el conocimiento que tenían de allí era tan escaso que no supieron recogerlo en los mapas que rigen la navegación por todos los mares»⁶¹. Barros condensa las reticencias de los marineros al señalar que más allá del Bojador no se podía navegar por la existencia de grandes corrientes y por tratarse de un mar quebrado e hirviente, que tragaba los navíos. Además, lo que les ordenaban buscar “no era tierra sino arenas como las de los desiertos de Libia, tal como habían conocido en sesenta leguas antes del Cabo”⁶². El segundo ámbito era el comprendido entre el Senegal y el Golfo de Guinea. Aquí las dificultades se ligaban a las condiciones climáticas y al contacto con las poderosas poblaciones locales.

Entre las primeras, los viajeros mencionan las fuerzas de las mareas. Diogo Gomes las describe en el Río Grande, donde su turbulencia (macaréu, macareo) alcanzaba tal fuerza que rompía las anclas. Ante tal fenómeno y pensando que todo el mar era así, los avezados marinos de su expedición pidieron regresar al reino, lo que les fue concedido⁶³. Cadamosto refiere el mismo fenómeno, añadiendo que el flujo duraba cuatro horas y el reflujo ocho, en lugar de emplear seis horas en ambas acciones, como sucedía en los lugares donde navegaban los venecianos. De tal forma, que tres anclas a proa no podían retener el navío, que hubo de hacerse a la mar con peligro, pues la corriente tenía más fuerza que el viento en las velas⁶⁴. Según él, en el Senegal la situación era diferente, dado que el flujo y reflujo duraban seis horas, pero la fuerte pleamar penetraba en el río más de sesenta millas⁶⁵. Pacheco Pereira también comenta el macareo del Río Grande, señalando que el agua ascendía repentinamente doce o quince brazas, poniendo en riesgo de hundimiento a los navíos⁶⁶.

Otra dificultad provenía de las poderosas tormentas tropicales. Cadamosto fue víctima de una de ellas en su segunda navegación, tras sobrepasar Cabo Blanco⁶⁷. Su duración fue de tres

⁵⁹ Venecia, Museo Correr, Port. 40.

⁶⁰ A modo de ejemplo, carta náutica de Mecia de Viladestes de 1413 (BnF, MS Rés. Ge AA 566).

⁶¹ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea ...*, p. 133.

⁶² João de BARROS, *Ásia...*, p. 20.

⁶³ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 37.

⁶⁴ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p. 163.

⁶⁵ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p. 104.

⁶⁶ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*p. 279.

⁶⁷ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p. 148.

días y dos noches, durante las cuales hubieron de navegar al oeste/noroeste, para escapar de los vientos del suroeste, lo que se tradujo en el pretendido descubrimiento del archipiélago de Cabo Verde. La fuerza de las inclemencias explica el fracaso de algunas expediciones, como las de Nuno Tristão y Dinis Dias, descubridores de la Tierra de Negros y del Cabo Verde, que hubieron de desistir del desembarco⁶⁸. Pacheco Pereira aconseja a los pilotos proveerse de buena vela por la gran fuerza del viento y amainar hasta que pase la tormenta⁶⁹. Münzer profundiza en la cuestión, al señalar que la lluvia asociada a tales tormentas era cálida y fétida. Su resultado, aunque durase media hora, era la “quemadura” de las ropas y un vapor malsano, nocivo para la salud⁷⁰. La temporada de lluvias cubría agosto, septiembre y octubre.

La navegación en la zona exigía conocer las corrientes, en especial el flujo norte/sur. Münzer revela su importancia, al indicar que se avanzaba más en un día hacia el sur que en diez de regreso. Y que, en las noches del retorno, era preciso echar ancla si no había viento, so peligro de retroceder 15 o 20 leguas⁷¹. La recomendación general era seguir utilizando la Volta. Así lo señaló, antes de morir, un experimentado marinero a los tres grumetes supervivientes de la expedición de Velarde. Les aconsejó entrar en el gran mar Océano, sin divisar tierra o islas, y navegar con rumbo norte, en dirección a Portugal⁷². Dificultad añadida era el carácter cambiante de tales condiciones, como tuvo ocasión de experimentar Eustache de la Fosse en el trayecto entre La Mina y el Cabo Tres Puntas. Según su testimonio, para recorrer las doce leguas que los separan “la corriente es tan fuerte que a menudo se tardan diez o doce días en poder llegar”; aunque en su viaje “navegamos con tan fuerte viento a favor que esa misma noche alcanzamos el promontorio”⁷³. Pacheco Pereira certifica lo mismo en Cabo de Palmas, donde las corrientes eran diferentes en el período septiembre-marzo y el resto del año⁷⁴.

Aunque el centro de los poderes políticos de la región se encontraba en el interior del continente, el litoral contaba con abundante población y unidades de encuadramiento capaces de asegurar la defensa. Por ello, los posibles desembarcos y acuerdos comerciales quedaban en manos de las poblaciones locales, los ejemplos son múltiples y en algunos casos se vinculan a su potencia. Sirvan de ejemplo los testimonios de Valentim Fernandes sobre un fallido desembarco en el Cabo Verde, descrito con las siguientes palabras: “divisaron en tierra tantos negros que no pudieron desembarcar ni de día ni de noche”; y el de Pacheco Pereira sobre la posibilidad de abastecerse de agua, leña y carne en el Angra de Bezeguiche, sólo

⁶⁸ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *Manuscrito de Valentim Fernandes...*, pp. 119 y 128.

⁶⁹ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*p. 290.

⁷⁰ Hieronymus Münzer, *Do descobrimento da Guiné...*, p. 243.

⁷¹ Hieronymus Münzer, *Do descobrimento da Guiné...*, p. 242.

⁷² Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 35.

⁷³ Eduardo Aznar y Berta Pico, *El viaje de Eustache de la Fosse...*, p. 4.

⁷⁴ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*p.307.

posible “siendo voluntad de los negros, porque de otra forma recibirán daño”⁷⁵. En otros, se hace hincapié en su ferocidad. Esta se ligaba a su propia naturaleza y alcanzaba niveles que sorprendían a los europeos. Cadamosto, al explicar la muerte de un trujamán, lo pone de manifiesto: “nos quedamos aturcidos y comprendimos que se trataba de hombres extremadamente crueles: si habían actuado de tal manera con uno de los suyos, qué no harían con nosotros. Por este motivo nos hicimos a la vela, continuando nuestro camino hacia el Sur”⁷⁶. El mismo autor, certifica el carácter irreductible de ciertos grupos. Los habitantes de Gambia le manifestaron que tenían “noticia de nuestra relación con los negros de Senegal, los cuales solo podían ser gente vil al consentir nuestro trato, ya que creían que los cristianos comíamos carne humana y que no comprábamos negros sino para devorarlos. Por este motivo no deseaban nuestra amistad sino, todo lo contrario, pretendían matarnos”⁷⁷. Diogo Gomes resume este pensamiento en una lapidaria frase: “hombres malos, que se llaman sereres”⁷⁸.

4. Las técnicas de navegación

Los inicios de las singladuras africanas estuvieron marcados por principios muy simples: “llevar siempre la costa a la mano por el rumbo de la aguja”⁷⁹ y consultar la carta de rumbos. La aplicación de estos puntos, sin embargo, encontró dificultades. Las primeras de orden práctico, pues los marinos se guiaban por un saber empírico, basado en los signos del cielo y del mar, tal como revela el lamento del Infante por la incapacidad de sus hombres en traspasar el Bojador. La frase es la siguiente: “seguís la opinión de cuatro marinos que, quitándolos de la ruta de Flandes o de algún otro puerto al que navegan frecuentemente, ni siquiera saben sostener la aguja o la carta de marear”⁸⁰. La interesada exageración del *Navegante* no puede ocultar un escaso desarrollo técnico, recogido por Esutache de la Fosse de la siguiente manera: “al ir así navegando, congenié tan bien con el piloto que me enseñó buenas cosas para navegar y conducir un navío por el mar, usar el compás en el mapa para ir de un país a otro, hacer el cómputo de las lunas, y del mismo modo cuándo será y caerá la cuaresma y la pascua, y todo eso calculado con los dedos”⁸¹. El pobre nivel técnico queda atestiguado, por otra vía, en el nombramiento de Américo Vespucio como piloto mayor de la Casa de Contratación. En la real cédula de agosto de 1508, los Reyes Católicos mostraban su malestar porque los pilotos no supiesen “cómo se han de regir é gobernar, e de no tener

⁷⁵ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, ...*Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 128; y Duarte Pacheco PEREIRA, *Esmeraldo...*, p. 268.

⁷⁶ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera,, *Los viajes...de... Cadamosto...*, p. 139.

E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera,, *Los viajes ... de ... Cadamosto...*, p. 143.

⁷⁸ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 33.

⁷⁹ João de BARROS, *Ásia...*, p. 13.

⁸⁰ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea ...*, p. 134.

⁸¹ Eduardo Aznar y Berta Pico *El viaje de Eustache de la Fosse...*, p. 43.

fundamento para saber tomar por el cuadrante é estrolabio la altura” y pretendían “que, junta la práctica con la teórica, se puedan aprovechar de ello”⁸².

Las dificultades también eran de carácter práctico, dada la escasa profundidad de la costa; y el incipiente desarrollo de la cartografía de estas zonas. La praxis ayudó a solventarlas poco a poco, como recoge la interesada negación de Zurara: “se equivocaban igualmente respecto a la profundidad del mar, pues en sus cartas señalaban que eran playas tan bajas que a una legua de tierra no había sino una braza de agua, y se vio que era lo contrario, pues los navíos tuvieron y tienen suficiente calado para navegar, si exceptuamos, y así se hizo, determinados bajíos y bancos de arena de algunas restingas, según lo encontrareis ahora en las cartas de navegación que el Infante ordenó hacer”⁸³. Ello no le impide reconocer que en el desembarco de Lanzarote en la isla de Tider los barcos quedaron en seco, “ya que había aguas muertas y por ello la mar estaba tan baja en algunos lugares que no podían navegar y, al quedarse varados, se vieron obligados a esperar la pleamar”⁸⁴. Cadamosto, por su parte, muestra la manera que tuvieron de afrontar tales problemas: “el golfo de Arguin presenta escasa profundidad y tiene muchos bancos de arena y de piedra. Las corrientes marinas son muy fuertes, por lo que solo se navega de día, con la sonda en la mano y en marea alta”⁸⁵.

La necesidad de alejarse puntualmente de la costa era motivo de temor entre los marinos. Barros lo explica respecto del paso del Bojador, aludiendo que allí “la tierra comienza a incurvarse dese muy lejos, respecto de la costa que atrás habían descubierto” y “era para ellos cosa novedosa apartarse del rumbo que llevaban y seguir otro de tantas leguas para el oeste”⁸⁶. Y añade que las tormentas que encontraban antes de llegar a la costa de África “les turbaban y ponían fuera de juicio, porque no acostumbraban a engolfarse tanto en el seno del mar” y “no sabían juzgar donde se hallaban”.

La tendencia a seguir la costa no excluía algunas muestras de navegación de altura. Las primeras, las que unían Madeira y Canarias con el Continente. Su destino habitual era cabo Blanco. Cadamosto explica que dos tercios del trayecto se hacían lejos de tierra para torcer luego a la izquierda “para conseguir avistarlo y no pasar el cabo sin reconocerlo”, pues “es imposible divisar tierra alguna hasta bastante más adelante, ya que la costa se mete en el interior de dicho cabo y forma un golfo llamado el banco de Arguin”⁸⁷. Una vez alcanzado el

⁸² Martín Fernández de Navarrete., *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, tomo III, En *Obras de Martín Fernández de Navarrete* (Ed. Carlos Seco), Madrid, BAE, 1964, Vol II, p. 179.

⁸³ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 258. Los marinos se servían de estas cartas, como certifica Cadamosto al comparar lo que veía en el Río de los Barbacines y lo que señalaba la carta de navegar que utilizaba. Vid. E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto*, p. 138.

⁸⁴ Gomes Eannes de Zurara *La Crónica de Guinea...*, p. 215.

⁸⁵ Gomes Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 92.

⁸⁶ João de BARROS, *Ásia...*, pp. 13 y 15.

⁸⁷ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera,, *Los viajes...de...Cadamosto*, p. 90.

continente, se descendía hacia el Senegal⁸⁸ o se marchaba hacia el norte. La segunda posibilidad queda de manifiesto en el cálculo de Eustache de la Fosse sobre la distancia entre Canarias y el Río de Oro: “unas 240 leguas aproximadamente, pero antes hay un promontorio elevado que se llama Cabo Blanco, y luego se encuentra otro promontorio llamado Cabo de Barbas”⁸⁹. Al estar Cabo de Barbas y Río de Oro al norte del Cabo Blanco, es lógico pensar que la referencia servía también para los destinos septentrionales.

La realización de estos trayectos se solía cumplir viajando en *conserva* o citándose en el lugar de referencia. *La Crónica de Guinea* describe claramente el sistema: “las catorce carabelas partieron de Lagos y, como no podían seguir la misma derrota y a menudo les sobrevenía alguna tormenta que las distanciaba a unas de otras, habían decidido, como era habitual, reunirse en el Cabo Blanco. Aunque habían salido todas a la vez, con buena marea, viento favorable, sin alejarse de la costa, pronto empezaron a mostrarse unas más rápidas que otras”⁹⁰. La pérdida de la conserva, en estos y otros recorridos, era frecuente. Se debía, además de a las condiciones del mar y las embarcaciones, a las propias de la navegación a la *estima* y su certificación visual. Así lo muestra el caso de un compañero de Antão Gonçalves, que se dirigió “hacia la isla de Erguim que, al parecer, no reconocieron y continuaron adelante, dando bordadas durante dos días, hasta que llegaron a otra tierra más alejada”⁹¹. Por las mismas razones, se produjeron “saltos” en el reconocimiento de la costa, como el ocurrido en el descubrimiento del Cabo Verde, descrito por Valentim Fernandes con las siguientes palabras: “Y si el Cabo Verde, que está más lejos, fue descubierto antes que este río /Senegal/ se debió a que Dinis Dias no bordeó la costa, sino que se dirigió al cabo directamente desde el mar”⁹². Se trataba, sin embargo, de excepciones. Cuando Cadamosto decidió traspasar el Cabo Verde, lo hizo en conserva y “siguiendo la costa hacia el sur, sin perder la tierra de vista”⁹³. Y cuando regresó del archipiélago de Cabo Verde lo hizo en busca del cabo de igual nombre, para repetir el trayecto. Así lo reflejan sus palabras: “partimos de estas cuatro islas en dirección a Cabo Verde donde, tras unos días costearlo, gracias a Dios, llegamos a un lugar que se llama las Dos Palmas, situado entre este cabo y el río Senegal. Como conocíamos el terreno, doblamos el cabo, a la mañana siguiente lo superamos y llegamos otra vez al río Gambia”⁹⁴. La mejora en el conocimiento del territorio irá haciendo menos necesaria tal precaución. Así lo indica Pacheco Pereria, al desaconsejar seguir la costa para ir desde Cabo

⁸⁸ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera,, *Los viajes...de...Cadamosto*, p. 104.

⁸⁹ E. Aznar y B. Pico, *Viaje de Eustache...*p. 31.

⁹⁰ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 210.

⁹¹ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 181.

⁹² Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p.121.

⁹³ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera,, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p. 133.

⁹⁴ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera,, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p. 150.

Blanco hasta el Senegal, a fin de evitar los bajos de Arguim; u ofreciendo dos caminos para desplazarse desde Rio Grande a Sierra Leona, uno por dentro y otro por fuera de las islas⁹⁵.

Acabado el proceso de exploración, la experiencia acumulada se trasladó a los derroteros náuticos. Los que coinciden con nuestro periodo de estudio son tres: el recogido en el *Manuscrito de Valentim Fernandes*, el *Esmeraldo de Situ Orbis* de Duarte Pacheco Pereira y el de Joao de Lisboa. Sus datos corresponden al tránsito del siglo XV al XVI⁹⁶. El primero es el más antiguo y contiene, además de las rutas del Atlántico Norte, las existentes entre el Cabo Cantin y la isla de Santo Tomé. El tratado de Pacheco Pereira es el más completo y abarca todas las rutas del Atlántico africano. El *Livro de Marinharia* de Joao de Lisboa contiene un derrotero general, en el que se pueden seguir, entre otras, las navegaciones del África occidental. Para unir dos puntos, las instrucciones recogen las direcciones a seguir, según la rosa de los vientos. A continuación, la distancia medida en leguas, aunque en algún caso falta este dato por tratarse de lugares cercanos.

Siguen las señales para reconocer los distintos destinos. Son de dos tipos: los propios de los accidentes geográficos y los detalles que los caracterizan. Entre los primeros destacan: los cabos, por su utilidad como referencia; los ríos, como lugares de penetración y abastecimiento; y las angras, como fondeaderos. Este último término adopta el sentido de cala y alterna con el de ensenada, que presenta un carácter más amplio. También abundan las referencias a los condicionantes de la navegación, como: arrecifes, bajas, barreras, restingas y furnas. Habitualmente se presentan como elementos peligrosos, aunque pueden adquirir un carácter protector. Esto es especialmente visible en el último de ellos y en los islotes. Menor presencia tienen otros términos como médanos y esteros. Los detalles añadidos tienen por finalidad precisar el objeto descrito, señalando sus formas, colores y dimensiones.

Otro capítulo importante es el dedicado a los fondos, tanto en lo relativo a su naturaleza como a su profundidad. En el primer caso, la existencia de limo, arena, conchas o sargazos afectaba al anclaje del navío. Pacheco Pereira ilustra su potencial peligro, comentando lo sucedido al barco de flamencos que incumplió la prohibición de comerciar en La Mina. Aunque estaba fondeado a 25 brazas, el fondo “era sucio” y una piedra rompió la amarra de noche, por lo que se estrelló en la costa. Allí fueron devorados, lo que interpreta “como castigo” por su trasgresión⁹⁷. La profundidad, medida en brazas con la sonda, aseguraba el fondeo de los

⁹⁵Duarte Pacheco PEREIRA, *Esmeraldo...*pp. 260 y 281.

⁹⁶ Los tres están publicados en Damiao Peres, *Os mais antigos roteiros da Guiné*, Lisboa, Academia Portuguesa da Historia, 1952, aunque el del *Esmeraldo* se cita por la edición de Barradas de Carvalho.

⁹⁷ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, p.305.

navíos según su porte. En algunos casos se señala la posibilidad de hacer aguada o despalar los navíos.

Hasta aquí los datos generales, únicos en los derroteros del *Manuscrito* y de Joao de Lisboa. El *Esmeraldo* incorpora otros, además de ser más prolijo. Indica, por ejemplo, la distancia a recorrer en cada una de las direcciones propuestas; señala los puntos donde las avenidas de los ríos cambian los accesos y, en algunos casos, la época del año en que se producen condiciones adversas. También informa del número de embarcaciones que pueden fondear en un lugar y como el calado predice la distancia a tierra. A modo de ejemplo, en el puerto de Ale los navíos pequeños fondeaban con 4 brazas de agua, lo que suponía una distancia a tierra de media legua. Las embarcaciones mayores lo hacían con 12 brazas, lo que las situaba a más de una legua del litoral⁹⁸. Sin embargo, su principal innovación es la de indicar la latitud de los puntos de referencia. La gradación va referida a la línea equinoccial (ecuador) y concluye en Santo Tomé, a un grado de la misma.

La novedad recogida en el *Esmeraldo* es consecuencia de las innovaciones introducidas en los sistemas de navegación. A mediados del siglo XV se comenzó a calcular con cuadrante la altura de la estrella polar. Ello permitía conocer la distancia recorrida, corrigiendo las desviaciones sufridas durante la singladura. Diogo Gomes explica la práctica, diciendo: “es verdad que en una carta de navegar se ve el rumbo a seguir, pero si alguna ocasión se introduce un error, nunca se vuelve al punto original”⁹⁹.

En este sistema, la proximidad al Ecuador hacía difícil la visión de la estrella. Los testimonios de Cadamosto, aunque hubiesen sido introducidos con posteridad, lo confirman¹⁰⁰. En el primero indica: “en la desembocadura de este río no vimos sino una vez la Tramontana, situada muy baja sobre el mar. La pudimos divisar con tiempo muy claro, y nos parecía que estaba como a una lanza sobre el horizonte. Asimismo, vimos seis estrellas bajas sobre el mar, claras, brillantes y grandes. Fijando su posición por la brújula, quedaban hacia el ostro”. En el segundo, al referirse de nuevo al Carro del Sur, señala “la estrella principal no la vimos, puesto que era imposible distinguirla salvo que perdiésemos nuestra Tramontana”. Su última anotación corresponde a la Isla Roja, de la que comenta: “en esta islita aparece la Tramontana a la altura de un hombre sobre el mar”. Sus temores ante la nueva situación coinciden con los de Usodimare, que explicaba a sus asociados por qué no pasó de Gambia: “Si hubiera navegado un día más, habría perdido la estrella Polar”¹⁰¹. Esta dificultad moverá a los

⁹⁸ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, p. 270.

⁹⁹ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 65.

¹⁰⁰ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto*, pp.145 y 168.

¹⁰¹ La carta en A. Brásio, *Monumenta Missionaria Africana. África Occidental (1342-1499)*, Lisboa, Agência Geral do Ultramar, 1958, pp. 381-383.

navegantes de fines de siglo a calcular la altura del sol, ayudados por tablas de la declinación solar.

No se trataba aún del cálculo de la latitud propiamente dicho. Además, su aceptación fue paulatina. Pereira Pacheco, a pesar de su carácter innovador, lo sitúa en tercer lugar en la descripción de la tierra¹⁰². Para él, el primer elemento era las señales físicas de la costa. Luego venían los vientos y corrientes. Por último, debían medirse los grados respecto a la equinoccial, para distinguir donde se creía estar de donde se estaba en realidad, La certeza se obtenía sumando los tres puntos.

Las informaciones de carácter técnico no acabaron con otras de carácter particular. En primer lugar, porque era frecuente que los viajeros transmitieran sus experiencias a otros viajeros. Buena prueba de ello es el carácter compilador de las obras de Zurara o Valentim Fernandes. También lo es, aunque con un alcance más reducido, el testimonio del navegante Cadamosto acerca de flujo y reflujo del Senegal, “obtenido de los marinos portugueses que han navegado con sus carabelas aguas arriba”¹⁰³. Otra vía eran los testimonios dejados sobre el terreno, de manera consciente o inconsciente. Ilustran los primeros el escrito de Antao Gonçalves, indicando a quienes pasasen por una aldea cercana a Cabo Blanco que no se molestasen en atacarla porque él la había encontrado abandonada¹⁰⁴; y la cruz de madera erigida por Diego Alfonso, también, en Cabo Blanco, “para que, si se daba la circunstancia de que sus compañeros llegaran después o no hubieran pasado todavía por allí, se dieran cuenta de que él se les había adelantado”¹⁰⁵. Otros testimonios podían nacer de acciones involuntarias, ligado a huella humana sobre el terreno. Una parte de la expedición de João Gonçalves Zarco, al llegar a una isleta pegada al Cabo Verde y encontrar “pieles frescas de cabras y otras cosas entendieron que otras carabelas se habían adelantado”. A mayor abundamiento, encontraron grabadas en los árboles las armas del Infante, así como las palabras que expresaban su divisa: *talant de bien faire*¹⁰⁶. Esta mención plantea la posible relación entre estas señales y los posteriores *padroes*. Según Barros, las inscripciones en la corteza de los árboles era un hecho habitual y se hacían en loor del Infante, con un significado de posesión, idéntico a al de las cruces de madera¹⁰⁷. El mismo autor, indica que Alfonso V prohibió tres años después de la construcción de San Jorge de la Mina, que se erigiesen cruces, tal como se hacía en tiempos de Fernao Gomes, el citado arrendador de los descubrimientos de Guinea. En su lugar ordenó levantar *padroes* de piedra de dos estados de altura, que incorporaban las armas reales, más letreros en latín y portugués referidos al monarca y a los descubridores y, todo ello, coronado

¹⁰² Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, pp. 332-333.

¹⁰³ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p. 104.

¹⁰⁴ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 187.

¹⁰⁵ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 178.

¹⁰⁶ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, pp. 233 y 255-256.

¹⁰⁷ João de BARROS, *Ásia...*, p. 68.

por una cruz de piedra, revestida de plomo¹⁰⁸. De lo anterior parece desprenderse un proceso de profundización, manteniendo siempre la idea de posesión. El nuevo modelo se basaba en la afirmación de poder real frente al señorial y en la mejora de su simbología. A mayor abundamiento, Valentim Fernandes recoge la existencia de un padrón en el Cabo dos Mastos, que servía de frontera entre las tierras del maestrazgo de la Orden de Cristo y el realengo, con repercusión jurisdiccional¹⁰⁹.

La exploración que venimos comentando exigió navíos adaptados a las características de las costas. Al tratarse de regiones ignotas, sin posibilidades ciertas de abastecimiento, era necesario limitar el “peso muerto”, lo que se conseguía con tripulaciones reducidas. Por otra parte, al estar obligados a navegar cerca de la tierra, debían ser navíos manejables y de limitado calado, capaces de encallar con facilidad.

Su primera versión fue la *barcha* o *barca*, utilizada por Gil Eanes para traspasar el Bojador. Se trataba de una embarcación mixta (provista de velas y remos), sin cubierta, pero de estimable capacidad de carga, al aprovechar todo su vaso¹¹⁰. Valentim Fernandes la describe, al referir el supuesto viaje de Machín, con las siguientes palabras: “navío de cuarenta toneles con gavia”¹¹¹. Su utilización en estas navegaciones fue corta, a pesar de que repitiese en el siguiente viaje patrocinado por el infante don Enrique. En este fue acompañado por un *ballener* (*valliner*, *varinel*), de mayores dimensiones¹¹². Se trataba de un navío de uso fundamentalmente militar. Era, por definición, un velero, aunque su perfil “largo y bajo” le permitía el uso de remos en caso de necesidad. Tampoco gozó de larga vida, a pesar de repetir en el viaje de Baldaia al Río de Oro¹¹³, pues fue sustituido rápidamente por la carabela. La Crónica de Guinea recoge este nuevo instrumento desde 1441 y contabiliza 51 de ellos hasta 1446¹¹⁴. Entre ellos existían diferencias, porque unos tenían cubierta y otros “eran de pesca”¹¹⁵. Las fuentes hablan de carabelas mayores y menores, sin que podamos equiparar estos conceptos a los anteriores. Tampoco establecen un límite claro en cuanto al tonelaje de unas y otras. El *Esmeraldo* cataloga habitualmente como pequeñas las de 30/35 toneles, aunque en una ocasión habla de navíos pequeños de 50 toneles¹¹⁶. Y valora como grandes

¹⁰⁸ João de BARROS, *Ásia...*, p. 79.

¹⁰⁹ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, ...*Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 130.

¹¹⁰ Eduardo Aznar Vallejo, “Barcos y barqueros en Sevilla”, *Historia, Instituciones, Documentos*, 21 (1994), pp. 1-11. Referencias textuales sobre esta y otras tipologías navales pueden consultarse en R. EBERENZ, *Schiffe an den Küsten der Pyrenäenhalbinsel: eine kulturgeschichtliche Untersuchung zur Schiffstypologie und -terminologie in den iberoromanischen Sprachen bis 1600*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1975.

¹¹¹ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, ...*Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 175.

¹¹² G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 135.

¹¹³ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 135.

¹¹⁴ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, pp. 141 y 262.

¹¹⁵ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 282.

¹¹⁶ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, pp. 296, 297, 321; y 323.

las de 80 o 100 toneles¹¹⁷, pero no mencionan el umbral diferencial. Podemos suponer que la preparada por el Infante para Cadamosto, evaluada en 90 *botas* (unas 54 toneladas) estaría en el rango de las mayores, pero poco más¹¹⁸. Las menores se presentan como más veloces y más aptas para aproximarse a la costa, aunque menos preparadas para navegar en invierno¹¹⁹. El predominio de las carabelas fue absoluto. En lo que conocemos, sólo existen dos excepciones: una fusta y tres urcas. La primera era un barco *sutil y mixto*. Sus remos eran útiles a la hora de remontar los ríos y, por lo tanto, indicada para la exploración del Senegal, pero sus velas latinas dificultaban la navegación en alta mar¹²⁰. Dos de las urcas sirvieron, como hemos visto, para el transporte de materiales en la construcción de San Jorge de la Mina, de las que Pacheco Pereira consigna que tenían un porte de 400 toneles¹²¹. La otra, propiedad de Robert Kerey, fue enviada por el “Navegante” a Arguim, con mercancías¹²².

5. La ocupación de las tierras

El reconocimiento del litoral era el paso previo a su aprovechamiento. Este proceso suponía habilitar lugares de protección y abastecimiento, que, con el tiempo, se convertirían en lugares de intercambio, temporal o permanente.

El primer hito de este proyecto era la localización de puertos. Este término no tenía el significado que le otorgamos en la actualidad, pues no incorporaba elementos artificiales de protección y no comportaba el “ataque” de las embarcaciones. Su localización se adaptaba a las condiciones naturales de la región. En la costa de Berbería, zona arenosa y de escasa profundidad, solían situarse al abrigo de arrecifes o islotes. En Guinea, costa más abrupta, las localizaciones solían corresponder a desembocaduras de ríos o barrancos, sin que falten, como hemos visto, en angras protegidas. En uno u otro ámbito, la consolidación de relaciones se refleja en la aparición de nombre propio para el establecimiento. Los puertos de la Galera, la Caldera, de Mansa etc., muestran el tránsito a asentamientos permanentes.

En el primer sector, la evolución hacia el puerto/ciudad lo representa Arguim, que reunirá los tres factores de desarrollo: fondeadero, aguada y factoría. Cadamosto retrata su desarrollo con las siguientes palabras: “El infante don Enrique ha celebrado con esta villa de Arguin un acuerdo por diez años, en virtud del cual ninguna persona podrá entrar en el golfo para

¹¹⁷ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, p.302.

¹¹⁸ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p. 76 La *bota* era unidad de capacidad y carga, que equivalía a 3/5 partes del tonel.

¹¹⁹ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, pp. 218, 220-21; y 222; E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p.140.

¹²⁰ La participación de la fusta de Palenque en la flota de Lanzarote puede seguirse en G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, pp.247 y ss.

¹²¹ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, p.315.

¹²² Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 21.

comerciar con los árabes, a excepción de los que están dentro del pacto. Estos han hecho construir casas en la isla donde tienen sus factores, que compran y venden a los árabes...El Infante ha ordenado construir un castillo en esta isla para conservar a perpetuidad este comercio. Esta es la razón por la que van y vienen carabelas de Portugal a la isla de Arguin todo el año¹²³. Además, el establecimiento propició la radicación de setenta casas de azanegas¹²⁴. Barros insiste en su calidad portuaria, indicando “en toda aquella costa no había lugar más abrigado del ímpetu de los grandes mares que rompen en sus playas”¹²⁵. En el polo opuesto de evolución se encontraba Anterote, situado entre el Río de San Juan y el Senegal, del que Valentim Fernandes señala que los rescates se concertaban en los navíos “porque no hay lugar, castillo, ni nada”¹²⁶.

En Guinea, la importancia de los ríos como puertos y lugares de penetración puede seguirse en Valentim Fernandes, quien presenta una evaluación de ellos, atendiendo a su capacidad de fondeo y navegabilidad. De menos a más, esta es la relación de algunos de sus ejemplos: en el Joala “no entran navíos porque es pequeño”; en el de San Pedro “pueden entrar navíos”; en el Casamanza “los navíos navegan río arriba hasta una dieciocho leguas”; en el de Santo Domingos “navegan los barcos más allá de sesenta leguas”; en el Gambia o Cantor “los navíos remontan unas trescientas leguas, esto es, barcos de cincuenta o sesenta toneles”; y en la Ribeira Grande de la isla de Santiago pueden entrar navíos de ciento cincuenta toneles¹²⁷. Las zonas de manglares eran poco propicias para ríos caudalosos y, por ende, para puertos. Cadamosto lo señala tras pasar el Cabo Verde, al confesar “no creo haber visto costa más hermosa que esta, bañada por numerosos ríos y pequeños arroyos de escasa profundidad, por lo que en ellos no podrían entrar grandes embarcaciones”¹²⁸.

Como hemos mencionado al analizar los derroteros, en ocasiones los fondeaderos quedan lejos de la costa. El mejor ejemplo de esta circunstancia la encontramos en Cadamosto, al referirse a la Palma de Budomel, que significativamente “es una rada y no un puerto”¹²⁹. Al empeorar el tiempo en la región, decidió enviar una carta su barco, que se encontraba a unas tres millas mar adentro, para pedir que se acercase al río Senegal, a donde él se trasladaría por tierra. Estas largas distancias eran concebidas como medidas de seguridad, ya que permitían conjurar las dificultades del medio marino. El autor que venimos citando describe su navegación por el país de los barbacines de la siguiente manera: “siempre de día, echando

¹²³ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, p. 93-94.

¹²⁴ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 91.

¹²⁵ João de BARROS, *Ásia...*, p. 37.

¹²⁶ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 119.

¹²⁷ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, pp. 131, 143, 146, 134 y 193.

¹²⁸ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, pp. 135-136.

¹²⁹ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamosto...*, pp. 113-115.

el ancla por la tarde, a diez o doce brazas de profundidad y a unas cuatro o cinco millas de tierra”¹³⁰.

Estos lugares de fondeo habitualmente no cubrían otras necesidades, como el despalme de los navíos, la aguada y el depósito de mercancías.

La primera se veía acrecentada, aparte de por la dureza de la navegación, por la calidez de las aguas, que llenaban los cascos de parásitos. Münzer presencié sus efectos en el puerto de Lisboa, donde fue informado que las embarcaciones no resistían más de 3 o 4 viajes¹³¹. Ello obligó a buscar lugares aptos para la operación. La primera noticia sobre ella es la referida a Nuno Tristão antes de pasar el puerto de la Galé. El tenor de la misma es como sigue: “y allí la hizo despalar y carenar donde era preciso, aguardando a tener buena marea como si estuviera ante el puerto de Lisboa, y muchos estaban asombrados de tamaña osadía”¹³². Zurara menciona otros dos trabajos de esta naturaleza, lo que prueba su generalización desde época temprana¹³³. Los derroteros detallan los lugares especialmente señalados para su realización, por ejemplo, la isla de Palma y las isla Bravas¹³⁴, pero no eran los únicos. Los captores de Eustache de la Fosse aprovecharon su paso por la isla de los Ídolos para poner “en seco uno de los navíos para carenarlo y limpiarlo”; e hicieron lo propio al regresar a Sierra Leona¹³⁵. Los emplazamientos no solían coincidir con los puertos de fondeo y con las poblaciones que en ellos se instalaron. La excepción es la capital de la isla de Santo Tomé, que, en la descripción de Valentim Fernandes posee “una hermosa bahía donde está la población y donde despalkan los navíos.”¹³⁶.

Tanto los relatos de viajes como los derroteros contienen abundantes citas a aguadas. De ellas destacan dos ideas. La primera, la aparición de puntos prioritarios. Es el caso de la isla de Arguim, citada tres veces en la *Crónica de Guinea*, tanto en trayectos hacia el norte como hacia el sur¹³⁷. La segunda, la constatación de que los lugares de aguada y despalmado no solían coincidir, cuestión que se afirma taxativamente de los ubicados en las Islas Bravas¹³⁸. Conviene recordar que el término aguada tenía un sentido más amplio que el que solemos imaginar, ligado a la bebida y preparación de alimentos. Así nos lo recuerda Eustache de la

¹³⁰ E. Aznar, D. Corbella, y A. Tejera, *Los viajes...de...Cadamo...*, p. 138.

¹³¹ Hieronymus Münzer, *Do descobrimento da Guiné...*, p. 243.

¹³² G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, p. 145.

¹³³ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, pp. 161 y 288.

¹³⁴ Damiao Peres, *Os mais antigos roteiros...*, pp. 51 y 55 (del Cuatrocentista) y 8 y 13 (del de J. de Lisboa).

¹³⁵ E. Aznar y B. Pico, *Viaje de Eustache...* pp. 41 y 43.

¹³⁶ Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 201.

¹³⁷ G. Eannes de Zurara, *La Crónica de Guinea...*, pp. 210, 234 y 247

¹³⁸ Damiao Peres, *Os mais antigos roteiros...*, pp. 13 (del Cuatrocentista) y 55 (del de J. de Lisboa).

Fosse, al recalar en el gran puerto del Cabo Leona, “donde nos refrescamos, nos aprovisionamos de agua dulce e hicimos la colada”¹³⁹.

El término “rescate” terminó por señalar los lugares de intercambio que no adquirirían categoría de poblado. Los ejemplos son múltiples. A modo de ejemplo, el Roteiro de Joao de Lisboa menciona cuatro: Cyde, Soeyro, Guineos y Genovés.

6. Epílogo

Las consecuencias de los setenta años de navegación que analizamos no se limitaron a aspectos prácticos, pues alcanzaron también al plano de las mentalidades. En concreto, al choque entre la *autoridad* de los antiguos y la experiencia de los contemporáneos. Por esta causa, alternan en las fuentes alabanzas y críticas acerca de los clásicos. Cuenta en las primeras, el intento de mantener la topografía de la geografía tradicional. Así sucede en el reconocimiento de Pacheco Pereira del Promontorio Hespérico como Cabo Verde y del archipiélago de igual nombre como Islas Hespérides¹⁴⁰. Otro tanto ocurre en la ratificación de Münzer de que Etiopia es “es muy ancha y larga”, como se ve en la Carta de Tolomeo; y en la de Pacheco Pereira de que entre los etíopes el verano y el invierno tienen la misma complexión por su cercanía a la equinoccial, como escribió Alfagrano¹⁴¹. O en la nota de Valentim Fernandes para redactar el epígrafe del archipiélago caboverdiano, cuyo tenor es el siguiente: “Islas de Cabo Verde. Pli[nio] in Na[tura]lis Historia, li[bro] 6, c[apítul]o 31. Pompo[nio] Mela, libro 3, fol. 84”¹⁴². Sin embargo, esta traslación admite matices, como la aportada por Pacheco Pereira a propósito de los territorios que se encuentran en la misma latitud. Según él, para muchos *antiguos* ambos tendrían las mismas condiciones, pero en su opinión esto no era así, tal como se comprobaba en la oposición entre los negros guineanos y los “pardos casi blancos” del Brasil¹⁴³.

A pesar de esta admiración, las dudas y críticas se fueron abriendo paso. Diogo Gomes, lo hizo con respeto: “y esto que se escribe aquí, se pone con perdón del ilustrísimo Tolomeo, que escribió muchas cosas buenas sobre la división del mundo, pero en esta parte se equivocó... y la parte equinoccial del Mediodía la describe como deshabitada por el excesivo calor. Y todo esto lo hallamos al contrario”¹⁴⁴. Este descubrimiento contra la teoría de los climas se encuentra en Münzer, a propósito del Rio de Oro. Afirma que el Infante quedó muy satisfecho de saber que había hombres en la región, contra la opinión de los “cosmógrafos”,

¹³⁹ E. Aznar y B. Pico, *Viaje de Eustache...* p. 45.

¹⁴⁰ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, p. 268.

¹⁴¹ Hieronymus Münzer, *Do descobrimento da Guiné...*, p. 247; Duarte Pacheco PEREIRA, *Esmeraldo...*, p. 298.

Eduardo Aznar y Dolores Corbella, *...Manuscrito de Valentim Fernandes...*, p. 193.

¹⁴³ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, p. 336.

¹⁴⁴ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p. 27.

que negaban que hubiese habitantes en la zona tórrida¹⁴⁵. Y lo mismo afirma Pacheco Pereira, quien se manifestó contra la opinión de los “antiguos”, que dijeron que la equinoccial era inhabitable, “pero ellos hallaron lo contrario”¹⁴⁶. Conviene aclarar, que las alusiones a la equinoccial no se refieren tanto a la línea como a la región comprendida entre ella y el trópico de Cáncer.

Al final, la experiencia triunfa sobre la tradición. Así se lo manifiesta Münzer al rey de Portugal, al indicar: “no hay que tomar en consideración a Alfagrán y a otros sabios sin experiencia. Vale más fiarse de la experiencia y de las pruebas que de las imaginaciones fantásticas”¹⁴⁷. Y lo corrobora Pacheco Pereira, al escribir: “la experiencia nos hace vivir sin el engaño de las exageraciones y fabulas que algunos antiguos cosmógrafos escribieron acerca de la descripción de la tierra y el mar”¹⁴⁸. La razón del cambio era el avance en el conocimiento. Así lo reconoce Diogo Gomes, al señalar como fue descubierta Etiopia Austral, que se llama Libia Inferior y que está más allá de las tierras descritas por Tolomeo¹⁴⁹.

Bibliografía

- Aznar, E. Corbella, D. y Tejera, A. 2017. *Los viajes africanos de Alvise Cadamosto (1455-56)*, San Cristóbal de La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- Aznar Vallejo, E. 2020. “Expansión atlántica y construcción del Estado Moderno”, en *XXIII Coloquio de Historia Canario-Americana*. Las Palmas de Gran Canaria: Casa de Colón. XXIII-090.
- Aznar Vallejo, E. 1994 “Barcos y barqueros en Sevilla”, *Historia, Instituciones, Documentos*, 21.
- Aznar Vallejo, E. 2007. “Del mar soñado al mar hollado. El redescubrimiento del Océano”, *Cuadernos del Cemyr*. No. 15. San Cristóbal de La Laguna: Servicio de Publicaciones Universidad de La Laguna. pp. 175 – 195.
- Aznar, E. y Pico, B. 2000. *El viaje de Eustache de la Fosse (1479-1481)*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo de Tenerife.
- Brásio, A. 1958. *Monumenta Missionaria Africana. África Occidental (1342-1499)*. Lisboa: Agência Geral do Ultramar.

¹⁴⁵ Hieronymus Münzer *Do descobrimento da Guiné...*, p. 226.

¹⁴⁶ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, p. 334.

¹⁴⁷ Colección Documental del Descubrimiento, nº 141 (14-VII-1493).

¹⁴⁸ Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo...*, p. 336.

¹⁴⁹ Diogo Gomes de Sintra, *El descubrimiento de Guinea...*, p.3.

- de Barros, J. 1988. *Ásia. Primeira Década [1552]*, Lisboa, Imprensa nacional-Casa da moeda. (Facsímil de la 4ª ed. revisada de António Baião, de 1932), Coimbra: Imprensa da Universidade.
- Doria, J. 1930. *Annales*, en *Annali genovesi di Caffaro e dei suoi continuatori Jacopo D'Orio*. Génova: ed. G. Monleone..
- R. Eberenz, 1975. *Schiffe an den Kusten der Pyrenaenhalbinsel: eine kulturgeschichtliche Untersuchung zur Schiffstypologie und -terminologie in den iberoromanischen Sprachen bis 1600*. Frankfurt am Main: Peter Lang.
- el Africano, Juan León. 2004. *Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay*, (Ed. S. Fanjul y N. Consolani). Granada: El legado andalusí.
- Fernandes Vid, V. Aznar, E. y Corbella, D. 2021. *África y sus islas en el Manuscrito de Valentim Fernandes*. Madrid: Dykinson.
- Fernández de Navarrete, M. 1964. *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, tomo III, En *Obras de Martín Fernández de Navarrete* (Ed. Carlos Seco). Madrid: BAE. Vol II.
- Gomes de Sinatra, D. 1992. *El descubrimiento de Guinea y de las islas occidentales [1484-1502]*, (Ed. D. de López-Cañete Quilis), Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Llull, R. 1948. *Obras Literarias* (Ed. M. Batllori y M. Caldentey). Madrid: BAC.
- Pacheco Pereira, D. 1991. *Esmeraldo de Situ Orbis [1505-1508]*, (Ed. J. Barradas de Carvalho). Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian. Serviço de Educação.
- Peres, D. 1952. *Os mais antigos roteiros da Guiné*. Lisboa: Academia Portuguesa da Historia.
- De Pina, R. 1977. *Crónicas*, (ed. M. Lopes de Almeida). Oporto: Lello & Irmão.
- Le Canarien*. 2006. *Retrato de dos mundos I. Textos*, (Ed. E. Aznar, D. Corbella, B. Pico y A. Tejera). San Cristóbal de La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- Viguera Molins, M. J. 1992. "Eco árabe de un viaje genovés a las Islas Canarias antes del 1340". *Medievalismo*. No. 2.
- de Zurara, G. 2012. *La Crónica de Guinea. Un modelo de etnografía comparada*, (Ed E. Aznar, D. Corbella y A. Tejera) Barcelona: Edicions Bellaterra.

Las fortalezas coloniales hispanas y los arrecifes de coral en el Caribe (siglos XVI al XVIII)*

Hispanic Colonial Fortresses and Coral Reefs in the Caribbean (16th to 18th Centuries)

Elizeth Payne Iglesias**

Resumen

Este artículo analiza el uso y la explotación de los arrecifes coralinos en la construcción de las fortalezas españolas ubicadas en el Caribe durante la época colonial. El hecho de plantear la problemática de esta explotación desde la perspectiva histórica se fundamenta en la necesidad de comprender los procesos gestados en la corta, mediana y larga duración y sus efectos sobre el medio ambiente. Aunque estas investigaciones forman parte de un debate reciente, toman sentido debido a que estos recursos han sufrido siglos de interacción con humanos y otros animales que han impactado de sobremanera en el clima. El trabajo se soporta en una serie de mapas de los siglos XVII al XIX del Atlas de mapas históricos de Honduras (Davidson, 2006) y documentos primarios ubicados en el Archivo General de Indias.

Palabras clave: Fortalezas españolas, arrecifes coralinos, Historia Ambiental, Caribe.

Abstract

This article analyzes the use and exploitation of coral reefs in the construction of Spanish fortresses located in the Caribbean during the colonial era. A historical perspective and approach is needed to understand the processes developed in the short, medium, and long term, and their effects on the environment. Although this research has only recently been a subject of academic debate, centuries of interaction with humans and other animals have had a major impact on these resources and the climate. The work is supported by a series of maps from the seventeenth to nineteenth centuries from the Atlas of Historical Maps of Honduras (Davidson, 2006) and primary documents located in the Archivo General de Indias.

Key words: Spanish forts, coral reefs, Environmental History, Caribbean.

* La información sobre algunas especies de coral identificadas en este artículo se la debo al Dr. Jorge Cortés, investigador del CIMAR de la Universidad de Costa Rica, quien es toda una autoridad en el tema de los arrecifes coralinos del Caribe centroamericano. Si hay algún error u omisión es responsabilidad de esta autora.

** Elizeth Payne Iglesias es profesora catedrática de la Escuela de Historia (CIHAC), Anuario de Estudios Centroamericanos, en la Universidad de Costa Rica; contacto: epaynei@yahoo.com.mx; <https://orcid.org/0000-0001-7739-0666>

1. Introducción

*¿Qué iba a cumplir esa geometría de piedra y ladrillo
y fósil de coral, amalgamadas con la sangre,
sudor y lágrimas de sus ancestros?*

Rodolfo Pastor Fasquelle, 2008
(Ex ministro de Cultura de Honduras, 2006-2009)

Toda construcción humana tiene impacto directo sobre el ambiente puesto que, al transformarlo y adaptarlo, afecta las formas de vida ahí establecidas; estas se encuentran en cualquier cantidad, calidad, tamaño o proporción en los sitios sujetos a ser edificados y por lo tanto alterados. Sin embargo, hay seres vivos que son más vulnerables a los cambios debido a su escasez, años de formación, modificaciones radicales del clima o bien a la agresión humana, entre otras muchas razones. De manera que existen procesos que son más rápidos y violentos contra el ambiente que otros, y, por lo tanto, pueden acelerar la destrucción y, en el peor de los casos, llevar a la extinción de algunas de estas riquezas naturales. Muchos de estos cambios llevan varios siglos y arrastran un proceso acumulativo de explotación o sobreexplotación, que podría hacer irremediable la recuperación de determinados recursos.

En esta ocasión, el problema a abordar consiste en el estudio de la explotación y uso en grandes cantidades de los arrecifes coralinos del Caribe, en la construcción de las fortalezas españolas, entre los siglos XVI y XVIII. La utilización del coral pétreo fósil, insidió sobre las diversas formas de vida marina, afectó las áreas costeras y con ello, a las poblaciones humanas ahí establecidas; los mayores estragos se observan en los efectos de los huracanes y las fuertes tormentas caribeñas. En el largo plazo, la extracción de este recurso data de más de medio millar de años, como ha sido estudiado en los casos de Veracruz y el istmo de Panamá. Por esta razón, lo anterior forma parte de un proceso acumulativo que se proyecta hasta el presente.

Una de las razones que han llevado a esta autora a plantear este tema tiene relación con la investigación efectuada en el puerto de Trujillo, Honduras (Payne, 2007: 66), la cual contiene muchos documentos sobre la extracción de coral en las Islas de la Bahía y los cayos Cochinos, localizados al norte y noroeste de ese puerto. En aquella ocasión se comentó: “Se desconocen por ahora los efectos ecológicos de la construcción de los fuertes españoles e ingleses en el Caribe debido a que se extraían enormes cantidades de coral.” (Payne, 2007: 67).¹

¹ Esta autora también ha incursionado en otras especies marinas sobreexplotadas a lo largo de varios siglos; nos referimos a los moluscos perlíferos del género *Pinctada*: la *P. margaritifera* y la *P. mazatlanica*, que fueron extraídos en grandes

El coral como material de construcción en las edificaciones españolas de los siglos XVI al XVIII, no ha sido materia de investigación en nuestro medio, por lo que la llamada de atención la han puesto los biólogos marinos interesados en temas ambientales (Guzmán, 2003; Chávez e Hidalgo, 1987; Cortés, 2003; Carricart, 2008). De manera que se hace necesario comenzar un diálogo sobre temas relativos a la extracción de recursos marinos a lo largo de la historia. Existen algunas dificultades para encontrar coral o arrecifes en las fuentes coloniales; lo que deriva en gran medida de la confusión de los términos, por ejemplo, los corales fósiles o pétreos,² suelen llamarse en la documentación, “piedras”. En otros sitios fueron llamados “piedra coral”, “piedra viva”, “piedra de la mar” o “piedra mucar”.³ Debido al carácter de la información obtenida en las fuentes primarias, se ha de señalar que la mayoría de estas son cualitativas. En la medida que se avance en estas temáticas podrán elaborarse con posterioridad, bases de datos que permitan cuantificar tamaños, pesos y cantidades, entre otros.

Este trabajo se enfoca especialmente en las fortalezas de San Juan de Ulúa, Omoa, Trujillo, Portobelo y Cartagena de Indias, y con ello se pretende mostrar la presencia de coral en las paredes de edificaciones defensivas, civiles y religiosas. Así como, las especies más utilizadas, sus funciones, sitios de extracción, relación con otros materiales y recursos necesarios para la edificación y defensa. Las fuentes en las que se fundamenta este trabajo son variadas. Las primeras de estas constituyen una serie de mapas de los siglos XVII al XIX encontrados en diversos archivos de Centroamérica, Estados Unidos y Europa compilados por el geógrafo estadounidense William V. Davidson en el *Atlas de mapas históricos de Honduras*. (Davidson, 2006). También se utilizan documentos primarios ubicados en el Archivo General de Indias, la mayoría de los cuales fueron transcritos y publicados en los textos de los historiadores Juan Manuel Zapatero y Manuel Rubio Sánchez (Zapatero, 1972, 1979, 1989; Rubio, 1987).

2. Los arrecifes coralinos y sus recursos

Los arrecifes de coral constituyen las comunidades vivas más antiguas de la Tierra. Estos se desarrollan no más allá de los 60 o 70 metros, por lo cual, al ir creciendo, la parte viva se va formando una capa delgada que recubre los esqueletos más antiguos. (Chávez e Hidalgo, 1987). El coral está formado de carbonato de calcio (CaCO_3); se localiza en las zonas tropicales, entre el Trópico de Cáncer y el Trópico de Capricornio a temperaturas cálidas con más de

cantidades con fines comerciales desde el siglo XVI hasta el presente, tanto en el mar Caribe de Venezuela y Colombia, como en las costas del Pacífico de Costa Rica, Panamá y México (Payne, 2008, 2014). También se ha investigado la explotación del tinte de caracol en la costa pacífica de Costa Rica y la respuesta de las comunidades indígenas de la zona, frente a la incursión de grupos ladinos. (Payne, 2017).

² [Coral pétreo](#): tipo de coral cuyo esqueleto está endurecido por carbonato de calcio.

³ Piedra mucar se conoce al coral en los arrecifes de Veracruz. Este fue muy utilizado en las construcciones de esa región.

20°C; los corales al juntarse forman la estructura calcárea que es el arrecife. Héctor M. Guzmán e Irene Holst del Smithsonian Tropical Research Institute, sostienen que en el istmo de Panamá los arrecifes más modernos tienen edades que varían entre los 3000 y 7000 años (Guzmán y Holst, 1994), datos que podrían aplicarse al Caribe en general. El mapa que a continuación se presenta, muestra los niveles de amenaza actuales de los arrecifes en el Caribe ístmico e insular:

Mapa 1
Arrecifes amenazados por el desarrollo costero



Fuente: Lauretta Burke y Jonathan Maidens, "Arrecifes en Peligro en el Caribe", Washington: World Resources Institute, 2005. http://pdf.wri.org/arrecifesen_peligro_resumen.pdf

2.1 Tipos de coral, sus funciones y usos

Los arrecifes de coral son sitios altamente productivos porque cuentan con ecosistemas muy diversos y juegan un papel importante para las zonas costeras en general y en las actividades humanas, en particular. Al constituir barreras naturales frente a las costas e islas, estos se convierten en escudos en contra de los huracanes, las inundaciones o las altas mareas. En el Caribe, los corales recientes comenzaron hace unos 7,000 años, predominando en formación de barrera coralina donde domina la especie *Acropora palmata*. También se establecieron otras especies masivas como la *Diploria strigosa*, *Stephanocoenia michelinii*, *Porites astreoides* y *Montastraea annularis* (Guzmán, 2003: 1).

Estos ecosistemas son muy vulnerables debido a que les puede afectar cualquier fenómeno humano o natural; entre ellos, las enfermedades, los cambios de temperatura, los huracanes, la concentración de nutrientes, la sedimentación o disminución de la circulación del agua y los daños ocasionados por los humanos como la pesca excesiva o el turismo masivo. En los últimos años se ha puesto énfasis en el calentamiento de las aguas asociado con el Fenómeno del Niño. Los cambios de temperatura les afectan sobremanera porque matan las *zooxantelas*, que en términos comunes provocan el blanqueamiento del coral.⁴ También los fenómenos recientes como el derrame de petróleo y la introducción de otras especies, afecta en demasía los arrecifes. La proyección acerca de estos, y los animales que viven en ese hábitat es que disminuirán un 30% a nivel mundial y se acabarán dentro de 70 años (Chávez e Hidalgo, 1987). En fin, los especialistas mexicanos Chávez e Hidalgo, sostienen que: "...un arrecife coralino constituye un ecosistema sumamente frágil y como tal es muy vulnerable ante las intervenciones humanas de toda índole." (Chávez e Hidalgo, 1987: 2).

3. Los corales del Caribe antes y a partir de la presencia española

Contamos con pocas referencias sobre el uso del recurso coralino en la época precolombina; sin embargo, dada la cercanía de la costa y la riqueza que estos proveían a las poblaciones, parece obvio que los indígenas conocían de las potencialidades de estos sitios. Por ejemplo, las sociedades indígenas de Mesoamérica estaban familiarizadas con el coral *Scleractinian*,⁵ *gorgonians*⁶ y *gastrópodos*⁷ que se han encontrado en entierros. (Jordan y Rodríguez, 2003: 356). Por su lado, los grupos mesoamericanos del periodo posclásico mantenían un intenso intercambio a larga distancia en el que traficaban plumas de aves, navajas de obsidiana, conchas, perlas y corales, además de agujas, pieles, hierbas, tintes, esclavos, jade, oro, jadeíta y turquesas. También es cierto que los arrecifes eran una barrera para la navegación, como lo prueban las señales utilizadas por los mayas de la ciudad de Tulum, para evadir el arrecife coralino con el fin de guiar a buen puerto a sus marineros y comerciantes.

⁴ Las [zooxantelas](#) son algas fotosintéticas que necesitan luz del sol. Son de altísima concentración, (como, por ejemplo, 1 millón de células por centímetro cuadrado) y se encuentran a profundidades entre los 25 y 70 metros en aguas claras. El coral le permite dióxido de carbono, fósforo y nitrógeno, componentes de desecho de la respiración celular del coral. Cuando las zooxantelas mueren, los corales se blanquean.

⁵ Las [Scleractinia](#) se forman en el Triásico Medio, fueron una de las primeras formaciones coralinas. También se les llama Pedregoso corales, parecidos a las anémonas de mar pero con esqueleto duro. Mucho del marco de los filones coralinos es formado por los scleractinians.

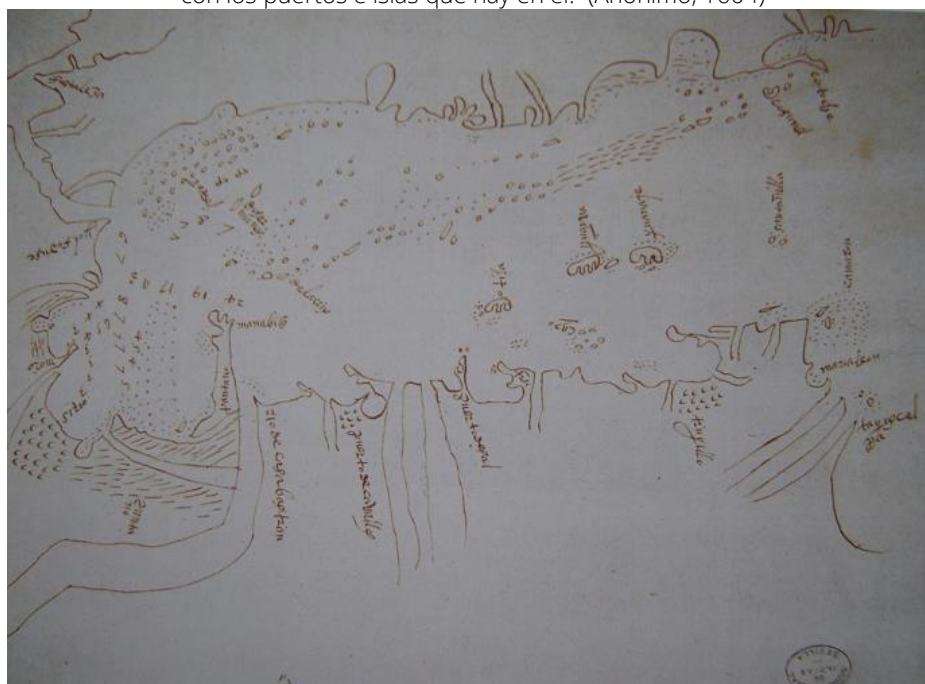
⁶ Son corales antozoarios coloniales, que tienen un esqueleto ramificado rígido e incluyen látigos de mar y abanicos de mar, a menudo son coloridos. Ver: [gorgonians](#)

⁷ Los [gasterópodos](#) o univalvos, constituyen la clase más extensa del filo de los moluscos. Existen aproximadamente más de 75.000 especies vivas y 15.000 fósiles descritas. Habitan en aguas saladas y dulces, pocos de estos viven en tierra. Son criaturas de una sola concha: caracoles, babosas marinas y terrestres, las lapas, las orejas y liebres de mar, entre otras.

Entre las referencias más conocidas del periodo del contacto están las que señaló Cristóbal Colón al llegar a la tierra de Ciguare en la costa sur de América Central, donde vio que los indígenas de la zona usaban el coral tal y como lo cita en la *Carta de Jamaica* de 1502: “[...] allí dicen que hay infinito oro, y que traen corales en las cabezas, manillas a los pies y a los brazos dello, y bien gordas; y del [oro], sillas, arcas y mesas las guarnecen y enforran.” (Fernández de Navarrete, 2007: 356). En la isla Colón, en el Caribe panameño actual, los arqueólogos han encontrado lápidas hechas con lajas de coral debido a la escasez de piedra.

Mapa 2

Mapa del golfo de Honduras desde el cabo Catoche hasta el de Camarón, con los puertos e islas que hay en él. (Anónimo, 1604)



Fuente: Davidson, 2006: 54-55.

Los arrecifes coralinos en el Caribe del istmo centroamericano constituyen una extensa franja, como se observa en el mapa 1. A raíz de la llegada europea y debido a la presencia de gran cantidad de naves que circunnavegaban los mares, la información sobre estos y las condiciones de la tierra y el mar, se convirtieron en fundamentales para los marineros y transportistas de la época. Encallar en bancos de arena o bien romper la proa en un arrecife, era una verdadera tragedia. De manera que, muy tempranamente hemos detectado en la cartografía colonial, las indicaciones de los arrecifes, la profundidad de las aguas y los canales más adecuados para llegar a puerto. Uno de los primeros mapas que señalan los arrecifes e indica las condiciones para la navegación es un anónimo de 1604.

En el mencionado mapa, se dibuja la larga cadena de arrecifes que va desde la costa este de Yucatán (lado norte del mapa), hasta el cabo de Gracias a Dios; en particular, la zona donde son más abundantes está localizada entre Yucatán y lo que es actualmente Belice; hoy en día esta es la segunda barrera de coral más grande del mundo. La costa sur corresponde a la costa de Honduras, ahí se observan los puertos de Caballos y más al este, Punta Castilla y Trujillo; al frente están las Islas de la Bahía (Guanaxa, Roatán y Utila). El detalle de los números que están en la entrada al Golfo Dulce al oeste de la bahía de Honduras tenía el fin de alertar a los navegantes sobre la profundidad y la presencia de bancos de arena.⁸ A los puertos de la costa de Honduras se llegaba con más facilidad; estos no tenían en sus alrededores grandes arrecifes, aunque para llegar se debían esquivar los bancos de arena y algunos corales localizados en la ruta.

Otros mapas a color señalan más claramente los arrecifes; como el siguiente anónimo español datado entre 1760-1770, en el cual los sitios coralinos cercanos al golfo Dulce y Belice al oeste del mapa eran abundantes. Y desde el este de la costa norte de Honduras o Punta Castilla-Trujillo hasta el cabo de Gracias a Dios, se detallan algunos bancos coralinos que forman pequeños islotes, como se observa en la gran mancha verdosa del mapa que hoy en día es la Costa de Mosquitos:

Mapa 3
Spanish map of the Western Caribbean Sea. (Anónimo, 1760-70)



⁸ En esta entrada había gran cantidad de coral. En el siglo XVIII, por ejemplo, los arrecifes de la península de Manabite fueron usados para la fortificación de San Fernando de Omoa.

Fuente: Davidson, 2006: 118-119.

El mapa 4 publicado en *Account of the Mosquito Shore* en 1774, fue realizado por el piloto británico Joseph Speer, quien además de navegar en el Caribe centroamericano entre Belice y el cabo de Gracias a Dios fue capitán en Río Tinto, al este de la costa de Honduras, y realizó un reconocimiento de esta sección de la costa (Davidson, 2006: 142). Este constituye una muestra clara de la estrategia británica en el Caribe hondureño, pues señala con minuciosos detalles los arrecifes, cayos, ríos y otras características del relieve terrestre y marítimo. Al oeste, en la bahía de Honduras se observan las manchas de los cayos de coral; los números indican puntos de navegación y las líneas trazadas muestran los derroteros a seguir, en especial la rutas que se dirigen hacia Río Tinto (Black River) al este, la isla de Roatán y Belice al oeste de la bahía de Honduras:

Mapa 4

This Chart of the West Indies. (Speer, 1774)

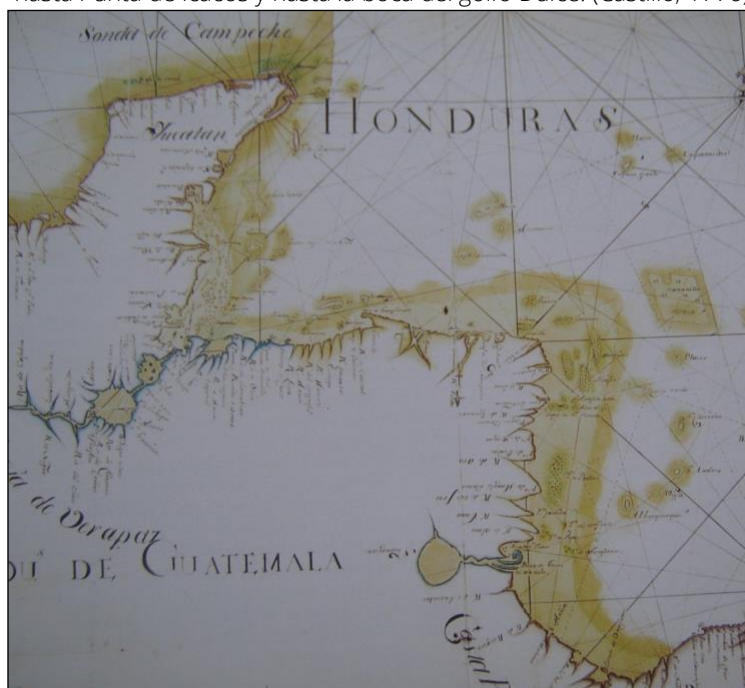


Fuente: Davidson, 2006: 142-143.

En ocasiones hay datos más precisos como el siguiente de Joaquín Castillo, realizado en 1776, el mapa contiene información sobre la extracción de coral y otros sitios a tomar en cuenta para la navegación. Así, en el texto que acompaña este mapa, el autor indica que, mientras servía como piloto en Omoa, se le ordenó pasar a los cayos de Paliaca a “[...] sacar piedra para las reales obras de aquel puerto.” (Davidson, 2006: 149). Los sitios señalados como “placer de piedra” resultan ser, sin duda, los de extracción de “piedra coral”:

Mapa 5

Mapa o descripción que comprende el seno de Honduras con parte de el de Veracruz hasta Punta de Icacos y hasta la boca del golfo Dulce. (Castillo, 1776)



Fuente: Davidson, 2006: 148-149.

4. Las bases materiales de las fortalezas

A raíz de la presencia de las potencias europeas en el istmo, los españoles vieron la necesidad de fortificar muy tempranamente la costa norte de Honduras, de ahí que al finalizar el siglo XVI ya se habían planificado las defensas de Puerto Caballos y Trujillo, aunque los proyectos no prosperaron en una construcción permanente. El más conocido fue el de Bautista Antonelli y Diego López de Quintanilla, en 1590, proyecto que fue descartado por los encargados para darle prioridad a las fortalezas de La Habana, San Juan de Ulúa, Portobelo y Cartagena de Indias.⁹

Antes de analizar la extracción de los arrecifes de coral con los fines anteriormente mencionados, hemos de indicar que los materiales constructivos eran diversos. Lo más usual era la obtención de recursos propios del lugar y como era de esperar, las primeras impresiones sobre el sitio tenían que ver con el terreno y las facultades de la bahía. Por ejemplo, en 1595, Antonelli señaló que Puerto Caballos estaba rodeado de “arcabuco”, o en otras palabras de un monte muy espeso (Antonelli y López de Quintanilla, 1991: 35). En el

⁹ La familia Antonelli, de origen italiano formó una verdadera dinastía de constructores en América. El primero de ellos fue Bautista Antonelli y le siguieron su sobrino Cristóbal de Roda Antonelli y su hijo Juan Bautista Antonelli, conocido como “el Mozo”. Los dos últimos se establecieron en Cartagena de Indias.

caso de Trujillo, los autores señalaron lo siguiente: "Tiene una montaña muy alta que todo es arcabuco cerrado y causan los dichos montes algunos dolores de cabeza y romadizos ventando suroeste como viene sobre la tierra y arcabucos parece que lleva consigo algunos malos vapores." (Antonelli y López de Quintanilla, 1991: 35).

En el caso de los puertos y las obras defensivas, había una valoración en tierra y otra, desde la perspectiva marítima; como por ejemplo la extensión de la bahía, su profundidad y localización estratégica con respecto a otras poblaciones o puertos, tanto amigos como enemigos. Se procedía después a la elaboración de los planos, lo cual recaía en manos de un ingeniero experimentado. Sin embargo, con frecuencia la condición idónea de escoger un sitio con "*buen clima, tierra y suelo*", se comenzó a desdibujar en los puertos ya que, al contrario, casi toda la documentación refiere que estos eran sitios malsanos y propicios a las enfermedades y la muerte. En gran medida esto se originaba por el clima, el agua y la vegetación. Por ejemplo, en Trujillo, una de las primeras referencias, es mencionada por el cronista Bernal Díaz del Castillo a la llegada de Hernán Cortés a este puerto en 1526, cuando ordenó: "[...] que viniesen muchos indios y trajesen hachas y que talasen un monte que estaba dentro en la villa para que desde ella se pudiese ver la mar y puerto." (Rubio, 1999: 16). Después de esto, hizo edificar casas, se talaron los bosques y envió a reconocer las provincias indígenas del interior llamadas Chapaxina y Papayeca.

Ya para el siglo XVIII, Puerto Caballos había entrado en crisis y se había optado por la habilitación de un puerto al suroeste, en la bahía de Omoa, a dos leguas del viejo puerto. Este sitio se privilegió por encima de Trujillo debido a que era una ruta más corta hacia la capital del reino, la ciudad de Guatemala, así como, desde el punto de vista defensivo, puesto que Omoa estaba más cercana a la colonia inglesa de Belice. Se indicó que Omoa: "Es el (puerto) más seguro, limpio y recogido de toda la costa de Honduras" (Rubio, 1987), con capacidad para 25 navíos.

La escogencia del sitio a construir no solo tenía en cuenta la logística defensiva, sino las condiciones del terreno. Esto último casi nunca se cumplió al pie de la letra porque dependía de muchas opiniones. En el caso de Omoa, este fuerte se construyó en un sitio con arenas muy flojas y con un alto nivel freático, y al iniciarse su construcción definitiva en 1759, tuvo que rellenarse con tierra, piedras de río, arena, ladrillo y otros materiales. Según el arqueólogo George Hasemann, el ladrillo de esa base era de mala calidad, lo que explica la erosión de algunas paredes (Hasemann, 1986: 9). Generalmente se instalaban estructuras con materiales perecederos; así parece ser el caso de Omoa, donde la primera empalizada fue de madera, esencialmente destinada a la protección de los pertrechos, las tropas y los trabajadores.

Omoa, a pesar de su buena localización, tenía un clima muy severo. Las autoridades encargadas de las obras se refieren a este sitio como cenagoso y cubierto de mangles que “infestaban el aire”; creencia muy común en la época. También se le conoció como “cementerio de hombres”. Estas ideas parecen confirmarse en un estudio del estadounidense John McNeill, titulado “The Ecological Basis of Warfare in the Caribbean, 1700-1804” (McNeill, 1986: 26-42)¹⁰, en el que el autor sostiene que además del enfrentamiento bélico entre España e Inglaterra, las enfermedades presentes en los puertos y fortalezas fueron un aliado “natural” de los españoles.

Lo anterior lo sabía muy bien el ingeniero Díez Navarro, quien, con siglos de antelación sustentaba lo señalado por McNeill, cuando anotó que Omoa contaba con una defensa natural contra las invasiones: “[...] que es su esterilidad, humedad, despoblación y enfermedades, por cuyos motivos no pueden permanecer en él ni introducirse cuerpo grande de tropas.” (Rubio, 1987: 24). Díez Navarro también lo había sufrido en carne propia, ya que en el proceso de construcción de la fortaleza había perdido a su esposa y dos de sus hijas en el sitio.

Así pues, con el fin de fundar defensa, población y administración, se procedía a desmontar los terrenos, así como, a drenar algunas lagunas y manglares. Por ejemplo, Díez Navarro informó que, dadas las condiciones del terreno, se había procedido a limpiar las playas de los manglares (Zapatero, 1972: 77). Respecto a los manglares se ha encontrado una interesante discusión entre el ingeniero Luis Díez Navarro y el comandante de la fortaleza de Omoa Agustín Crame. Para este último, era necesario eliminar los manglares ya que eran la causa de la insalubridad prevaleciente en Omoa, por lo que eliminándolos habría un mejor aire en la fortaleza y en la población en general:

La primera causa es, la que se presenta a la vista al entrar en el puerto, y son unos paredones de mangles que se van a las nubes, los cuales no solo embarazan la ventilación, sin que corrompiéndose continuamente sus ojas, ramas y raíces en una agua que está sin movimiento todo el año, producen una atmósfera viciada y corrompida y esto hace al puerto casi tan enfermizo como el pueblo (Zapatero, 1972: 77).

Por su parte, el ingeniero Luis Díez Navarro opinaba que los mangles cumplían una función defensiva y por lo tanto debían permanecer. Una tercera opinión que favorecía la conservación de los manglares en Omoa fue la que proponía que se plantaran mangles y cocos ya que, una: “[...] buena porción de mangles y cocos en ambas orillas de la plantilla con

¹⁰ Sobre este aspecto McNeill agrega datos importantes; por ejemplo, que en la incursión británica a Cartagena de Indias en 1741 murió el 77% de la tropa inglesa como producto de las enfermedades; en la invasión a Nicaragua de 1780, las tropas inglesas también perdieron el 77 de sus hombres por la misma razón y, cuando la invasión a La Habana en 1762, los ingleses perdieron el 40% de los 14,000 hombres, probablemente como producto de la fiebre amarilla y la malaria. (McNeill, 1986)

el objeto de que las raíces que formen detengan las arenas y quitar [sic.] que los golpes de mar las lleven [...]” (Rubio, 1987: 187). Para 1779, la documentación menciona que ya se habían realizado los desmontes en Omoa con el objetivo de que el sitio se volviera más sano (Rubio, 1987: 200).

El desmonte también se hizo necesario en Cartagena de Indias, cuyo primer asentamiento se efectuó con árboles gruesos y espinosos llamados “guamachos”. Los primeros basamentos se hicieron con pilotes de maderas sólidas como cañaguat, trébol, bálsamo, guayacán, canalete y carrito, ya que el asentamiento carecía de piedras en su cercanía (Zapatero, 1979: 36). Ciertamente, la información indica que Cartagena tenía madera en abundancia (Zapatero, 1979: 162). Tal y como sucedió en Puerto Caballos y Omoa, en Cartagena de Indias se habían planificado fortalezas desde la segunda mitad del siglo XVI; Bautista Antonelli fue también el encargado de esa fortificación. Aunque Zapatero no indica la fuente, la Compañía de Jesús fue la encargada de sacar las piedras para las edificaciones del Colegio y la iglesia (Rubio, 1979: 100).

5. Explotación de los arrecifes coralinos en la época colonial

Según el biólogo Héctor Guzmán, la extracción masiva de arrecifes coralinos en el Caribe del istmo de Panamá comenzó con la conquista española en el siglo XVI, y continúa hasta el presente (Guzmán, 2003: 1). En su trabajo sobre este país, propone que los corales fueron una de las materias primas más importantes para la construcción de las fortalezas coloniales, aunque su uso en grandes cantidades se centró en las defensas; también se ha logrado constatar que fue requerido en edificaciones públicas, privadas y religiosas, como veremos más adelante (Guzmán, 2003: 258). Resulta notorio que el coral se extraía en los cayos y arrecifes cercanos a las costas del golfo de México o del golfo de Honduras, o bien, en las costas e islas de Panamá y Colombia, aunque poco se ha escrito sobre esto. No ha sido sino hasta nuestros días que el tema ha sido planteado por los biólogos marinos especialmente.

Las especies más apropiadas en la construcción son aquellas que tienden a crecer masivamente en colonias, por lo cual se pueden hacer con ellas grandes bloques; estas especies son la *Diploria*, *Siderastreas*, *Colpophyllias*, *Solenastreas* y *Montastraeas*. No se descarta que otras especies pétreas hayan sido usadas como argamasa en combinación con materiales como ladrillos o fragmentos de cerámica o teja.

5.1 Los casos de Veracruz, La Habana, San Juan y Santo Domingo

Como ha sido señalado, los corales utilizados para estas obras fueron los llamados corales pétreos, madreporicos o escleractinios (exoesqueleto de carbonato de calcio), y que en forma

de ladrillos o bloques –es decir, ya trabajados por los humanos–, se denominan en México piedra mucar. Por ejemplo, la piedra mucar se utilizó en la construcción de los edificios defensivos de San Juan de Ulúa en Veracruz y fueron extraídos masivamente del arrecife llamado La Gallega, frente a San Juan de Ulúa (Carricart, 1998).

Las investigaciones de los científicos mexicanos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) han mostrado que en Veracruz se han encontrado dos especies del género *Diploria*: *D. clivosa* y *D. strigosa*,¹¹ aunque las más utilizadas fueron la *C. natans*, *M. annularis* y *M. cavernosa*. Juan Pablo Carricart Ganivet propone que, en la fortaleza estudiada, es probable que se usaran las especies del género *Diploria*, “[...] pero dado el deterioro de las rocas fue imposible determinar los ejemplares en el nivel de especie.” (Carricart, 1998). El autor mencionado, indica que, después de la construcción de la fortaleza en Veracruz, hacia 1763, los arrecifes de La Gallega y Veracruz, llamados Gaviás y Hebreos habían sido destruidos (Carricart, 1998). Alexander von Humboldt en su *Ensayo político sobre la Nueva España*, mencionó el uso de la piedra mucar en la construcción de casas particulares y edificaciones militares en la costa de México (Carricart, 1998). Respecto a Cuba, las fuentes indican que se sacaban piedras y arena de la playa y es evidente el uso de coral en las fortalezas (Pérez, 1997: 143). Así mismo, la fortaleza de Ozama en Santo Domingo requirió ingentes cantidades de coral para su construcción y mantenimiento. Las fotografías 1, 2 y 3 se refieren a las fortalezas de La Habana en Cuba y Ozama en Santo Domingo:

Fotografía 1

Muestra de coral en la fortaleza de El Morro, La Habana



Fuente: Andrés Rodríguez Chacón, La Habana, Cuba, junio 2010.

Fotografía 2

Fortaleza de Ozama, Santo Domingo



Fuente: Payne, junio 2011.

Fotografía 3

Bloques de coral en la fortaleza de Ozama, Santo Domingo



Fuente: Payne, junio 2011.

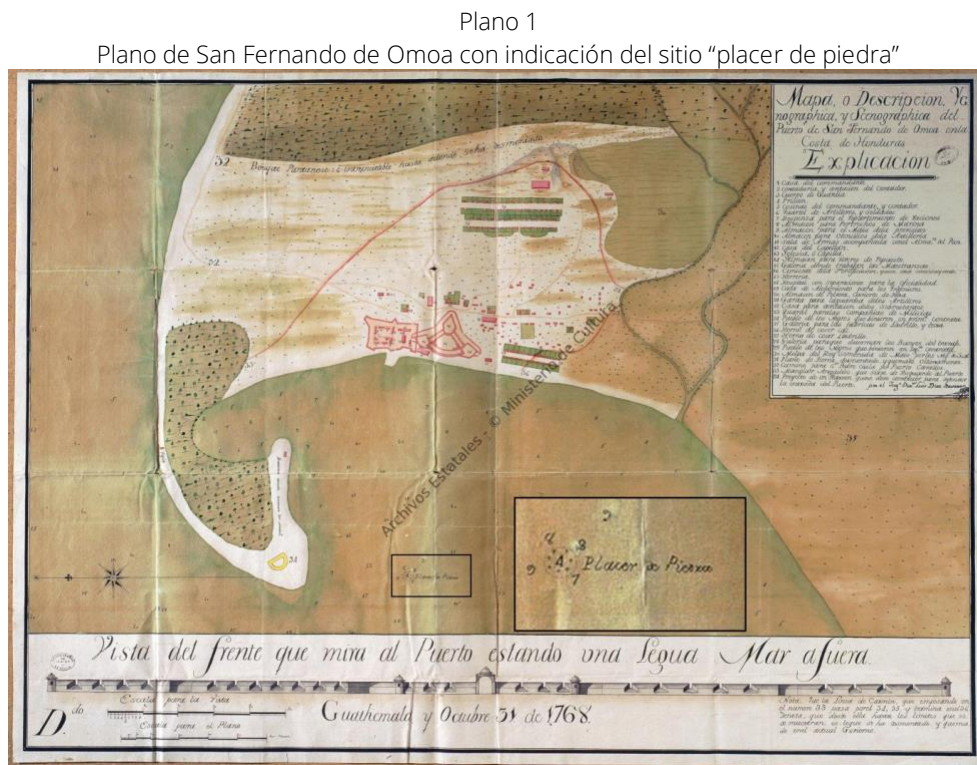
La fortaleza de Ozama en Santo Domingo fue uno de los sitios defensivos más antiguos de la América española, requirió de cantidades inconmensurables de corales fósiles, como se

¹¹ Existen 29 especies de corales escleractinios; 10 son de esqueletos masivos y los que más se han usado como piedra mucar.

observa en las fotografías 2 y 3. El coral era colocado como relleno junto con ladrillos, tejas, arena y piedras o bien, en bloques, como lo muestra la fotografía 3 de la fortaleza de Ozama.

5.2 Las fortalezas de Omoa, Trujillo y Cartagena de Indias

La búsqueda de reservas de piedra coral fue muy temprana; por ejemplo, el diseñador de las fortalezas de Portobelo y Cartagena de Indias, Bautista Antonelli señaló en 1595, que frente a la punta de Omoa y en los cayos al sur de Utila había piedra para sacar cal, así como madera y arena; en el plano 1 se señala el “placer de piedra” localizado al norte de la fortaleza de Omoa, y para efectos de localización se muestra en los dos cuadros al noroeste de la fortaleza. Este es un dato fundamental porque prueba las fuentes de coral en la costa norte de Honduras:

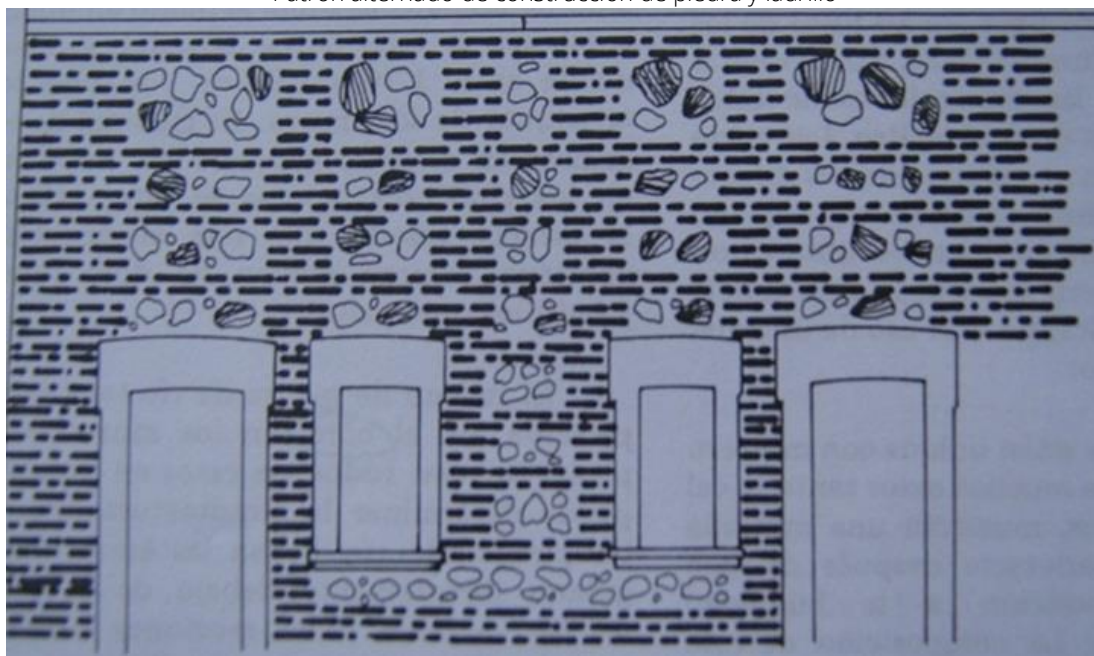


Sumada a esta información, Antonelli y López de Quintanilla, en 1590 anotaron la existencia de cayos que hacían peligrar la navegación, en especial los bancos de arena cercanos a Bacalar y San Martín en la costa oriental de la península de Yucatán (Antonelli y López de Quintanilla, 1991: 9).

Otro dato respecto a Omoa es que se encontró piedra para mampostería tanto en puerto Sal, a 12 leguas al oeste de Omoa, en Santo Tomás de Castilla; como también en la entrada del Golfo Dulce, a 17 leguas al oeste. No cabe duda de que se referían a piedra coral debido a que eran obtenidas en los cayos mencionados: “[...] de cales, dice haber abundantes en los cayos, al norte de Omoa y distantes a 12 leguas.” (Zapatero, 1972: 55). Aspecto que también es confirmado por el historiador Rodolfo Pastor Fasquelle en su estudio, *Historia de Omoa* (Pastor, 2008: 35). El transporte del coral desde los cayos de arena a tierra firme recayó sobre las espaldas de los “esclavos del rey”, labores no solo agotadoras sino sumamente peligrosas; entre estos peligros estaban los propios del mar y, en cuanto a la extracción, el filo de los corales provocaba severas lesiones. Esta es la razón por lo que las autoridades procuraron la localización de piedra caliza en tierra para evitar el excesivo trabajo (Rubio, 1973: 82-83).

También se combinaron las piedras de río y los ladrillos con pedazos grandes del coral denominado *Meandrina* (Hasemann, 1986: 9), pero “[...] el relleno de coral generalmente no aparece sino hasta muy arriba en los muros de la plaza, iniciándose en los arcos de las ventanas y de las puertas.” (Rubio, 1973: 82-83). Después se cubrieron con capas de cal o un repello de cal y arena o ladrillo molido con cal. Según el autor mencionado, el coral se nota en las paredes de El Real de Omoa y en extensas secciones de la escarpa; una muestra es el siguiente dibujo del arqueólogo George Hasemann:

Figura 1: Extremo norte de la cortina noreste
Patrón alternado de construcción de piedra y ladrillo



Fuente: Hasemann, 1986: 14.

Aunque Hasemann menciona la especie *Meandrina*, en la fortaleza de Omoa, es más bien probable que estas sean de la especie conocida popularmente como “coral cerebro” es decir *Diploria strigosa* o *Diploria labyrinthiformis*, abundante en las aguas del Caribe de México,¹² Belice (Gibson y Carter, 2003),¹³ Guatemala (Fonseca y Arrivillaga, 2003) y Honduras.¹⁴ Esta especie se desarrolla en abundancia en las aguas de los sitios mencionados y, además, crece formando grandes colonias. Al parecer la *Meandrina* no crece tan extensamente como las especies *Diploria* y *Siderastrea*, aunque no se descarta que haya sido usada como material de relleno, acompañada de tejas, ladrillos, tierra o arena. Una muestra del coral cerebro es la siguiente ubicada en la fortaleza de Omoa:

Fotografía 4

Coral cerebro, fortaleza de San Fernando de Omoa



Fuente: Payne, octubre-noviembre 2008.

Fotografía 5

Pared de coral, fortaleza de San Fernando de Omoa



Fuente: Payne, octubre-noviembre 2008.

Asimismo, documentos transcritos y publicados por Rubio Sánchez indican que para hacer una sola masa se mezclaba la cal –hecha posiblemente de piedra coral– con los ladrillos formando una masa llamada “mácua”, muy eficaces para el impacto de los cañones (Rubio, 1987: 80-83), lo que podría explicar por qué el arqueólogo Hasemann encuentra los corales en las partes más altas de las paredes. La siguiente fotografía, muestra al menos dos especies de coral mezclado con ladrillos en la base de una pared de la fortaleza de Omoa:

En la capilla de Omoa, también se colocó coral, así como en las paredes de la plaza. Cuando éste era puesto, se procuraba mantenerlo libre de repello “[...] porque representaba el más alto grado de arte alcanzado en la arquitectura de la fortaleza.” (Hasemann, 1987: 31) A la vez

¹² Se han hallado los géneros *Diploria*, *C. natans*, *M. annularis* y *M. cavernosa*. Otras especies encontradas son: *A. palmata*, *M. complanata*, *Zoanthids*.

¹³ En Belice, Gibson y Carter encontraron 61 especies de coral pétreo de las familias *Scleractinia*, *Milleporidae* y *Stylasteridae*.

¹⁴ En Honduras entre los corales cerebro, se ha reportado el género *Diploria* y *Montastraea*.

que, el resto de los materiales –la piedra y el ladrillo– se cubrían con cal, como se observa en la fotografía 6:

Fotografía 6
Capilla de la fortaleza de Omoa



Fuente: Payne, octubre-noviembre 2008.

Por su parte, se ha de señalar que, en Omoa y Trujillo, el coral no fue tan predominante, como sí lo fue en Cartagena de Indias; esta famosa ciudad de piedra es más bien una ciudad de coral. Las especies de coral pétreo encontradas resultan ser las mismas que las halladas en Centroamérica, pero, dadas las dimensiones de ésta fueron extraídas en mayores cantidades. Hay varias especies de corales pétreos en la mayoría de las construcciones de Cartagena de Indias, entre ellas los llamados “corales cerebros” como la *Diploria strigosa* y la *Siderastrea radians* (Cortés, 2003). Las cercanas islas del Rosario fueron las principales proveedoras de este material. En las fortalezas se observan variedades de coral acompañadas con ladrillos y tejas como se observa en las fotografías 7 y 8:

Fotografía 7: Fortalezas de Cartagena de Indias
Diploria strigosa y posiblemente *Montastraea cavernosa*



Fuente: Payne, Cartagena de Indias, mayo 2010.

Fotografía 8: Fortalezas de Cartagena de Indias
Coral y otros materiales de relleno.



Fuente: Payne, Cartagena de Indias, mayo 2010.

Tal y como lo señala Juan Manuel Zapatero (Zapatero, 1979), la orden jesuita estuvo a cargo de la extracción de piedra para las edificaciones de la ciudad fortificada. Muchas construcciones religiosas como la catedral de Cartagena de Indias y el convento de San Pedro Claver, contienen ingentes muestras de coral pétreo, en sus largas e inmensas paredes y pisos, como lo muestran las fotografías 9 y 10.

Fotografía 9
Pared de coral, costado sur de la catedral de
Cartagena de Indias



Fuente: Payne, Cartagena de Indias, mayo 2010.

Fotografía 10
Diploria labyrinthiformis o coral cerebro. San Pedro
Claver, Cartagena de Indias



Fuente: Payne, Cartagena de Indias, mayo 2010

Otra especie *Diploria* utilizada fue la *D. strigosa* encontrada en una pared de la fortaleza:

Fotografía 11

Diploria strigosa en la fortaleza de Cartagena de Indias



Fuente: Payne, Cartagena, mayo 2010.

6. Conclusión

El oro, la plata, las perlas y las piedras preciosas fueron los recursos más deseados por los hispanos durante la época colonial. Preciosos artículos de lujo de una sociedad deseosa de poder, bienes materiales, acumulación, ascenso y distinción social. A diferencia de estos artículos suntuarios y de alto valor monetario, los corales no fueron extraídos ni por su belleza, ni por su gran valor; en cambio sirvieron para la construcción de todo tipo de edificios, en particular los de carácter militar. Las autoridades conocieron prontamente de las ventajas de estas piedras vivas: su existencia en grandes cantidades, su cercanía –o relativa cercanía– de los sitios defensivos o bien, su ventaja para exponerse frente a las balas enemigas.

La extracción masiva de arrecifes coralinos en aguas del Caribe centro y suramericano, se ha efectuado en un proceso acumulativo que lleva medio millar de años; poco tiempo en realidad, si tomamos en cuenta que los arrecifes más recientes llevan formándose unos 7,000 años y los más antiguos surgieron *circa* de 400 millones de años. Aquí, la explicación se complica porque, debido a la extracción masiva que estas especies han sufrido en los últimos 500 años y lo lento que se reproducen, estaremos entrando en un proceso de aniquilamiento de los corales, con el consiguiente perjuicio a la flora y fauna de los arrecifes y sin duda, el efecto sobre los humanos y la vida marina. Tal y como cita el biólogo Héctor Guzmán, en 70 años habrán desaparecido los corales. Ya no se utilizan masivamente en las construcciones,

pero sí se explotan con fines turísticos, se contaminan con un sinnúmero de venenos o bien, la naturaleza enfermiza del calentamiento global se encarga de ponerlos en riesgo.

Finalmente, queda aún planteada la problemática de la mano de obra esclavizada o en libertad, que fue utilizada en estas construcciones; y aunque por razones obvias este artículo no plantea esta problemática, no se puede dejar de lado en este análisis, que tanto las extracciones, como las inmensas edificaciones recayeron en manos de los grupos subalternos de esclavizados, negros y mulatos libres. Nos remitimos a las palabras de Rodolfo Pastor Fasquelle en su texto, *Historia de Omoa*: ¿Qué iba a cumplir esa geometría de piedra y ladrillo y fósil de coral, amalgamadas con la sangre, sudor y lágrimas de sus ancestros? (Pastor, 2008).

Bibliografía

- Antonelli, J. B. y López de Quintanilla, D. 1991. *Relación del puerto de Caballos y su fortificación*, Guatemala: Academia de Geografía e Historia de Guatemala.
- Carricart, J. P. 1998. "Corales escleractinios "piedra mucar" y San Juan de Ulúa, Veracruz". *Ciencia y Desarrollo*, No. 14.
- Chávez, E. y Hidalgo, E. 1987. *Los arrecifes coralinos del Caribe noroccidental y golfo de México en el contexto socioeconómico*. Mérida: Centro de Investigaciones y de Estudios Avanzados.
- Cortés, J. (Editor). 2003. *Latin America Coral Reefs*, Elsevier Science BV.
- Davidson, W. 2006. *Atlas de Mapas Históricos de Honduras*. Managua: Fundación Uno.
- Fernández de Navarrete, M. 2007. *Viajes de Colón*. México: Porrúa.
- Fonseca, A. C. y Arrivillaga, A. 2003. "Coral reefs of Guatemala", *Latin American Coral Reef* (edited by Jorge Cortés), Elsevier Science.
- Gibson, J. y Carter, J. 2003. "The reefs of Belize" *Latin American Coral Reef* (edited by Jorge Cortés), Elsevier Science.
- Guzmán, H. 2003. "Caribbean coral reef of Panama: present status and future perspectives", *Latin American Coral Reef* (edited by Jorge Cortés), Elsevier Science.
- Guzmán, H. y Holst, I. 1994. «Inventario biológico y estado actual de los arrecifes coralinos a ambos lados del Canal de Panamá», *Biología Tropical*, Vol. 42, No. 3, pp. 493-514.
- Hasemann, G. 1986. *Investigaciones arqueológicas en la fortaleza de San Fernando y el asentamiento colonial de Omoa*. Tegucigalpa: IHAH.

- McNeill, J. 1986. "The Ecological Basis of Warfare in the Caribbean, 1700-1804", *Adapting to Conditions. War and Society in the Eighteenth Century*. Alabama: University of Alabama Press, pp. 26-42.
- Pastor, R. 2008. *Historia de Omoa*. Tegucigalpa: IHAH.
- Payne, E. 2014. "La explotación perlifera en Centro y Suramérica: una lectura desde la Historia Ambiental." *Poder, economía y relaciones sociales en el reino de Guatemala*, (Coordinadoras: Carmela Velázquez y Elizet Payne). San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Payne, E. 2007. *El puerto de Truxillo. Un viaje hacia su melancólico abandono*. Tegucigalpa: Guaymuras.
- Rubio, M. 1987. *Historia de la fortaleza y puerto de San Fernando de Omoa*. Guatemala: Editorial del Ejército.
- Rubio, Manuel. 1975. *Historia del puerto de Trujillo*, (Tomos I, II y III). Tegucigalpa: Banco Central de Honduras.
- Zapatero, J. M. 1989. "Las llaves de las fortificaciones coloniales de la América Hispana." *Militaria, Revista de Historia Militar*, No. 1, pp. 131-140.
- Zapatero, J. M. 1972. *El fuerte de San Fernando y las fortificaciones de Omoa*. Tegucigalpa: IHAH-OEA.
- Zapatero, J. M. 1979. *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

La historiografía del antifascismo en América Latina: una revisión de su abordaje como fenómeno internacional*

The historiography of antifascism in Latin America: a review of its approach as an international phenomenon

Joel Guzmán**

Resumen

En sintonía con las tendencias historiográficas actuales, el carácter internacional del antifascismo de entreguerras en América Latina ha sido uno de los puntos medulares de la reflexión historiográfica sobre el tema en los últimos años. Al ser un fenómeno de origen europeo, y cuyas manifestaciones latinoamericanas estuvieron ligadas a dicho origen, resulta esencial el cruce de escalas entre lo nacional y lo internacional para comprender su complejidad. Por ello el presente trabajo se propone realizar una breve revisión de la producción académica latinoamericana sobre el antifascismo y ver a partir de qué elementos ha comprendido la dimensión internacional del fenómeno en la región.

Palabras clave: Antifascismo, historiografía, internacional, Latinoamérica.

Abstract

The international character of interwar antifascism in Latin America has been a focus of historiographical reflection in recent years. The historical phenomenon originated in Europe and Latin American protests have been linked to that origin. For this reason, the use of both national and international scale is essential to understanding its complexity. Accordingly, this paper presents a brief review of Latin American academic examination of antifascism, and it aims to identify the foundations of understanding for the international dimension of this phenomenon.

Key words: Antifascism, historiography, international, Latin America.

* El artículo se desprende de la investigación doctoral en proceso con título tentativo "Intérpretes del fascismo. Prácticas y saberes antifascistas de una comunidad de conocimiento en México (1934-1948)".

** Doctorante en Historia por el CEH-COLMEX, contacto: fguzman@colmex.mx, <https://orcid.org/0000-0001-7173-2792>.

1. Introducción

Las interpretaciones acerca del antifascismo como fenómeno político y social han evolucionado historiográficamente a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI.¹ Esto ha hecho que el entendimiento sobre sus características hayan variado con los años en aspectos como las motivaciones del antifascismo, la naturaleza de sus actores, sus alianzas y divergencias entre manifestaciones, así como las diferencias entre cada espacialidad geográfica donde se manifestó. En este sentido, la concepción geo-espacial que adquirió el antifascismo en la coyuntura del periodo entreguerras y la Segunda Guerra Mundial ha representado un elemento sustancial dentro de la historiografía sobre el tema para comprender las diferencias y similitudes que encontraron las distintas manifestaciones del fenómeno. Con el paso de los años, éste ha transitado de ser visto como un fenómeno europeo pero acotado al espacio nacional, en donde cada país mostró una expresión diferenciada y sin conexiones aparentes, a una percepción internacional, donde los vínculos entre manifestaciones y corrientes antifascistas guardaban una gran correlación entre sí, pasando a una categorización del antifascismo como una manifestación global y plural.

Relacionado con esto, la visión historiográfica del antifascismo en América Latina ha tenido un devenir propio. Comenzando en la década de 1980, con estudios pioneros como los de Brigida Von Metz, Ricardo Pérez Montfort y Verena Radku (1984) o Wolfgang Kiessling (1984), la historiografía sobre el tema ha explorado distintas facetas del fenómeno en la región, variando la concepción del mismo, pero con una problemática en común: ¿cómo se expresó en América Latina un fenómeno que respondía a una situación fuera del espacio americano, como lo era la emergencia de regímenes fascistas en Europa? En este sentido, espacialmente el antifascismo en América Latina representó la construcción de distintas interpretaciones sobre el fascismo, retomando elementos tanto del fenómeno europeo como de lo que ellos identificaban como expresiones de un fascismo local o regional, a las cuales veían como un peligro —imaginario o real— para la estabilidad de sus países y de la región entera (Bisso, 2000). Por ello, para diversas manifestaciones antifascistas en la región, regímenes como el peronismo en Argentina, el varguismo en Brasil, o diversas dictaduras centroamericanas y

¹ Para este trabajo partimos de la concepción propuesta por Bruno Groppo sobre el antifascismo, quien lo define “más que un movimiento político estructurado, una sensibilidad política compartida de aquellos que se preocuparon por la emergencia de los fascismos en Europa” durante las décadas de 1920, 1930 y 1940, principalmente en países como Italia, Alemania, España, Austria, entre otros, pero que se extendería a lo largo del globo durante esos mismos años (Groppo, 2011: 96-97). Retomamos esta definición, ya que consideramos que, al ser un fenómeno plural, el antifascismo se constituye como un entramado complejo, pues abarca gran cantidad de sectores sociales y corrientes ideológicas que se posicionaron como antifascistas, englobando experiencias diversas bajo una etiqueta común. Además, su entendimiento sobre lo que era el fascismo también fue heterogéneo. Esto hace que el antifascismo sea una etiqueta imprecisa y variada, pero que permite categorizar la respuesta común que surgió ante el fortalecimiento del fascismo en Europa. A ello se suma el hecho de que no fue un fenómeno exclusivamente europeo, pues este se extendió a otras latitudes geográficas, donde se amoldó a contextos específicos y adquirió nuevas significaciones y expresiones.

caribeñas se concibieron como manifestaciones fascistas nativas de América, ocasionalmente llamadas “fascismo criollo”.

Por ello, el estudio del antifascismo en América Latina ha atravesado la problemática de conjuntar la dimensión internacional con las lógicas de la región y de cada nación perteneciente a la zona, lo que ha resultado en un proceso de “traducción” o “hibridación” del antifascismo a los principios de las realidades latinoamericanas. En este sentido, la revisión de las formas en que la historiografía sobre el tema ha conjuntado dichas escalas resulta esencial para comprender los vínculos comunes que tuvieron las manifestaciones antifascistas en dicho espacio. Es por esto que el presente trabajo, a partir de una revisión no exhaustiva de la historiografía sobre el tema y priorizando el estudio de sectores intelectuales o con un enfoque de historia intelectuales, tiene como propósito poner en consideración la necesidad de atender el aspecto internacional en la comprensión del antifascismo en América Latina. Procura comprender cómo historiográficamente se ha prestado atención a dicha dimensión a través de distintos elementos, desde la circulación de saberes y actores, hasta lo que autores como Ricardo Pasolini (2005) ha llamado “la internacionalización de la política local”. Con ello se busca tener una perspectiva crítica sobre estos elementos, sus alcances, limitaciones y potencialidades aun por explorar.

Partiendo de las preguntas ¿qué peso confiere la historiografía a la dimensión internacional del antifascismo en América Latina? y ¿cuáles son sus alcances y limitaciones?, este ensayo procura profundizar en las perspectivas historiográficas que han tenido como punto central la visión del antifascismo en América Latina y cómo en ellas el elemento internacional se vuelve un punto fundamental para la comprensión de las manifestaciones antifascistas en la región. Para ello, el trabajo está dividido en tres partes. En la primera se hace una breve revisión de las distintas etapas historiográficas en los estudios sobre el antifascismo en el espacio europeo para obtener un panorama general de la evolución en el abordaje del fenómeno. Posteriormente se aborda el discurrir historiográfico que ha recorrido el antifascismo en América Latina desde la década de 1980. Por último, se analizan distintos puntos sobre el fenómeno que ponen de manifiesto la necesidad de considerar el aspecto internacional para la comprensión de sus manifestaciones regionales, tales como el exilio, el internacionalismo o la circulación de saberes.

2. Etapas historiográficas del antifascismo desde una perspectiva europea

La historiografía sobre el antifascismo ha atravesado diversas etapas interpretativas desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Los sucesos políticos acaecidos durante la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del XXI han impactado en las formas en que se ha concebido al fenómeno del antifascismo. En este sentido es posible ordenar dichas

percepciones en tres etapas históricas, con sus propias características y preocupaciones: el “paradigma antifascista” de la posguerra, la postura revisionista de las décadas de 1980 y 1990, así como la visión crítica del revisionismo, surgida a mediados de la década de 1990.

La primera fase historiográfica inició con el fin de la Segunda Guerra Mundial y los años de la posguerra, momento en el cual los gobiernos europeos de la posguerra cimentaron parte de su legitimidad política desde una serie de mitos y narrativas que acentuaban el papel del antifascismo en la defensa y resistencia nacional frente a los embates del fascismo (Bauerkämper, 2019). Este tipo de narrativas, enfocadas a construir relatos de carácter heroico del antifascismo, dieron origen al llamado “paradigma antifascista” (Rabinbach, 1996). La producción historiográfica de la época también siguió estos pasos. Los estudios sobre la lucha antifascista se abocaron a construir relatos de carácter heroico, en los cuales se realizaba la “pureza” del antifascismo, así como las contribuciones de los líderes de la resistencia o la lucha anónima de miles de partisanos.² Estas narrativas, tal como señala Adnzej Olechnowicz (2010), estaban estructuradas a partir de la concepción del fascismo como un fenómeno europeo, el cual adquirió características específicas en cada país del continente.

La forma en que dichas características condicionaron el desarrollo político y social de los regímenes y las formas en que se estructuró el antifascismo como resistencia a dichas dictaduras derivó a que la historiografía del “paradigma antifascista” percibiera a la nación como el espacio preponderante de su ordenamiento, relegando a un segundo término aquellas interrelaciones entre las distintas espacialidades europeas. Sin embargo, el “paradigma antifascista” entró en crisis durante la década de 1960, agotando su poder evocativo para las décadas de 1970 y 1980 a raíz de los conflictos políticos y sociales sucedidos dentro de los países del bloque socialista y el constante desgaste ideológico sufrido con la evolución de los sucesos políticos y sociales de la Guerra Fría. Esto dio paso a la segunda etapa historiográfica del antifascismo, desde la cual emergieron voces disidentes que cuestionaron las narrativas heroicas del “paradigma antifascista”, y que buscaron fijar una postura crítica frente a ellas.

Tal como señala Arnd Bauerkämper (2019: 51), durante la década de 1960 historiadores como Renzo de Felice pusieron sobre la mesa a discusión aspectos como el apoyo que el fascismo tuvo entre la población italiana o la significación histórica del antifascismo como movimiento político y social. Esto sirvió a Bauerkämper como un antecedente fundamental para la estructuración de una perspectiva revisionista del “paradigma antifascista” en las décadas

² Como es el caso de la Gran Bretaña en la cual no se desarrolló una reflexión profunda sobre el antifascismo en su territorio, y en su lugar, el paradigma antifascista se ajustó a construir una crítica a la política del Appeasement y la pasividad del gobierno inglés frente al avance fascista (Olechnowicz, 2010).

siguientes, sobre todo con la crisis y caída del bloque socialista. Figuras del espectro liberal como François Furet, Annie Kriegel, Antonia Grunberger, Dan Diner, o Antonio Galli formaron parte de dicha corriente calificada como “paradigma revisionista”, quienes concebían al antifascismo como un “lavado de cara” del estalinismo. Desde esta pretensión formularon que el antifascismo fue solo una estrategia propagandística estalinista para legitimarse frente a las democracias como un “paladín” en la lucha por la libertad (García, 2015: 234-237). A ello sumaron la complicidad y omisión que tuvieron las diversas fuerzas políticas que integraron el antifascismo frentista frente a los crímenes soviéticos, los cuales fueron considerados por estos autores a la par de las atrocidades nazis.³

Esta postura historiográfica impulsó una visión geo-espacial del antifascismo como un fenómeno internacional, dentro del cual se percibía una lógica coordinada y transnacional a partir de la coordinación que jugó la Komintern en las acciones militantes del sector. En ello, a pesar de prestar atención al entorno nacional, se comenzaron a delinear lógicas que rebasaban dichos espacios en pro de una coordinación regional. A mediados de la década de 1990, a partir de eventualidades como el dossier publicado durante 1996 en la revista alemana *German New Critique* bajo el título “Legacies of antifascism”, o el congreso de ese mismo año “Le fronts populaires et la question nationale” organizado por Serge Wolikow y Annie Bleton Ruget, se comenzó a fijar una postura crítica frente al “paradigma revisionista” (García, 2015: 235-236). Tal como señala Anson Rabinbach (1996: 3-17), estos historiadores reconocen el afán crítico promovido por el “paradigma revisionista” pero cuestionan su interpretación tan limitada y monolítica del antifascismo. Buscaron complejizar la visión y el entendimiento de este fenómeno concibiéndolo como algo plural y diverso, tanto en su entramado social como ideológico, existiendo así más de una trayectoria antifascista. Por ello, historiadores como Enzo Traverso, Bruno Groppo, Anson Rabinbach, Leonardo Rapone, Nigel Copsey, Arnd Bauerkämper, Hugo García, Isabelle Richet, Andrzej Olechnowicz, entre otros más, comenzaron a profundizar en el estudio del antifascismo desde esta perspectiva más plural.

La diversificación en la comprensión del antifascismo no estuvo exenta de una mirada crítica, pues tal como señala Enzo Traverso, se buscó situar las condiciones de desarrollo en su contexto, y con ello, tratar de comprender en mejor forma sus contradicciones. De esta manera, se evitó situarlo fuera de su entorno y repartir culpas por las omisiones y complicidades, tal como lo había hecho la perspectiva revisionista (Traverso, 2003: 51-72). Por ello, es posible coincidir con Hugo García (2015: 233-247), en el sentido de que esta etapa

³ Tal como señalan Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet y Cristina Clímaco esta perspectiva ha complicado el entendimiento histórico y la historicidad del fenómeno antifascista, pues lo han extrapolado de su “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” de enunciación, con lo cual optaban solo ver la manifestación de las narrativas de la posguerra, más que las significaciones y pluralidades del antifascismo desde la década de 1920 (García et al, 2016).

historiográfica del estudio del antifascismo se caracteriza por concebirlos bajo los siguientes parámetros:

- El antifascismo como manifestación política muy extendida, con imprecisiones y grandes variaciones respecto a quienes lo integraban y a quiénes o a qué calificaban como fascismo (Iglesia, Estado, ejército, empresarios, etc.)
- Un reconocimiento de la pluralidad de actores y posturas ideológicas inmersas en él.
- El desplazamiento del estudio de las organizaciones y la propaganda antifascista a los estudios sobre las culturas e identidades antifascistas, donde se busca comprender la conformación de lo que los historiadores han llamado como “sensibilidad”, “actitud”, “ethos”, “mentalidad”, “habitus” o “mito movilizador” antifascista.
- El estudio de los aspectos culturales del antifascismo: su maniqueísmo, su relación con aspectos como nación o democracia liberal, su dimensión religiosa, el machismo, su defensa del humanismo, los intentos de conciliación entre libertad y justicia social, entre otros.
- El abordaje global del problema y el subrayar la flexibilidad del movimiento para adaptarse a contextos y tradiciones diversas.

La concepción del antifascismo como fenómeno global también ha hecho que en los últimos años haya aumentado la atención en los flujos, conexiones y circulaciones que lo articularon de forma internacional y permitieron que se manifestase de forma múltiple. Esto, sustenta Hugo García (2016), se debió en gran medida a que el contexto del periodo entreguerras facilitó su globalización a través de diversos elementos: 1. Su vinculación con diversos movimientos internacionales de largo alcance, con canales de comunicación bien establecidos y redes sociales extensas, sobre todo por los procesos de exilio; 2. El tener valores, símbolos y lenguajes comunes, lo que le daba un sentido de pertenencia propia, manifestado en una “estética de la resistencia”, la cual circuló a través de diversas producciones culturales; 3. El compartir una experiencia histórica marcada por un momento de cambio transnacional, con eventualidades como el ascenso del nazismo en 1933, la Guerra Civil Española, el VII Congreso de la Komintern en 1935, o la Segunda Guerra Mundial; 4. El convertirse en un suelo común que agrupó diversas estrategias, visiones y discursos, más que ser un movimiento unificado. Tal como veremos a continuación, la historiografía sobre el antifascismo en América Latina encontró un desarrollo propio, abordando de distintas formas el fenómeno y su dimensión internacional en la región.

3. El antifascismo en América Latina: una cronología historiográfica

Para el caso de América Latina los estudios historiográficos sobre el antifascismo no han seguido la misma dimensión que en Europa ya que el interés acerca del fenómeno surgió durante las décadas de 1980 y 1990, y estuvieron asociados a las investigaciones sobre la conformación de comunidades migratorias extranjeras dentro de los países de la región en la primera mitad del siglo XX. Trabajos pioneros realizados para el caso mexicano por Brigida Von Metz, Ricardo Pérez Montfort y Verena Radku (1984) o Wolfgang Kiessling (1984), los textos enfocados en el espacio argentino producidos por Pietro Fanesi (1994), o las investigaciones comparativas de Joao Fábio Bertonha (1999: 111-133), fueron los primeros en hablar con particularidad sobre el antifascismo. En ellos se interpreta al antifascismo como un fenómeno externo, el cual habría sido introducido a América Latina por los exiliados europeos llegados al continente huyendo de la persecución fascista y del conflicto mundial. Esto llevó a concebir que los exiliados fueron los actores preponderantes en la difusión y desarrollo de manifestaciones antifascista en la zona. A su vez, estos trabajos tuvieron una perspectiva plural del antifascismo, aunque asociándolo principalmente con grupos comunistas o socialistas.

Fue hasta finales de la década de 1990 y el nuevo milenio cuando la producción académica sobre el tema cobró auge y aumentó significativamente. Se comenzó a explorar por primera vez las organizaciones antifascistas dentro de los contextos nacionales de la región y el uso político que el discurso antifascista tuvo en América Latina. Trabajos como los James Cane (1997), Andrés Bisso (1999, 2000, 2005), Ricardo Pasolini (2005), Ana Boned Colera (2001) y mostraron un panorama más complejo, en el cual sectores sociales propios de los países latinoamericanos (como sindicatos, artistas, partidos políticos) se mostraron más activos a la hora de pensar, interpretar y formular un discurso antifascista, el cual circuló y se filtró a través de diversos medios. Bajo la premisa de la adaptación y empleo del antifascismo a los intereses políticos en cada contexto, tal como propone Andrés Bisso (1999), o la concepción de una “internacionalización” de la política local, tal como señala Ricardo Pasolini (2005), estas investigaciones prestan una particular atención a los impresos como fuentes primordiales para comprender las “traducciones” e “hibridaciones” que adquirió el antifascismo en América Latina, aunque aun sin convertirse en un objeto de estudio por sí mismos para comprender la adaptación y evolución de las manifestaciones antifascistas.

Fue ya bien entrada la década del 2000 cuando el campo de estudios cobró amplia relevancia, con un aumento del interés por el tema y de las perspectivas desde las cuales se comenzó a estudiar. En este sentido, el estudio desde una perspectiva intelectual de agrupaciones o redes de intelectuales y artistas antifascistas —o del antifascismo— cobraron vigencia, ya que además de los trabajos de Ricardo Pasolini (2006, 2008) o Andrés Bisso (2009), se sumaron

autores como Adrián Celentano (2006), Jorge Nállim (2006, 2012), Daniela Spencer (2007), Dennis Arias Mora (2009), entre otros más. Desde esta vertiente se profundizó en la comprensión del papel que los intelectuales tuvieron en el desarrollo del discurso y de acciones antifascistas a partir del análisis de las publicaciones en las que participaron. También, estos estudios se enfocaron en un análisis social cimentado en la perspectiva de redes, lo cual ha permitido comprender tanto la sincronía internacional del antifascismo —entrelazando a más de dos países ya fuese en una perspectiva comparada o conectada— como los canales comunicativos y vínculos con sectores antifascistas europeos. Por último, es posible visualizar la intensidad y posibilidad de acción del intelectual dentro de los movimientos antifascistas latinoamericanos.

En la década del 2010 comenzaron a emerger nuevos enfoques y perspectivas dentro del campo de estudio, que abordaron sectores anteriormente ignorados por las investigaciones sobre el antifascismo, como los grupos de mujeres antifascistas (Bisso y Valobra, 2013; McGee Deutsch, 2017); los grupos religiosos antifascistas (Zanca, 2013; Vicente, 2016); las revistas antifascistas (Devés, 2013; Pasolini, 2013; Pizarroso, 2019); o profundizando en los campos anteriormente estudiados, tales como las comunidades antifascista de exiliados en los países de la región (Bresciano, 2009; Friedmann, 2010; Acle-Kreysing, 2016a, 2017, 2018^a, 2018b; Reimann, 2020), o las agrupaciones antifascistas dentro de la izquierda latinoamericana (De la Mora Valencia, 2012; Acle-Kreysing, 2016b; Coy Moulton, 2017; Petra, 2017; Urtbia Odekerken, 2017; Lear, 2019). En este sentido, el enfoque trasnacional del fenómeno comenzó a cobrar peso dentro de los análisis del antifascismo latinoamericano, al priorizar las circulaciones de actores, productos culturales e interpretaciones sobre las significaciones del fascismo y antifascismo.

También a lo largo de la década del 2010, e inicios del 2020, se ha reforzado el interés por analizar el fenómeno desde la historia intelectual y de los intelectuales, cobrando mayor auge el estudio de los impresos —diarios, revistas y libros— y su relación con el antifascismo (Bisso, 2019; Pizarroso, 2019; Meirelles Oliveira, 2013, 2019; Nállim, 2020; Moraes Medina, 2020), la producción de interpretaciones acerca del fenómeno en relación a un proyecto político-estético específico (Mendoza Pérez, 2020; Lida, 2022), o la construcción de vínculos de sociabilidad e interrelación intelectual a partir de los núcleos antifascistas en los participaban los intelectuales (Meirelles Oliveira, 2013b). Estos trabajos, tan disímiles y variados, encuentran un punto de unión en la concepción del intelectual como una figura pública que, a partir de su posición como productor cultural⁴, encuentra su definición dentro de la esfera pública al ser partícipe de los debates públicos desde una posición específica. Por ello, el antifascismo puede ser comprendido como una motivación para estas figuras para asentarse

⁴ Esto a la par de su actividad profesional, ya fuese como académico, servidor público, diplomático, periodista, o exclusivamente como escritor.

o penetrar en la tribuna pública y resaltar su participación política y social. A su vez, esto ha permitido comprender las formas en que el antifascismo se adaptó a distintos proyectos políticos: el unionismo centroamericano, el reformismo católico, la oposición al peronismo, el americanismo, etc.

El fascismo se percibe entonces articulado en una escala internacional, a partir de redes de solidaridad y de la movilidad propiciada por el exilio, tanto de intelectuales europeos en América como de los propios latinoamericanos en la región. Teniendo en claro las tendencias historiográficas que han atravesado el estudio del antifascismo en América Latina, procederemos a profundizar en los alcances y limitaciones de aquellos elementos presentes de la historiografía que han permitido comprender la dimensión internacional del antifascismo en la región.

4. El antifascismo como fenómeno internacional en la historiografía latinoamericana

Entre la década de 1920 y 1940 el desarrollo en el espacio europeo de regímenes fascistas, tales como la Italia de Benito Mussolini o la Alemania nacionalsocialista de Adolf Hitler, se convirtieron en fenómenos de resonancia global; pues, la existencia de una sensibilidad compartida a nivel internacional respecto a la preocupación y rechazo a las pretensiones expansionistas y militaristas de dichos regímenes articularon manifestaciones de carácter antifascista en distintos puntos del globo. Esto fue posible debido a aspectos como la circulación de personas, producciones culturales y saberes, la estructuración de redes sociales con alcance internacional, el exilio que enfrentaron actores antifascistas, entre otros.

En relación con lo anterior, la región latinoamericana no fue ajena a dichas manifestaciones antifascistas ya que los países que la constituyen encontraron causas en los cuales integraron y adaptaron las posturas antifascistas a sus propias condiciones nacionales. El resultado, tal como señala Andrés Bisso, fue la traducción de un “discurso políticamente tentador” (2000: 22-24). En este sentido, las expresiones antifascistas dentro del espacio latinoamericano se convirtieron en fenómenos donde fueron constantes las tensiones entre el espacio local/nacional y el internacional, interconectándose procesos externos con coyunturas nacionales y dando como resultado expresiones particulares de una sensibilidad “universal”.

Historiográficamente la dimensión internacional del antifascismo en América Latina se ha expresado por diversos causas logrando con ello resaltar que, a pesar de adquirir expresiones particulares a partir de los espacios locales y nacionales, la atención por lo internacional resulte necesaria para comprender la complejidad de las manifestaciones en la región. Estos

causes es posible agruparlos en las siguientes dimensiones: los exilios; la “internacionalización” de la política nacional; la circulación de producciones, ideas y actores antifascistas; los internacionalismos que hicieron juego en la región; y el impulso de las relaciones diplomáticas entre los países de la región.

Un punto que ha tenido gran atención al observar la dinámica internacional del antifascismo han sido los exilios; sobre todo, el de aquellos militantes de países donde emergieron regímenes fascistas europeos y que fungieron como puntos de enlace para la propagación de la preocupación global por el avance del fascismo y el aumento de la militancia opositora al fascismo. Tal como señala Enzo Traverso, quien lo denomina como la “cultura política del exilio” (2001: 11-13), las dinámicas propiciadas por estos desplazamientos resultaron esenciales para el surgimiento de interpretaciones y manifestaciones diversas asociadas con el término. La llegada al espacio latinoamericano de exiliados germanoparlantes, italianos, franceses o españoles principalmente, representaron puntos para la difusión y afianzamiento del discurso antifascista en la región; ya que se convirtieron en agentes catalizadores que permitieron la estructuración de redes internacionales a partir de las cuales circularon personajes, interpretaciones y producciones.

Las dimensiones étnicas del antifascismo en América Latina fungieron como punto de inicio para la historiografía del tema; para autores como Brigida Von Metz, Ricardo Pérez Montfort y Verena Radku (1984) o Wolfgang Kiessling (1984) en su estudios sobre el antifascismo en América Latina a partir del exilio germano parlante durante la década de 1930; o los trabajos de Pietro Fanesi (1994) para el caso del exilio italiano en Argentina desde la década de 1920; y, desde una perspectiva más general, la visión de Joao Fábio Bertonha (1999: 111-133) sobre el exilio italiano —con énfasis en Brasil— concibieron a estos grupos como promotores del discurso y la acción antifascista en la región, estructurando distintos grupos e iniciativas políticas que encausaron en la lucha contra el fascismo. Estos primeros trabajos tuvieron como limitante el hecho de no articular una visión más profunda del exilio con los espacios y grupos sociales de la nación receptora, priorizando en su lugar las relaciones y tensiones con otras comunidades migrantes del país de origen y conservando en cierto sentido una mirada de lo “nacional” en un espacio fuera de la nación de origen.

Trabajos posteriores, como los de Josué Mendoza Pérez (2020), Rogelio de la Mora (2012) Aaron Coy Moulton (2017), Ricardo Pasolini (2006) o Jorge Nállim (2006) han abierto el abanico de la visión sobre el exilio al no atender solamente a los actores provenientes del espacio europeo, sino también observando en las dinámicas de exilio de los países de la región un canal para comprender la estructuración de experiencias y discursos antifascistas. En este sentido, la circulación de posturas antifascistas cercanas al unionismo centroamericano o al anti-peronismo argentino y su vínculo con posturas antifascistas en otras naciones

americanas han resultado esenciales para comprender la compaginación interpretativa del fascismo de forma interregional. A su vez, trabajos como los de Andrea Aclé-Kreysing (2016a, 2016b, 2017, 2018a), Germán Friedman (2010), o Aribert Reimann (2020) han permitido comprender de forma más profunda las relaciones de los exilios europeos —particularmente el germanoparlante— con su espacio de recepción, tanto en sentido político como de redes sociales e intelectuales, apropiación de espacios urbanos, las alianzas y pugnas que formaron con grupos nativos, interacciones que articularon una experiencia antifascista cosmopolita en los países de la región, y de cuyos diálogos e interacciones produjeron procesos de retroalimentación y traducción del fascismo tanto en los grupos de exiliados como de la región, reinterpretando al fascismo de acuerdo con sus propios intereses y objetivos políticos.

Como parte de esa interacción con las condiciones del país receptor y la necesidad de reafirmar su identidad nacional en un contexto extranjero desde el antifascismo, historiográficamente se ha resaltado la construcción de “otredades” identitarias por parte de las comunidades de exiliados antifascistas. Por medio de las cuales se mostraba el rechazo a aquello que asociaba como “manifestaciones nacionales” mientras que reafirmaban aquellas “expresiones nacionales” que se asociaban generalmente con el humanismo y los valores de la cultura occidental. Estudios como los de Andrea Aclé-Kreysing (2018b) y Germán Friedman (2010) para el caso germanoparlante, o el de Patricia Pizarroso para el de los republicanos españoles (2019) han abordado estas experiencias, poniendo en tensión la existencia de la “otra Alemania” o la “otra España” como espejos frente a los cuales las comunidades de exiliados se proyectaban. De esta manera legitimaban su posición política y social como “transterrados” que luchaban y que fueron desplazados por causas justas en oposición a regímenes ilegítimos, como concebían a los fascismos europeos. Desde esta arista, los estudios mencionados han permitido comprender las formas en que las comunidades de exiliados vivieron un proceso de alteración identitario donde se tensionan lo nacional y lo internacional, reconfigurando sus propias concepciones sobre la identificación con su país de origen, donde se reivindican y rechazan ciertos rasgos, pero también donde se incorporaron otros del país de acogida.

Ahora bien, uno de los problemas que conlleva el estudio del exilio en relación con el antifascismo es la consideración de actores preponderantes en la introducción y promoción del discurso antifascista. En este sentido es necesario poner en balance los alcances reales que tuvieron estos sectores en la promoción y difusión del antifascismo dentro de sus naciones receptoras, poniendo en consideración la extensión y posibilidades de acción que tuvieron dentro de las redes sociales en las cuales se desarrollaron, la postura gubernamental respecto a su acción política, las pugnas y divisiones existentes al interior de estos grupos, así como la aceptación por parte de la población nativa en su presencia en el entorno nacional. Estos factores resultaron condicionantes para la influencia de los exiliados en la promoción

del antifascismo en los países latinoamericanos. A su vez, es necesario reconocer la existencia de otros canales que permitieron conocer la naturaleza del fascismo en Europa y propiciar su reinterpretación y adaptación a las condiciones americanas, tales como la circulación de producciones culturales, las relaciones epistolares entre los dos continentes y los viajes de americanos a Europa como medios que permitieron modular las experiencias antifascistas en América Latina.

Por otro lado, la historiografía que se ha concentrado en el estudio de “expresiones nacionales” del antifascismo en los países de la región ha encontrado canales metodológicos e interpretativos para poner en diálogo y tensión a la óptica nacional con la internacional. Una de ellas son las propuestas realizadas por Andrés Bisso respecto a correlacionar el empleo del discurso antifascista —de raíz internacional— a la arena política nacional bajo una lógica de amigo-enemigo; o lo realizado por Ricardo Pasolini al concebir que el discurso antifascista propició la “internacionalización” de la escena política local o nacional.

En este sentido, la incorporación del antifascismo a las lógicas y necesidades políticas existentes en cada país de la región es uno de los elementos que pluralizó las experiencias antifascistas, encontrado causas a partir de posturas como la socialdemocracia, el comunismo, el liberalismo, la militancia católica, etc. En esta sintonía, Bisso concibe que la polarización que arrastraba la lógica del antifascismo permitió construir una diferenciación retórica entre el grupo que se reivindicaba antifascista y aquellos que construían interpretativamente como simpatizantes del fascismo o muestras del llamado “fascismo criollo”, lo que permitió emplear al discurso antifascista como una herramienta política de origen internacional bajo las lógicas de la escena política nacional (Bisso, 1999, 2005), y que encontró una multiplicidad de usos en América Latina (Bisso, 2000).

Por su parte, Ricardo Pasolini con su propuesta de “internacionalización” del espacio político local concibe que el antifascismo funcionó como una sensibilidad de época que permitió el acercamiento del espacio internacional con el de lo nacional, donde sucesos como la Guerra Civil Española, la invasión de Abisinia, o la Segunda Guerra Mundial se vivieron como conflictos que formaron parte de lo nacional (2005), obligando a las partes a tomar postura frente a ellos y a retomar modelos externos para articular y dar sentido a las lógicas “ficciones” que orientan el destino de la nación; cuyas polaridades se sintieran como propias, aunque estructurando a las iniciativas antifascistas bajo las lógicas locales y asentando en los recursos “nacionales” —históricos, políticos, identitarios, culturales, etc.— (Pasolini, 2013b).

Estas dos propuestas han permitido comprender cómo el discurso antifascista se ajustó a las condiciones políticas de los países latinoamericanos, mostrando la incorporación de la retórica y de la sensibilidad del fenómeno a la confrontación política vivida en cada espacio

nacional y la construcción de “expresiones” propias del fascismo a partir de los grupos políticos y sociales con los cuales disputaban el poder. Pero a su vez, resulta necesario incorporar a estas propuestas una mayor profundización una comprensión emocional de lo que significaron las experiencias antifascistas en la región para lograr una mayor comprensión de lo complejo que resultó el fenómeno y poner en relieve qué tanto se concibió como un peligro “real” —tanto nacional como internacional— a los ojos de los actores de época, más allá de solo ser una herramienta de uso político.

Otros elementos que fungieron como propagadores y asentados de las experiencias antifascistas en América Latina, y que también han sido objeto de estudio dentro de la historiografía sobre el tema, han sido la circulación de personas, las producciones culturales e ideas a través de distintos espacios geográficos del globo y cómo éstas tuvieron impacto dentro del desarrollo del fenómeno en cuestión en la región. En este sentido, las formas en que distintas personas —las ya mencionadas comunidades de exiliados, viajeros, políticos, intelectuales, quienes discurrían temporalmente a algún país de la región por motivos como intercambios académicos, eventualidades políticas y giras de propaganda—, producciones culturales —tales como impresos, correspondencias, producciones audiovisuales, literatura, obras de arte— o ideas, fueron vehículos que movilizaron principios y experiencias de distintas realidades acerca de lo que representaba el fenómeno del fascismo y la necesidad de combatirlo.

En este sentido, dentro de la historiografía latinoamericana sobre el antifascismo ha tenido preponderancia el estudio de los impresos como medios que posibilitaron la comunicación y discusión de ideas dentro de comunidades de distintas geografías, teniendo como principal vehículo a las revistas culturales o políticas. Esta vertiente, con estudios como los de Ricardo Pasolini (2008), Dennis Arias Mora (2009), Angela Meirelles Oliveira (2013a) (2019) o Miranda Lida (2022) han tratado de poner en tensión a la revista como dispositivo a través del cual se proyectan dos tipos de comunicaciones: la circulación de ideas a nivel global a través de canales como la correspondencia u otras revistas; y la discusión y recepción de dichas ideas dentro de un espacio nacional determinado. Esta conjunción de escalas en la construcción de experiencias antifascistas en la región permite comprender los conductos a través de los cuáles se constituyeron diálogos simbólicos entre distintas realidades que enriquecieron la construcción del fenómeno, impactando en la adopción de modelos, posiciones o principios comunes dentro de la acción antifascista.

Por su parte, también desprendidos del análisis del papel de la cultura impresa en el antifascismo, estudios como los de Patricia Pizarroso (2019), Jorge Nállim (2020) o Josué Mendoza Pérez (2020) congenian la circulación tanto de personas —en estos casos comunidades de exiliados— con la de producciones culturales, lo que ha permitido

comprender el papel de estos sectores sociales tanto en la formulación como circulación transnacional de distintas revistas o escritos que sirvieron de espacios de expresión de su posición antifascista. La inserción de estas comunidades al entorno receptor encontró en las publicaciones periódicas uno de los medios que facilitaron su adaptación y a través de los cuales expresaron sus posturas políticas asociadas con la lucha en contra del fascismo. A su vez, tal como comentamos con anterioridad, la reformulación identitaria que diversos sectores enfrentaron en el exilio encontró en los medios impresos el principal canal de expresión, conjuntando la convivencia de lógicas internacionales a través de actores específicos con el espacio nacional de los países latinoamericanos y, mostrando con ello, cómo los antifascismos de origen europeo sufrieron modificaciones y readaptaciones a las condiciones de la región.

Por su parte, los impresos y su circulación en el espacio de las naciones latinoamericanas también han sido ventanas a partir de las cuales comprender el carácter internacional del fenómeno del fascismo a partir de la recepción y discusión de ideas y percepciones específicas: tales como la naturaleza del régimen nazi (Arias Mora, 2009), la promoción de un arte comprometido en la lucha antifascista (Devés, 2013), las expresiones antisemitas del fascismo (Vicente, 2016), el papel de la clase obrera en la lucha contra los regímenes fascistas (Lear, 2019), o la “amenaza” del fascismo europeo a los países de la región (Moraes Medina, 2020). En este sentido, dichos estudios han hecho énfasis en la concepción de las revistas como botones de muestra, o espejos, a través de los cuales mirar los procesos de traducción de la experiencia antifascista internacional en la realidad del espacio nacional. En este sentido, la apelación a espacio de escala local, como clase, género, creencias, militancia política; o a sensaciones, como el temor o la sospecha, interactuaron con los tópicos del fascismo y la lucha antifascista. Esta inserción de los temas internacionales a la escena local y su discusión a partir de condiciones concretas son las que empujaron la pluralización de la experiencia antifascista en América Latina.

Pero ante el predominio de los impresos en el análisis de la circulación de producciones culturales e ideas es necesario que la historiografía sobre el antifascismo preste mayor atención a otras tipologías de producciones, particularmente aquellas de carácter audiovisual y de historietas cómicas que hasta el momento no han sido tomadas en cuenta por los estudios del tema. A su vez, es necesario que se procure una mayor atención a la circulación en carácter interregional, buscando con ello los canales y redes que permitieron la formación de vínculos simbólicos entre las experiencias antifascistas en la región, más allá de la relación transcontinental entre América Latina y Europa.

Distintas experiencias del antifascismo en América Latina tuvieron la influencia de otros organismos políticos internacionalistas de la época, lo que ha sido atendido por la

historiografía sobre el tema. Organizaciones de alcance internacional como la Internacional Comunista —y sus organismos derivados como el Socorro Rojo Internacional, la Profintern, la Krestintern, entre otros—, la Internacional Socialista y Obrera —Segunda Internacional—, la Cuarta Internacional, la Federación Sindical Internacional, la Confederación Sindical Latinoamericana, entre otras más, se esforzaron en coordinar —desde sus propios principios políticos y doctrinarios— la lucha en contra del fascismo, calificativo que variaba de acuerdo a cada agrupación. Estrategias como los Frentes Populares, las movilizaciones obreras, las huelgas, *boicots*, o el reclutamiento de personas para la lucha directa, fueron algunos de los esfuerzos coordinados por estas agrupaciones, cuyos alcances variaron de acuerdo con la región, pero que rebasaron por mucho las fronteras nacionales.

En este sentido, dentro de la historiografía latinoamericana sobre el tema, el organismo internacionalista que ha sido estudiado con mayor amplitud ha sido la Komintern, sobre todo en su relación con los partidos comunistas de México (Spencer, 2007), Argentina (Petra, 2017; Pasolini, 2013) y Chile (Urtubia Odekerken, 2017). En este sentido, dichos trabajos han permitido profundizar el papel que tuvo el organismo internacionalista comunista en la promoción del antifascismo en la región, permitiendo observar la naturaleza desigual y conflictiva de este propósito. A partir de ello, ha sido posible comprender las tensiones entre la visión de la Komintern y los Partidos Comunistas nacionales, cada uno con sus expectativas y objetivos concretos, entrando en conflicto la visión internacionalista con las condiciones del espacio nacional que vislumbraron en gran medida los comunistas latinoamericanos.

Los aspectos anteriormente señalados han logrado develar que para el caso latinoamericano, el organismo internacionalista comunista tuvo un papel desigual, pues las tensiones con los organismos comunistas nacionales dejaron ver resultados desiguales en la promoción de iniciativas como los Frentes Populares, así como los objetivos que realmente perseguían; la articulación de esfuerzos “independientes” o ajenos a los designios de los agentes de Moscú, la convivencia y conflictos con otros actores ajenos al comunismo; pero también, inmersos en las iniciativas antifascistas, las lógicas de conjunto que promueven una visión que desdibuje al comunismo o a la Komintern como agentes preponderantes o exclusivos —aunque si de gran importancia— en el impulso de experiencias antifascistas en los países de la región. A su vez, la correlación entre la búsqueda internacionalista y el espacio nacional dentro de la historiografía sobre estos organismos ha puesto en cuestión los verdaderos alcances que tuvieron en la búsqueda por promover sus intereses, mostrando una cara de las limitaciones y posibilidades de acción que tuvieron los agentes internacionalistas en la persecución de objetivos como una mayor actividad militante dentro de sus filas o más capacidad de acción en la política nacional

5. Conclusiones

El auge que ha cobrado la preocupación por lo global dentro de los estudios históricos en las últimas décadas no ha quedado al margen de los estudios sobre la militancia antifascista en América Latina. Tal como fue posible observar a lo largo del trabajo, algunas de las líneas temáticas por las cuales se han desarrollado los estudios históricos sobre el antifascismo en la región han brindado mucha atención las conexiones entre espacios, a las transferencias de experiencias y situaciones espaciales, así como la versatilidad que obtuvo la militancia o solidaridad antifascista de acuerdo con el entorno temporal y geográfico en el cual se desarrolló.

Bajo la premisa de que el fascismo fue un fenómeno eminentemente europeo, muchos han desestimado la existencia del antifascismo como un fenómeno propio del espacio latinoamericano, minimizando las características o dinámicas que desarrollaron diversos grupos y movimientos bajo este cuño, o centrándose únicamente en las organizaciones antifascistas de exiliados europeos, considerándolos como los únicos legítimamente antifascistas. Como fue posible observar también a lo largo del trabajo, si bien existe una extensa historiografía que ha seguido esa visión, centrándose en el estudio de los exiliados europeos como principales medios para difundir los principios antifascistas, también fue posible conocer que existe una nutrida historiografía que pone en diálogo tanto a los exiliados con los actores propios de las naciones de América Latina, además de los medios y experiencias que permitieron a los latinoamericanos concebir una experiencia propia dentro de esta clase de militancia o solidaridad al diversificar el espectro y la pluralidad de actores y entornos inmiscuidos dentro de este proceso internacional.

Desde esta perspectiva es posible considerar a las experiencias antifascistas en los países latinoamericanos como un aglutinante de fuerzas y actores sociales unidos bajo un esfuerzo de carácter global, en las cuales se relacionaron causas e intereses propios de estas geografías con los esfuerzos internacionales en contra del fascismo. Esto ha sido reflejado por la historiografía sobre el tema, pues tal como se mostró, es posible encontrar constantemente la tensión entre el escenario nacional o local con las lógicas internacionales, ya fuese la “internacionalización” de la política interna, el empleo del discurso antifascista a las condiciones locales, o la presencia de elementos internacionales, tales como exiliados, producciones culturales, organismos internacionalistas, entre otros más.

Las experiencias antifascistas en la región tuvieron implicaciones que significaron procesos de recepción y readaptación de ideas articuladas a partir de una sensibilidad común. Ésta se encontró asentada en una preocupación por la emergencia y fortalecimiento de los regímenes fascistas en Europa, resultando necesario oponerse y luchar en contra de su

avance. La circulación de personas, ideas y producciones culturales entre el territorio europeo y el “Nuevo Mundo” pueden entenderse como parte de las lógicas trasatlánticas que han unido a estos dos espacios geográficos del globo desde el siglo XVI, y que, dentro de la historiografía sobre el antifascismo, como lo ha propuesto Michael Seidman (2018) se podría nombrar “antifascismo trasatlántico”; aun cuando él no incluye la experiencia latinoamericana bajo dicha categoría historiográfica.

Es notable la gran variedad de perspectivas historiográficas que han permitido comprender como un fenómeno de aparente raíz europea tuvo una gran acogida y repercusión dentro de la vida política y social de América Latina a lo largo del siglo XX. Es necesario señalar que resta mucho por hacer respecto a la comprensión del fenómeno en varias de sus aristas, sobre todo en aspectos como el arraigo popular que tuvo el antifascismo en la región, el papel que tuvieron en la difusión y adaptación del antifascismo los medios de comunicación masiva de la época, así como las implicaciones emocionales que tuvo la concepción del fascismo como amenaza en la construcción de distintas experiencias antifascistas en la región.

Bibliografía

- Acle-Kreysing, A. 2016a. “Shattered dreams of anti-fascist unity: German speaking exiles in Mexico, Argentina and Bolivia, 1937-1945”. *Contemporary European History*, Vol. 25, No. 4, pp. 667-686.
- Acle-Kreysing, A. 2016b. “Antifascismo: un espacio de encuentro entre el exilio y la política nacional. El caso de Vicente Lombardo Toledano en México (1936-1945)”, *Revista de Indias*, Vol. LXXXVI, No. 267, pp. 573-609.
- Acle-Kreysing, A. 2017. “[Exiliados europeos y cultura antifascista en Ciudad de México y Buenos Aires \(1936-1945\): algunas hipótesis de trabajo](#)”. R. Villares Paz y X. M. Núñez Seixas (eds.), *Os exilios ibéricos, unha ollada comparada: nos 70 anos da fundación do Consello de Galiza*, Galicia: Consello da Cultura Galega.
- Acle-Kreysing, A. 2018a. “Cómo crear una clase obrera marxista y antifascista: la participación del exilio alemán en la Universidad Obrera de México en las décadas de 1930 y 1940”. *Dimensión antropológica*, Vol. 74, pp. 109-149.
- Acle-Kreysing, A. 2018b. “El exilio antifascista de habla alemana en México durante la Segunda Guerra Mundial: una peculiar adopción del mito de la Revolución Mexicana” en E. Díaz Silva, A. Reimann y R. Sheppard (eds.), *Horizontes del exilio: nuevas aproximaciones a la experiencia de los exilios entre Europa y América Latina durante el siglo XX*, Madrid: Iberoamericana/Vervuert.
- Arias Mora, D. F. 2009. “Intelectuales de izquierda y nacionalsocialismo: alcances y límites de una recepción crítica (1933-1943). *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, Vol. 9, No. 2, pp. 81-98.

- Bauerkämper, A. 2019. "Marxist historical cultures, "antifascism" and the legacy of the past: western Europe, 1945-1990". S. Berger y C. Cornelissen (eds.), *Marxist historical cultures and social movements during the cold war. Case studies from Germany, Italy and other western European states*, Cham: Palgrave Macmillan.
- Bertonha, J. F. 1999. "Fascismo, antifascismo y las comunidades italianas en Brasil, Argentina y Uruguay. Una perspectiva comparada". *Estudios migratorios latinoamericanos*, Vol. 14, No. 42, pp. 111-133.
- Bisso, A. 1999. "La 'Unión Democrática' y los usos del antifascismo. Las utilidades políticas de un discurso sociocultural". *Cuadernos del CISH*, Vol. 4, No. 5, pp. 199-213.
- Bisso, A. 2000. "El antifascismo latinoamericano: usos locales y continentales de un discurso europeo". *라틴아메리카연구*, Vol. 13, No. 2, pp. 1-26.
- Bisso, A. 2005. *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires: Prometeo.
- Bisso, A. 2009. "Argentina libre y Antinazi: dos revistas en torno de una propuesta político-cultural sobre el antifascismo argentino 1940-1946". *Temas de Nuestra América*, No. 47, pp. 63-84.
- Bisso, A. 2019. "La revista *Unidad*. Un cruce entre intelectualidad y antifascismo", en [AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX](#), (consultado el 8 de noviembre del 2022).
- Bisso, A. y Valobra, A. M. 2013. "Antifascismo y género. Perspectivas biográficas y colectivas", *Anuario IEHS*, No. 28, pp. 151-155.
- Boned Cólera, A. 2001. "La propaganda antifascista del exilio español en México". *Historia y comunicación social*, No. 6, pp. 293-302.
- Bresciano, J. A. 2009. "El antifascismo ítalo-uruguayo en el contexto de la segunda guerra mundial", *Deportate, esuli, profugne*, No. 11, pp. 94-111.
- Cane, J. 1997. "Unity for the defense of culture": The AIAPE and the cultural politics of Argentine antifascism, 1935-1943". *Hispanic American Historical Review*, Vol 77, No. 3, pp. 443-482.
- Celentano, A. 2006. "Ideas e intelectuales en la formación de una red sudamericana antifascista". *Literatura y Lingüística*, No. 17, pp. 195-218.
- Coy Moulton, A. 2017. "Militant roots: The anti-fascist left in the Caribbean Basin, 1945-1954". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 28, No. 2, pp. 14-29.
- De la Mora Valencia, R. 2012. "Intelectuales guatemaltecos en México: del movimiento *Claridad* al antifascismo, 1921-1939" en *Signos Históricos*, No. 27, pp. 104-137.

- Devés, M. A. 2013. "El papel de los artistas en la Asociación Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). Representaciones, debates estéticos-políticos y prácticas de militancia en el antifascismo argentino", *A contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos*, Vol. 10, No. 2, pp. 126-150.
- Fanesi, P. R. 1994. *El exilio antifascista en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Friedmann, G. C. 2010. *Alemanes antinazis en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- García, H. 2015. "Presente y futuro de una ilusión: la historiografía sobre el antifascismo desde Furet, 1996-2015". *Ayer*, Vol. 100, No. 4, pp. 233-247.
- García, H. 2016. "Transnational history: a new paradigm for Anti-fascist studies?". *Contemporary European History*, Vol. 25, No. 4, pp. 563-572.
- García, H. Yusta, M. Tabet, X. y Clímaco, C. 2016. "Beyond revisionism: rethinking antifascism in the Twenty-First Century". García, H. Yusta, M. Tabet, X. y Clímaco, C. (eds.), *Rethinking Antifascism. History, Memory, and Politics, 1922 to the present*. Nueva York: Berghahn Books.
- Grosso, B. 2011. "El antifascismo en la cultura comunista". E. Concheiro Bórquez, M. Modonesi y H. Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México: CIIIEH-UNAM.
- Kiessling, W. 1984. *El exilio alemán antifascista en México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Lear, J. 2019. *Imaginar el proletariado. Artistas y trabajadores en el México Revolucionario, 1908-1940*. México: Grano de Sal.
- Lida, M. 2022. "Debates del exilio francés de Nueva York durante la ocupación nazi. Su recepción en la *Revista de los intelectuales europeos en América* (Buenos Aires, 1942-1946). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, No. 56, pp. 32-56.
- McGee Deutsch, S. 2017. "Hands across the Río de la Plata: Argentine and Uruguayan antifascist women, 1941-1947". *Historia y problemas del siglo XX*, Vol. 8, pp. 29-54.
- Meirelles Oliveira, A. 2013a. "Palavras como balas. Imprensa e intelectuais antifascistas no Cone Sul (1933-1939), *Tesis de Doctorado*, Universidad de São Paulo.
- Meirelles Oliveira, A. 2013b. "O antifascismo como experiencia associativa em Montevideu e Buenos Aires. A mobilizacao intelectual entre o local e o global (1933-1939). *Revista Electronica da ANPHLAC*, No. 14, pp. 9-36.
- Meirelles Oliveira, A. 2019. "New Masses e a América Latina. Intelectuais e política na luta contra o fascismo (1933-1939)". *Antíteses*, Vol. 12, No. 23, pp. 337-364.

- Mendoza Pérez, E. J. 2020. "Sueño acariciado de Centroamérica: el antifascismo unionista de Alfonso Guillén Zelaya y Vicente Sáenz en las páginas de *El Popular* (1938-1946)", *Tesis de Maestría*, CIDE.
- Moraes Medina, M. 2020. "En busca del enemigo oculto: intelectuales y revistas antinazis en el Uruguay de la Segunda Guerra Mundial" en *Revista Letral*, No. 24, pp. 1-21.
- Nállim, J. 2006. "Del antifascismo al antiperonismo, *Argentina Libre*, ...*Antinazi* y el surgimiento del antiperonismo político e intelectual". M. García Sebastiani (comp.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina, 1930-1955*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, pp. 43-105.
- Nállim, J. 2012. *Transformations and crisis of liberalism in Argentina, 1930-1955*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Nállim, J. 2020. "Antifascismo, revolución y Guerra Fría en México: la revista *América*, 1940-1960", *Latinoamérica*, No. 70, pp. 93-126.
- Olechnowicz, A. 2010. "Introduction: Historians and the study of anti-fascism in Britain". N. Copsey y A. Olechnowicz, (eds.), *Varieties of anti-fascism. Britain in the Inter-War Period*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Pasolini, R. 2005. "El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: entre la AIAPE y el Congreso Argentina de la Cultura, 1935-1955". *Desarrollo Económico*, Vol. 45, No. 179, pp. 403-433.
- Pasolini, R. 2006. "La internacional del espíritu: la cultura antifascista y las redes de solidaridad intelectual en la Argentina de los años treinta". M. García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos ideológicos en la Argentina (1930-1955)*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert Verlag, pp. 43-76.
- Pasolini, R. 2008. "Scribere in eos qui possunt poscrinere. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascistas en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras". *Prismas*, Vol. 12, No. 1, pp. 87-108.
- Pasolini, R. 2013a. "Entre antifascismo y comunismo: Aníbal Ponce como ícono de una generación intelectual". *Iberoamericana*, Vol. 13, No. 52, pp. 83-97.
- Pasolini, R. 2013b. *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Petra, A. 2017. *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de Posguerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pizarroso Acedo, P. 2019. "Culturas del exilio. Las revistas culturales del antifascismos alemán, austriaco, catalán y español en México". *Tesis de Doctorado*, Universidad de Alcalá.

- Rabinbach, A. 1996. "Legacies of Antifascism". *New German Critique*, No. 67, pp. 3-17.
- Reimann, A. 2020. *Transnational district. European political exile in Mexico City 1939-1959*. Colonia: Kölner Universitäts Publikations Server.
- Seidman, M. 2018. *Transatlantic antifascisms. From the Spanish Civil War to the End of World War II*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Spenser, D. 2007. *Unidad a toda costa": La tercera internacional en México durante la presidencia del General Lázaro Cárdenas*. México: CIESAS.
- Traverso, E. 2001. *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires: Eudeba.
- Traverso, E. 2003. "Los intelectuales y el antifascismo. Por una historización crítica". *Acta Poética*, Vol. 24, No. 2, pp. 51-72.
- Urtubia Odekerken, X. 2017. "El antifascismo en el Partido Comunista chileno, 1922-1934". *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*, Vol. 9, No. 20, pp. 9-31.
- Vicente, M. 2016. "Orden Cristiano ante la «cuestión judía»: renovación humanista, antifascismo católico y problemáticas de la Segunda Guerra Mundial (1941-1948)". *Temas de nuestra América*, Vol. 32, No. 60.
- Von Metz, B. Pérez Montfort, R. y Radku, V. 1984. *Fascismo y antifascismos en América Latina y México: apuntes históricos*. México: CIESAS.
- Zanca, J. 2013. *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Guerra Fría y ajedrez: El *match* Fischer-Spassky

Cold War and Chess: the Fischer-Spassky match

Jorge Luis Fernández*

Resumen

A lo largo del siglo XX, el arte de la diplomacia fue adquiriendo nuevas herramientas. Una de ellas puede ser denominada "Ludodiplomacia", que consiste en ejercer influencia por medio del deporte o de diferentes juegos. En los años de entre guerra, los movimientos fascistas comprendieron este tipo de iniciativa, organizando un mundial de fútbol en Italia (1934) y los Juegos Olímpicos en Alemania (1936). Posteriormente, una forma orgánica de este tipo de diplomacia alcanza un desarrollo más sutil en la Guerra Fría. El ajedrez, conocido como "el juego de los reyes", fue uno de los aspectos clave en la política exterior de las grandes potencias, alcanzando su auge en el *match* de 1972, entre el norteamericano Bobby Fischer y el ruso Boris Spassky.

Palabras clave: ajedrez, Guerra Fría, match, tensión, contexto internacional.

Abstract

Throughout the 20th century, the art of diplomacy expanded to encompass new tools. One of them, "Ludodiplomacy", consists of the use of sports or games as powerful tools of influence. During the interwar period, fascist movements employed this technique, organizing the World Cup in Italy (1934) and the Olympic Games in Germany (1936). Later, during the Cold War, this type of diplomacy developed in a subtle, organic form. Chess, known as "The Game of the Kings", was a fundamental element of the great powers' foreign policies, reaching its peak in the 1972 match between Bobby Fischer, an American, and Boris Spassky, a Russian player. This article chronicles the important Fischer-Spassky match.

Key words: chess, Cold War, match, strain, international context.

* Jorge Luis Fernández es miembro de la Universidad de Congreso, Mendoza, Argentina; contacto: fernandezj@ucongreso.edu.ar; <https://orcid.org/0009-0006-0266-8428>

1. Introducción

El *match* de ajedrez entre Fischer y Spassky trascendió los límites de una competencia deportiva por el título del mundo y se convirtió en un capítulo más de la Guerra Fría. Así lo proclamó en su momento la prensa internacional. En abril de 1972 el *Times* afirmó: “Fischer cree que, en cierto sentido, está luchando por el mundo libre contra la Unión Soviética, en una atmósfera similar al bloqueo de Berlín de hace veinte años”. Tres meses más tarde, el *Washington Post* añadió: “Una victoria de Fischer sería como una bofetada para la afirmación básica de la ideología soviética” (Edmonds, 2006). Otros medios de América y Europa ampliaron y multiplicaron estas ideas. Poco a poco, el enfrentamiento entre los dos ajedrecistas captó el interés de los actores políticos de las dos superpotencias, incluyendo al presidente de EEUU, Richard Nixon, y la estructura del poder de Moscú. Ambos evaluaron el impacto político de esta competencia.

El vínculo de la política con el deporte tenía ya una larga tradición. Los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, para demostrar la superioridad de la raza aria, fue un ejemplo. A lo largo de buena parte del siglo XX, el interés por los campeonatos mundiales de fútbol y las olimpiadas creció en forma paralela a los nacionalismos (Hobsbawm). El ajedrez quedó también dentro de este contexto, particularmente durante la Guerra Fría.

El concepto de Guerra Fría era entendido por ambas potencias hegemónicas como una “paz fría” (Hobsbawm, 2003). El citado autor argumentaba que en sucesos muy importantes como la invasión a Hungría en 1956 y en la de Praga en 1968 Estados Unidos no se entrometió abiertamente. Era entonces una cuestión retórica, un *statu quo* que se mantenía en forma estable dentro de los parámetros y límites definidos en la Segunda Guerra por los líderes de entonces. Desde una perspectiva de la Nueva Historia Internacional, este artículo propone analizar la ludodiplomacia como una estrategia llevada a cabo durante la guerra fría para impulsar la hegemonía cultural de los bloques en disputa. En este contexto, se reflexiona sobre la instrumentalización de los principales jugadores de ajedrez por parte tanto de los gobiernos de Estados Unidos como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en un intento de probar la superioridad de los modelos antagónicos.

El ajedrez es un deporte intelectual de enorme difusión internacional. En el seno de la URSS encontró un nicho donde desarrollarse con mejores condiciones que en el resto del mundo debido a su larga trayectoria anterior. Basta recordar que la tradición del título de Gran Maestro Internacional comenzó en el torneo celebrado en San Petersburgo (1914) y fue otorgado por el zar de Rusia Nicolás II a quienes participaron. Después de la revolución de octubre, la URSS reivindicó esta tradición y la utilizó políticamente. La postulación de la superioridad del hombre socialista a través del ajedrez está claramente mostrado en la

literatura especializada (Kotov y Yudovich, 1958; Lauterbach 1972; Sosonko, 2007). En el marco de la Guerra Fría necesariamente, aun cuando fuera un tema menor, se puso de relieve. Esto era así porque, de algún modo, es dable decir que la Guerra Fría se disputó principalmente en escenarios colaterales, o no convencionales y la mayoría de las veces alejados de las potencias centrales.

Después de la II Guerra Mundial, el mundo estaba repartido en áreas de influencia centrales y las dos superpotencias no intervenían directamente, si bien no dejaron de tener canales “no oficiales” de comunicación. En la crisis de los misiles en 1962, se escribió: “La principal preocupación de ambos bandos fue cómo evitar que se malinterpretaran gestos hostiles como preparativos bélicos reales” (Hobsbawm, 2003). Fue claramente una pantalla para negar revoluciones dentro del área de influencia de cada potencia. Los tanques rusos en Hungría y la invasión a Praga no fueron suficiente para los Estados Unidos; los misiles en Cuba no lo fueron para la URSS.

El mundo del ajedrez vivió estos hechos a su modo, tal como se reflejó en Hungría y Checoslovaquia. Durante la crisis de Hungría en 1956, acaso el mejor jugador de todos los tiempos de ese país, Lajos Portisch, confesó: “Tenía solo dieciocho años, pero muchos jóvenes estaban peleando. Es triste decir que los juegos de Capablanca fueron más interesantes para mí que la Revolución Húngara, pero así es como fue” (Geuzendam, 1985). A diferencia de él, uno de los referentes del ajedrez checo, Ludek Pachman, refiriéndose a la “Primavera de Praga”, escribió sobre el *cinismo* de la afirmación oficial: “en una aguda situación contrarrevolucionaria, funcionarios del partido y del estado de Checoslovaquia se habían dirigido a la Unión Soviética con el ruego de ayuda con fuerzas combatientes” (Pachman, 1974). Apenas dominada la situación política, Pachman sufrió una persecución encarnizada, prisión y torturas. Finalmente logró asilo político en Alemania Occidental en 1972 (Pachman, 1974). Fueron dos actitudes individuales frente a dos hechos de gravedad en plena Guerra Fría. Si las revoluciones no triunfaban por sí mismas y se mantenían un tiempo prudencial, la política era de no intervención.

Si los casos de Hungría y Checoslovaquia exhibieron el impacto de la Guerra Fría a nivel regional, hubo otros acontecimientos donde este juego alcanzó visibilidad universal. Ello ocurrió en tres *matches* por el título mundial de ajedrez, celebrados en Reikiavik 1972, Baguio 1978 y Moscú 1984. En el primero se enfrentaron referentes de cada una de las dos superpotencias: Robert Fischer (EEUU) y Boris Spassky (URSS); el segundo fue protagonizado por el soviético Anatoly Karpov y el disidente Víctor Kortschnoi y en el tercero se enfrentaron Karpov, representante de la ortodoxia soviética, y Garry Kasparov, identificado con los ideales de la perestroika. En los tres casos, la opinión pública mundial estuvo pendiente de la contienda y la escuela soviética, la más fuerte del mundo, movilizó todas sus energías para

apoyar al candidato que representaba a su sistema. La presente ponencia se enfoca en el primer *match*, que fue el más famoso, con contendientes de ambas potencias, donde el sentimiento nacional y la exposición periodística obligó a los gobiernos a comprometerse en defensa de las partes.

A comienzos de la década de 1970, la Guerra Fría se encontraba en una etapa de apogeo. Las fuerzas armadas de EEUU estaban en plena acción en Vietnam, con la presencia de más de medio millón de tropas. La Unión Soviética estrechaba vínculos con Cuba, en el patio trasero de EEUU. Las tensiones se ramificaban por América Latina, África y Asia, mientras Europa permanecía dividida por el “telón de acero”. A su vez, la carrera armamentista entre ambas superpotencias se había alcanzado capacidades destructivas sin precedentes, sobre todo a partir de submarinos atómicos con ojivas nucleares. Fue el momento de consolidación del sistema MAD (destrucción mutua asegurada, en sus siglas en inglés). En este contexto, la visión estratégica del secretario de Estado, Kissinger, impulsó al presidente de EEUU a realizar una jugada de ajedrez en el tablero mundial: en el primer semestre de 1972, el presidente Nixon visitó Pekín y Moscú, algo impensado en décadas anteriores. La diplomacia norteamericana iniciaba un nuevo camino a través de la brecha abierta entre sus dos grandes adversarios. Esto no era casualidad, Tanto Nixon como Kissinger sostenían que los equilibrios mundiales estaban cambiando y que había cinco grupos importantes en términos económicos: Estados Unidos, URSS, China, Japón y Europa Occidental (Kennedy, 1998). Es más, apenas asumió Nixon, en el *Memorandum* de Estudio de la Seguridad Nacional (4 de febrero de 1969), advirtió sobre China: “Hoy no son un poder importante, pero de aquí a veinticinco años serán decisivos” (cit. en Johnson, 1988).

En este contexto se va a disputar el denominado “Match del Siglo”. El campeón del mundo, el leningradense Boris Spassky y el retador, “la maravilla de Brooklyn”, Robert James *Bobby* Fischer. La prensa internacional proyectó las rivalidades políticas de las dos superpotencias a sus representantes en la final mundial de ajedrez, en la que cada participante exhibía sus propias tradiciones y valores. Fischer era un jugador individual, que se había abierto camino en los torneos internacionales, confiando principalmente en su intuición, su enorme capacidad de estudio y una depurada técnica. En cambio, Spassky representaba a una organización colectiva de larga tradición: la escuela soviética de ajedrez.

2. La escuela soviética de ajedrez y el itinerario individual de Fischer

¿Cómo era la escuela soviética de ajedrez? Contrariamente a lo que la gente suele creer, el ajedrez no se dictaba como materia escolar obligatoria en la URSS. Había ajedrez en las escuelas, en los sindicatos y las instituciones dependientes de las fuerzas armadas. La técnica de ajedrez se enseñaba en los Clubes de Pioneros, una especie de clubes barriales,

municipales, fuera del horario escolar. Allí se permitía escoger el ajedrez entre varias opciones deportivas y artísticas; los profesores determinaban luego de un tiempo si el alumno tenía condiciones especiales para esa disciplina.

La escuela soviética se puso en marcha, caracterizándose por un afán de descubrir jóvenes talentos desde muy temprana edad, con un sistema de entrenamiento al más alto nivel, lográndose grandes avances en los métodos de enseñanza. De esta manera surgieron entrenadores de ajedrez altamente especializados como Romanovsky, Rabinóvich y Levenfish, los cuales, asesorados por especialistas en psicología y pedagogía como Vigotsky, Luria y Leontiev, idearon un sistema de enseñanza de máximo desempeño. Así, el ajedrez llegó a tener un lugar reservado en los palacios de pioneros, en los que siempre había siempre una sección de ajedrez compuesta por niños de entre 6 y 17 años. (García, 2017)

Autores más modernos, como Vladimir Tukmakov (2016), sobreviviente de esa época, prefieren hablar de Organización Soviética de Ajedrez, pues los maestros no tenían estilos en común, cada uno trabajaba en forma distinta, entonces no se podía hablar de “escuela”. El Estado era que el proporcionaba las bases: pagaba un salario a los maestros destacados, disponía las viviendas donde habitaban con sus familias, financiaba los viajes, determinaba las reglas de competición y de representación, etc. Los viajes eran el principal medio de obtener divisas de los maestros; el sueldo era un mínimo, una especie de básico: 160 rublos al mes (Lauterbach, 1972); cuando salió campeón mundial, a Spassky se le incrementó el sueldo a 300 rublos por la obtención de la corona.

Las salidas al exterior estaban reguladas por un complejo sistemas de permisos y méritos, que dependía de las autoridades de turno. También requerían logros en las actuaciones, pues no solo se trataba de viajar, sino de ganar porque se representaba al pueblo de la URSS. A Mark Taimanov, por ejemplo, cuando perdió el *match* con Fischer le retiraron los permisos para viajar, para aparecer en espectáculos públicos y el salario que recibía. Una actuación regular no permitía ir a jugar torneos en el extranjero por mucho tiempo.

Había un control férreo sobre las declaraciones, opiniones y actividades de los jugadores, dentro y fuera del país. Cuando viajaban al extranjero solía ir un responsable político y se le sumaban los “agregados culturales” de las embajadas. Ellos debían fortalecer la imagen de la URSS, del ajedrez como un deporte y la superioridad intelectual del pueblo soviético. Un ejemplo es la declaración de Botvinnik en la clausura del *match* de 1954: “los éxitos de los ajedrecistas soviéticos los deben a todo nuestro pueblo, a nuestro querido partido Comunista y a nuestro querido gobierno soviético” (Varios Autores, 1954). O bien: “Las instancias oficiales favorecen y fomentan el juego del ajedrez, ya que las cualidades que se suponen ligadas a este deporte —paciencia, disciplina, capacidad intelectual y espíritu colectivo— se ajustan bien con las que propugna el sistema de valores soviéticos. La “pureza moral” y el “amor y la

devoción al modelo socialista" están, por ejemplo, entre los objetivos del Club Central de Ajedrez de Moscú, uno de los más reputados de la URSS" (Bonet, 1984). En disidencia, Shereshevsky (2018): tanto en Hungría, Alemania Oriental, Bulgaria y Yugoslavia había un sistema parecido y no produjeron ningún candidato a campeón mundial; la diferencia estaba en la técnica de análisis, no de la estructura.

Para el norteamericano Bobby Fischer la situación era distinta, pero no mejor. Sufrió enormemente las carencias en su camino al Olimpo ajedrecista. El ajedrez no era un juego con subvención estatal y dependía de los mecenas y de las gestiones de los dirigentes. Además, no todas eran rosas en el camino del joven de Brooklyn. A fines del siglo pasado, la desclasificación de los archivos correspondientes por la Ley de la Libertad de Información permitió conocer que el FBI investigaba a Bobby y en especial a su madre, Regina. Sabían que el verdadero padre no era un biofísico alemán llamado Gerhard Fischer, sino un doctor húngaro, llamado Paul Nemenyi. Regina Fischer era una activista y había estado en la URSS (de ella aprendió Bobby el cirílico básico que le permitía leer el material publicado en la URSS). Hay testimonios que al menos una vez el FBI fue al departamento donde vivían Bobby y su hermana, sus agentes hicieron preguntas a su madre que estaba bajo vigilancia desde 1942 (Brady, F. 2015). Una cosa estuvo a favor de Bobby en este lado del mundo: los mecenas no entendían de ajedrez, pero sí de éxito. Y el prodigio sabía explotar muy bien esa faceta a primera vista.

Para llegar a jugar el match por el título del mundo, Fischer debió recorrer un camino muy arduo. La Federación Internacional de Ajedrez establecía un reglamento muy exigente. Era necesario jugar el Torneo Interzonal y luego el de Candidatos. En cambio, la escuela soviética estuvo representada por cuatro jugadores y todos sus equipos de técnicos y analistas. La abrumadora superioridad de la escuela soviética sobre cualquier otra organización nacional aseguraba a la URSS la presencia de la mayor parte de los participantes en esos torneos. Ello le facilitaba el camino al éxito y le permitió retener el título mundial de ajedrez durante 24 años consecutivos.

Sin embargo, Fischer refutó todos los cálculos, y asombró al mundo con su sucesión de victorias. Tras ganar el torneo Interzonal por 3,5 puntos de diferencia, su marcha ascendente siguió en el torneo de Candidatos. Por cuartos de final (Canadá, mayo de 1971) derrotó al soviético Taimanov por 6-0. En semifinales (EEUU, julio de 1971), aplastó a Bent Larsen, 6-0. Clasificó así al *match* final de la Candidatura con el excampeón mundial soviético Tigran Petrosian (Buenos Aires, octubre de 1971). Fischer volvió a ganar por un abrumador 6 ½ a 2 ½. Como resultado, adquirió el derecho a desafiar a Spassky por el título del mundo. Pero lo excepcional de los resultados llamaron muchísimo la atención: 18 victorias, 3 tablas y una sola derrota ¡ante tres de los mejores cinco jugadores del mundo!

3. El match del siglo

Entre su victoria sobre Petrosian (28 de octubre de 1971) y el inicio del *match* final en Islandia (11 de junio de 1972), los dos jugadores, Fischer y Spassky, vivieron un ciclo de tensión sin precedentes en sus vidas. Durante siete meses vieron cómo el ajedrez ganaba lugar en el escenario internacional, en los medios de prensa y en el ambiente político. Ambos fueron objeto de presiones constantes que combinaban apoyo y exigencia, respaldo y presión. El ajedrez, como juego, ganaba visibilidad mundial. Crecía el interés del público y las nuevas generaciones. Pero el costo de esa nueva popularidad debían pagarlo los jugadores que se sintieron recargados con responsabilidades desproporcionadas a sus capacidades.

En los meses previos a la gran final, Fischer cayó en una de sus crisis. Su fragilidad emocional se puso a prueba, en el marco de la creciente presión internacional y el ambiente de sobreexposición creado por la prensa y los entornos. A medida que pasaban los días, la tensión crecía y por momentos se sentía abrumado. De su círculo surgió el rumor de su posible retiro de la competencia, lo cual causó honda preocupación en las esferas oficiales.

El eventual retiro del jugador norteamericano fue percibido como una amenaza para el prestigio de la superpotencia porque ello podía significar una dolorosa y humillante derrota simbólica. Los mecanismos institucionales se movilizaron para desplegar la alfombra roja y convencer a Fischer de deponer su actitud. Este fue el objetivo que se propuso el secretario de Estado al llamar dos veces por teléfono al jugador de ajedrez. La primera vez, antes de iniciar el *match*, Henri Kissinger procuró “ayudarlo” a superar sus dudas cuando Fischer estaba indeciso de jugar : “El peor ajedrecista del mundo telefonea al mejor jugador del mundo. Estados Unidos quiere que vayas y derrotas a los rusos” (Edmonds, 2006). Si bien, esto fue un espaldarazo para ajedrecista norteamericano, también fue motivo de mayor presión.

En medio de las negociaciones con China, para reanudar relaciones después de un cuarto de siglo, y con el Pentágono, para buscar un camino de salida de Vietnam, Henri Kissinger tuvo que hacerse tiempo para intervenir personalmente en el *match* de ajedrez y hablar con Fischer. Kissinger no lo menciona en ninguno de sus libros. En una entrevista especial declaró: “Eso [telefonar a Fischer] no fue la decisión más importante que tuve que tomar aquellos días, pero pensé que ayudaría a crear una atmósfera de competición pacífica” (Edmonds, 2006).

El *match* se desarrolló en un ambiente totalmente desnaturalizado. Perdió el carácter deportivo y lúdico, para confundirse con la atmósfera turbia del mundo de los espías, las segundas intenciones y los intereses más oscuros disfrazados. El clima se intoxicó de intrigas

y tensiones totalmente extrañas al mundo de la competencia y el juego ciencia. La literatura especializada lo ha explicado con claridad:

Reikiavik fue una confrontación de la Guerra Fría, en el sentido que ilustró la tensión dentro de la distensión, y las tensiones que condujeron a la ruptura de dicha política al cabo de tres años....El aislamiento que había practicado el equipo soviético, toda la habitual suspicacia y vigilancia, su falta de experiencia en tratar con la prensa, la agresividad del equipo de Fischer, la tendencia de las autoridades occidentales y norteamericanas a tomar decisiones unilaterales sin contar con los soviéticos, la forma estereotipada de la prensa occidental de presentar al equipo soviético...Todo esto reflejaba la Guerra Fría y afectó directamente al *match*. (Edmonds et al, 2006).

Los intereses del poder y su extensión al espacio de la prensa, la diplomacia y el mundo político, lograron formar un clima enrarecido en torno al tablero de ajedrez. Con sus palabras exageradas, los medios de comunicación instalaron claramente la visión de una batalla a muerte entre dos estilos de vida, lo cual no tiene asidero real; pero, artificialmente, se construyó esta sensación en torno al *match* de Islandia.

Por fin, el 11 de julio de 1972, comenzó el *match*, pactado a 24 partidas. En el primer partido, en una posición pareja, Bobby captura un peón envenenado. En todo el mundo se dieron cuenta del peligro: ¿un maestro de la talla de Fischer no anticipó cuatro jugadas? Spassky, sorprendido, capitalizó la inesperada ventaja y ganó la partida en la reanudación del día siguiente. Visiblemente afectado, Fischer encontró una excusa en las cámaras de televisión. Enojado con él mismo, afloraron los viejos temores cuando sufría una derrota, y bajo una presión enorme no se presentó a jugar la segunda, protestando por el ruido.

Los organizadores se movilizaron para lograr la reanudación en un clima de tensión creciente. Ellos sabían que se jugaba el prestigio mundial del ajedrez. Por su parte, los analistas, asesores y allegados, al igual que los periodistas, seguían atentos a cada detalle. Mil teorías conspirativas se elucubrarón a la sombra de este entredicho. Kissinger, avisado que todo se desmorona, vuelve a llamar a Bobby: “Eres nuestro hombre contra los rojos” (Edmonds, 2006), y logra evitar que se escape de Islandia. El jugador norteamericano depuso su actitud, pero con condiciones. Fischer no quería jugar en el salón principal, sino en un cuarto detrás del escenario. El árbitro alemán, Schmidt, hace un esfuerzo para convencer a Spassky. Y aquí comienza el otro drama.

Spassky sufrió dos situaciones críticas en 1958 y 1961 al no poder clasificar a los torneos interzonales (de donde salen los candidatos al título mundial), estando puntero en ambas ocasiones, en donde jugó siempre a ganar en lugar de regular las fuerzas y la tensión del esfuerzo le hizo perder una partida tras otra. Estos fracasos lo sumieron en una depresión

profunda. De esa situación lo rescató el que fuera su mejor entrenador: Igor Bondarevsky y lo llevó a ganar la corona mundial en 1969. Pero el entrenador no estaba con él desde enero de 1972 tras varias diferencias. Una década después, Spassky se encuentra en la misma situación.

Fischer quiere salir de escenario principal, el árbitro alemán lo presiona para que acepte y Spassky duda. Las autoridades políticas rusas le ordenan que no ceda, porque seguramente Fischer abandonará el *match* y él retendrá la corona; pero Boris quería ganarle a Fischer en el tablero (de hecho, a ese momento el *score* personal entre ambos era de 5 victorias y 2 tablas a su favor); estaba convencido de que podía hacerlo. En la lucha interna, presionado, acepta jugar sabiendo que puede ser su condena, como ya le había pasado.

Finalmente, el *match* se reanuda, pues Spassky aceptó las exigencias de Fischer. Pero la dimensión política vuelve a hacerse sentir. El jugador soviético ha desacatado una orden "superior" y ello le genera ansiedad. Y, nervioso olvida los análisis de sus ayudantes. Juega débil y pierde la tercera partida. Se da cuenta de que se equivocó, una vez más, recordando los fantasmas de las frustraciones del 58 y el 61. Fischer revive, puede haber quebrado al campeón. Finalmente, el *match* continuó, para el alivio de los organizadores, la expectativa de las superpotencias y el entusiasmo de la prensa, que tendría así un espacio para desplegar sus recargadas lecturas ideológicas.

Dos días después, ya en el escenario principal, Boris no puede imponer una ventaja interesante en la cuarta partida y se desmorona. En las siguientes seis partidas logra solamente dos empates y pierde cuatro. Con una ventaja de tres puntos el encuentro está decidido, basta con mantener esa diferencia. Bobby lo sabe porque leyó el libro de Botvinnik, el Patriarca del ajedrez soviético, sobre su encuentro con Smyslov en 1954. Ironías del destino.

En la ronda nº10, el *match* estaba 6½ a 3½ a favor de Fischer. Spassky se recuperó transitoriamente en la siguiente, y ganó. Pero esa sería su última victoria. A partir de allí, Fischer volvió a controlar la situación; ganó la partida 13 y luego ocho tablas seguidas. En la partida 21, sorprendido por la defensa de Bobby, Spassky queda inferior; se da cuenta de que el final se acerca y hace un sacrificio desesperado. Pierde. Debe haber sentido un gran alivio. Bobby consiguió los 12½ puntos necesarios para ganar el *match*. Se consagró campeón cuando todavía faltaban tres partidas. Ante el estupor de la escuela soviética, Fischer se convirtió en campeón mundial de ajedrez. Y EEUU obtenía este título por primera vez desde 1886.

La prensa occidental saludó este resultado como una victoria simbólica en la Guerra Fría. Los medios de comunicación de carácter conservador se solazaron con el triunfo de Fischer, y lo

proyectaron al juego geopolítico de las superpotencias. Muchos lo interpretaron como un síntoma de la vulnerabilidad del régimen soviético y un preludio de su futura caída. Otros fueron más moderados y pusieron énfasis en el talento personal de Fischer. Los medios prooccidentales tendieron entonces a glorificar la supremacía de los sistemas liberales como los contextos más adecuados para facilitar el afloramiento y la realización del talento individual, superando el colectivismo del socialismo real. La presencia del ajedrez en las primeras planas de los diarios generó un renovado interés por el juego en Europa y América. Se activó la demanda por juegos de ajedrez, libros y torneos.

El mundo soviético soportó con paciencia estos embates. Sufrió el desprestigio, pero redobló esfuerzos para recuperar el terreno perdido. La escuela soviética de ajedrez se preparó para lanzar a su nuevo talento, Anatoly Karpov, la nueva generación de relevo que estaría llamada a reivindicar el prestigio de la tradición rusa de ajedrez. Esta actividad adquirió una energía renovada en los países de la órbita socialista, incluyendo la isla de Cuba, tradicional potencia ajedrecística de América Latina.

Bobby Fischer vivió su cuarto de hora de gloria. Fue aclamado como un héroe en su país por haber logrado una victoria de gran valor simbólico sobre la superpotencia rival. Fue adulado, halagado y exaltado hasta niveles difíciles de medir. Como los grandes deportistas de las distintas disciplinas, Fischer vivió las mieles del éxito; su experiencia pudo resultar, en las formas, parecidas a un campeón mundial de Fórmula 1 o de una copa del mundo FIFA. Pero no fue así.

En el marco de la Guerra Fría, el match final de ajedrez adquirió un significado muy diferente. No fue una competencia deportiva; ni una reivindicación nacionalista, como puede suceder en las olimpiadas. Fue mucho más allá, debido al marco de la Guerra Fría, lo cual proyectaba la rivalidad de los países representados, en un escenario muy superior a las fuerzas ordinarias. Y ello terminó de vulnerar el equilibrio mental de Fischer. En efecto, el jugador norteamericano no pudo asimilar el significado de su victoria en Reikiavik. Su equilibrio emocional se rompió definitivamente después de esta experiencia. Ya no tuvo margen para administrar el ajedrez como un juego. La sobreexposición del *match*, debido a las connotaciones que le impuso el marco de la Guerra Fría, tuvo su primera víctima con la salud mental de Fischer. Perdió la capacidad de vincularse con el tablero de ajedrez como un juego, un entretenimiento y un placer mental. Las piezas se transformaron en máquinas de guerra y de muerte, dentro de su cerebro. El ajedrez se desnaturalizó, al caer en el juego del poder.

Estos problemas se hicieron evidentes en 1975, cuando Fischer debía defender su título ante Anatoly Karpov, el nuevo crédito de la escuela soviética. Karpov realizó el mismo y sacrificado itinerario que había hecho antes Fischer para alcanzar esa oportunidad. Filipinas

comprometió un premio extraordinario: 5 millones de dólares para ese *match*. Para defender el título, Fischer solicitó 132 peticiones; le concedieron 131. El norteamericano no se presentó. Su equilibrio mental había desaparecido para siempre. Fue la primera víctima de la Guerra Fría simbólica, jugada en el tablero de ajedrez.

4. Conclusiones

Como hemos visto, la Guerra Fría incidió más en el *match* que este en la política internacional. En vez de servir para confraternizar y establecer lazos entre los pueblos, el deporte se convirtió en la arena donde se disputaba el prestigio de las superpotencias, sus valores y estilos de vida. La política de contención propiciada por George Kennan: “de contrarrestar a los rusos con una fuerza inalterable allí donde muestren indicios de querer invadir los intereses de un mundo pacífico y estable” (Reynolds, 2008), transformó la Guerra Fría en una gran partida de ajedrez donde lo más importante no se ve, ocurre en la mente de los jugadores, tal como sucede en la música, en el arte, porque en esencia es su forma.

El *match* entre Fischer y Spassky demostró que la Guerra Fría tendía a convertir a las personas en piezas. Es decir, el Fischer que movía caballos y alfiles en el tablero de ajedrez, era, a su vez, un alfil en el tablero de la Guerra Fría. Uno más, entre muchos otros actores dedicados a las más diversas actividades: periodistas, artistas, soldados, académicos, etc. En el marco de las rivalidades entre las dos superpotencias, la persona se convierte en pieza en manos de otro. Pierde la calidad de sujeto, para convertirse en objeto. Desde el punto de vista de la ética propuesta por Kant, lo que ocurrió fue la cosificación de las personas, lo cual implica una degradación de su naturaleza.

La Guerra Fría sirvió al ajedrez para incrementar su visibilidad y popularidad. En los años posteriores al *match*, millones de personas se volcaron con entusiasmo a practicar este juego; se vendieron más tableros, relojes y libros de ajedrez que nunca. Los clubes y torneos tuvieron más demanda que nunca. Pero el precio de esa popularidad fue el costo emocional que debieron pagar los jugadores de ajedrez de la élite, que fueron instrumentalizados por el poder para alcanzar fines ajenos a sus voluntades y entendimientos. Fueron literalmente utilizados para servir intereses de terceros, en un juego de luchas ideológicas, políticas, económicas y militares.

Bibliografía

Archivo Historia. [Match of the Century, Fisher vs. Spassky](#) .

Autores Varios. 1954. *El match Botvinnik-Smyslow*. Buenos Aires: IRCAU.

Bonet, P. 1984. [“El ajedrez soviético, una cuestión de ‘pureza moral’”](#). Madrid: El País.

- Brady, F. 2015. *Endgame*. España: TEELL Editorial.
- Edmonds, D. y Eidinov, J. 2006. *Bobby Fischer se fue a la guerra*. México: DEBATE.
- García, A. 2017. "[La revolución de Octubre y el ajedrez](#)" en *100 revolución. Asociación de amistad hispano-soviética*.
- Geuzendam, D. 1994. *Searching Bobby Fischer*. Netherlands: Interchess BV.
- Hastings, M. 2019. *La guerra de Vietnam*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. 2003. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Life Magazine*, 1971. Vol. 71, No. 20.
- Johnson, P. 1988. *Tiempos Modernos*. Argentina: Vergara Editor.
- Kennedy, P. 1998. *Auge y caída de las grandes potencias*. España: Plaza y Janés.
- Kotov, A. y Yudovich, M. 1958. *Maestros del Ajedrez Ruso*. Buenos Aires: Editorial Sopena.
- Lauterbach, W. 1972. *El match del Siglo*. España: Martínez Roca.
- Pachman, L. 1974. *Ajedrez y Comunismo*. Barcelona: Martínez Roca.
- Reynolds, D. 2008. *Cumbres/seis reuniones que forjaron el siglo XX*. España. Ariel.
- Shereshevsky, M. 2018. *El método Shereshevsky para progresar en ajedrez*. Asturias: Editorial Chessy.
- Sosonko, G. 2008. *Siluetas del ajedrez ruso*. España: DANCADREZ.
- Tukmakov, V. 2016. *La clave de la victoria*. España: TEEL Editorial.

La Secuencia Perversa: del Absolutismo al Populismo y sus Giros Teóricos

The Perverse Sequence: From Absolutism to Populism and their Theoretical Turns

Eduardo R. Saguier**

Resumen

Para conocer la secuencia de ideologías que desataron el terrorismo y la guerra es preciso comparar los genocidios y sus nexos a lo largo de sucesivas etapas históricas con el despotismo oriental, el absolutismo, el bonapartismo, el fascismo, el totalitarismo y el populismo. Una secuencia pendular que va desde el monarquismo maquiaveliano, pasando por la dramaturgia romántica jolyana, la conversación tardeana y la deliberación habermasiana hasta alcanzar el transformismo rosiano. Este artículo es una revisión exhaustiva desde una perspectiva de la larga duración sobre la historia del pensamiento occidental.

Palabras clave: modernidad, genocidio, absolutismo, bonapartismo, fascismo, populismo.

Abstract

In order to better understand the sequence of ideologies that produced terrorism and war, it is necessary to refer comparatively the genocides and their links through successive historical stages, including oriental despotism, absolutism, bonapartism, fascism, totalitarianism, and populism. A pendulum sequence that evolves from the machiavellian realism, passing through the romantic jolyan dramathurgia, the tardean conversation and the habermasian deliberation until reaching the rosian transformism. This article analyses from a *longue-durée* perspective the development of western ideologies.

Key words: modernity, genocide, absolutism, Bonapartism, fascism, populism.

** Eduardo R. Saguier es investigador independiente del CONICET, Buenos Aires, Argentina; contacto: saguier@ssdnet.com.ar; <https://orcid.org/0000-0002-8517-9171>.

1. Introducción

La explicación de la secuencia histórica y de sus más trágicos acontecimientos es un objetivo que requiere, para su consumación, evocarla en el presente mediante herramientas teóricas que iluminen los conceptos como recurso de para la memoria, así como para los trabajos de campo, sueños, sonidos (himnos, marchas) e imágenes (fotos, *films*). Un recurso a la memoria y a los sueños que no puede prescindir de la fundamentación a las ciencias sociales y sus fuentes secundarias.¹

La historia de la humanidad durante la modernidad temprana y tardía es el objetivo central de esta investigación, teniendo en cuenta todos sus giros teóricos y materiales, incluidos los más trágicos como los genocidios. Los giros teóricos, para Alasdair MacIntyre, constituyen un progreso epistemológico y los giros epistemológicos constituyen momentos oportunos para la reconstrucción de esos giros teóricos (María Agustina Juri, 2020). Para su reconstrucción, incorporamos las corrientes de pensamiento que fueron desde el realismo renacentista (Copérnico, Maquiavelo), el absolutismo barroco (Hobbes), la Ilustración racionalista (Montesquieu, Rousseau) y el jacobinismo democrático (Robespierre), pasando por el romanticismo nacionalista (Fichte), el materialismo histórico (Marx), el positivismo evolucionista (Comte, Mach) y el relativismo lingüístico (Wittgenstein), hasta llegar al fascismo nazi (Hans Heinrich Himmler), al totalitarismo definido por Hannah Arendt, al populismo conceptualizado por Habermas y al posmarxismo interpretado desde el paradigma “aceleracionista” de Hartmut Rosa.

Esos sucesivos giros o rupturas teóricas para comparar Oriente con Occidente nos llevaron a reanudar las viejas discusiones acerca de la lógica de las edades históricas: la del tiempo cíclico en la antigüedad clásica, el tiempo lineal o escatológico en la medievalidad cristiana y un tiempo pendular en permanente “ensanchamiento” en la modernidad, una teoría formulada por integrantes de la Escuela de Budapest (Ágnes Heller y Ferenc Fehér, 1994, p. 131-156); la discusión se extiende a ambas fases de la modernidad, las progresivas y las regresivas, y a sus cuatro olas revolucionarias (1789, 1848, 1917, 1989).

En el contrapunto de perspectivas sobre la fase progresiva del tiempo, Tocqueville frecuentó la democracia en el seno de la modernidad, Weber la urbanización en el medioevo o la revolución burguesa en el mundo feudal (José Luis Romero, 1967), Gramsci la diada Estado moderno-sociedad civil (Perry Anderson, 1981, 22-24) y Habermas la relación entre el mundo de la vida y el sistema. Mientras Tocqueville sostenía en el siglo XIX a las asociaciones e

¹ No puedo dejar de mencionar a mi mujer, María Cristina Mendilaharsu —recientemente fallecida—, por su infatigable apoyo; agradecer a Eduardo Delleville y Juan Méndez Avellaneda por sus desinteresados mecenazgos, a Gloria Baigorrotegui y Marcos Giménez Zapiola por sus sugerencias para enriquecer el texto, a los evaluadores anónimos de la revista *Macrohistoria* por sus valiosos comentarios y a la inestimable colaboración prestada por el centro de copiado de Jorge Berinstein.

instituciones no estatales como sustento de la democracia, Weber fundaba el origen de las libertades urbanas, no en la ciudad antigua —como en Fustel de Coulanges—, sino en la ciudad medieval occidental y en la burguesía como pilar fundamental por ser la única capaz de liquidar las supervivencias estamentales y enfrentar a la nobleza feudal con su fortuna y su mérito personal² (Nazario Robles Bastida, 2008). Gramsci fundamentó el origen de la sociedad civil en su separación respecto del Estado moderno, una separación equivalente a la creciente diferenciación de las tres lógicas combinadas de la modernidad: universalidad en el arte de gobernar, de dividir el trabajo y de innovar tecnológicamente. Por su parte, Habermas cifró la suerte de la fase progresiva del péndulo en la confrontación del mundo de la vida (cultura, sociedad, personalidad) con el sistema de la burocracia y el dinero (Teoría de la Acción Comunicativa, 1981)³.

Esa performance pendular de la lógica de la modernidad no fue posible en las ciudades de China, Japón, India o América prehispánica por cuanto en el interior de las mismas no existía una dinámica moderna (o una dialéctica) ni tampoco existían ciudadanos. Gramsci investigó la relación entre la sociedad civil y el Estado en Occidente apelando a un nutrido arsenal de conceptos: hegemonía (política, cultural), dictadura, coerción (o derrocamiento), consenso (o desgaste), imperio (o dominación) y sociedad política.

Pero, ¿con qué tipo de sociedad civil y con qué ecuación modelo contamos en Occidente? ¿Con qué orientaciones debemos operar para concatenar la sociedad civil con el Estado? ¿Qué relación guarda el Estado moderno con la democracia y la esfera pública? La concepción de la sociedad civil y su separación del Estado moderno fue una idea muy distinta a la de esfera privada (que se remontaba a la antigüedad clásica), y fue elaborada a lo largo de la modernidad con muy diferentes interpretaciones teóricas. Así como lo privado no es equivalente a sociedad civil, tampoco la esfera pública es equivalente a la noción de Estado moderno. Gramsci fue el primero en contrastar la diáda Estado moderno-sociedad civil con el economicismo de la II Internacional, con el reformismo en la lucha por el socialismo y con la radicalidad de la Revolución rusa. Fue el primero en contrastar la sociedad civil con el bonapartismo o despotismo moderno. Para Gramsci, y para Perry Anderson, el “Hombre enfermo de Europa” no era un diagnóstico referido exclusivamente al Imperio otomano, sino que también se extendía al Imperio ruso zarista, donde en sus ciudades tampoco existía una dinámica moderna.

El tratamiento gramsciano del consenso de las clases explotadas en la historia de Occidente (esclavos, siervos, obreros) —apodada por algunos con los epítetos de “reformismo”,

² Aunque Weber contemplaba a la burguesía como pilar, acompañada por los otros tres pilares fundamentales que eran la ciudadanía, la cristiandad y la milicia (Nazario Robles Bastida, 2008).

³ Inicialmente, su primera interpretación estuvo centrada en el enfrentamiento de la razón comunicativa con la razón instrumental (Conocimiento e Interés, 1968).

“parlamentarismo” y “revisionismo”— fue objetado por Nicos Poulantzas (1973) y por Ernst Mandel (1975), y esas objeciones fueron posteriormente refutadas por Perry Anderson (1981). Poulantzas y Mandel observaron que la única innovación de Gramsci en cuanto al consenso del proletariado era su pretensión de racionalidad, es decir, su carácter no religioso —o su pretensión de estar dominados por una superioridad tecnológica— (Anderson, 1981: 52). Anderson refutó argumentando que el aporte cualitativamente nuevo de Gramsci no es que las masas acepten la superioridad de una clase debido a una razón técnica, sino a la errónea creencia de que las masas (para referirse al consenso de los explotados en Occidente) “ejercen una autodeterminación definitiva en el interior del orden social existente [o que existe una igualdad democrática de todos los ciudadanos en el gobierno de la nación]” (Anderson, 1981: 52). La insistencia de Gramsci en el problema del consenso, por sobre la coerción, está principalmente referida, según Anderson, al papel que cumple en Occidente el parlamentarismo representativo, ausente en Oriente.⁴ Ese papel del parlamentarismo (o de la democracia) y de la esfera pública ya lo había planteado en el siglo XIX Alexis de Tocqueville, haciendo hincapié en las instituciones norteamericanas, por contar con una fuerte red de asociaciones voluntarias independientes que se expandían a la misma velocidad que la igualdad de oportunidades (Carlos H. Waisman, 2006). Sobre el papel que cumple la esfera pública, Habermas la refirió como aquella donde “las personas privadas se reúnen en calidad de público”, que se remontaba a la ciudad-Estado de la antigüedad clásica griega donde la *polis* se diferenciaba del *oikos* (hogar doméstico), pero donde la esfera pública era única, pues, al reducirse a la plaza del mercado y a la asamblea del ágora, no alcanzaba a diferenciarse (John B. Thompson, 1996). Recién en la modernidad, Habermas entiende la existencia de una esfera pública diferenciada entre las esferas jurídicas individuales como la del ciudadano con el sufragio y la publicidad de sus opiniones, y las esferas jurisdiccionales estatales como el monopolio legal de la violencia legítima.

Pero en nuestra investigación, los contrastes entre Estado moderno y coerción, por un lado, y sociedad civil y consenso, por el otro, los operamos para narrar la historia, estudiando las fases progresivas y regresivas del péndulo de la modernidad. En el seno de la modernidad, las fases regresivas fueron recurrentemente interrumpidas por movimientos con el republicanismo, el liberalismo, el laicismo, el antifascismo y la democracia (Heller y Fehér, 1994, 153). Pero a diferencia de Gramsci, ese estudio lo practicamos despojados de toda perspectiva clasista.

⁴ El historiador mexicano Carlos Pereyra (1988) fue muy crítico con *Las Antinomias* de Antonio Gramsci, escrito por Anderson, por haberle atribuido a Gramsci, cuando explica las tres ecuaciones modelos, una “teoría demasiado dualista sobre el poder de la clase burguesa” que ejemplifica con las superposiciones entre los conceptos de coerción y hegemonía. Tras haber “recortado a su gusto fragmentos gramscianos” con el fin de atribuirle la construcción de tres “versiones” distintas de la ecuación modelo (Estado-sociedad civil), no puede asombrar que Anderson —sostiene Pereyra— confiese haberse encontrado ante un “mosaico enigmático”.

Para el estudio de los procesos referidos al péndulo de la modernidad desplegamos en cada etapa histórica, y para cada fase —progresiva y regresiva—, una serie de fenómenos que inducimos de nuestra investigación. Para el antiguo régimen absolutista en su fase regresiva, incorporamos el despotismo oriental, el monarquismo absolutista y el liderazgo despótico; para su fase progresiva, la Ilustración, el monarquismo constitucional, la derogación de privilegios, la venalidad de los oficios públicos, la nobleza de toga, el secularismo, el neoclasicismo, el mecanicismo y el legitimismo monárquico. Para la etapa del republicanismo en su fase regresiva inscribimos el bonapartismo —o despotismo moderno—, la legitimidad plebiscitaria, el *putschismo* y la dictadura; para su fase progresiva, el parlamentarismo, la separación de la Iglesia y el Estado, el abolicionismo esclavo, el laicismo pedagógico, el utilitarismo, el federalismo y el romanticismo. Para la etapa del liberalismo decimonónico en su fase progresiva incluimos el positivismo, el evolucionismo socio-darwiniano, el legalismo codificador, el obrerismo, el industrialismo y el pacifismo; en su fase regresiva, el colonialismo, el racismo, el segregacionismo (o apartheid), el patrimonialismo colonial y el orientalismo. Para la etapa del fascismo en su fase regresiva insertamos el paramilitarismo, el movimientismo, el anticomunismo, el colaboracionismo, el racismo regenerativo, el antisemitismo, el genocidio étnico, el *putschismo*, el nihilismo y el irracionalismo; para su fase progresiva, el providencialismo y el coalicionismo interpartidario (Frentes Populares). Para la segunda posguerra en su fase regresiva introducimos el totalitarismo, el socialismo en un solo país, el culto a la personalidad, el macartismo, y el genocidio económico. Y para la etapa posmarxista en su fase regresiva incorporamos el clientelismo, el prebendarismo, el patrimonialismo, el populismo, el neutralismo y el revisionismo; en su fase progresiva, el globalismo y el cosmopolitismo.

Estudiamos las transiciones entre estas etapas comparando cada elemento de sus fases progresivas y regresivas. Comparamos el legitimismo de la monarquía absoluta con el legitimismo plebiscitario del bonapartismo, el liderazgo despótico con el liderazgo carismático, el *putschismo* bonapartista con el *putschismo* fascista, el genocidio étnico del fascismo con el genocidio económico del totalitarismo soviético, el secularismo del absolutismo ilustrado con el laicismo republicano, el abolicionismo de la esclavitud americana con el abolicionismo de la servidumbre rusa, el belicismo del nacionalismo con el pacifismo o paz armada del liberalismo y el agrarismo del nacionalismo con el industrialismo del liberalismo.

Mas allá de la comparación entre fenómenos paralelos de las sucesivas etapas históricas debemos volver a las ecuaciones de Gramsci entre sociedad civil y Estado moderno para incorporar la cultura como elemento medular. Amén de los organismos y las instituciones como partidos, sindicatos, iglesias, medios de comunicación e instituciones recreativas, investigamos una serie de estrategias y comportamientos coercitivos y consensuales que

tuvieron que ver con la cultura, y que sumamos a los referidos previamente como pertenecientes al péndulo de la modernidad y a cada etapa histórica.

Para la investigación de las estrategias consensuales correspondientes a las fases progresivas del péndulo, apelamos a una decena de fenómenos que tuvieron que ver con la estructura de “fortalezas y casamatas” que se aplican por igual a diversas etapas históricas y que inducimos de nuestro propio trabajo: el marranismo religioso, la diplomacia eclesiástica (concilios, sínodos) y civil (coaliciones, pactos, congresos), la política de partidos (partidos de vanguardia y partidos únicos) y de intelectuales (tradicionales, orgánicos), la periodicidad de los cargos (electoralismo), la cultura teatral (neoclásica, republicana), los legalismos fundacionales (constitucionalistas, codificadores), los excepcionismos de la tercera vía o *Sonderweg*; los democratismos (jacobino, liberal, participativo, deliberativo, transformativo) y, por último, los simbolismos del lenguaje, la oratoria, la conversación, la opinión y la publicación (Gabriel Tarde).

Por otro lado, para la investigación de las estrategias coercitivas correspondientes a las fases regresivas del péndulo, acudimos a una decena de prácticas que tuvieron que ver con tragedias históricas y que también se aplican por igual a diversas etapas históricas como las conquistas, las expulsiones (judíos, moros, moriscos, hugonotes), los despotismos (oriental, moderno), los colonialismos (monárquico, republicano, fascista), las guerras (dinásticas, religiosas, comerciales, civiles, mundiales, totales, frías y sucias), las dictaduras (monárquicas, bonapartistas, fascistas, cívico-militares, plebiscitarias, de partido único, populistas), los golpes de Estados o *putschs* (duros, blandos) y los temores y fobias estereotipados en el sectarismo o el racismo. El sectarismo político lo investigamos apelando a una decena de ideologías y a sus respectivos intelectuales (absolutismo, otomanismo, nacionalismo, liberalismo, socialismo, bonapartismo, fascismo, populismo). Cada una de estas ideologías las definimos, según el lingüista Cristian Solís Rodríguez (2013), por el vocabulario, los principios, los razonamientos, las problemáticas y los conceptos hallados en el cuerpo de sus textos.⁵

El análisis científico de las prácticas correspondientes a las fases progresivas y regresivas del péndulo lo encaramos también apelando a las ciencias sociales para lo cual incursionamos en la incipiente antropología de Maquiavelo, la economía política de Adam Smith, la filosofía política de Hegel, la sociología de Weber y Tarde, la ciencia política de Croce, Gramsci y Perry Anderson, y las relaciones internacionales de Aron, hasta alcanzar las teorías comunitaristas (MacIntyre, Taylor, Sandel, Walzer), la Teoría Crítica de los Derechos Humanos (Estudios del Holocausto, estudios sobre genocidio), y la Teoría Crítica de la Sociedad o Escuela de Frankfurt en sus cuatro generaciones. Desarrollamos la primera generación de Frankfurt articulándola con el materialismo histórico no leninista de Horkheimer y Adorno; la segunda, con la

⁵James Tully, 1989; citado en Solís Rodríguez, 2013: 289.

sociología comprensiva de Habermas, seguida por su democracia deliberativa; la tercera, con la sociología del reconocimiento (Axel Honneth) y la cuarta con la sociología transformista de Hartmut Rosa, para quien los genocidios serían una “potencialidad del mundo” que semejante a las guerras o las dictaduras “asoman y desaparecen” en un vaivén pendular.⁶

Para el estudio de estos fenómenos progresivos y regresivos, Michel De Certeau en *La Escritura de la Historia* recomendó la formación de series históricas que faciliten el descubrimiento de nuevos giros teóricos, y Walter Benjamin, en su Tesis sobre la historia, implementó constelaciones formadas con dimensiones de épocas distintas que conectan el presente con el pasado y al siglo XX con el siglo XVII⁷. El arte expresionista creado en la Gran Guerra, por ser susceptible de extrapolarse al drama barroco y por reflejar derrotas históricas trágicas (que se había representado durante la Guerra de los Treinta Años), poseía una dimensión universal para Walter Benjamin. Para John Pocock, la conciencia que una sociedad tiene de sí misma es la conciencia que tiene de la conexión con su pasado, es decir, con la intensidad que ese pasado asegura su continuidad en el presente.

En el afán por alcanzar una cosmovisión no eurocéntrica de la historia mundial, en esta investigación nos extendemos a los espacios de África, Asia, América y al área de influencia del Imperio Soviético como los Balcanes, y más recientemente a países de Europa oriental como Rusia, que incursionó en una invasión militar a Ucrania análoga a la que en la década del treinta aventuró el Japón de Hirohito en Manchuria, y la Italia de Mussolini en Abisinia. En la aspiración por alcanzar un periodo más amplio, nos remontamos a los siglos precedentes hasta alcanzar la antigüedad griega (Troya) y romana (Cartago), el medioevo bizantino y otomano e incursionamos en media docena de períodos históricos pertenecientes a la modernidad que pasaron del realismo maquiaveliano, al republicanismo renacentista, al liberalismo nacionalista, al nazi-fascismo, al totalitarismo, al populismo y al transformismo absolutista. Asimismo, buscamos determinar cómo han sido afectadas las aceleraciones y desaceleraciones del tiempo social por la propagación de invenciones y programas políticos transformadores.

⁶ En el análisis de los genocidios, la historiografía coleccionó una densa lista de variables, desde la calidad de los protagonistas hasta los diferentes métodos, objetivos y escalas. El historiador Frank Chalk y el sociólogo Kurt Jonassohn (1990) adoptaron una interpretación restrictiva de la definición de genocidio (que aquí seguimos) y los clasificaron según su móvil y sus motivaciones. Y los historiadores Enzo Traverso (2004) y Norman Naimark (2017) compararon media docena de variables claves, referentes al genocidio: a) las deportaciones, b) los lugares de exterminio, c) las señas y contraseñas marcadas (carimbadas) en los cuerpos de los cautivos (en los esclavos la marca fue primero en los rostros y luego en las nalgas), d) la naturaleza arcaica o moderna de las instalaciones (cámaras de gas), e) los armamentos alternativos, químicos y nucleares (bomba atómica); y f) el carácter biológico o neurológico de las víctimas identificadas para su aniquilamiento (enfermos mentales).

⁷ Walter Benjamin pudo conectar el fascismo con el absolutismo barroco en su Tesis XVII.

2. Del monarquismo maquiaveliano al absolutismo renacentista

El giro teórico moderno había racionalizado en el siglo XVI el realismo del poder, la riqueza y el saber (Maquiavelo, Tomás Moro) y había inaugurado dos fases en el péndulo de la modernidad: una progresiva que se reducía al Renacimiento y otra regresiva que se limitaba al absolutismo. Para esta última fase, Maquiavelo había ventilado el arte de la guerra en *El príncipe* (1513) y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1531), en las que hizo hincapié en su inevitabilidad y moralidad, en el culto a las virtudes del ciudadano republicano como la austeridad, la disciplina y el patriotismo, derivados de esa misma guerra, así como también hizo énfasis en el culto a la virtud de la valentía como cualidad militar.

Tras modernidad se fue perfilando un escepticismo religioso, una cultura fundada en el individualismo y un culto dramático al saber, primero humanista, luego barroco, más tarde neoclásico y finalmente romántico. Un saber que consistió en un drama de “destrucción creativa”, una revolución científica que vino a superar la astronomía copernicana (galileana y newtoniana), una revolución militar en la que la infantería artillada desplazó a la caballería en la guerra de Flandes —que era el monopolio militar de la nobleza (Manuel Pastor, 1986)—; también desplazó una economía política caracterizada por el comercio a larga distancia por el patrón plata y una revolución de los precios europeos (así como una inflación en el Medio Oriente otomano); una economía minera americana fundada en el trabajo manufacturero de cecas y molinos alentado por la demanda de moneda metálica inducida por la guerra, combinados con la sobreexplotación de la fuerza indígena mitaya; y, finalmente, una esclavización de la mano de obra africana.

En cuanto al Estado durante la Ilustración, la descomposición de los reinos e imperios fue acelerada por la ruptura teórica que significó el constitucionalismo monárquico. La descomposición del Estado absolutista, junto con la independencia del parlamento y el axioma del equilibrio de poder que incluía la balanza comercial (Guerra del opio), revolucionaron el Estado moderno e instituyeron la monarquía constitucional (la Revolución Gloriosa de 1688).

Para el comportamiento de los ejércitos en las guerras de la antigüedad clásica, el colega chileno José Agustín Vásquez Valdovinos (2020) nos advierte que Maquiavelo debió haber conocido por traducciones el *Diálogo de los melios*, incorporado en la obra de Tucídides y es importante mencionar que estaba al tanto de los diferentes genocidios en la historia.⁸

⁸ Maquiavelo conocía los genocidios de los griegos en Troya, de los romanos en Cartago, de las Cruzadas, de los mongoles con la Horda de Oro, de la Inquisición y la realidad de los marranos en la ex España musulmana, la España de la Leyenda Negra y de la conquista hispánica, y la América colonizada de Fray Bartolomé de las Casas con su opción por la esclavitud de los negros procedentes de África, así como de la guerra de Flandes (o Guerra de los Ochenta Años, 1566-1648) y del Camino Español de un millar de kilómetros que zarpaba con mercenarios transformados en tercios (infantes) desde Barcelona a Bruselas. El recorrido para evitar la vía marítima acechada por corsarios hugonotes comenzaba en Barcelona y se desplazaba a Génova, para luego cruzar los Alpes, y pasar por el Franco-Condado, Lorena, Alsacia, y Luxemburgo (territorios del extremo occidental del Sacro Imperio Romano-Germánico que fueron del reino de Lotario, nieto de Carlomagno) hasta llegar al teatro de la guerra de Flandes (Geoffrey Parker, 1972).

En el período entre el Renacimiento y la Ilustración, durante la modernidad temprana, el capitalismo comercial y el mercantilismo (centrado en la acumulación de metales y en el monopolio del tráfico comercial) habían impulsado en América y África la migración forzada de africanos esclavizados (Roberto Vila De Prado, 2017), el régimen de castas en Asia (Guadalupe de la Fuente Salido, 2017) y la servidumbre campesina en Rusia (Manuel Corbera Millán, 2013). El capital comercial impulsó también un cambio radical al quebrar el monopolio que ejercía la nobleza de espada sobre la legitimidad de los linajes cuando incorporó la nobleza de toga y su legitimidad otorgada por la venalidad de los cargos públicos. Asimismo, la guerra europea provocada por la insurrección protestante en los Países Bajos o guerra de Flandes indujo por necesidad la acuñación de la moneda metálica en las propias colonias de América, en México y Perú, dando lugar a la fundación de la Ceca de Potosí. Fundaciones de este tipo aceleraron la expansión del mercado interno colonial. La guerra de Flandes determinó que el régimen colonial español se volcara enteramente a financiar una guerra muy costosa por cuanto se alimentaba mayoritariamente de tropas mercenarias que se contrataban en Valladolid (Castilla) y también en territorio italiano.

Las sociedades que salían de la Edad Media buscaban la unidad del Estado monárquico y su legitimidad dinástica —o hereditaria— mediante métodos coercitivos como guerras movimiento o mediante el consenso como guerras de posición. Perry Anderson señaló que Maquiavelo —en su análisis de los faccionalismos y la milicia en la Italia renacentista— había incurrido en el error de confundir el sistema de *condottieros* con el sistema europeo de mercenarios. En las guerras de los Güelfos (florentinos) contra los Gibelinos (dinastía Hohenstaufen), Maquiavelo fue partidario de las milicias ciudadanas y aborrecía los mercenarios (*condottieros*). Mientras los *condottieros* poseían sus propios soldados para subastarlos en las guerras locales, las monarquías europeas contrataban a mercenarios bajo su propio control y como vanguardia de ejércitos permanentes. Anderson atribuía la confusión de Maquiavelo a su concepción del Estado y a su “jacobinismo precoz”, que no le permitía comprender por qué la península italiana fue incapaz de unificar su Estado a semejanza de España, Francia o Inglaterra. Para Anderson, ese equívoco obedecía a que Maquiavelo no supo apreciar “la inmensa fuerza histórica de la legitimidad dinástica” que estaba “enraizada en una nobleza feudal”. La legitimidad dinástica les daba a las autoridades del Estado Renacentista el poder para usar fuerzas mercenarias como algo “más seguro y superior a cualquier otro sistema militar entonces posible” (Anderson, 1979 p.162, 166, 168).

Esa misma problemática de la unidad del Estado italiano durante el Renacimiento fue tratada varios siglos más tarde por Gramsci, quien reveló —a juicio de Perry Anderson— ser dependiente de Maquiavelo. Gramsci se asemejaba a Maquiavelo al combinar anacrónicamente “la ausencia de un absolutismo unitario en el Renacimiento” (que lo atribuye al corporativismo y la involución de las comunas a fines del medioevo y comienzos de la modernidad) con la “posterior carencia de una revolución democrática radical en el *Risorgimento* (que la asigna a la confabulación decimonónica de los moderados y los latifundistas del sur)”. Para Anderson (1981) cierto es todo lo contrario: la ausencia de una nobleza feudal dominante en el Renacimiento italiano fue lo que impidió “la aparición de un absolutismo peninsular, y de ahí la de un Estado unitario” semejante a los de Francia, España o Inglaterra. Y, precisamente, la presencia de una nobleza en el Piamonte del siglo XIX “permitió la creación de un Estado que prepararía el trampolín para la unificación tardía en la era del capitalismo

industrial". La dependencia que Gramsci y sus intérpretes tenían con el pensamiento de Maquiavelo, Anderson la atribuye a la subordinación que estos profesaban con Weber y su concepción del Estado, donde la violencia legítima y su monopolio se reducen al él y a la sociedad política, excluyendo a la sociedad civil (Ruiz Sanjuan, 2016, nota 21). La dependencia de Gramsci con Maquiavelo se comprueba al advertir que este último confunde dos tiempos históricos diferentes "al imaginar que un príncipe italiano [del siglo XV] podía crear un poderoso Estado autocrático por medio de la resurrección de las milicias ciudadanas típicas de las comunas del siglo XII" (Anderson, 1979, 169, nota 52). Es posible diferenciar, sin embargo, que para Weber la emancipación de los siervos de los señores feudales (que les prohibían poseer metales preciosos y portar armas) fue posible por la existencia de las ciudades, a donde muchos de ellos se fugaron, ganaron dinero, se convirtieron en burgueses o mercaderes-soldados, y participaron de revueltas como la de los Ciompi en 1378 que eran cardadores de lana (Nazario Robles Bastida, 2008: 6).

La misma argumentación de Anderson respecto a la carencia de una nobleza feudal es aplicable a los Balcanes, la Rumelia del antiguo Imperio otomano, a la España musulmana y marrana (*al-Ándalus*) y también a los Estados imperiales americanos prehispánicos como el del incario en Perú (Tahuantinsuyo), donde el monarca incaico era equivalente a un déspota oriental y la nobleza cuzqueña (o *panacas*), por ser iletrada o ágrafa, era incapaz de operar como una nobleza feudal (asistida por un clero letrado). Los marranos, al ser perseguidos jurídica, teológica y culturalmente por la Inquisición, se vieron obligados a consensuar en una condición de "simulación", "desdoblamiento", y asimilación forzada, transformándose muchos de sus descendientes en traficantes de esclavos y en conquistadores, encomenderos, dueños de ingenios de moler metal y comerciantes del mercado interno colonial. Sus descendientes, al mestizarse con los cristianos, fueron perdiendo la conciencia de su origen marrano en cada nueva generación, con la fe judía progresivamente devorada por el olvido, con su subjetividad aplastada en una personalidad tan desdoblada como simuladora, y con su conversión al cristianismo adosada como un pozo ciego insondable. En medio de este anómico cuadro cultural que lo despojaba de una identidad propia, los descendientes de marranos radicados en América no tuvieron escrúpulos en mestizarse con los caciques indígenas y con los negros ladinos, dando como resultado al criollo.

Durante el absolutismo, Descartes y Hobbes disfrutaron del realismo de Maquiavelo, del escepticismo renacentista contra el Papado (Montaigne, Erasmo), de la revolución hugonote, y pudieron hacer la catarsis por la guerra de Flandes, que políticamente se había resuelto consensuadamente reconociendo la existencia de los Países Bajos en la Tregua de los Doce Años (1609-1621) y su independencia en el Tratado de Westfalia (1648). Descartes y Hobbes nunca imaginaron que en las tierras bajas de Escocia iban a nacer las transformaciones que requerían las nuevas unidades del Estado monárquico: la economía política, la mercantilización de la tierra y el trabajo, el cercado de los campos, y la migración del campo a las ciudades.

Posteriormente, con la Ilustración, y antes de producirse la Revolución Industrial (y su aumento de la velocidad en todas las áreas), Montesquieu, Rousseau y Adam Smith habían formulado giros teóricos revolucionarios. Para su concepción del Estado, Montesquieu había formulado las teorías de la división de poderes (más relacionada con sus lecturas de Maquiavelo sobre la antigüedad clásica y el

enfrentamiento entre el Tribuno de la Plebe y el Senado de Roma que con las lecturas modernas de Hobbes o Locke) y del despotismo oriental de los pueblos asiáticos por sobre la tiranía de las monarquías europeas (y el derecho divino de sus reyes), a las que considera de un tenor “brusco, convulso y transitorio” (María Luisa Sánchez-Mejía, 2008, 90). Rousseau formuló la teoría de la soberanía popular que sustituyó las legitimidades nobiliarias y dinásticas, y la legitimidad venal por la legitimidad electiva en la que se expresa la voluntad popular. Por su parte, Smith había concebido la disciplina de la economía política, la teoría de los cuatro estadios de subsistencia que contemplaba el paso desde la caza y el pastoreo hasta la agricultura y el comercio (análoga al mito de la sucesión de las eras o razas metálicas en Hesíodo y Platón), así como la ley por la que los individuos producen regularidades colectivas semejantes a las de la “mano invisible”, siguiendo sus preferencias. Si bien Montesquieu pudo dividir la administración del poder, no pudo interpretar la modernidad como una domesticación de la naturaleza (Marx). Pero, al menos, Montesquieu contó con Locke y su oposición a la teoría del origen divino del poder que había sido formulada por Robert Filmer (1680).⁹ En Europa y toda América, las iglesias confesionales fueron separadas del Estado, los jesuitas debieron ser expulsados de todas las naciones por su enfrentamiento con el Jansenismo, y la sociedad moderna debió ser apartada del tráfico de esclavos.

Durante el Antiguo Régimen absolutista tuvieron lugar repetidos y sucesivos fenómenos de coerción autoritaria como las guerras y fenómenos de consenso como los pactos y las coaliciones (edictos, tratados). En esa época se habían desatado guerras confesionales o de religión como la guerra de Flandes, provocada por la rebelión holandesa (fundada en la Reforma Protestante, que le hizo perder el monopolio religioso al papado), las guerras de sucesión dinástica como la Guerra de las Dos Rosas entre las casas reales de Lancaster y York y las Guerras de Sucesión de España y Austria (entre borbones y habsburgos), así como las guerras comerciales como la de los Siete Años (1756-62), o la batalla de Plassey en India. Y también fenómenos de consenso como los reformismos temporales o secularizadores (separación de iglesia y Estado) y regalistas (Reformas Borbónicas de 1782) mediante los cuales se consensuaron numerosas reformas liberales (comercio libre), pero que no bastaron para evitar la crisis orgánica del Antiguo Régimen, o más bien, la hicieron posible.

Finalmente, la Revolución francesa acabó con la monarquía absolutista, y sustituyó la legitimidad dinástica por la legitimidad republicana y la electividad feudal del parlamento estamental por la electividad republicana de los parlamentos donde rige el sufragio universal (inspirados en Rousseau). La Revolución inauguró en la Asamblea, y luego en la Convención, una división del hombre en ciudadano de la esfera pública, por un lado, y en burgués de la esfera privada por otro; así mismo una lucha por el poder entre facciones en pugna: los girondinos (*Sans-culottes*), partidarios de la representación directa, enfrentados a los jacobinos, partidarios de la representación indirecta, fundados en la soberanía popular. La lucha por el poder se prolongó con la caída de Robespierre (Termidor) y con el Imperio de Napoleón, cuando las guerras hubo que financiarlas con enajenaciones territoriales (Luisiana).

⁹ En López Hernández, 2009:157.

La saga emancipadora y reformista no se detuvo. En Francia, los judíos fueron doblemente ciudadanizados, en la Asamblea (1791) y en el Imperio (1812); en América se difundieron las campañas abolicionistas y de libertad de vientres (1813), en Rusia la servidumbre fue abolida (1861), en Estados Unidos la ilusión abolicionista la resolvió una guerra civil (1861-65) —que fue para Barrington Moore (1966) la última revolución burguesa—, y en Brasil la esclavitud la eliminó un decreto imperial (1889) que implantaría la república como contraprestación. No obstante, su disolución no fue incruenta como suele afirmarse, pues al poco tiempo se desató en el nordeste (Bahía) la Guerra de Canudos (1893-1897), en la que el ejército brasileiro —que venía de luchar en la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay— combatió contra un movimiento mesiánico popular dirigido por Antonio Conselheiro, un profeta que invocaba el mito sebastianista.¹⁰

Con el desplazamiento de la cultura feudal vino a prevalecer una cultura de elites entre burguesa y plebeya (epistolarios, pasquinismos, representaciones dramáticas) y se instaló un espacio público laico (clubes, logias, casas de café, teatros, salones literarios) donde se libraban discusiones acerca de cómo debían operar las formas elementales del espíritu público, tales como las conversaciones, las opiniones y los escritos (Gabriel Tarde, 1901).

3. Del absolutismo renacentista al bonapartismo nacionalista

Como reacción al absolutismo del Antiguo Régimen, a fines del siglo XVIII, se produjo en Europa un violento cambio revolucionario que dio lugar a una legitimidad republicana fundada en la soberanía popular y a una doble combinación ideológica entre el liberalismo y el nacionalismo. En Francia, los cambios radicales se extendieron al Estado, las corporaciones, la fuerza de trabajo, la tenencia de la tierra, y los legados simbólicos (calendarios, fiestas, ceremonias). El Estado dejó entonces de ser monárquico, absolutista y corporativo, y pasó a ser republicano y jacobinamente democrático. La fuerza de trabajo dejó de ser mano de obra esclava en las colonias (Haití) o servil (mitaya) para ser una mano de obra libre. Por decreto de la Asamblea francesa se liberó la fuerza de trabajo gestándose un mercado de mano de obra jornalizada en reemplazo del artesanado gremial (Ley Chapelier, 1791). La tierra dejó de estar atada a los siervos y pasó a integrar un mercado inmobiliario libre. El mercado sustituyó entonces a las corporaciones, que eran barreras que obstaculizaban las libertades privadas.

Con los absolutismos borbónico, austro-húngaro, zarista y otomano se confrontó la ideología estética del romanticismo, en cuyos *humus* se alimentaron las epopeyas emancipadoras del liberalismo y del nacionalismo. Como expresión de una tradición histórica de continuidad serial, el nacionalismo fue una ideología que se enfrentó a la cultura neoclásica vigente a finales del Antiguo Régimen absolutista, y que se extendió en el tiempo y el espacio, localizándose idealmente en la lengua y el arte, y territorialmente en los imperios continentales (Benedict Anderson, 1983). El nacionalismo entró a localizarse en los extremos residuales del Sacro Imperio Romano-Germánico opuestos a la pretensión francesa de imponer sus propios intereses por vía de una legitimación universalista y revolucionaria (Giacomo Marramao, 2006), en las repúblicas de la América hispánica se enfrentó un absolutismo borbónico heredero de los Pactos de Familia, y en los rincones meridionales del continente africano

¹⁰ Este combate fue relatado en la obra maestra *Os Sertões de Euclides da Cunha*.

la emergencia del nacionalismo Bóer o Afrikáner, fruto de la inmigración de flamencos y holandeses puritanos y de franceses hugonotes, se enfrentó al Imperio Británico. Gran Bretaña había anexado El Cabo como prevención contra las repercusiones expansionistas de la Revolución Francesa (1795), y medio siglo más tarde había provocado una gran emigración o Gran Trek de los Bóers hacia el norte (1835-49), y un siglo después desató la II Guerra Anglo-Bóer (1899-1902), inaugurando campos de concentración con prisioneros que procedían de los estados de Orange y Transvaal.

La disolución del Estado imperial español, bajo las banderas del republicanismo, dio lugar a numerosos Estados-nación pero tuvo como corolario crueles guerras civiles con crímenes de lesa humanidad y campos de concentración¹¹. Para este enfrentamiento, los intelectuales de estas repúblicas apelaron al romanticismo ¿Cómo es que el romanticismo se combinó con la ideología del republicanismo?

En esta tercera fase progresiva de la modernidad, la ideología del nacionalismo fue promovida desde Alemania por la intelectualidad romántica (Fichte), aunque Benedict Anderson sostiene que se había originado en América Latina. En la apertura de esa nueva fase de la modernidad que desplazó al neoclasicismo, el nacionalismo consagró el canon liberal, tomado del teatro republicano de Alejandro Dumas, como una ruptura teórica. Pero este doble juego de liberalismo y nacionalismo tuvo un trágico epílogo con la Revolución de 1848 —que era para Heller y Fehér la segunda ola revolucionaria— y con el *putsch* o golpe de Estado de Luis Bonaparte (1851). A partir de ese momento se inauguraron nuevas ideologías (socialismo, anarquismo), una nueva clase social inexistente hasta entonces como la clase obrera, y una ruptura autoritaria. La segunda fase regresiva del péndulo de la modernidad que se denominó bonapartismo vino a suceder la etapa del absolutismo. El bonapartismo contaba con componentes originales como la legitimidad plebiscitaria que vino a sustituir la legitimidad republicana, el escenario político de los parlamentos y los partidos (monárquicos y republicanos), el protagonismo del clero secular (obispos, párrocos), del ejército, de la burocracia, de la aristocracia, de los aparatos ideológicos de Estado (religión, justicia, escuela, familia), y de un autor de época como Karl Marx, quien fue el primero en definirla científicamente en su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

Marx entiende que el rol representado por el campesinado parcelario y por la pequeña burguesía en la concepción bonapartista es una farsa. En comparación con la trágica crisis protagonizada por su tío carnal, Napoleón Bonaparte, la forma en la que Luis Bonaparte resolvió la crisis resultó ser una farsa para Marx, tal como para Novalis, la tragedia se había convertido en fábula (o “placer del envilecimiento”). Pero Marx no estaba solo en su crítica al bonapartismo. El abogado francés Maurice Joly con su *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* (1864) se incorpora al nuevo canon narrativo inaugurado por sus contemporáneos Dumas, Nerval y Víctor Hugo. Afectado por la política dictatorial y plebiscitaria de Luis Bonaparte, y con el propósito de restaurar la nacionalidad republicana y liberal, ofreció un corpus escénico reparador: en *El Diálogo*, Maquiavelo pone imaginariamente a

¹¹ En las Provincias Unidas del Sud entre Unitarios y Federales y el campo de concentración de Santos Lugares, en la República Oriental del Uruguay entre Blancos y Colorados, en Colombia entre liberales y conservadores con la Guerra de los Supremos, y la Guerra de los Mil Días, y en México entre Juaristas y conservadores e Intervención Francesa de por medio.

Montesquieu al tanto de hechos trágicos acontecidos a mediados del siglo XIX.¹² En su obra, Joly había equiparado a Maquiavelo con Luis Bonaparte¹³ y anticipaba un despotismo moderno en sus veinticinco diálogos imaginarios. Este nuevo despotismo venía a contradecir al despotismo ilustrado, que en espacios como los de Italia, Alemania y los países latinoamericanos se había vuelto una coartada para imponer la unidad nacional desde arriba, desde una dictadura. Luis Bonaparte volvía a confundir las tres esferas del poder que Montesquieu había ayudado a crear y separar —ejecutivo, legislativo y judicial— en uno solo.

Ahora bien, ¿el fenómeno bonapartista se podía comprender sólo mediante las interpretaciones de Marx y de Joly?, ¿bastaba con considerarlo como una farsa o precisaba de otros elementos? ¿Fue producto de la espontánea inventiva de Luis Bonaparte u obedeció a problemáticas más hondas que procedían del pasado? ¿A qué problemas obedeció el origen del bonapartismo? ¿Acaso obedeció a la crisis orgánica que significó la Revolución de 1848 y que la represión no resolvió? ¿Acaso se intentó resolver con la guerra exterior? Los generales bonapartistas se caracterizaron por su ardor belicista en la Guerra de Crimea y Luis Bonaparte por su política expansionista en México. ¿Pero para la definición del bonapartismo bastaba con la guerra exterior y con el expansionismo colonialista? La aventura recolonizadora francesa en México era la continuación del colonialismo monárquico iniciado en Argelia por Luis Felipe (1830) y en Canadá por los Borbones (1700). Pero ello no autoriza a caracterizar como bonapartista a la monarquía de Julio. Si tenemos en cuenta con Maurice Joly que el bonapartismo y su legitimidad plebiscitaria es, por definición, el despotismo moderno, debemos concluir que su elemento central no es el expansionismo colonialista sino la reunificación autoritaria de las tres esferas del poder con el fin de superar una crisis orgánica.¹⁴ Una reunificación autoritaria que tuvo como precedente la supresión de la tolerancia religiosa y las expansiones guerreras, que significó en España la expulsión de moros y judíos (1492), las Conquistas de Granada y América (1492) y el corredor militar que los tercios españoles emprendieron para reprimir la rebelión holandesa. Mientras que en Francia esta reunificación autoritaria significó la imposición de la Revocación del Edicto de Nantes (1685)¹⁵, la expulsión de los hugonotes a los Países Bajos y al África (1695), quebrar la Tregua de los Doce Años (1609-1621) —que había garantizado el Cardenal Richelieu y a la muerte

¹² Revolución de 1848, caída de Luis Felipe de Orleans o Monarquía de Julio, colapso de la Doctrina Metternich, *putsch* de Luis Bonaparte en diciembre de 1851, plebiscito de 1852, y la proclamación como emperador (Carlo Ginzburg, 2010).

¹³ Luis Bonaparte conocía sin duda la actuación del monarca español Fernando VII y del trienio republicano o Revolución de Riego (que se exportó al Piamonte, a Nápoles, a Grecia y a Rusia). El cesarismo de Luis Bonaparte —análogo al de su tío Napoleón I y al de Augusto y Julio César— era una réplica del incaísmo denunciado como un despotismo oriental por el que fue Secretario de José de San Martín en la Campaña del Perú, Bernardo de Monteagudo, en su Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos (1809). Monteagudo lo había tomado de los dramas de Voltaire y del monarquismo de la antigüedad griega, para lo cual se había fundado en los Nuevos Diálogos de los Muertos de Bernard de Fontenelle (“Querella de los Antiguos y los Modernos”), a su vez inspirado en los diálogos mantenidos entre los dioses paganos escritos por el sofista griego Luciano de Samóstata (Marc Fumaroli, 2013).

¹⁴ “Cesarismo del Bajo Imperio”, “civilización de cilindros y tuberías”, “infalibilidad de la razón”, “agitationismo interno”, “golpe de estado”, “plebiscito”, “genios de la fuerza”, “dictadura” (usurpación=conquista, y las secuelas de las numerosas perversiones producidas en el periodismo y la justicia).

¹⁵ La Revocación del Edicto de Nantes dispuesta por Luis XIV con la asesoría del Cardenal Mazarino vino a destruir la obra del converso Enrique IV al acabar con la tolerancia religiosa, restaurar en toda Francia el monopolio religioso del catolicismo prohibiendo el protestantismo.

del último Habsburgo (Carlos II el 'hechizado') reabrir el conflicto con la Guerra de Sucesión de España (1703-1713)— (Anderson, 1979: 37).

La interpretación materialista de Marx sobre el cesarismo de Luis Bonaparte se articuló con una racionalización de las acciones humanas, y con el auge de los legalismos constitucionalistas y codificadores. Si bien Marx no contaba con la antropología moderna, al conocer los modos como se había lidiado en el pasado con las crisis orgánicas (reconquista de *al-Andalus*, expulsión de moros y judíos, explotación de los indígenas en América, guerra de Flandes, Revocación del Edicto de Nantes) pudo deducir un Estado cesarista moderno y el *putsch* o golpe de Estado como fruto de las crisis y los desórdenes producidos por fenómenos seculares (*El 18 Brumario*). A pesar de esto, Marx tenía a su alcance la economía política de Adam Smith, con su ley de los cuatro estadios, y la teoría de Montesquieu sobre el despotismo oriental, lo que le permitió elaborar su tesis acerca del modo de producción asiático que incluía a China, India (Jürgen Golte, 1976) y al Imperio otomano, así como a los imperios americanos prehispánicos como el Azteca y el Inca. Pero en esos giros teóricos, Marx había capitulado a la epistemología hegeliana de la totalidad dialéctica y construido la unidad del sistema social de representación con el mundo de la vida como un "todo falso". Marx había elaborado la ideología de la cosificación o reificación del trabajo (como Smith lo había hecho con la mercantilización del trabajo), es decir su fetichización en mercancía o la transferencia de su valor de uso material en un valor de cambio formal (acumulación primitiva u originaria); en palabras de César Ruz Sanjuán (2011) "la cosificación de las relaciones sociales como consecuencia del carácter fetichista de la mercancía". Esta unificación del sistema social le permitió a Marx comprender el bonapartismo del *putsch* de 1851 como fruto de un cambio en la correlación de fuerzas políticas y de una autonomía relativa del Estado, pero le impidió entender la emergencia del nacionalismo (guerras de independencia latinoamericanas) y del expansionismo colonialista. Para fines del siglo XIX, el capitalismo se aceleró al extremo de extenderse geográficamente en lo que entró a denominarse colonialismo moderno. El capitalismo asomaba entonces con la creación en la sociedad civil del mercado (por obra del Estado liberal), con la sustitución del patrón plata y el patrón oro por el papel moneda (libra esterlina), y con los descubrimientos de oro en California y Sudáfrica.

¿Pero el bonapartismo como política de Estado estaba acaso definitivamente agotado? ¿Qué otros factores eran necesarios para agotarlo? ¿Acaso la traición a Maximiliano y la derrota militar en Sedan? A pesar del descalabro recolonizador de Luis Bonaparte con el fusilamiento de Maximiliano en Querétaro (1870) y la pérdida de Alsacia y Lorena en la Guerra franco-prusiana, Bismarck vino a intentar repetir la política expansionista de Luis Bonaparte, pero en lugar de localizarla en América la orientó hacia África y Asia. Con ello, Bismarck pudo conjurar la crítica situación de su vecina Francia. A esos efectos, Bismarck elaboró una política colonialista conjuntamente con los demás Estados europeos sobre la base del comercio libre, y una simulación persuasiva y apaciguadora para los colonizados con la abolición de la esclavitud y la formulación de una supuesta "misión civilizadora". Para compensar la pérdida francesa de Alsacia y Lorena, Bismarck convenció al ministro de la Tercera República Adolph Thiers de ensayar un colonialismo republicano continuador del colonialismo monárquico de Luis Felipe en Argelia y emular el rol colonizador de Inglaterra en la India o de la "misión civilizatoria" en el Congo adelantada por el belga Leopoldo II. Gran Bretaña acababa de reprimir a sangre y fuego la rebelión de los Cipayos (1857-1858), lo que indujo a la Reina Victoria a coronarse

como emperatriz de la India (1877). Para Bismarck, reiniciar la partición geográfica de los espacios “vacíos” o no colonizados y ampliar el ámbito del comercio libre eran un programa fundacional. La partición de los Balcanes, que comenzó con la Gran Bulgaria, quedó garantizada provisionalmente en el Congreso de Berlín de 1878. Cuatro años más tarde, en 1882, la toma de Tonkin (Hanói) por Francia la condujo a una guerra naval contra China (1883-1885) de la que resultó victoriosa. [Cochinchina](#) quedó gobernada como una colonia, Vietnam central quedó bajo el Protectorado de Annam y Vietnam septentrional, bajo el Protectorado de Tonkin; también subsistieron como protectorados Camboya y Laos. Luego, la partición territorial de África se negoció en el nuevo Congreso de Berlín de 1885, pero la del Medio Oriente quedó en suspenso debido a la subsistencia del “hombre enfermo de Europa”, que era el Imperio otomano de los sultanes sarracenos, reacios a adoptar las reformas sugeridas por el proceso Iluminista que las Reformas del *Tanzimat* no habían honrado (Perry Anderson, 1979, 394-400).

La descomposición y fractura de los Estados imperiales durante la hegemonía del nacionalismo moderno obedeció a la ruptura teórica que significó la irrupción de la ideología republicana derivada de la separación de la iglesia y el Estado, de la soberanía popular, y con la independencia de los tres poderes del Estado que desbordaban el vigente en el Antiguo Régimen (fueron los casos del Imperio español abolido a partir de 1810, del Imperio de Brasil, abolido en 1889, y del Imperio Chino abolido por la Revolución Nacionalista de Sun Yat-Sen en 1911). Con la adopción del laicismo en Francia y la representación indirecta de los partidos se perfeccionó la ideología republicana, se profesionalizó la política, se exigió poseer una vocación específica para ejercerla y se tensionó la democracia con la fragmentación del saber.

La historización del poder se trasladó entonces a las manifestaciones humanas regidas por símbolos. Descansando en el lenguaje mímico, el antropólogo George Mead (1913) hizo hincapié en los ademanes y los gestos y concibió a la sociedad como el espacio donde se construye la conciencia y las acciones o conductas. La vida gregaria fue para Mead la condición para el surgimiento del “*self social*”, y este último fue la condición de la comunicación significativa. Para Mead, y para sus discípulos de la Escuela de Chicago, la sociedad sobrevive a las aceleraciones psicológicas que basculan entre el orden y el desorden (hostilidad, grieta, guerra); circulan en red, pero sujetas al protagonismo del factor comunicacional como un mediador que se da entre múltiples conciencias. Estos antagonismos, como motores del progreso (promesa de aceleración) y la regresión (promesa de desaceleración o ralentización), sistematizaron la acción social de la modernidad (temprana y tardía) y vinieron a romper todas las fronteras como lo probó la expansión del esclavismo en las plantaciones de algodón en América, y del colonialismo por África, Asia, Medio Oriente y Oceanía. Dichas acciones —tal como lo interpretó el sociólogo Armando Cisneros Sosa (1999)— se encuentran combinadas en un interaccionismo de intenso dinamismo, pues padecen del ciclo vital, sufren de impulsos primitivos y son regulados por sistemas legales, económicos y comunicacionales.

A Mead le sucedió Durkheim, quien formuló una teoría sobre las presiones simbólicas que se ejercen los preceptos, las rutinas, las conciencias y las interacciones en los individuos; una sociología sobre la modernidad tardía heredada de Comte que tendía a la diferenciación a medida que aumentaba la especialización y la división del trabajo. Un mundo de la vida en el que fue necesario integrar las crisis

y los giros teóricos producidos por las revoluciones modernas, por la “mano invisible” del mercado; en el que se tuvo que asimilar o adaptar a los efectos desintegradores de la división del trabajo, de la proliferación demográfica (natalidad, longevidad) y de las innovaciones tecnológicas (molinos de viento, imprenta, brújula, pólvora, quinina, vapor, electricidad). Para el dreyfusista Durkheim, la sociedad moderna se fue democratizando cuanto mayor fue el rol que en el accionar de la historia entraron a jugar los intelectuales con “la deliberación, la reflexión, y el espíritu crítico”.

A pesar de los avances producidos, estos giros teóricos (opiniones, en el léxico de Gabriel Tarde) no había logrado conmover la arquitectura del sistema. Pero a partir de fines del siglo XIX, con las masificaciones de la política, la educación, la milicia y los sindicatos, las investigaciones se orientaron a la filosofía de la acción (Hegel, Marx) en menoscabo de la filosofía de la conciencia (Kant), y las disciplinas científicas como la psicología (Mead), la antropología (Tylor) y la sociología (Durkheim, Weber) se autonomizaron y se extendieron hacia una racionalización de las acciones humanas. Para entonces, en la modernidad tardía (capitalista e industrialista) se catapultó la psicología colectiva que fluctuaba entre la sociología y la psicología individual. Se rutinizó el carisma, o lo que Weber denominó como el giro cesarista en la selección del líder en menoscabo de la democracia interna de los partidos políticos. Se formalizó la dominación legal-racional “de un Estado que penetra en todos los ámbitos de las relaciones sociales”. Tras la Revolución francesa —la primera ola revolucionaria para Heller y Fehér— tuvo inicio en Occidente una masificación de la política fundada en el sufragio (que primero fue censitario y luego universal), una burocracia que puso fin al régimen político prebendario y patrimonialista (venalidad de los cargos), una paz armada que generó el espionaje y la diplomacia moderna, una estrategia de enfrentamiento social denominada guerra de posiciones a través de un “programa ético y pedagógico [laicismo]” en oposición a una guerra de movimientos (huelgas de masas), y una asimilación forzada (lingüística) de una inmigración masiva, voluntaria y ultramarina (Holm-Detlev Köhler, 1997; Ruiz Sanjuan, 2016). En efecto, se formó una estructura de “fortalezas y casamatas” consistente en el periodismo informativo de la prensa periódica, la escolaridad obligatoria y gratuita, el voto secreto y compulsivo, la conscripción universal en el servicio militar y la agremiación obrera en sindicatos y clubes recreativos.¹⁶

A posteriori de Durkheim, la masificación de la cultura que siguió a la masificación de la política estuvo promovida por el segundo industrialismo (radioelectricidad, cadena de montaje). Un proceso que multiplicó las ciencias,¹⁷ contribuyendo a desatar nuevos giros teóricos muy críticos de Durkheim, tales como los desarrollados por Gabriel Tarde, reivindicados por la Escuela de Chicago y recientemente ponderados por Gilles Deleuze y por los sociólogos argentinos Ana Belén Blanco y Pablo Nocera. Como base del orden colectivo, Tarde había negado la posibilidad de toda perspectiva contractual (pacto rousseauiano) poniendo el eje de la discusión en la noción de público. El público de Tarde —producto de la división del trabajo— sucedía a la multitud, y esta última a la familia. Para el autor, el origen de la multitud no obedecía a una primacía salvajemente intuitiva de las masas o a la verticalidad entre el líder y la masa a través de la unilateralidad de la sugestión o el contagio, como sostenía Le Bon, sino a

¹⁶ Las claves de la modernidad son, para Weber, la burocratización como dominación legal y la sustitución de la ética por el derecho.

¹⁷ La hermenéutica se desprendió de la filología, la fenomenología de la psicología, y la etnografía de la antropología.

la horizontalidad de los intercambios multilaterales de influencias recíprocas entre públicos que adaptaban las oposiciones. Públicos cuya oratoria, capacidad de conversación, lectura —sobre todo de periódicos—, opinión y publicación provenían de la vida en las cortes reales, o dumas, de los salones literarios de la nobleza en las corporaciones estatales (Estados generales, cortes, cabildos) para pasar después a los púlpitos y las cátedras eclesiásticas, y a las tertulias de clubes, logias y cafés que fueron las bases para los debates en legislaturas, magistraturas y universidades durante el siglo XIX.

Las culturas masificadas y nacionalizadas de la modernidad tardía se vieron incentivadas por la amenaza que significaba un cosmopolitismo simbólico y un internacionalismo proletario (socialismo, anarquismo). Es bien sabido que aparte de la tribuna de oradores, del periodismo de cronistas y de prensa diaria, el dominio simbólico del deporte y del arte comenzó como patrimonio de minorías y luego se extendió a las mayorías. El deporte se volvió un espectáculo masivo, a semejanza de las luchas de los gladiadores en el Coliseo de la Roma imperial y esclavista. En un sentido muy similar, la Teoría Crítica o Escuela de Frankfurt había encarado el fetichismo mercantil de la cultura con eje en la cinematografía a la que denominó “industria cultural”. Weber no pudo vislumbrar la biología molecular ni los hallazgos del ADN, pero sí el advenimiento de una “noche polar, glacial, sombría y dura” (Traverso, 2004, 9). Para vaticinar esa pesadilla, Weber contó con la cosificación de la conciencia hallada en varias fuentes: el idealismo alemán temprano (Hegel, Marx), la “comprensión interpretativa” heredada de Dilthey y en los hallazgos de la antropología, que ya no descansaban en la categoría del trabajo sino en los tipos de racionalidad procedentes del historicismo alemán tardío (Meinecke, Troeltsch).

En medio de esa narrativa (con sus cuatro procesos centrales), el modelo de acción racional de Weber vino a romper el “todo falso” de Marx, pues se desacopló entre una racionalidad instrumental con arreglo a fines (propia de una ética de la responsabilidad) y otra racionalidad comunicacional con arreglo a valores, propia de una ética de la convicción.¹⁸ La racionalidad instrumental se manifestó en el sistema económico del capitalismo liberal (marcado por el cálculo y la impersonalidad), así como en la burocracia (previsible, controladora) del sistema administrativo del Estado-nación moderno, así como en la ética profesional con la noción de coherencia. Weber la volvió a dividir en dos presupuestos lógicos la racionalidad comunicativa con arreglo a valores: el racionalismo de las ciencias y el universalismo tanto del derecho como de la moral. Para la universalidad de las normas, Weber centró el foco de su análisis en la institucionalidad de la Revolución francesa (magistraturas, legislaturas) y en la Revolución Industrial del capitalismo (invención del vapor y de la contabilidad por partida doble). El derecho natural fue visto por Weber como el tipo más puro de racionalidad con arreglo a valores, y para explicar el racionalismo occidental, como opuesto al oriental, Weber enfatizó la ciencia, la literatura y el arte.

Pero el proceso de modernización occidental tardío que se produjo a partir de la Gran Guerra produjo el desencantamiento del mundo y su jaula de hierro; fue, a su vez, el fruto de giros teóricos como los

¹⁸ El sociólogo mexicano Francisco Gil Villegas (2005) critica que Weber “jamás habla de un solo tipo de racionalidad”, y lo prueba describiendo “el racionalismo de adaptación pragmática al mundo del confucianismo, el racionalismo de fuga del mundo del hinduismo y el racionalismo de conquista violenta del mundo islámico”.

procesos de domesticación (Marx), de diferenciación (Dilthey), de racionalización (Weber) y de individualización (introspección psicológica de Víctor Cousin). Dicha modernización fue —a juicio del filósofo Ronulfo Vargas Campos (2021)— un mundo bajo la imagen del desencanto porque al haber perdido la fe en los encantamientos (magias, brujerías, milagros, profecías) ha neutralizado y “secularizado sistemáticamente sus estructuras”. Sin embargo, por su escaso rigor teórico, la sociología weberiana fue puesta en tela de juicio. Para el sociólogo austríaco Alfred Schütz (1932), la noción de significado de un acto del individuo no había sido explicada por Weber. Según Schütz, los seres humanos no son seres individuales sino seres gregarios que comparten múltiples experiencias como los mundos oníricos, infantiles, fantásticos, artísticos, religiosos y científicos. Inspirado en la fenomenología, Schütz se apropió del “mundo de la vida” —tomado del “mundo vital” de la quinta meditación de Husserl (*Meditaciones Cartesianas*)—, una noción que cuenta con una dinámica interna que recupera las siete dimensiones de la experiencia.¹⁹ El mundo de la vida ofrece una diversidad de acciones ligada a la experiencia del sentido común.²⁰ El individuo no actúa bajo imperativos categóricos como los que Kant exigía a la acción humana, sino bajo imperativos racionales que obedecen a necesidades personales ancladas en la vida cotidiana. No obstante, en el siglo XX, pese a las críticas que Schütz hizo sobre la endeblez teórica de la sociología de Weber y de la fenomenología de Husserl, el funcionalismo de Talcott Parsons amalgamó la sociología y arbitró el debate.²¹

El principio de “autodeterminación de los pueblos” impulsado por la utopía pacifista de Woodrow Wilson, en sustitución del equilibrio de poder imperante en el siglo XIX, no puso en cuestión el colonialismo en África y Asia.²² Si bien se insiste en esa omisión, muchos señalaron que en Europa persistían entonces Estados nacionales con poder suficiente para promover aventuras coloniales tardías como los casos de Italia y Alemania, que colisionaban con la geopolítica prevaleciente que expuso Halford Mackinder (1904). Para el autor de *“El pivote geográfico en la historia”* ya no cabía en el mundo la política expansionista de apropiación o anexión de nuevos territorios ni la de reivindicar irredentismos territoriales. La política de consenso entre las grandes potencias debía ser negociada mediante la instrumentación de la política de Estados-tapones o Estados satélites. En el Medio Oriente, el reparto colonial de lo que fuera el Imperio otomano se concretó con la adopción de nuevos tipos jurídico-legales. Nuevas políticas consensuales que fueron sostenidas por declaraciones unilaterales como la de Balfour (1917), por una diplomacia secreta como la del Pacto de Sykes-Picot (unilateralmente revelado por Lenin), por tratados como los de Sèvres y Saint-Germain-en-Laye (1920) y por resoluciones de organismos internacionales como la Liga o Sociedad de las Naciones, el Pacto de Varsovia o la OTAN (o NATO).

A pesar de los impedimentos legales consensuadamente gestados en el Tratado de Versalles, las políticas coercitivas colonialistas no se habían detenido. El fracaso en impedir la continuación del tráfico de opio, la imposibilidad de frenar la conquista japonesa de Manchuria (1931), la decepcionante

¹⁹ Atención, percepción, intencionalidad, habitualidad, corporalidad, espacialidad, y temporalidad.

²⁰ El interaccionismo simbólico como un pragmatismo (Cisneros Sosa, 1999).

²¹ Si bien la estrategia de investigación parsoniana, fundada en la teoría de sistemas, minimizaba el conflicto social, la sistematicidad de su contenido superó las contribuciones sociológicas de Raymond Aron, Carlo Antoni y Pietro Rossi, los tres autores celebrados por el crítico Gil Villegas.

²² Wilson estuvo inspirado en el jurista suizo Johann Buntschli.

mediación en la Guerra del Chaco detonada a raíz de las disputas energéticas entre Bolivia y Paraguay (1932-35), la omisión de condena del genocidio cirenaico (Libia, 1931) y de la conquista italiana de Abisinia en 1935 (a semejanza de Luis Bonaparte con su Intervención en México) se terminó por sellar la defunción de la Liga de las Naciones. Antes del genocidio de Kosovo, los organismos internacionales no intervenían, como ocurrió en los casos de los armenios en Anatolia o los judíos en la Europa dominada por la Alemania nazi, o se negaban a intervenir generando una ausencia de resonancia como en el caso del Consejo de Seguridad de la ONU en Ruanda. En el caso de Camboya, Vietnam intervino unilateralmente a última hora (1979) cuando el grueso del genocidio se había consumado y se retiró recién diez años después (1989).

Los nuevos tipos legales adoptados en Medio Oriente para producir el reparto colonial fueron los protectorados (mandatos como el de Palestina), las monarquías absolutistas (Arabia Saudita, Emiratos Árabes), las monarquías constitucionalistas (Jordania) y los Estados-nación (Siria, Líbano, Irak). Las resoluciones impartidas por nuevas organizaciones internacionales dispararon el soborno del funcionariado en el tráfico prohibido de armas y narcóticos, como se viene registrando con la corrupción en Afganistán, Tailandia, México (al igual que Gran Bretaña en la Guerra del Opio), Colombia y sus derivaciones en los países andinos y rioplatenses. La política de reparto colonial en Medio Oriente fue una tarea que se terminó de ultimar con la participación del sectarismo religioso, solapando el loteo entre maronitas, sunnitas, shiítas, y drusos.

En materia de reformas podemos observar que con motivo de la Tercera Revolución Industrial y su revolución cognitiva (o pasaje del conductismo al cognitivismo y la lógica computacional) se radicalizaron el capitalismo, la democracia y la ciencia (la Teoría Crítica). Y en palabras de Omar Aguilar Novoa (1998), Lukács intentó recuperar el marxismo como teoría crítica rehabilitando el concepto de totalidad y trató de equiparar la interpretación de la modernidad como proceso domesticador de la naturaleza (cosificación de Marx) con la racionalidad instrumental de Weber. Más tarde, en apoyo al cuestionado Lukács, la primera generación de la Teoría Crítica o Escuela de Frankfurt —la que había sufrido el nazismo— recogió el giro teórico lukácsiano y lo radicalizó.

4. Del bonapartismo nacionalista al totalitarismo nazi-fascista

En abierto contraste con la ideología liberal colonialista y el cientificismo positivista que había sucedido al liberal nacionalismo y al romanticismo emergió la ideología totalitaria fascista; y con la tercera ola revolucionaria, la tercera fase regresiva del péndulo de la modernidad. ¿A qué razones obedeció el surgimiento del fascismo?, ¿fue producto del espontaneísmo u obedeció a problemáticas más profundas provenientes del pasado histórico?, ¿acaso obedeció a la derrota que significó la política del Frente Único (estrategia de derrocamiento o maniobra) ensayada por la izquierda alemana (1921-24)? Para Ernst Nolte (1987), el fascismo resultó ser una política y una ideología de Tercera Vía o *Sonderweg*, a merced de la nueva brecha abierta en 1917 entre las ideologías bolchevique y democrática liberal. Para Emilio Gentile (2014), en su libro acerca de la Marcha sobre Roma (1922), el fascismo era una necesaria secuela de la Gran Guerra. Pero para la izquierda de su tiempo, el fascismo era un “capitalismo organizado totalitariamente” o un capitalismo de guerra (Alejandro Andreassi Cieri, 2009).

Quienes sostienen que el fascismo es una dictadura democrática moderna o un despotismo moderno, deben concluir que su origen se debe a un legado del bonapartismo del siglo XIX, a su *putschismo*, y al paramilitarismo al terror blanco de la Comuna de París, a los que se le añadían elementos originales referidos a su accionar innovador como el anticomunismo, el culto a la personalidad con su liturgia laica y la movilización de las masas. El fascismo fue entonces un fenómeno múltiple que incluía entre sus factores determinantes la abdicación del despotismo ilustrado en favor del socio-darwinismo y la restauración del absolutismo (como lo fue la intolerancia religiosa reanudada con la revocatoria del edicto de Nantes), sumado al bonapartismo (o cesarismo) y al liderazgo carismático y demagógico del *Duce* o del *Führer*.²³ A diferencia del *putschismo* bonapartista, cabe señalar que el *putschismo* fascista se caracterizó por ser previo a la toma del poder. En el caso del bonapartismo, el *putsch* de Luis Bonaparte fue practicado desde el poder.

¿Pero puede acaso el fascismo ser estudiado sin analizar la composición del Estado? ¿Quiénes eran los intelectuales capaces de analizar el Estado? El Estado había dejado de ser una entidad fija o estática interpretada por juristas (desde Bartolo hasta Grocio) para pasar a ser una entidad esencialmente dinámica, un organismo vivo interpretado por geógrafos embebidos de pensamientos geopolíticos —a instancias del pangermanista sueco Rudolf Kjellén (1916)—. Para explicar la descomposición del Estado liberal se jerarquizó la episteme geográfica con la tesis del espacio vital (Ratzel, Haushofer). Por otro lado, la antropología incorporó en el debate el papel de la raza. La cultura racista había dejado de ser el culto a una expiación conspirativa nutrida de una fuerza meramente ritual (estereotipada como chivo expiatorio) para pasar a ser una cultura de “antisemitismo redentor”, cargada de un mesianismo catártico o “fuerza apocalíptica”. Era esta una cultura que presumía de poseer una base científica que se fundaba en el social darwinismo (sintetizado con las tesis de Gobineau y de Mendel) y en el biologismo científico de unos antropólogos que colaboraron con el servicio secreto de la Gestapo y que luego se afiliaron a la SS (Weinert, Günther, Reche, Heberer, Gieseler). La cultura nazi entró a concebir una cultura racista regeneradora con una nueva y mortal estrategia de exterminio a escala industrial.

Pero los antropólogos no alcanzaron a explicar fenómenos históricos que iban más allá de la raza, como las guerras y las revoluciones. Para estas explicaciones hubo necesidad de recurrir a historiadores y sociólogos. La historia había dejado de concebirse como fruto de la lucha de clases y entró a ser definida por Pareto y Mosca como un cementerio de aristocracias, fruto de la circulación de las elites, y como un producto de desafíos y respuestas cíclicas, entendidas así por Toynbee. Estos nuevos giros teóricos venían a explicar las transiciones de la antigüedad clásica al feudalismo y del feudalismo a la modernidad. La grieta predominante en la república elitista del siglo XIX entre liberales y conservadores se amplió con la presencia de una violencia extra-estatal protagonizada por los paramilitares (guardias blancos, escuadristas, *freikorps*). Estas concepciones pusieron en duda la tesis que el fascismo procedía del bonapartismo, y abrió la puerta para incorporar en las interpretaciones el fascismo asiático con la Revolución Meiji en Japón y el totalitarismo comunista con la Revolución bolchevique en Rusia. La Rusia bolchevique había abdicado de la Gran Guerra con una paz separada

²³ El despotismo ilustrado había sido una reacción radical contra el absolutismo monárquico, y una enérgica crítica del despotismo oriental, incluido el otomano.

(Brest-Litovsk) y contra una guerra a la que los mencheviques se habían aferrado. Pero los bolcheviques, una vez que se hubieron encumbrado en el poder apelando a una estrategia militar ofensiva de guerra de maniobras, se involucraron en una guerra civil entre el ejército rojo y los guardias blancos que se resistían al comunismo. En este enfrentamiento, la grieta del bolchevismo con las democracias liberales se intensificó.

¿Podía acaso el fascismo ser estudiado sin analizar la cultura y la historia de los despotismos que lo precedieron? ¿Puede el fascismo ser estudiado sin analizar los mitos y las ideologías de esos despotismos? ¿Cuándo que el mito antisemita se asoció al origen del fascismo? ¿Acaso la cultura fascista italiana fue antisemita? ¿O el racismo antisemita se amalgamó a la cultura fascista tiempo después y mediante *Los Protocolos de los Sabios de Sión*? ¿Cuándo fue que *Los Protocolos* se asociaron al origen de la cultura fascista? ¿Por qué razón se demoró la vinculación de *Los Protocolos* con el fascismo? Richard Evans (2021) recuerda que Hanna Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* afirma que lo relevante no es si *Los Protocolos* son un fraude sino explicar por qué a pesar de haber sido en esa época rotundamente desacreditados, los fascistas y antisemitas seguían creyendo en *Los Protocolos* como una gran verdad ¿Acaso obedeció a la necesidad de un giro teórico que legitimara su lucha? ¿O se debía al hecho que el Estado y la cultura racista habían cambiado de naturaleza?

El giro fascista en la Alemania de la primera posguerra, condicionado por una revolución conservadora, precipitó alianzas de políticos que eran veteranos de guerra con paramilitares, o *freikorps*, que ejercían una violencia por fuera del Estado y una cultura mítica que estigmatizaba al judío como chivo expiatorio (Traverso, 2003). Pero ese desborde del Estado y esos políticos que existieron en Alemania, en otros lugares como los Balcanes y Rusia apenas existieron. Desaparecidos los Imperios otomano y zarista, por no haber experimentado el tránsito de la nobleza de espada a la nobleza de toga, en los Balcanes y en Rusia los Estados-naciones que lo sucedieron (Grecia, Serbia, Montenegro, Rusia menchevique) poseían burguesías y burocracias muy endebles. El Imperio otomano había perdido el esplendor del Gran Turco, y lentamente se había convertido en el “Hombre enfermo de Europa”, pues había abandonado Hungría y Transilvania a manos de los Habsburgos, había sido derrotado por las tropas mameluco-egipcias de Mohammed Alí (Anderson, 1979, 394) y sus reformas, conocidas como *Tanzimat*, fracasaron estrepitosamente (1839-78). Rusia había perdido el brillo de Catalina la Grande, su intelectualidad occidentalista quedó amedrentada por la intelectualidad eslavófila y su ejército terminó derrotado por una coalición de países occidentales (Francia, Reino Unido y Piamonte) en la Guerra de Crimea (1854) y por el Imperio del Japón en el Pacífico (1905), convirtiéndose en el segundo “Hombre enfermo de Europa”.

El resultado de dichas patologías fue la producción de sendas revoluciones que hicieron desaparecer a esos imperios. Los Jóvenes Turcos en el Imperio otomano y los Bolcheviques en Rusia se encargaron de ultimar los procesos revolucionarios. De resultas de esas revoluciones se registraron sendas dictaduras y calamidades políticas: en Turquía una dictadura étnica y el genocidio armenio, y en Rusia la dictadura de clase del proletariado y la revolución mundial se redujeron a la disolución de la Duma, a la guerra civil, al genocidio por hambruna u “*Holodomor*”, y a la estrategia política titulada “socialismo en un solo país”. El genocidio de los armenios (cristianos orientales) en la anatolia otomana fue obra de los Jóvenes Turcos (1915-16) y tardó mucho en ser reconocido por quienes se resistían a

denominarlo bajo ese calificativo. En Rusia, la hambruna acabó con la comuna campesina. El Zar Iván IV, el que bautizó a Moscú como la Tercera Roma (cuando se da la caída de Constantinopla) había adscripto los campesinos a la tierra al prohibirles salir del feudo (1580), pero también permitió que se los vendiera —por separado de las tierras en las que trabajaban— en lo que para Perry Anderson constituía “una situación de dependencia personal cercana a la esclavitud” (Anderson, 1979, 225). Esto lleva a preguntarse qué entendemos por servidumbre y si no se trata de un eufemismo. Esa misma servidumbre fue parcialmente abolida en 1861 y en la Rusia Soviética se terminó de liquidar conjuntamente con la comuna (*mir* u *obschin*), sustituyéndose por una colectivización forzosa en granjas estatales o *koljoses* (Jerome Blum, 1961; Amanda Leal, 2011).

Todas estas fatalidades juntas dispararon en Occidente, a partir de la década del treinta, la planificación de una sociedad civil entrecruzada con el Estado (Keynes) y un sistema monetario donde el patrón oro y la libra esterlina fueron sustituidos por el patrón dólar. Su resultado fue el Estado de bienestar que se puso bajo la disyuntiva de ser asemejado al capitalismo occidental o equiparado al socialismo real. En Alemania, tras el epílogo de la República de Weimar (1933) se incursionó en la cultura de masas del nacional-socialismo. Y en materia intelectual, la Teoría Crítica produjo en la década del cuarenta el giro epistemológico hacia un pesimismo de la razón instrumental, el mismo que inicialmente había sido incriminado por Weber como una funesta antesala de especialización o “jaula de hierro”.

Una vez producido el genocidio nazi, el juicio al Holocausto se había tornado para Hannah Arendt (1963) en un drama histórico que excedía al pueblo judío, pues alcanzaba a toda la humanidad, y correspondía que fuera juzgado por un tribunal internacional y no solo por el Estado de Israel. Posteriormente, la finalidad del género historiográfico de los “estudios sobre genocidio” que siguieron a los estudios del Holocausto consistió en detectar y/o prevenir atrocidades humanitarias futuras. Robert Melson (1992) ilustró sobre la similitud del genocidio judío con el genocidio armenio que habían generado los Jóvenes Turcos con su Revolución en la que colaboraron asesores militares alemanes (Vahakn Dadrian abundó sobre el negacionismo turco); y Edward Kissi (2006) reveló que las revoluciones no tuvieron respecto de los genocidios los mismos efectos. Si bien la revolución en Camboya derivó en un genocidio, la revolución socialista en Etiopía no tuvo un final semejante porque el genocidio requiere para su gestación cumplir con prerequisites muy puntuales.

Por otro lado, si hemos de tener en cuenta que una cosa es el elemento socio-histórico del racismo y otra muy diferente la práctica del genocidio, debemos concluir que no toda cultura racista culmina en genocidio ni todo genocidio proviene de una cultura racista. Hannah Arendt y Raul Hilberg habían concebido que el Holocausto no necesitó del antisemitismo para que tuviera lugar, y Daniel Feierstein (2007) categorizó el proceso de reformulación de relaciones sociales en seis momentos o fases (otredad negativa, hostigamiento, aislamiento, debilitamiento, exterminio). Pero la eficacia del Holocausto no residió para Arendt y Hilberg en las políticas estatales que se impartían desde arriba por dirigentes fanatizados por una ideología profética (Hitler, et. al.) sino en la perseverante existencia de una burocracia estatal y corporativa compuesta por individuos banales y simples desprovistos de toda ideología. Esta burocracia era en la Alemania de entre guerra heredada de un imperio tardío (con

colonias en África y Asia) que había dejado de existir por obra de la Gran Guerra y del Tratado de Versalles pero que supo metamorfosearse en un Estado-nación liberal.

La media docena de episodios que sirvieron como precedentes del Holocausto y que tuvieron una marcada incidencia fueron la destrucción de Cartago por los Romanos, la Renacentista Conquista Ibérica del “Nuevo Mundo” adjetivada como “Leyenda Negra”, la absolutista guerra de Flandes (el Vietnam del Imperio Español), la positivista conquista anglosajona o Conquista del Oeste, la migración forzada de esclavos desde África a América, y las guerras coloniales en África y Asia. La brutalidad de la coerción en el Estado Renacentista (las deportaciones y reducciones de indígenas) ocurrieron desde el mismo Descubrimiento de América. La reducción de los indígenas americanos (caribeños, yaquis, muiscas, tolimas, araucanos, abipones, guaycurúes, tobas, mocovíes, calchaquíes, minuanes, ranqueles) ocurrieron a lo largo de todo el proceso colonizador hasta antes de producirse la Revolución de Independencia, en que muchas de las etnias fueron declaradas extintas como los Caribes en Dominicana, los Chibchas en Colombia, los Huarpes en Cuyo, los Comechingones en Córdoba, los Charrúas en Uruguay, los Izoceños en Bolivia, los Angaité, Enlhet, Maka y Nivacle en Paraguay, los Tapuios en Goiás (Brasil), o los reducidos Quilmes en Exaltación de la Cruz. El genocidio de los indígenas o pieles rojas norteamericanos (Sioux, Apaches, Comanches, Navajos, Cheyenes, Cherokees) también ocurrieron mientras se deportaba a los Seminolas de Florida a los fortines de Oklahoma. Pero muchas otras etnias o comunas pudieron sobrevivir hasta el presente, merced a políticas colonialistas de consenso como los Quechuas en Perú, los Aymaras en Bolivia, y los Mapuches en Chile

Paralelamente a la política de coerción (extinción o genocidio) recaída en numerosas etnias, en los estados del *Deep Sout* se perpetuaba la política esclavista de los africanos que habían sido forzados a migrar desde el Golfo de Guinea por el comercio triangular con África ¿Pudieron los africanos ser esclavizados y no así los indígenas? No se trata de saber si el esclavismo fue genocidio, y por qué razón los africanos y no los indígenas fueron esclavizados, sino saber el grado en que la esclavitud se encuentra entre las causales del segregacionismo que llevó a la extinción, un genocidio *sui generis*. Está claro que los africanos vinieron esclavizados desde África y que fue en África donde siendo campesinos fueron transformados en esclavos. Y que una vez en América, a pesar de las fugas y del cimarronaje refugiado en los palenques, los africanos no pudieron resistir la esclavitud pues estaban “desarraigados, separados de su tribu y de su tierra” (Roberto Vila De Prado, 2017). Pero reconocer que existió una impotencia no significa que hubo un consentimiento.

Más próximo al Holocausto en el tiempo fueron las guerras coloniales en África y Asia, y los genocidios de africanos en el Congo y Namibia y de indígenas en el Amazonas. El genocidio en la explotación del caucho ocurrió en el Congo belga (actual Zaire) y luego en la Amazonia colombiana, en la margen septentrional del Río Putumayo (1885-1906). Entre las políticas imperialistas del Kaiser, que sucedieron a Bismarck, se destacaron la represión sangrienta de la rebelión Bóxer en China (1900) y cuatro años después el genocidio de los Bosquimanos de Kalahari y de las etnias Herero y Namaqua en Namibia (1904-08). La rebelión de los Bóxers había ocurrido a renglón seguido de la corrupción experimentada por los mandarines confucianos (Pablo Ariel Blitstein, 2018). Los llamados “Estudios de Genocidio” contribuyeron a reconocer la naturaleza genocida de los diez estadios o etapas de

internación y relocalización forzada sufrida en USA por los originarios o nativos (Gregory Stanton, 2013). En Guatemala, en los estertores de la Guerra Fría, los indios mayas sufrieron una política represiva de “Tierra Arrasada” (Ben Kiernan, 2019). Y el genocidio haitiano en República Dominicana llamado “El Corte” (Masacre del Perejil, 1937) fue obra del Dictador Rafael Trujillo en aras de una política fascista y de una homogeneidad racial, lingüística y religiosa dominicana. Una política recelosa de la lengua *créole* y del credo *vudú*, impuesto bajo la indiferencia de la “Política del Buen Vecino”.

A diferencia de la América Ibérica, la política coercitiva reflejada en las deportaciones del indígena norteamericano (1865-1893) estuvo fundada en una ideología, la del “Destino Manifiesto”, celebrada como una épica de la civilización occidental por el cine de Hollywood y complementada con la teoría del poder naval elaborada por el Almirante Alfred Mahan. Estas deportaciones habían arrancado con la cultura y la política racista del presidente Andrew Jackson (una contrafigura de los “Padres Fundadores”) consistente en relocalizar forzosamente a los indios en campos de internación ubicados en el Lejano Oeste (Oklahoma). Dichas relocalizaciones —que culminaron en un desigual proceso de fosilización y extinción étnica— fueron recomendadas por Hitler como una enseñanza a imitar para la germanización de la población eslava, que debía practicarse en el “espacio vital” del oriente europeo (Traverso, 2003). El “Destino Manifiesto” era una política de Estado que —no debe confundirse con la ideología utópica del “sueño americano” de los peregrinos puritanos ni con el sueño antirracista que busca vencer al tiempo de Martin Luther King)— fue invocado como la estrategia del excepcionalismo americano, o *sonderweg* (vía especial) en el léxico germanófilo.²⁴ Era esta un subterfugio ideológico para seducir al estadounidense con el mito de ser un “pueblo elegido”, lo que vino a enmascarar el franco crecimiento de una cultura racista.²⁵

Asimismo, el genocidio congoleño fue perpetrado por concesionarios privados privilegiados por el Rey Leopoldo II de Bélgica y bajo la coacción de la llamada “*force publique*” (1891-1906). El subterfugio discursivo alegaba tratarse de una “misión civilizadora” que operaba tras haber abolido la esclavitud (Traverso, 2022). Pero esa “misión” no la eximía de ser caracterizada como una política genocida (Tony Barta, 1987). Y el genocidio amazónico o “Escándalo del Putumayo” (1893-1912) fue cometido en el afán por “siringar” el caucho silvestre por parte de la Casa Arana (que cotizaba en la Bolsa de Londres). El agente irlandés Roger Casement, que venía comisionado por el *Foreign Office* desde el Congo fue quien denunció la masacre (retratado por Vargas Llosa en *El sueño del celta*).

Esta media docena de precedentes no ocurrieron al unísono, sino que transcurrieron en una larga secuencia no-lineal, que se retroalimentaban entre sí en forma cada vez más acelerada como en una cadena de montaje. La Conquista de México y Perú ocurrió un milenio después de haber ocurrido la Destrucción de Cartago. Las masacres de la guerra de Flandes ocurrieron en el mismo siglo en que previamente habían acontecido las conquistas de México y Perú. El genocidio de la Conquista del Oeste ocurrió dos siglos después de ocurrida la guerra de Flandes. Los genocidios congoleño y amazónico —que arrancaron con el *boom* del caucho (1879)— ocurrieron cuando el tráfico de

²⁴ En su autorreflexión “Yo tengo un sueño” Martin Luther King reconoció que sus esperanzas procedían de la tradición onírica del Mayflower.

²⁵ El máximo expositor del excepcionalismo americano fue el esclavista secesionista John C. Calhoun.

esclavos y la denominada Conquista del Oeste hacía tiempo se habían consolidado, la colonización del Salvaje Oeste se había afianzado desde el descubrimiento del oro en California (1848), y más aceleradamente desde el fin de la Guerra Civil (1865). El genocidio en Namibia por los alemanes y las guerras coloniales en África y Asia operaron mientras el genocidio congoleño de los belgas estaba en plena ejecución. Por último, el genocidio de los armenios por los turcos nacionalistas comenzó cuando el genocidio de los alemanes en África ya había culminado.

Con esta media docena de precedentes, notoriamente diferentes entre sí, y que costó un gran esfuerzo internacional para que fueran identificados y reconocidos como políticas genocidas se conformó el contexto histórico más inmediato en que pudo operar la criminal política del Holocausto, sin perjuicio de los cuatro tipos de cultura racista que habían funcionado como precursores históricos del antisemitismo moderno. Más aún, el que la República de Weimar hubiera capitulado, se hubiera transformado aceleradamente en un Estado totalitario, y a partir de la II Guerra en un Estado genocida, confirma la relevancia que significó el antecedente histórico de la derrota militar en la Gran Guerra, muy superior a la significación que tuvo la Revolución Bolchevique. En suma, la culminación de la cultura fascista en las cámaras de gas y a un ritmo acumulativo a medida que en el frente oriental se precipitaba la derrota ilustra sobremanera la intensidad con que se impuso una etapa de profunda desaceleración en la historia pendular del mundo (debate Broszat-Friedländer).

5. Del totalitarismo nazi-fascista al totalitarismo estalinista

Para quienes sostienen que el totalitarismo es la culminación de una historicidad autoritaria, la cuarta fase regresiva del péndulo de la modernidad tiene en común el culto a la personalidad y el genocidio (*holodomor* y *gulag*). En ese tiempo de la segunda posguerra, y aún bajo el influjo del nacionalismo del treinta, del *New Deal* y de una ola de estereotipos culturales racistas, antisemitas y antisiaíticos, fomentados en USA por el macartismo del senador Joseph McCarthy (con su caza de brujas y sus listas negras), y del entonces director de la CIA Edgar Hoover (quien sospechando la dominación judía mundial ordenó corroborar la existencia de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*), así como por el mito de la conspiración comunista global inspirada desde lo más alto del poder (Eisenhower, Dulles), el filósofo alemán Jürgen Habermas revisó en *Historia y crítica de la opinión pública* (1962) la noción de esfera pública y su dimensión emancipadora.

En este tiempo inaugural, Habermas se prodigó en *Teoría y Praxis* (1963) con giros epistemológicos cada vez más radicalizados, que incluían críticas al aristotelismo por parte de Maquiavelo y Moro, al derecho natural de Hobbes, a la Revolución Francesa y el jacobinismo interpretado por Hegel, a la dialéctica material de la historia o materialismo histórico de Marx, y a la "idea de una contracción de Dios" como origen del mundo de Schelling. Ese mismo año, Habermas polemizó con Karl Popper en *Apéndice a una controversia* (1963) acerca de la relación entre la teoría positivista por un lado y la triple problemática del objeto, la experiencia y la historia por el otro.²⁶

²⁶ A juicio de Thomas McCarthy, Popper formula su teoría del conocimiento como una epistemología sin sujeto cognoscente, y la teoría de Kuhn como un intento de tematizar la estructura de comunicación de la comunidad científica como sociología del conocimiento.

Dos años después, la estrategia de investigación de Habermas radicalizó su giro teórico en *Conocimiento e Interés* (1968) donde desarrolló la paridad conceptual razón comunicativa y razón instrumental (1968). Esta creciente diferenciación de la esfera pública y su dimensión emancipadora requirieron un uso público de la razón a través de la prensa y la sociabilidad burguesa que le permitieron al ciudadano poder enfrentar al Estado. Pero veinte años después, en la década del ochenta, Habermas sintetizó sus giros teóricos en la *Teoría de la Acción Comunicativa* (1981). Habermas incursionó en lo que Gramsci entendía como formas coercitivas de ejercer el poder (nazi-fascismo, totalitarismo, populismo) y Sheldon Wolin la organización estatal del poder (conectividades, niveles simbólicos, formas de entendimiento, constituciones, instituciones, reformismos). En este trabajo nos vamos a referir a los distintos casos de populismo ocurridos en el mundo, desde el populismo clásico (Nasserismo, Varguismo o tenentismo, Cardenismo, Peronismo) hasta el más reciente populismo periférico (Suharto, Pol Pot, Idi Amin, Ríos Montt, Milosevic, Fujimori, Maduro, Kirchner).

En disenso con el giro epistemológico de la primera generación de la Teoría Crítica, Habermas —como integrante de la segunda generación de dicha teoría— vino a producir en ella lo que se dio en llamar un giro normativo, un giro hacia una perspectiva ontológica de la Tercera Vía. Es decir, la necesidad de responder a la esencia del ser humano, y también a la necesidad de cuestionar el comprensivismo weberiano. Ahora bien ¿En cuál lugar del discurso filosófico debe residir el giro teórico? El giro en esta instancia reside para Habermas en la interacción lingüística y en la racionalidad comunicativa, que vino a desplazar la centralidad del paradigma sujeto-objeto propio de la filosofía de la conciencia. Era ésta una filosofía “que no le había permitido a la primera generación de la Teoría Crítica elaborar una nueva forma de síntesis social no patológica” (García Vela y Longoni Martínez, 2020, 28). Una investigación, con un giro teórico mucho más radicalizado, el de la interacción individualizante o acción comunicativa que vino a sustituir la creencia en la racionalidad weberiana.

En una primera instancia, Habermas venía de revisar en *La lógica de las ciencias sociales* el giro lingüístico que había sustituido a la conciencia del sujeto.²⁷ Con ese antecedente, Habermas se centró en diversas dimensiones que van desde la diferenciación segmentaria primitiva con las dimensiones demográficas (edad, sexo, residencia) y las dimensiones preestatales de las sociedades neolíticas (jefaturas, chamanismos) hasta las dimensiones estatales de reinos e imperios (monarquías, diarquías, dinastías, linajes, estamentos, regencias).²⁸ La sociedad de antiguo régimen en Europa y su periferia estuvo conformada por la legitimidad dinástica de las casas reales, por la endogamia del estamento nobiliario (incesto, varonía, nepotismo) y sus dimensiones parentales (primogenitura, morgantismo). También por la legitimidad electiva del clero identificado con el papa-cesarismo, la infalibilidad papal,

²⁷ El aprendizaje colectivo entre personas eleva el saber intuitivo de la vida cotidiana. De ahí que entre generaciones se imponga mantener la integración del sistema social.

²⁸ Los niveles de diferenciación sistémica se innovaban. Para probarlo, Habermas se remontó a la sociedad primitiva, cuando con el surgimiento del estado fueron desapareciendo las supervivencias del parentesco (canibalismos, pótlatch, matriarcados). Análogamente, en la sociedad estamental de Antiguo Régimen, la soberanía popular (asambleas, convenciones, congresos), la división de poderes y la especialización del estado en funciones colectivas (militares, diplomáticas, sanitarias, educativas, electorales) erosionó la supervivencia de la sociedad de rangos o estamentos.

la censura (o *Index*), el marranismo forzado,²⁹ el sexismo sacerdotal,³⁰ y el barraganismo clerical (estudiado por Juan Méndez Avellaneda).³¹ Y por la legitimidad venal del Estado llano o burguesía plebeya, configurada por la exogamia y la política patrimonialista en los cargos públicos (noblez de toga).³²

En una segunda instancia —a diferencia de la dicotomía conocimiento e interés— Habermas desacopló la totalidad de la acción (o conducta) en dos niveles rompiendo con el holismo de Marx y generando así un par de dilemas. Por un lado, en la reproducción del mundo socio-cultural de la vida que acumula el trabajo interpretativo de generaciones pasadas; y por el otro, en la cada vez más abstracta racionalidad formal del sistema social o material de representación (de dinero y poder). Es decir, para poder recuperar la Teoría Crítica, Habermas elaboró una ruptura epistemológica alrededor de la idea de razón. Para ello distinguió dos tipos de racionalidad, la sustantiva del mundo simbólico de la vida que representa la perspectiva interna o *Lebenswelt*, y la formal del sistema que representa la perspectiva externa (una distinción que fue muy cuestionada por Francisco Gil Villegas, 2005). Dicha recuperación de la Teoría Crítica replanteó la historicidad (articulación de pasado, presente y futuro) reconstruyendo la legitimidad destruida por el desorden nihilista que Carl Schmitt había engendrado durante la entre guerra, al cuestionar el sistema de legitimidad de Weber fundado en la legalidad.³³

En una tercera instancia, Habermas diferenció el nivel simbólico mundo de la vida en tres esferas de acción: la cultura, la sociedad y la personalidad (tomada de Parsons y éste de Durkheim). El concepto mundo de la vida había sido en conjunción con Popper crecientemente descentrado en tres Estados (objetos físicos, estados de conciencia, y contenidos objetivos de pensamiento), o al decir del epistemólogo Alfred Tarski en tres aproximaciones racionales a la verdad (objetiva, social, y subjetiva) y en tres actitudes básicas (objetivante, conforme con las normas, y expresiva). ¿Cómo ejerce la cultura el impacto sobre la acción (incluido el tratamiento de la naturaleza o medio ambiente), cómo establecen las pautas de intersubjetividad o interacción recíproca entre los sujetos, y cómo estructura un modo de ser personal en los individuos? Cada una de estas tres esferas obedece a su propia lógica; y es relevante para preservar la intersubjetividad que emerge de los procesos de racionalización: objetiva, social y subjetiva.³⁴

²⁹ La gesta del marrano de Marcos Aguinis.

³⁰ La discriminación de la mujer en el sacerdocio del catolicismo.

³¹ El feminismo barragano, al desafiar en el Río de la Plata la tiranía de Rosas, pudo lo que en décadas no había logrado la resistencia civil y militar, pero pagándolo con las vidas de Camila O'Gorman y el Pbro. Ladislao Gutiérrez (*Camila la antihistoria* (Juan Méndez Avellaneda, 2019).

³² En América Latina, las juntas reemplazaron a los cabildos (se renovaban anualmente y su condición era ser vecino propietario matrimoniado).

³³ Gil Villegas caracterizó esta antítesis como una dicotomía típico-ideal entre la acción instrumental y la comunicativa, y la adjudicó a una distorsión filosófica proveniente del idealismo clásico alemán.

³⁴ Arturo Santillana Andraca (2011) se pregunta si las tres esferas de acción se encuentren mediadas por un poder, que al racionalizarse deja de ser una relación social y se institucionaliza en una categoría del sistema, la de la burocracia, en la acepción que le asignó Weber. La burocracia liberal cuenta con una decena de virtudes: "precisión, rapidez, univocidad, oficialidad, continuidad, discreción, uniformidad, subordinación, y ahorro de fricciones y de costes objetivos y personales". A diferencia de esa burocracia liberal, la del socialismo real nunca alcanzó a consumir las virtudes que la hubieran transformado en el "espíritu coagulado" (máquina) que jamás llegó a ser. La burocracia soviética se volvió patrimonialista,

Y en una cuarta instancia, no satisfecho con haber diferenciado el nivel simbólico del mundo de la vida, Habermas rompió el subnivel sistémico material: dinero-Estado ¿Qué entiende Habermas por dicho subnivel? Para asegurar la reproducción del saber las tres esferas de valor tienen que quedar conectadas con los sistemas culturales (ciencia, derecho, arte).³⁵ Las tres esferas de acción deben institucionalizarse para asegurar la producción del saber. A tal punto se condicionaron institucionalmente los sistemas de saberes (ciencia, derecho, arte) y los sistemas de poderes (mercado, capital, burocracia), que se dio la paradoja que esos sistemas de saber y poder entraron a colonizar el mundo de la vida “a costa de la integración social, esto es, a costa de la racionalidad comunicativa”.³⁶

Por último, Habermas se puso a analizar los desórdenes o perturbaciones que habían llevado a la barbarie de la guerra y el genocidio. Con algunas diferencias, los desórdenes son para Habermas lo que las perturbaciones fueron para el africanista Georges Balandier y el caos para Edgar Morin. En el proceso organizativo, el combate contra los desórdenes se debe practicar mediante los actos sistémicos de poder (coordinación), y mediante el accionar de los poderes económicos monetizados e institucionalizados con el dinero. Hasta el presente, los poderes políticos institucionalizados en el Estado y las élites políticas han estado burocratizados, corrompidos y ralentizados. Y los poderes económicos monetizados y monopolizados han contaminado las leyes del mercado al extremo de exponer la llamada “mano invisible” a las inclemencias de la corrupta intemperie mundial.³⁷

Los “desórdenes” producidos por las guerras y los genocidios se trasladan a las tres esferas de la acción racional. En la cultura los “desórdenes” se manifiestan como pérdida de sentido (desolación, angustia); en la sociedad como anomia (alienación, hostilidad trabajo-capital, especialización); y en las personas como enfermedad (adicciones, neurosis, afasias, amnesias, fobias, obsesiones, pesadillas, alucinaciones, fabulaciones). En ese trágico teatro de enfermedades y de pérdidas de libertad y conciencia de sujeto, la esfera cultural es la más proclive a trasladar la crisis a las otras dos esferas (sociedad y persona), un drama que suele anticipar la formación de sociedades-Estados fallidas y de personalidades fracasadas.³⁸

Los desórdenes de la racionalidad originan, para Weber, las patologías de la modernidad y provocan sus crisis orgánicas (herejías, guerrillas, golpes) hasta culminar en la inquisición, el partido único, la guerra y el terror, como con Giordano Bruno. Por el contrario, para Habermas no es posible aceptar

prebendaria, sultanizada, e impune, conocida como *apparátchik*, o una casta apelada “nomenklatura”, y hoy representada por los “oligarcas rusos”. En la periferia, la copia fue la clepto-nomenklatura de los populismos (chavistas, orteguistas, kirchneristas). El problema planteado por una burocracia *nomenklada* y no por una relación social Habermas lo resolvió ubicando las relaciones de poder en la construcción sistémica. La tensión entre los análisis que se inclinan por un estudio del sistema social de representación y quienes lo centran sólo en el mundo de la vida debe ser resuelta “por una teoría que atienda ambas dimensiones del análisis”, y que conciba en ella un horizonte moral.

³⁵ Las ideas forman esferas culturales de valor, y unidas con intereses, forman los órdenes de la vida.

³⁶ Gil Villegas señaló que la clasificación en sistemas corrobora que Habermas incurre en el reduccionismo de fragmentar la noción de racionalidad de Weber para darnos una representación idealista y parsoniana de Weber.

³⁷ El desacoplamiento del sistema con el mundo de la vida Habermas lo ejemplificó cotejando las sociedades arcaicas con las sociedades primitivas de los antropólogos durante la colonización europea del siglo XIX

³⁸ Cuando se destruyó el Círculo de Viena luego del asesinato de Moritz Schlick (1936) la crisis culminó con la anexión de Austria, replicando lo que había intentado en México Luis Bonaparte con la pretensión de recolonizar América Latina.

que estas últimas fueran simplemente patologías. En su lugar, Habermas había concluido que dichas patologías tenían su origen en los fracasos para institucionalizar la racionalidad en mecanismos propios del sistema como el mercado y la burocracia. Pareciera entonces que para el Habermas de la democracia participativa la participación democrática se colmaba solo mediante el accionar comunicativo impulsado por el giro lingüístico.

6. Del totalitarismo al populismo

Una vez desaparecido el totalitarismo con la Caída del Muro, la quinta fase regresiva del péndulo de la modernidad devino con el populismo, cuyo origen debemos convenir que provino del fascismo, con el cual tiene en común el anticomunismo y el movimientismo (o movilización de las masas), incentivado con el cebo de un distributismo falaz. Pero también tiene otros factores que son inéditos como la concepción clientelista del poder que transforma al ciudadano en cliente, y el de la burocracia como prebenda que es una concepción patrimonialista del Estado donde se confunde lo público con lo privado; a los que hay que sumar el neutralismo en las guerras, la idealización de un pueblo imaginario (al que le adjudican valores justicieros y morales) diferenciado en forma maniquea con la del anti-pueblo, y la revisión del pasado histórico hipertrofiada y esencialista donde se estigmatiza a las elites como responsables de haber dislocado y extinguido una comunidad originaria o *Gemeinschaft* (Guy Hermet, 2003, 8; Sebastián Barros, 2012, 148).

La descomposición que estaba padeciendo el mundo durante la Guerra Fría entre los grandes bloques (totalitarismo-democracia) obedeció al impacto del anticolonialismo y del antisovietismo en los frentes políticos, diplomáticos y académicos. La disolución del colonialismo europeo y del totalitarismo del Imperio Soviético fue el producto del descongelamiento de la Guerra Fría. La descomposición del frente diplomático obedeció a la formación de nuevas coaliciones como la Conferencia de Bandung (1955), y la descomposición del frente académico obedeció a los discursos anticolonialistas de los intelectuales de izquierda como Sartre, Camus y Fanon. La descomposición del frente político obedeció al antiimperialismo de los regímenes populistas clásicos (Nasserismo en Egipto, Varguismo en Brasil, Peronismo en Argentina), y al antisovietismo de las insurrecciones populares en Budapest (1956) y Praga (1968), que habían roto con el totalitarismo político y el monopolio ideológico del socialismo real. Y la descomposición del Imperio Soviético se inició a partir de la muerte de Stalin (1953) seguida por una serie de acontecimientos traumáticos como el Informe Secreto al XX Congreso del PCUS que denunció los crímenes de Stalin, la resistencia de una Berlín bloqueada visitada y defendida por Kennedy (1963), y la cadena de protestas desatada en Francia y conocida bajo el nombre de “Mayo en París” (1968). Como una secuela tardía de esas protestas y de las insurrecciones de Checoslovaquia (o Primavera de Praga, VIII-1968) y de Afganistán (1979) contra las invasiones Soviéticas, se produjo más tarde para la terminología de Heller y Fehér la cuarta ola revolucionaria con la repentina e imprevista Caída del Muro de Berlín (1989) seguida por el reformismo o deshielo de la Unión Soviética denominado *Perestroika* (1991), y paralelamente la paradójica gestación en China de la Masacre de Tiananmén.

En ese contexto político, y como reacción a su propia teoría de la democracia participativa Habermas formuló la teoría de la democracia deliberativa. Con esa nueva teoría, Habermas terció en la discusión

entre liberalismo y republicanism, incorporó el debate sobre los Derechos Humanos y contrarió las creencias de Nolte (1987) en la superioridad de la diferencia entre democracia occidental y socialismo leninista. Derivado de su antiguo tratamiento de la esfera pública, Habermas polemizó con John Rawls, el líder intelectual del liberalismo político (Raz, Dworkin, Nozick).

Este segundo giro teórico de Habermas era una Tercera Vía, un giro político-moral multiculturalista que provenía del afán de superar la democracia participativa y el giro normativo que habían estado presentes en su *Teoría de la Acción Comunicativa* (1981). ¿Para liberar el potencial de racionalidad y para generar integración social no es necesario acaso que el lenguaje funcione en forma consciente y crítica? ¿El lenguaje, en la acción estratégica opera acaso como un mero transmisor de información? En ese sentido, el giro pragmático que produjo Habermas en la década del sesenta en sustitución del giro normativo derivó en jerarquizar la objetividad con que se emplea el saber (lenguaje, memoria y destreza técnica incluidos) por encima de la mera posesión informativa. La acción comunicativa (o interacción) excede al lenguaje y descansa en las formas de interacción humana, en la coordinación de acciones, en los modelos de racionalidad, en los paradigmas filosóficos, y en discursos condicionados por pretensiones de validez universal: inteligibilidad, verdad, veracidad y rectitud normativa.³⁹

A partir de este nuevo giro teórico Habermas veía el futuro de la humanidad con relativo optimismo pese al horror de los nuevos genocidios ocurridos en Biafra (1967-70), Camboya (1975-79) y Timor Oriental (1975-99). En este segundo tiempo, Habermas (1983) revisó en *Conciencia moral y acción comunicativa* (1983) su estrategia para fundar la modernidad en la legalidad tal como la había formulado Weber. Habermas sostuvo que los procesos secularizadores y los procesos post estatistas-nacionales estaban agotados pues los nuevos giros políticos se debían fundar en la moral, específicamente en la teoría moral del psicólogo Lawrence Kohlberg (1955).⁴⁰ En *Facticidad y Validez* (1992), Habermas confirmó su tesis que la modernidad no está agotada como lo pretenden los posmodernos (Lyotard, Castoriadis, Vattimo, Agamben) sino que está inconclusa o su dinámica inacabada pues debe ser continua (Heller y Fehér, 1994, 139 y 147), y que hay que fomentarla para no volver a caer en la barbarie de la guerra, el terror y el genocidio que se había experimentado durante el fascismo. Habermas discutió sobre los medios de comunicación (a los fines de emancipar el mundo de la vida de la lógica sistémica), luego debatió primero en 2001 con Karl-Otto Apel sobre la ética del discurso, y tres años después en 2004 polemizó con el Cardenal Ratzinger acerca de la compatibilidad de la religión con la modernidad tardía.

A comienzos del nuevo siglo XXI, cuando las redes sociales virtuales reemplazaron la cadena de montaje, Habermas volvió a discutir su política, desde lo moral pero también desde un punto de vista entre naturalista y antropológico. Habermas vino impulsando la noción de legitimidad legal alegando

³⁹ A partir de las tres pretensiones de validez universal Habermas recuperó los tipos weberianos de racionalidad, la orientada al entendimiento y al saber, que engendra una acción comunicativa vinculada al mundo de la vida, parecido a lo que Weber denominó "conforme a valores"; y la orientada al éxito, la misma que Weber denominó "con arreglo a fines [Zwekrationalität]".

⁴⁰ Kohlberg había desarrollado los modos típicos de razonamiento moral en seis estadios históricos.

la necesidad de incluir un núcleo moral ignorado por Weber y una revisión cognitiva del evolucionismo darwiniano (López Hernández, 2009, 161).

Luego de la Caída del Muro de Berlín, que acabó con la dictadura burocrática del socialismo real, y en medio del nuevo orden mundial que le siguió (Consenso de Washington), los rusos y también los latinoamericanos y los europeos redescubrieron la religión y la historia.⁴¹ Poniendo en cuestión la relación entre modernidad y secularización, y bajo el influjo del proceso desatado con la Caída del Muro, Habermas (1991) llamó primero a una revisión de la izquierda, y siete años después reveló que las religiones tradicionales habían ocupado la vacante dejada por la religión secular del Marxismo. En un giro post secular y post normativo, Habermas (1998, 2005) descubrió que la religión se “desprivatizó” y se “deseccularizó”, que en la fe religiosa cabe la racionalidad, y que la tolerancia religiosa durante la Ilustración (el *Natán* de Lessing de 1779) había sido precursora del derecho humano a la cultura. En su nuevo interés por las creencias religiosas, Habermas polemizó —fundado en John Rawls, Robert Bellah y Paul Weithman— con el filósofo Paolo Flores D’Arcais en 2008 acerca de cómo se abrió la religión a la ciencia, y cómo en esa apertura la religión contribuyó a la construcción racional de la ética y la política.

En segundo término, en un giro post nacional, Habermas (1998, 2000) observó para el caso europeo (pero extrapolable a otros continentes) dos cuestiones que reactualizaban los debates sobre la presencia del Estado en Oriente y Occidente (el constitucionalismo del siglo XIX y el historicismo de la II Internacional). En su obra *“Materialismo y empiriocriticismo”* (1909), Lenin había cuestionado al líder del positivismo lógico y eminencia del Círculo de Viena Ernst Mach. Una década más tarde, contra el revisionismo político de la II Internacional (Bernstein) —que no había sabido comprender el fenómeno revolucionario ruso ni las secuelas de la guerra como el Tratado de Versalles y la Sociedad de las Naciones (1919)— el leninismo incorporó al tratamiento de los partidos políticos la tesis del partido de vanguardia, que según Sheldon Wolin vino a completar el marxismo con una teoría de la acción para derrocar el capitalismo. La proyección de esta tesis a la Alemania de posguerra fue criticada por Lenin y por el político alemán Paul Levi, a las que se opuso Rosa Luxemburgo. Más luego, intelectuales como Gramsci (1929-1935), Hannah Arendt, Habermas y recientemente el historiador cordobés Daniel Gaido (2015) problematizaron las tesis de Lenin, Luxemburgo y Levi. Para la interpretación de Gramsci, las derrotas sociales que significaron la Revolución de 1848 y la Comuna de París de 1870 ocurrieron por haber adoptado equivocadamente la estrategia ofensiva de la guerra de movimientos o de derrocamiento en coyunturas históricas que requerían de estrategias defensivas o de desgaste. Para esta crítica Gramsci se había inspirado en el debate de Kautsky con Rosa Luxemburgo (1910), donde Kautsky se fundaba en la obra del historiador militar Hans Delbrück, un exégeta de Clausewitz (Anderson, 1981, 100). Habermas se opuso a limitar la democracia deliberativa a pequeñas unidades, como lo proponía Arendt, y favoreció en la última posguerra una participación directa en la vida democrática de las grandes unidades políticas como la Unión Europea (Peter J. Verovsek, 2020). Europa no cuenta —al decir del jurista Dieter Grimm (1994)— con un pueblo europeo ni con una identidad nacional propia que fuese la premisa de una constitución continental (Aunque carecen de una constitución única África e Hispanoamérica tienen identidades comunes). Habermas le replicó a

⁴¹ Ver p. 125.

Grimm advirtiendo que si no se incorpora en el orden del día discutir la naturaleza política del viejo continente la Comunidad Europea podía poner en riesgo su unidad económica. E incluso el riesgo de fomentar salidas políticas populistas como la que ahora se produjo en Hungría. Discutir una identidad colectiva nunca es para Habermas (2005) una premisa sino una resultante al extremo de sugerir una constitución política para una sociedad mundial pluralista. La identidad colectiva lleva necesariamente entonces a discutir las nociones de pueblo y populismo. Seguramente Habermas estará de acuerdo, que si no se potencia su naturaleza política Europa arriesga que el conflicto se torne en desorden, y por consiguiente en una violencia latente. Una violencia que no se reduce a los límites formales de la actual Unión Europea. A inicios del siglo XXI dicha violencia latente se materializó con la invasión rusa de Ucrania y con nuevas dictaduras y regímenes populistas en la periferia del mundo, como Hispanoamérica.

A semejanza del Maquiavelo de Joly, un Weber ficticio podría haber vuelto a preguntar a Habermas acerca de los nuevos genocidios de Biafra (1967-70), Camboya (1975-79), Timor Oriental (1975-99), Guatemala (1981-83), Sri Lanka (1983), Ruanda (1994), Kosovo (1998) y Sudán del Sur (2011-16). Todos estos genocidios ocurrieron como en los casos anteriores a Auschwitz, en una sucesión marcada por la contraposición de Estados y sociedades civiles en los marcos geopolíticos de Oriente y Occidente, donde las segundas son ajenas a Oriente (Urteaga, 2008, 177). Un interrogatorio ficticio autoriza inquirir ¿Son dichos genocidios comparables o el de Auschwitz es único e incomparable? ¿Aunque las diferencias fueren abrumadoras por qué no se puede comparar Auschwitz con otros genocidios como de hecho actualmente se practica en el género de "Estudios sobre Genocidio"? ¿Qué es lo que tuvo Auschwitz que los demás genocidios no tuvieron? El historiador israelí Yehuda Bauer (2016) sostiene la excepcionalidad del Holocausto, pues mientras tuvo entre sus causales una motivación ideológica abstracta, una globalidad, y una totalidad de la población victimizada, los demás genocidios tuvieron motivaciones y secuelas meramente pragmáticas (políticas, económicas, sociales). En los campos nazis, el genocidio se quiso ocultar e invisibilizar borrando sus huellas, no así en el de los otros genocidios. El genocidio de la población Tamil de lengua drávida en Sri Lanka (antigua Ceylán), en julio de 1983, tuvo una causal socio-cultural, pero el anterior de Biafra (Nigeria) no fue sólo socio-cultural ni se pudo ocultar pues estuvo fundado en un accionar secesionista o separatista. Y el genocidio de Camboya (Kampuchea), ocurrido en plena Guerra Fría, tampoco fue racial ni se pudo ocultar pues fue de naturaleza política fundada en el populismo y el posterior maoísmo de Pol Pot. Como una reacción al *putsch* del Mariscal Lon Nol de 1970 contra el monarca camboyano Príncipe Norodom Sihanouk (quien se apoyaba en el campesinado y los monjes budistas y había celebrado una alianza con los comunistas de Vietnam del Norte) y a los bombardeos del Ejército Norteamericano (1970-1973), el comunismo triunfó en Camboya en 1975. El bombardeo norteamericano obedecía al temor que la caída de Camboya en el comunismo se extendiera por efecto dominó a Laos y Tailandia.

La guerra civil desatada en Biafra guardó una relativa semejanza con lo acontecido en Europa. Así como el genocidio nazi ocurrió a renglón seguido de la descomposición de los imperios centrales (Habsburgo, prusiano y zarista), el de Biafra ocurrió a partir de la descolonización practicada por las metrópolis europeas en tiempos de la Guerra Fría. El genocidio de Biafra estuvo acelerado por las aspiraciones emancipatorias estatales de la etnia Igbo pero resistido por los emires de las etnias Hausa y Fulani. Si bien los Igbos cultivaban creencias religiosas animistas y parte de su población era cristiana

convertida por misioneros provenientes de Sierra Leona (y muchos sostienen el mito Camita de un origen religioso hebreo y por tanto monoteísta), su burocracia y estructura de poder era escasa y muy dispersa territorialmente como para poder garantizar un movimiento emancipador. Por el contrario, las etnias Hausa y Fulani contaban con la burocracia estatal del emirato y un remoto legado simbólico del Califato de Sokoto (creado por el Jeque Uthman **ḍ**an Fodio, un místico sufí), que llegó a reunir en su larga hegemonía a más de una treintena de emiratos, prolongándose en el tiempo hasta la llegada de la colonización británica (1804-1903). La burocracia islámica (de califas, emires y mullahs) le permitió a los Hausa y a los Fulani reprimir a sus enemigos los Igbo con una eficacia que resultó mortal pues generó una hambruna semejante a la que había acontecido en Ucrania (*Holodomor*).

Por su parte, el genocidio camboyano (que siguió cronológicamente al de Biafra) no tuvo una explicación fundada en el desarrollo del Estado sino más bien una explicación socio-histórica, y una justificación del populismo y del liderazgo carismático. Camboya guardó siempre el legado simbólico del Imperio Khmer y del hinduista Reino de Angkor (siglos IX-XV), pero paralelamente desconfiaba de sus vecinos Vietnam y Tailandia (antigua Siam). El origen del genocidio camboyano habría obedecido primero a la particular construcción del colonialismo francés en Indochina. A diferencia de la colonización holandesa de Indonesia (imparcial con los diferentes grupos étnicos de modo tal que pudo imponer los límites geográficos y como idioma oficial la lengua malaya), Francia había logrado juntar las poblaciones Vietnamita, Laosiana y Khmer, bajo el liderazgo de los vietnamitas. Los franceses justificaban la discriminación en la supuesta inferioridad de los Khmer por su vínculo genético con el reino medieval de Angkor y por su subordinación precolonial a los vietnamitas. Esto hizo que los Khmer no se sintieran comprendidos con la identidad Indochina, desearan construir un Estado que fuera independiente tanto de Vietnam como de Laos, y los decidieran a engendrar una guerra contra los vietnamitas camboyanos. Esta reacción desató la invasión de Camboya por parte de Vietnam en 1979 y su ocupación militar durante una larga década (Mario Esteban Rodríguez, 2004). Más luego, la realidad política de Indochina hizo que Tailandia —ubicada entre Laos y Vietnam (con quien siempre había batallado)— resultara ser el único Estado del Sudeste Asiático que no fue colonizado, asemejándose al caso de Etiopía en el Cuerno de África. Últimamente, los historiadores remontaron la causal del nacionalismo tardío camboyano a la emulación provocada por la resistencia librada contra el colonialismo holandés en Indonesia (1945), a la resistencia contra el colonialismo español en Filipinas (1898), y a la resistencia contra la amenaza del fascismo asiático japonés (en Formosa, Corea, y Manchuria) originado en la Revolución Meiji de 1868, que fue una revolución desde arriba acelerada por la ausencia de una revolución campesina como sí ocurrió posteriormente en China (Barrington Moore, 1966).

La construcción colonial francesa fue muy semejante a la construcción belga de Ruanda-Burundi y a la más antigua colonización española de México, Perú y Paraguay. Los belgas afrontaron continuar la colonización de Ruanda dando la hegemonía a los Tutsi y subordinando a los Hutus. Y los españoles le dieron la responsabilidad de colaborar con la dominación colonial de México a los Tlaxcaltecas y Otomíes, para lo cual debieron combatir a los Mexicas. La colonización del Perú quedó librada a los costeños (blancos, negros, mulatos, y mestizos o cholos) pero subordinando a los serranos (indios de habla quechua). Y la colonización del Paraguay privilegió a los guaraníes en menoscabo de las etnias chaqueñas (Guaycurúes, Payaguás).

En Camboya, el genocidio practicado por Pol Pot fue el macabro corolario final (1975-79). En el caso de Yakarta, el líder populista indonesio Mohammed Suharto, luego del golpe contra el independentista Ahmed Sukarno, gestó la eliminación masiva del Partido Comunista (1965-66), semejante a lo que ocurrió en Katyn con la oficialidad polaca en 1943; y luego el Ejército Indonesio invadió militarmente Timor Oriental, que había estado colonizada por Portugal desde el siglo XVI (1975-99). En Uganda, el General Idi Amin Dada dio el *putsch* contra el líder de la Independencia Milton Obote y generó un régimen populista redistribuyendo los bienes de los expulsados, pero pronto inició un genocidio de centenares de miles de ugandeses (1971-79). En Guatemala, el general Efraín Ríos Montt comenzó su carrera política como un líder populista pero prontamente derivó en prácticas genocidas contra los indios mayas (1981-83). Y en el caso del Cono Sur de América Latina (Chile, Argentina, Uruguay) el gobierno populista de Isabel Martínez de Perón inauguró la política coercitiva de guerra sucia con los escuadrones de la muerte (la triple AAA), y después las dictaduras militares gestaron una nueva categoría de víctima: la del “desaparecido” (1973-79).

Más luego, una vez acabada la Guerra Fría con la caída del totalitarismo soviético, se sucedieron nuevos genocidios en África y los Balcanes, pero que obedecían a giros de la sociedad civil, como lo fueron los distintos tipos de cultura racista: las afro-fobias anti-nilóticas (anti-tutsi, anti-nuer) y el racismo balcánico (anti-albano, anti-bosnio) que derivó en el populismo de Slobodan Milosevic y en su posterior práctica genocida. El genocidio en Ruanda de la etnia Tutsi (1994) ocurrió en la región de los Grandes Lagos un cuarto de siglo después de producido el genocidio de Biafra (Nigeria) en perjuicio de la etno-nación Igbo (Masacre de Asaba, 1967). El parecido entre lo ocurrido a las etnias Igbo y Tutsi es sorprendente, pero más lo es la profesión de fe monoteísta (hebrea) de ambas, considerando que se encuentran geográficamente muy distantes una de la otra. La debacle en Ruanda se originó en el control ejercido por Bélgica como sustituta de Alemania (por el Tratado de Versalles) y que obedeció a las mismas secuelas del proceso de descolonización que había sufrido Nigeria y el resto de África, salvo el caso de Etiopía.

La colonización belga había fomentado la diferenciación entre Tutsis y Hutus, que fue muy semejante a lo que ocurrió en el Sudeste Asiático con los khmer, los lao, y los vietnamitas, y a lo que había ocurrido en América Latina con los criollos, los negros y los indios. La diferenciación socio-histórica la fundaron los belgas en la Hipótesis Camita referida a la leyenda bíblica del Diluvio, al Monte Ararat donde encalló el Arca, y a la tríada de Sem, Cam y Jafet (Bolan Zalek, 2013), formulada en 1913 por el antropólogo inglés Charles G. Seligman (sucesor de Giuseppe Sergi, y predecesor en la antropología británica de Malinowski). Sergi había recreado la interpretación bíblica del Ilustrado alemán Johann Blumenbach, el iniciador de la antropología en la Universidad de Göttingen, en medio de las disputas entre monogenistas y poligenistas (Joan Manuel Cabezas López, 2001). Desde la burocracia, el Estado confería carnés de identidad étnica y discriminaba en los censos las distinciones étnicas, tal como luego se practicó en el Apartheid Sudafricano. El control belga del proceso colonizador resultó en perjuicio de los Hutus que eran agricultores de origen bantú, y por el contrario resultó favorable a los Tutsi (pastores de origen etíope), a quienes el periodismo internacional les había atribuido el mito bíblico de tener un origen judío (por descender de la Reina de Saba según el *Génesis* y *El Corán*). Blumenbach abonaba la tesis de una fusión étnica entre camitas caucásicos y negros bantúes. Y el burundiano radicado en Bélgica Yochanan Bwejeri les atribuye a los Tutsi ser los remanentes de uno

de los dos éxodos de Egipto acontecidos luego de la muerte del faraón Akenaton (Eltringham, 2006, 440). Sin embargo, según el politólogo William Miles (2000) la aplicación de la Hipótesis Camita (o Caucásica) a los Tutsi en 1913 y la estrategia de poner en paralelo el genocidio Tutsi con el Holocausto Nazi ocultaban el hecho que el pensamiento racial en África había nacido mucho antes que apareciera en Europa. Paradójicamente, esa misma cultura racista nacida en África décadas más tarde alimentó el Holocausto Nazi (Eltringham, 2006, 439). Más recientemente, sucedió la limpieza étnica en Sudán del Sur entre las comunidades Dinka y Nuer (2011-16), visibilizada gracias a la visita reciente del Papa.

Por otro lado, la balcanización de Yugoslavia, una secuela de la muerte del Mariscal Tito, de la Caída del Muro de Berlín y de la descomposición del Imperio Soviético generó las condiciones para que renaciera la guerra religiosa y se desatara el genocidio en Kosovo de la población bosniocroata. Gracias a la experiencia adquirida en Ruanda, la intervención militar de la NATO (OTAN) pudo atenuar la extensión del genocidio. Pero la animosidad bélica entre serbios, croatas y bosnios se originaba en factores de orden político-religioso muy anteriores, que se remontaban a siglos atrás cuando rigió el Imperio Austro-Húngaro, y más atrás en el tiempo cuando dominaba el Imperio Otomano (Batalla de Kósovo, 1389). Yugoslavia había sido a partir del Tratado de Versalles un desprendimiento del Imperio Austro-Húngaro por el Tratado de Saint-Germain-en-Laye (1920), y su sector meridional había sido un desprendimiento del Imperio Otomano o “el hombre enfermo de Europa” por el Tratado de Sèvres (1920).

En conclusión, podemos aseverar que los procesos descolonizadores aceleraron la gestación de guerras civiles y desataron golpes de Estado y regímenes populistas, y cuando estuvo presente el elemento socio-histórico clerical y litúrgico-religioso el resultado fue el genocidio. De todas estas guerras, la Guerra de Vietnam afectó en forma directa a todo el Sudeste Asiático y también al resto de la periferia mundial conocida durante la Guerra Fría como Tercer Mundo. La Guerra de Vietnam fue al genocidio de Camboya lo que la Gran Guerra había sido para el genocidio Judío.

7. Del populismo al transformismo absolutista

Con posterioridad al giro pragmático habermasiano y su democracia deliberativa (1960), la cuarta generación de la Teoría Crítica liderada por el politólogo alemán Hartmut Rosa dio nacimiento al giro acelerador, es decir a una concepción de la modernidad como un proceso continuo de aceleración social. ¿Era el giro pragmático habermasiano susceptible de ser radicalizado? Por cierto, el giro acelerador de Rosa era combatido por mecanismos desaceleradores de paralización y ralentización social que coadyuvaban en la gestación de patologías culturales.

En ese nuevo giro interpretativo de la sociología histórica incorporamos como ruptura epistemológica al giro cultural (William Sewell, 2005). Y también incorporamos el análisis del filósofo Alasdair MacIntyre quien vino a refundar una moral de raíz aristotélica basada en virtudes concretas (desde la virtud homérica, a la aristotélica, a la cristiana y a la ilustrada) y no en principios universales y abstractos; y donde la virtud como giro moral vino a estar estrechamente vinculada a la virtud como tradición (Jorge Martínez Lucena, 2008). Sin embargo, según el sociólogo cordobés Esteban Torres (2018), en la sociología histórica, el enfoque narrativo de MacIntyre —que había rechazado al marxismo y al

parsonismo— entró en un profundo declive y en la búsqueda de una nueva causalidad. En dura réplica con los autores de la posmodernidad (Agamben, Vattimo), el politólogo alemán Hartmut Rosa (2011) sostuvo la necesidad de impulsar un giro acelerador que viniera a radicalizar el último giro pragmático habermasiano. En ese sentido, Rosa (2011) dialogó con los teóricos de la modernidad tardía (Bauman, Giddens, Beck) y sostuvo la necesidad de no dar por concluida la modernidad. En la tradición de la filosofía social opuesta a la filosofía de la conciencia (Rousseau, Marx, Lukács), Rosa considera la necesidad de politizar el tiempo al extremo de apropiarse críticamente del mismo; así como de acelerar su periodización en los calendarios, los horarios, los plazos, y los cronogramas (Fernando Forero, 2022). La periodización en la modernidad tardía abría de padecer una creciente aceleración (que no es una sustancia sino un proceso consensuado), que había sido subestimada por Habermas y por los que lo precedieron como Gabriel Tarde.

En su fase teórico-crítica, Hartmut Rosa (2016, 2020) orquestó una sociología de la relación social del *sí mismo* con el mundo de la vida como horizonte último, imbuido de una inspiración habermasiana (triple región objetiva, social y subjetiva) y de un vínculo fenomenológico con la resonancia como “lo otro de la alienación”. Una resonancia que para H. Rosa genera la transformación de la personalidad como fruto de un contexto existencial deslumbrador que coadyuva a definir a la modernidad a semejanza del “reconocimiento” en la obra de Honneth. A diferencia de Habermas y de Honneth, el objetivo central de H. Rosa es identificar las diferentes patologías culturales: a) étnicas (racismos); b) políticas (absolutismos, fascismos, totalitarismos, populismos); c) sociales (clasismos); d) de género (sexismos); e) profesionales (deformaciones disciplinarias); y f) psíquicas (neurosis).

Esta labor identificatoria no debe ser considerada una tarea funcionalista sino eminentemente normativa, que no apunta a aprehender los rasgos invariantes y universales de las relaciones humanas con el mundo sino las causas y consecuencias o variabilidades socio-culturales de las mismas.⁴² En ese sentido, entre las malas consecuencias que acechan en la interpretación de la modernidad hemos identificado como perversiones centrales a fenómenos socio-históricos como el provincianismo o localismo, el empirismo (o método anticuario); el coleccionismo; y las cualidades estereotipadas de diferentes espacios: a) geográficos (orientalismo, binarismo centro-periferia); b) políticos (tribalismo, monarquismo, oligarquismo, clientelismo, populismo); c) económicos (providencialismo, desarrollismo); d) sociales (paternalismo, obrerismo, aldeanismo); y e) culturales (fetichismo, clientelismo educativo).

Los procesos de aceleración y desaceleración promovidos por Rosa se sienten como una presión uniforme o como un totalitarismo, una “potencialidad del mundo”, pues se aplica a los individuos y a los Estados imponiéndoles una lógica que era propia del reconocimiento practicado por Honneth, tanto en la detección como en la prevención de acontecimientos atroces (guerras, genocidios). Dicha aceleración y desaceleración es reconocida por Rosa en la manifestación de tres fenómenos, que los clasifica con las tres categorías del cambio: el tecnológico, el social y el del ritmo de vida.

42 El planteo del filósofo mendocino Enrique Dussel acerca de la necesidad de definir la posmodernidad a partir de un proceso que descolonice América Latina del eurocentrismo, el colombiano Santiago Castro-Gómez lo encontró como el clásico cliché “aferrado al ideal nostálgico de la identidad latinoamericana”.

El cambio tecnológico (cultural) ha venido anulando gradualmente el espacio vinculado con el transporte y las comunicaciones; y anulando el tiempo vinculado con las herramientas o medios de producción (en la industria bélica los medios de destrucción masiva como las armas nucleares y químicas, y las cámaras de gas y hornos crematorios). El cambio de ritmo de vida o tiempo subjetivo vino a alterar la personalidad y la productividad del conocimiento (César Guzmán Tovar, 2019). Y el cambio social potenciado por la alfabetización y la escolaridad ha venido reduciendo las distancias étnicas, religiosas y de clase. Benedict Anderson nos recuerda que San Martín en su Campaña del Perú intentó reducir la distancia étnica entre los pobladores de la sierra y la costa bautizando como “peruanos” a los indios de habla quechua, un anhelo análogo al que previamente había concebido San Martín en el trato con los indios araucanos (ranqueles). La misma distancia étnica y cultural que quisieron salvar un siglo más tarde José Carlos Mariátegui con sus *Siete Ensayos*, y José María Arguedas con sus *Ríos Profundos*.

En la aceleración o giro tecnológico y social de los protagonistas el tiempo es objetivo y por tanto es medible, y como tal calculable. La medición del tiempo objetivo se calcula mediante variables que pueden ser las capacidades léxicas, las potencialidades armamentísticas, las posiciones políticas y económicas, y las caracterizaciones sociales. En dichos cálculos, la distancia étnica es medible con los distintos colores de piel, desde el oscuro al claro. La distancia bélica con la potencialidad del armamento, desde las armas blancas a las armas de fuego. La distancia cultural con la capacidad léxica, desde el analfabeto al semianalfabeto, y al alfabeto. La distancia religiosa con la capacidad lógica de pensar el mundo y la vida, desde el beato al creyente, al agnóstico y al ateo. La distancia política con la posición topográfica desde la izquierda a la derecha y al centro. La distancia social con la caracterización sociológica desde el proletario hasta el pequeñoburgués y el burgués. Y la distancia económica con la posición en una escala gráfica vertical, desde la clase baja a las clases media y alta.

Y en la aceleración o giro del ritmo de vida de los individuos y de las generaciones, por tratarse de variables históricas y culturales, el tiempo es esencialmente subjetivo y por lo tanto no es medible. Mientras en la premodernidad, los oficios artesanales se repetían entre las generaciones, en la modernidad la movilidad social se vuelve tan alta que las vocaciones y las profesiones cambian de padres a hijos, e incluso cambian durante el curso de una misma vida. Estos cambios operan según Rosa mediante los tres motores de la aceleración: el motor económico, el motor cultural, y el motor estructural, pero requieren para su ajuste de una sincronización.

Para Hartmut Rosa, la resonancia realiza las personas en el tiempo vital a lo largo de tres ejes vinculares, el eje horizontal (parentesco, amistad, camaradería política, compañerismo laboral, parroquialidad vecinal), el eje diagonal (amistades escolares, afinidades deportivas, colegialidad profesional, hábitos de consumo), y el eje vertical (religión, naturaleza arte, historia). Pero una transformación o giro que no es semántica ni epistemológica y que no opera sólo en función de objetos físicos (personas) sino de objetos simbólicos, sentimentales, e institucionales. El núcleo medular de la resonancia está compuesto por síndromes de tipo: a) emocional (legados familiares); b) sensual (compromisos vivenciales); c) existencial (vocaciones humanas e intelectuales); y d) psíquico-corporal (traumas, espejismos, enmudecimientos, ensordecimientos, escalofríos, erizados, adormecimientos).

La resonancia de H. Rosa opera también como el criterio regular que renueva a los sujetos al grado de transformarles su personalidad (emocional, sensitiva, afectiva, sensual, psíquica), logrando que no permanezcan siendo las mismas personas, y posibilitando que las sociedades también se puedan renovar de forma permanente (política, religiosa, económica, jurídica, cultural). En cuanto a la relación con el tiempo cronológico se ha podido comprobar que mientras los distintos giros aceleradores (republicanismos, democratismos, civilismos) acortaron las distancias étnicas, culturales, políticas, religiosas, económicas y sociales; los procesos desaceleradores (absolutismos, colonialismos, bonapartismos, fascismos, totalitarismos, populismos, y transformismos absolutistas) acrecentaron esas mismas distancias. Para el balance histórico de ambos procesos aceleradores y desaceleradores la teoría de la Resonancia de Rosa vino a prestar un servicio incalculable.

8. Conclusiones

La secuencia de los actos políticos coercitivos en la historia es un fenómeno que le debe mucho al tratamiento de las lógicas de las edades históricas, formulada por Heller y Fehér. En nuestro breve tránsito por la modernidad hemos encontrado una llamativa secuencia pendular, desde el absolutismo renacentista hasta el populismo. Esta ha sido una secuencia con altibajos pero que se caracterizó por guardar entre ellos rasgos comunes, así como profundas diferencias que obedecen a los muy distintos contextos históricos en que se desempeñaron. La irrupción del bonapartismo marcó respecto del absolutismo innovaciones radicales. La reunificación autoritaria de las tres esferas del poder dictada por el *putsch* de Luis Bonaparte contra la Segunda República y el plebiscito que lo ratificó en el poder fueron las innovaciones más significativas del bonapartismo, las que se distinguieron notoriamente de la tradicional política autoritaria que se ejerció desde la Revocatoria del Edicto de Nantes, un edicto que Enrique IV había decretado en medio de la guerra de Flandes en 1598. El culto a la personalidad, el liderazgo carismático, el paramilitarismo y la movilización de masas fueron las originalidades más notorias que en Alemania se diferenciaron de la política bonapartista de Bismarck. Y la ciudadanización en la concepción del individuo, el patrimonialismo en la concepción del Estado, el clientelismo en el ejercicio del poder, y la neutralidad y el colaboracionismo con regímenes represivos en materia de política exterior fue lo más notorio de los regímenes populistas.

En ese sentido, hemos comprobado que los métodos coercitivos como los genocidios no fueron ajenos a las rupturas epistemológicas que se dieron en el mundo, en cada una de las variantes de la modernidad temprana (Renacentista, Barroco-Absolutista, Ilustrada), y también de la modernidad tardía (Romántica, Positivista, Relativista, Cognitivista). En materia espacial y geográfica, a partir del Tratado de Versalles quedó claro que ya no cabía la apropiación política de nuevos territorios ni las reivindicaciones irredentistas de viejos territorios. Sin embargo, las violaciones de estos preceptos se resolvieron nuevamente mediante la guerra. El caso de Ucrania pone de relieve lo que significa la amenaza de un restaurado despotismo oriental, y nos revela que no puede haber en el mundo salida alguna posible rompiendo con la moral, la justicia y la democracia universal. La derrota rusa en su aventura militar beneficiaría no solo a Ucrania, también al resto del mundo, y contribuiría en la tarea de acabar con el despotismo oriental y los regímenes populistas y su corrupción política.

Los desórdenes totalitarios se vuelven comprensibles cuando se evita el reduccionismo de nocivos dispositivos teóricos y los tratamientos eurocéntricos tradicionales. Se vuelve funcional entonces calibrar las diferentes corrientes desaceleradoras (jesuitismo, bonapartismo, colonialismo, anti-dreyfusismo, nazi-fascismo, totalitarismo estalinista, maoísmo, polpotismo, fujimorismo, putinismo) que padecieron y padecen tanto las modernidades tempranas y tardías como los Estado-nación y los imperios tardíos.

El pretendido enigma de Auschwitz quedó resuelto al revelar el solapamiento retrospectivo de los cuatro precursores de la cultura racista moderna (antisemitismos socio-darwiniano, iluminista, de Lutero, y marrano). Más aún, la pretendida singularidad del Holocausto quedó cuestionada por su parentesco con la media docena de genocidios ocurridos con anterioridad a Auschwitz (el Cartaginés, el de América, el del Congo y el Amazonas, el de Namibia, el de los Armenios, y el del caso Haitiano) y por su parentesco contemporáneo con los ocho genocidios perpetrados con posterioridad al Holocausto (Biafra, Camboya, Timor Oriental, Guatemala, Sri Lanka, Ruanda, Kosovo, y Sudán del Sur).

Los dilemas inducidos por la brecha del tiempo han venido a corroborar que el desorden y la violencia latente en los Estados-nación modernos llegaron a un punto de inflexión con la proliferación de la narco-política y los narco-Estados y con las invasiones paramilitares y militares, y con su violenta quiebra de los acuerdos internacionales (despotismo oriental putinista). La eventual derrota militar rusa daría lugar a una guerra civil, la que puede a su vez derivar en un futuro genocidio, que todos deben evitar rechazando las fatalidades del pasado.

En ese sentido, Habermas y Rosa advirtieron que para emancipar a la humanidad de la barbarie de la guerra es preciso combatir la supervivencia de aquellas atrocidades que llevan a enfermedades, pérdidas de sentido y pérdidas de libertad (corrupción, guerra civil), supervivencias tales como : a) dominaciones (dictaduras); b) violencias (golpes de Estado, terrorismos, guerras); c) crímenes de lesa majestad (regicidios, magnicidios); d) crímenes de lesa humanidad (genocidios, narcotráfico); y e) desórdenes traumáticos como los odios de raza o clase social, las psicopatologías y los negacionismos (marranismo, antisemitismo).

Bibliografía

Aguilar, O. 1998. "Trabajo e Interacción. La crítica de Habermas a Marx" *Revista de la Academia*. No. 3. Santiago de Chile. pp. 77-105.

Anderson, P. 1979. *El Estado absolutista*. México: Siglo XXI.

Anderson, P. 1981. *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*. Barcelona: Fontamara.

Barros, S. 2012. "Tras el populismo. Comunidad, espacio e igualdad en una teoría del populismo". *Revista de Ciencias Sociales*. n. 22. pp. 137-150.

- Barta, T. 1987. "Relations of Genocide: Land and Lives in the Colonization of Australia" en: Wallimann, Isidor; Dobkowski, Michael y Rubenstein, Richard (eds.). *Genocide and the Modern Age: Etiology and Case Studies of Mass Death* (pp. 237–253). New York: Syracuse University Press.
- Blum, J. 1961. *Lord and Peasant in Russia from the Ninth to the Nineteenth Century*. Princeton: N.J.Princeton University Press.
- Chalk, F.y Kurt J. 2010. *Historia y sociología del genocidio. Análisis y estudio de casos*. Buenos Aires: EDUNTREF-Prometeo Libros.
- Cisneros Sosa, A. 1999. "Interaccionismo simbólico, un pragmatismo acrítico en el terreno de los movimientos sociales". *Sociológica*. Vol. 14, No. 41. septiembre-diciembre. pp. 104-126.
- Díaz-Salazar, R. 1991. *El Proyecto de Gramsci*. Barcelona: Anthropos.
- Eltringham, N. 2006. "Invaders who have stolen the country: The Hamitic Hypothesis, Race and the Rwandan Genocide", *Social Identities*. Vol 12, No. 4. pp. 435-446.
- Evans, R. 2021. *Hitler y las teorías de la conspiración. El Tercer Reich y la imaginación paranoide*. Buenos Aires: Crítica.
- Feierstein, D. 2007. *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica.
- Forero, F. 2022. "Crítica de la experiencia del tiempo en el mundo contemporáneo", *Eidos* No. 37. pp. 104-128.
- García Vela, A. y Longoni Martínez. R. 2020. "El giro normativo de Jürgen Habermas como fundamentación ontológica de la Teoría Crítica", *Sociológica*, año 35, No. 101. pp. 9-33.
- Gentile, E. 2014. *El fascismo y la marcha sobre Roma. El nacimiento de un régimen*. Buenos Aires: Edhasa, 2014.
- Gil Villegas F. 2005. "Una propuesta teórica alternativa a la interpretación de Max Weber por parte de Jürgen Habermas". *Estudios Sociológicos*. Vol. XXIII, No. 67. enero-abril. pp. 3-41
- Heller, Á. y Ferenc F. 1994. *El péndulo de la modernidad. Una lecturas de la era moderna después de la caída del comunismo*. Barcelona: Península.
- Hermet, G. 2003. "El Populismo como concepto". *Revista de Ciencia Política*. Vol. XXIII, No.v1. pp. 5-18.
- Hiebert, M. 2008. "Theorizing Destruction: Reflections on the State of Comparative Genocide Theory," *Genocide Studies and Prevention: An International Journal*, Issue 3, Art. 6.

- Juri, M. A. 2020. "Una aproximación al narrativismo de Alasdair MacIntyre en "Ethics in the conflicts of modernity. An essay on desire, practical reasoning and narrative", *PROMETEICA - Revista de Filosofía y Ciencias*. No. 20.
- Kershaw, I. 2016. *Descenso a los infiernos*. Buenos Aires: Crítica.
- Kissi, E. 2006. *Revolution and Genocide in Ethiopia and Cambodia* Lanham. Md.: Lexington Books.
- Köhler, H. 1997. "El nacionalismo: un pasado ambiguo y un futuro sangriento", *Revista de estudios políticos*. No. 98, pp. 171-186.
- López Hernández, J. 2009. "El concepto de legitimidad en perspectivas histórica". CEFD *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*. No. 18, pp. 154-166.
- Marramao, G. 2006. *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*. Buenos Aires: Katz.
- Martínez Lucena, J. 2008. "La narratividad como síntesis transcendental en la filosofía contemporánea," *Espíritu*, Vol. LVII, pp. 63-89.
- McCarthy, T. 1987. *La Teoría Crítica de Jürgen Habermas*. Madrid: Tecnos.
- Melson, R. 1992. *Revolution and Genocide. On the Origins of the Armenian Genocide and Holocaust*. Chicago: University of Chicago Press.
- Méndez Avellaneda, J. 2019. *Camila: la Antihistoria. Asesinato por partida triple*. Buenos Aires: Editorial Armerías.
- Naimark, N. 2017. *Genocide: A World History*. New York: Oxford University Press.
- Pereyra, C. 1988. Gramsci: "Estado y sociedad civil", *Cuadernos políticos*, No. 54/55, pp. 52-60.
- Robles Bastida, N. 2008. "Los Cuatro pilares: ciudadanía, capitalismo, hermandad espiritual y virtud en la ciudad occidental". *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, Vol. 3, No. 5, pp. 1-12.
- Rodríguez, Mario Esteban (2004): *La influencia del colonialismo occidental en las relaciones internacionales del Sudeste de Asia tras la Segunda Guerra Mundial: la impronta francesa en Indochina Estudios de Asia y África*.
- Ruiz Sanjuán, C. 2011. "El fetichismo y la cosificación de las relaciones sociales en el sistema capitalista". *Praxis filosófica*. No. 33.
- Ruiz Sanjuán, C. 2016. "Estado, sociedad civil y hegemonía en el pensamiento político de Gramsci". *Revista de Filosofía y Teoría Política*. No. 47.

- Sánchez-Mejía, M. L. 2008. "Europa ante el espejo asiático: El debate sobre el *Despotismo Oriental* en el siglo XVIII". *Revista de Estudios Políticos*, No. 139, pp. 79-106.
- Santillana Andraca, A. 2011. "Del mundo de la vida al sistema: el poder integrador del poder". *Andamios*. Vol 8, No. 16, mayo-agosto, pp. 161-185.
- Sewell, W. 2005. *Logics of history: social theory and social transformation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Solís Rodríguez, C. 2013. "La relación contexto-sujeto en Quentin Skinner". *Región y Sociedad*. Vol. 25, No. 56, pp. 269-297.
- Stanton, G. 2013. *The Ten Stages of Genocide*. Genocide Watch.
- Straus, S. 2015. "Triggers of Mass Atrocities", *Politics and Governance*. Vol. 3, No. 3, pp. 5-15.
- Traverso, E. 2003. *La violencia Nazi. Una genealogía europea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. 2004. "La singularidad de Auschwitz. Un debate sobre el uso público de la historia". *Cuicuilco*. v. 11. n. 31.
- Traverso, E. 2022. *Revolución: una historia intelectual*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Urteaga, E. 2008. "La Sociedad Civil en cuestión". *Revista Castellano Manchega de Ciencias Sociales*, No. 9, pp. 155-188.
- Vargas Campos, R. 2021. "El imperativo entre sistema y mundo de la vida en Jürgen Habermas a propósito de su crítica a Talcott Parsons". *Revista Comunicación*, Vol. 30. año 42. No. 1, pp. 17-31.
- Vásquez Valdovinos, J. A. 2020. "La guerra del Renacimiento según la mirada de Maquiavelo: legitimidad, hegemonía y el fracaso de su propuesta militar", *Revista Historias del Orbis Terrarum*. No. 24.
- Vila De Prado, R. 2017. "El genocidio-epistemicidio contra los africanos con la trata y la esclavitud en Hispanoamérica". *Analéctica*. Vol. 3, No. 22.
- Wolin, S. 1974. *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*. Buenos Aires: Amorrortu editores.